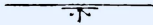


F. GRANDMONTAGNE.

TEODORO
FORONDA



(EVOLUCIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA)



TOMO II



BUENOS AIRES

La Vasconia», Av. de Mayo 781

1896

TEODORO FORONDA

Es propiedad del autor.



TEODORO FORONDA

TERCERA PARTE

XXV

FORONDA, VICHARO Y Cia.

CONOCIDAS las felices aptitudes de los dos socios principales que sucedieron á don Silvestre Ruano en la posesión de su importante registro, conveniente nos parece decir algo relativo á la *compañía*, ó sea sobre Pantalón Atapuerca. Pero, ¿cómo esbozar, siquiera en forma somera, los rasgos principales de un hombre tan atrozmente inculto, incivil y grosero? Intentémoslo.

En los albores de su juventud fué cabrero. Cuentan las crónicas forondinas que Atapuerca salió de la escuela de su pueblo precisamente cuando apren-

dió á deletrear con los dientes, ó lo que es lo mismo, á comerse el silabario. Su padre, que era el boyero de la soriana localidad, antes que la modelación interna del cerebro de su hijo, anhelaba se le endureciesen las piernas y adquirieran la requerida consistencia para poder trepar por los peñascales y breñas ejerciendo de pastor, con lo cual debía concurrir el muchacho á secundar los esfuerzos del autor de sus días en el sostenimiento de una prole numerosa, nutrida á duras penas con patatas, sin mezcla de otras cosas de mayor substancia, y pan de centeno, porque el oficio no daba para más.

Por indicación del cura de la aldea, director espiritual y doméstico del cristiano y sencillo vecindario pinariego, se consultó en extensa carta la opinión de don Silvestre Ruano sobre la conveniencia de que Pantaleón viniera á Buenos Aires, al lado de su tío, "para ver si se hacía hombre," cosa un poquillo difícil, porque el zagal sólo tenía de sér humano la forma, y más había en el fondo de su naturaleza de alimaña selvática que de otra cosa.

El ilustre registrero accedió al pedido patrocinado por el defensor terrestre de la vida inmortal, y el muchacho, después de un par de meses de ensayos aritméticos dirigidos por el bondadoso párroco, vino á América, sin otros conocimientos que el de saber escribir tosca y enrevesadamente su firma y á tropezones la regla de multiplicación, en cuyo ejercicio veíase obligado á marcar con los dedos las cantidades que llevaba al multiplicar los guarismos.

Llegado á Buenos Aires, su primera ocupación en el registro fué la de clavar cajones y trepar escalerillas, recibiendo, para colocar en los estantes de junto al techo, las cajas de mercería, como recibe el diestro albañil los ladrillos que desde abajo le arrojan hasta la cúspide del andamio. El resto del tiempo que le dejaban libre estas faenas, ocupábase en llevar cartas al correo, guías de carga á las agencias de transporte y paquetes de muestras á las oficinas postales.

Más obediente que un perro y más sumiso que una malva, adueñábase de Pantaleón una especie de pánico cada vez que veía entrar á su tío en el registro, y mientras en él permaneciese, no cesaba el muchacho de trabajar, dále que te dále al plumero, limpiando cosas ya limpias, removiendo cajas que estaban bien colocadas, desenrollando, para volverlas á enrollar, las piezas de lienzo y percalina, abollando y desabollando chambergos, plegando y desplegando pañoletas y haciendo, en fin, cuanto humanamente era posible para demostrar su condición laboriosa y poder conquistarse la voluntad del patrón.

Éste, por su parte, premiaba los afanes de su sobrino con un despotismo verdaderamente nerónico, no dignándose concederle ni siquiera el saludo, y dirigiéndole, sin motivo alguno, unas miradas furibundas que le aterrorizaban al pobre chico, el cual deseaba en tales momentos que la tierra se lo tragase, ó poder echar á correr y no parar hasta ocultarse en los breñales de su aldea; pero nada de

esto le era posible hacer, y quedábase, por lo tanto, encogido y como turulato, arrastrando sus asustados ojos por el suelo, anonado, confuso y casi entontecido de miedo.

Algunas veces, cuando regresaba de la calle, parábale don Silvestre en medio del registro y le preguntaba con la mayor aspereza posible:

—¿De dónde vienes?,,

—Del correo,—respondía temblando Pantaleón.

—Hay que andar más ligero,—volvía á decirle con mayor rudeza y estúpido enojo.

—He venido corriendo.

—Pues más ligero todavía; y sí no, ya lo sabes, te vas á la calle y que te mantenga tu abuela. Ya saben,—añadía don Silvestre, echo un energúmeno y dirigiéndose á los dependientes principales.—A este caballero, en cuanto no haga lo que se le manda, me le sacan ustedes á puntapiés de la casa.

—Pero si es muy humilde y muy obediente,—decía con timidez algún vendedor.

—Pues tiene que serlo más, mucho más; tiene que serlo absoluta, incondicional é ilimitadamente. Aquí se necesita gente que no se duerma en las pajas.

Pantaleón se iba al fondo del registro, al depósito de cajones vacíos, y se echaba á llorar en cualquier rincón, lamentándose amargamente de haber dejado su oficio de cabrero, con lo cual perdió su salvaje independencia, por cuya recuperación daría él en aquellos momentos todas las telas del registro de su tío.

El recuerdo de las empinadas sierras nativas, que ascendían hasta abrazarse con las nubes, acudía á su memoria, considerándose mucho más infeliz que las águilas, porque éstas no iban al correo, ni á las agencias de carga, ni tenían que sufrir, en fin las impertinencias ni el despotismo tiránico de don Silvestre Ruano.

Pero, después de varios años de torturas, otro fué el pensar de Pantaleón Atapuerca, experimentando su caracter uno de esos cambiazos que hacen como nuevos á los hombres. Ascendido á vendedor, vislumbró, en no lejano horizonte, un porvenir halagüeño. Como el oficio de vender no requiere una instrucción esmerada, sino conocer á mucha gente del comercio, ser flexible, un poco zalamero, activo y bastante audaz, fácil le fué á Pantaleón imponerse del cargo, y hasta de lucirse en él, pues toda la clientela del registro le conocía, prefiriéndole en sus compras á los otros vendedores, sin duda por su cercano parentesco con el patrón, lo cual siempre supone cierta anticipada gerarquía comercial.

Y héte aquí al humilde Atapuerca, al rudo cabrero, saliéndose de la vaina, cual garbanzo madurado repentinamente por un golpe de sol canicular. ¡Qué manera de mandar á los subalternos! ¡Qué infulas las suyas! ¡Qué afán en deprimir á los demás, en caer sobre ellos con el peso formidable de su dominio! ¡Qué empeño el suyo en demostrar su derecho de dar órdenes, haciendo más duro y pesado el trabajo! A nadie que fuera subalterno suyo le

permitía dar un paso sin su consentimiento; ninguno podía salir de noche sin su permiso y sin decirle á dónde iba y á qué iba, aun cuando las obligaciones del peticionante fuesen de carácter privado; les restringía á minutos las horas de comer, y hasta se metía en lo que comían; no toleraba que en el registro estuviesen un momento parados, complaciéndose en desarreglar él mismo los artículos, para que tuviesen ocupación en arreglarlos; sus órdenes, vivo trasunto de una fiereza feudal, iban envueltas en un lenguaje grosero, despótico, intencionalmente dañino, propio de un cabo de presos á quien se le hubiese aligerado la condena, dándole por cárcel el patio de un presidio, que no otra cosa era el registro de don Silvestre Ruano. Díjese que en el pecho de Pantaleón anidaba un secreto deseo de venganza, una complacencia inocente y pueril, pero funesta, de medir á los demás con la misma vara que á él le habían medido. Es el satánico halago que experimentan los débiles cuando logran una pequeña autoridad; es la satisfacción íntima de todos los necios, incapaces de comprender la condición y las circunstancias que rodean al que les obedece á la fuerza; es el placer único del patán erigido en comerciante por virtud de uno de esos favorables trastrueques que informan la vida bonaerense. La autoridad en manos de Pantaleón era igual que el arma de fuego en manos de los niños; lo mismo que éstos disparaba aquél su poder con la más angelical inconsciencia, hiriendo la dignidad de muchos que, valiéndose infini-

tamente más que él, veíanse obligados á soportar aquellas ristras de sandeces que salían de sus lábios, fuente fecundísima en barbarismos, injusticias y majaderías.

Ensorberbecido con su posición, su crasisima ignorancia no podía tener esa disculpa que se otorga al hombre sencillo y modesto, á quien la alegría que proporciona la buena suerte, debe hacerle más benévolo, más cariñoso y tolerante con el personal que está bajo sus órdenes.

Pero Atapuerca, en cuya naturaleza persistía siempre la rusticidad nativa, nada de ésto entendía, y en cosa ninguna reparaba para dar toda la expansión posible al insufrible orgullo que tornó en negra como la pez su alma pequeñísima.

Debido á sus energías dictatoriales, los traviesos muchachos del registro le bautizaron con diversos y oportunos motes; unos le llamaban el *Rosas de la percalina*; otros *Don Pedro el Cruel*. Pero el que más aceptación tuvo entre todos y que sustituyó por siempre á su nombre de pila, fué el inventado por el cadete del registro, mozalbillo más vivaracho que el rabo de una lagartija. Llamábale el *Gobernador de Soria*, apodo que mejor cuadraba al carácter y condiciones de Pantaleón, pues para llevar el nombre de un famoso tirano, eran muy pequeñas sus tiranías.

Sus modales tenían la violenta aspereza del gato montés, y su lenguaje, un poco cavernoso, era una mezcla grotesca de gauchismo y del pésimo castellano que hablan los montañeses. Escucharle

sobre cualquier asunto ageno al comercio, era como absorber no se qué miasmas de imbecilidad, ó como una toma irresistible de pedantesca ignorancia, inoculada en todo el organismo atapuercano por virtud eficaz de una soberbia, que convertida en algo tangible, no cabría seguramente en todo el espacio ocupado por la pampa.

El auxiliar del tenedor de libros, muchacho de bastante ingenio, decía que don Pantaleón Atapuercas era el hombre más parecido al animal, opinión que el mencionado cadetillo desmentía sañudamente, diciendo que era el animal más parecido al hombre.

Con todo, el sobrino de don Silvestre, no sólomente era necesario en el registro, sino imprescindible, pues su pobre educación le hacía audaz para meterse en todas partes en busca de compradores. Todas las mañanas, muy temprano, recorría los hoteles de Buenos Aires y se zampaba en las habitaciones de los comerciantes de campaña que aún estaban acostados, á los cuales despertaba con una broma delicada, como ser tirarles una zapatilla, quitarles de repente las cubiertas de la cama, ú otra semejante manifestación de cariño, que la víctima solía acoger en esta ó parecida forma:

“Aquí está el *Gobernador de Soria*. Te he conocido en las pisadas; porque vos, cuanto más rico te vas haciendo, pisás más fuerte. Dentro de poco, cuando figurés en las chapas, después que se haya retirado de la casa Don Teodoro Foronda, tus pisadas se van á parecer á las de los elefantes...

Pero, ché hermano, eres más bruto que un cerrojo. Parece mentira que en tantos años de América no te hayas refinado algo más. Es inútil, ché hermano, la cabra... digo, los cabreros, siempre tiran al monte.,,

—Bueno, ché compadre, dejáte ahora de cabras y de cabreros. Vamos á ver: ¿qué necesitás?... ¿bramante? ¿percales? ¿ponchos?... Ya sabés que yo siempre te vendo baratito, cambiando la plata no más, ché hermano.

—¡Ah, hijo de una gran flauta! En el viaje pasado me clavaste con los ponchos; yo los pude haber comprado más baratos en casa de los *Sobrinos de Chubasco*, si hubiera ido á ella antes que á la tuya.

Al oír esto, Pantaleón arrojábase en la cama, estrujaba con sus manoteos al comerciante *pajuerano*, le hacía cosquillas, le sobaba despiadadamente, y por fin, acercándose mucho á su oído, le decía muy quedo, pero con voz ronca y nerviosa: “Dejáte moler, ché compadre... Los Chubascos están fundidos, y cualquier día ¡crak! se los lleva la gran flauta.,,

Desde que se constituyó la nueva sociedad, Pantaleón trabajaba como un negro, (de los que trabajan;) salía el último del registro á altas horas de la noche, después de haber ayudado á separar y encajonar todas las mercancías vendidas; y al día siguiente, vuelta á la tarea; por la mañanita á los hoteles, luego se ponía en la puerta del registro, y no pasaba un sólo comerciante de campaña á quién él no le echára sus zarpas en los hombros, y que

quiera que no, le metía adentro, le agasajaba brutalmente, y déle ofrecer artículos y más artículos, tratando de convencerle, con una perorata changadoril, encaminada á poner de relieve la bondad del género y la indiscutible conveniencia de su precio reducido. "Llévalo y dejáte de moler. No seas alcornoque y guiáte de lo que yo te digo, porque ya sabés que se acabaron las madres que parían hijos mejores concedores que este cura, (*dándose un golpe en el pecho*) de lo que es el artículo, de lo que vale y del precio á que se pueden vender.,"

Pues con este lenguaje pintoresco, y tratando á todo el mundo soezmente, era Pantaleón el mejor vendedor que en aquella época existía en Buenos Aires. Muchos interpretaban como franqueza estos desmanes de la audacia; otros iban al registro por reirse de él y devolverle dicterio por dicterio y grosería por grosería; y los más, compraban en aquella casa porque realmente vendían muy barato, debido á las habilidades aduaneras de Vicharo, cuyo secreto sólamente éste y Foronda poseían.

Excusado es decir que la casa prosperó de una manera inusitada, colocándose á la cabeza de todos los registros bonaerenses, y llevando, como quien dice, la batuta en el mundo de la percalina y del bramante.

Cierto que no menos podía esperarse de sus tres sócios principales, columnas herculáneas de la vida mercantil, pues cada cual en su esfera, no tenían sustitución posible. Teodoro era el director general de los negocios, la fuerza moral de la casa, lo que

podríamos llamar el encauzador de las altas finanzas. Tenía á su cargo las operaciones bancarias y bursátiles, las compras de importancia en plaza, los pedidos de telas que se hacían á los fabricantes de Paris y Manchester, el manejo de los títulos de renta, la redacción de la correspondencia dirigida á los comitantes europeos, la remisión de giros y todas las demás tareas relacionadas con negocios de gran magnitud y que demandaban serios cuidados.

Por espacio de algunos años tuvo á su cargo las compras con destino á la Babilonia, y la venta en Buenos Aires de los frutos que aquella le remitía; pero disuelta la sociedad con Don Miguel Guriezo, después que éste se hubo retirado á Europa, hízose cargo de todo Ruperto Sobremonte, al cual, dicho sea de paso, ayudó Teodoro cuanto pudo, facilitándole dinero, abriéndole crédito en todas partes y portándose, en una palabra, como un verdadero amigo.

Foronda supo heredar todo el prestigio social y comercial de Don Silvestre Ruano, y hasta lo aumentó considerablemente con su finísimo tacto para tratar á sus colegas, entre los cuales gozaba fama de ilustrado y de consejero insuperable. A los ocho años de establecido en Buenos Aires, era la primera figura del comercio mayorista, ejerciendo gran influencia en los círculos mercantiles, donde siempre era requerida su presencia y se daba singular importancia á sus opiniones. Fué dos ó tres veces síndico de la Bolsa de comercio, y constantemente intervenía en los arreglos privados que realizaban las casas en

estado decadente; avenía á los s3ocios reñidos, zanjando sus conflictos y disidencias; aconsejaba á los principiantes, inici3ndoles en la marcha de los negocios, les facilitaba el cr3dito en los bancos y les recomendaba á las casas exportadoras de Europa; colocaba muchachos que habían llegado á Am3rica en tan boyante estado como 3l, y muchos, m3s desarrapados todavía; les daba algunos pesos, y nunca les cobró la primera muda americana, mostr3ndose en todas ocasiones infinitamente m3s espl3ndido que don Sivestre Ruano, excepto en materia de consejos, pues Teodoro creía, por experiencia propia, que los mejores consejeros del hombre son los tumbos y desengaños con que es necesario apechugar en la vida, y los cuales sirven para blindar las voluntades flojas y los espíritus enclenques, siendo ellos el s3lido y esmeril amasijo para la formaci3n de los grandes car3cteres.

Los elementos de ing3nita cultura que le adornaban, se fueron perfeccionando paulatinamente con el trato de hombres regularmente instruidos, cuya amistad buscaba disimuladamente Teodoro, el cual procuraba intercalar en su conversaci3n la mayor cantidad posible de terminos finos y frases alambicadas, usadas sin asomo de afectaci3n y con naturalidad perfectamente disfrazada. Di3se tambi3n á la lectura de amenos libros, prefiriendo la novela de costumbres y algo psicol3gica, en la que su espíritu observador encontraba gran embeleso. Los peri3dicos, que vienen á ser como ciertos amigos de f3cil palabra que demuestran una ilustraci3n que no

tienen, leíalos siempre con avidéz y con detenimiento inmerecido, conservando en su memoria, en la confusa y enmarañada forma con que se escriben, los episodios de una noche ó de media mañana. Hablaba con bastante perfección, y sólo en momentos de irascibilidad, á la cual era muy propenso su carácter, empleaba algunos conceptos gauchescos, de esos que sintetizan de una manera redonda y expresiva el desdén y la ironía sangrienta.

He aquí un detalle que conviene consignar en honor de la vigorosa inventiva forondina. Teodoro fué el primer registrero de Buenos Aires que inventó la patraña esa de tener casa en Paris, llamando de este modo á la habitación que en algún cuarto piso de la capital francesa ocupaba el comisionista ó comprador del registro bonaerense, cuyas relucientes chapas rezaban así:

“Foronda, Vicharo y Cia.”

Importadores

Casa en Paris

Rue de la Gironde N° 15

La ingeniosa innovación dió su campanillazo entre los comerciantes de las calles Rivadavia y Victoria especialmente, los cuales estaban de acuerdo en que Teodoro tenía mucho talento y era el importador más espabilado que se conocía en los anales del trapo.

En el espacio de muy pocos años, Foronda se hizo popularísimo en la capital Argentina. Varias socie-

dades de carácter filantrópico, le hicieron su presidente, y de casi todas era miembro directivo.

En la esfera mercantil, su nombre estaba en todas partes. Fué presidente del *Club del Comercio*, de la *Unión de Introdutores*, secretario de la asociación *Fomento de Buenos Aires*, miembro de la *Directiva del Desarrollo Rural*, y, como ya digimos anteriormente, síndico de la *Bolsa de Comercio*. También fué candidato para director del banco *Universal del Rio de la Plata*, la más importante institución de crédito que existía en Buenos Aires; pero, al producirse la votación entre los accionistas, salió vencido por uno de los sobrinos de Chubasco, hombre muy relacionado, entrometido y dotado de una actividad ardillesca.

No menos útil que Foronda, era en los negocios el criollo Vicharo. Cualquier elogio que prodiguemos á su carácter, resultará pálido ante su extraordinario mérito. ¡Qué deliciosa informalidad la suya! Tenía eso que se llama dón de gentes, la facultad de agradar, la condición ingénita de reclutar amigos y conquistar voluntades. Para todos los hombres y para todas las ocasiones tenía conceptos agudos, frases oportunas, dulces ironías, que en lugar de mortificar á la victima, le arrancaban una carcajada. Para él los Ministerios, los Tribunales y demás reparticiones de la administración pública, no tenían antesalas. Con una salida, con un chiste, hacía desarrugar el ceño al más adusto de los oficiales mayores y aún al más infuloso y empingorotado de los ministros. Sabía burlarse de todo

con mucha gracia, con sin igual donaire, comparando las cosas más respetables con las más risibles. Si le hubiera conocido el gran De Amicis, le hubiera incluido en la colección de su famosa obra *Los Amigos*, apodándole con el título de el *amigo trucha*; porque nadie le aventajaba á sacar mejor partido de las amistades, ni á utilizar las bellísimas prendas con que le dotó la Naturaleza para vivir en una sociedad donde todo es fugaz, movable, en que la amistad se funda en la débil raíz de una impresión, de un chiste, de una agudeza.

No quiere decir esto que don Carlos fuese un egoistón. Nada de eso. Utilizaba á los amigos; pero también se dejaba utilizar por ellos, pues era generoso hasta el derroche, un consumado socialista en materia de intercambio de servicios; y en la vida íntima, en las francachelas, un dispendioso simpático, un derrochador inconscientemente rumbo.

Vicharo era conocidísimo entre los fanales de nuestra administración pública, por cuyo organismo corre una jocosidad truhanesca, que presenta á la burocracia como al más acabado modelo del bandolerismo de levita. Conocía y se hallaba vinculado por los estrechísimos lazos de la conveniencia común, con todos los Luis Candelas bancarios, que teniendo por madriguera el socorrido mundo político, ejercen un latrocinio á la alta escuela, modernísimo, de invención exclusivamente nuestra, y que consiste en garantizar, con un prestigio de matachín de atrio ó trapisondista electoral, los be-

neficios recibidos en tangible moneda por conducto de los fieles guardianes del tesoro público.

Todas estas relaciones constituían el capital más valioso con que don Carlos Vicharo concurría al progresista desarrollo del registro, en el cual, además de intervenir en su marcha general, cuya dirección asumía Foronda siempre de acuerdo con él, desempeñaba tres cargos especiales y muy importantes, á saber: el manejo absoluto de los asuntos aduaneros, para lo cual tenía empleados formados en su misma escuela; la representación de la casa en los Tribunales, á fin de activar todos los expedientes por cobros á los morosos, quiebras y otros percances comerciales, que resolvía en unión de un abogado íntimo suyo, y cuyo talento jurídico consistía en una estrecha amistad con los jueces.

También se hallaba á cargo de Vicharo lo que llamaremos dirección política del registro. Nos explicaremos con mayor claridad. Cuando algún politicastro barullento y afecto al sonsonete de las inconscientes manifestaciones públicas, necesitaba el apoyo moral del comercio para ocupar un alto puesto, Vicharo era el resorte ó la piedra de toque, para mover á nuestro cosmopolita mundo mercantil, y Foronda la palanca ostensible para producir el movimiento. Al efecto se hacía una solicitud diciendo que el doctor Fulano... ¡cuándo no había de ser doctor!.. que el doctor Fulano era ésto y lo otro y lo de más allá, (todo bueno, por supuesto,) ilustrado patriota, abnegado, el colmo, en una palabra, de la hombría de bién, por lo cual el comercio de esta

plaza vería con gusto que tal portento de honradéz se pusiera al frente de la Aduana, de la Dirección de Rentas, del Ministerio que maneja las finanzas ó de otra repartición cualquiera. La solicitud, firmábala al pié Teodoro Foronda, con el rubro del registro, lo cual era suficiente para que desde la plaza Victoria hasta la de Lorea, no quedase un solo comerciante, sin firmar aquella petitoria colectiva, demostrando todos, que su voluntad era la voluntad de don Teodoro, sus ideas políticas las mismas de don Teodoro, y su criterio, en fin, algo como una derivación del criterio de don Teodoro. ¡Qué admirable discernimiento! Y sobre todo, ¡qué independencia de juicio! No es extraño que la opinión del comercio pese tan poco en el ánimo de nuestros gobernantes, y tenga tan escasa influencia en las decisiones de los altos dignatarios. Muchos cerebros, discurriendo por uno sólo, es un caso asombroso de reducción craneológica, y bien mirado, no es cosa de tener muy en cuenta una opinión que parece colectiva y en realidad es individual, y, por lo tanto, personalísima.

No terminaremos ésta breve semblanza de Vicharo, sin atribuirle el singular mérito de sus conocimientos hípicas. Cual consumado genealogista, conocía admirablemente el abolengó yeguarizo de cuantos potrillos pisaban nuestros hipódromos, haciendo análisis mentales de la sangre que circulaba por las patas de un favorito, por lo que, ¡claro está! siempre que apostaba en las carreras, era infalible que saliese... perdiendo.

Por lo demás, era Vicharo una excelente persona. Entre él y Foronda mediaba una amistad estrechísima; se profesaban verdadero y sincero cariño; no había entre ellos reservas de ningún género, ni en lo concerniente á los negocios ni en lo relativo á la vida privada, y hasta hallábanse vinculados por un parentesco accidental, que más adelante explicaremos.

A Teodoro se le tenía gran respeto en el registro, empezando por Atapuerca, el cual sólo respetaba dos cosas, ó dos entidades: á Dios allá arriba y á Foronda aquí abajo; á su juicio, tan infalible era Aquél en la gloria eterna, como éste en el mundo del percal. Con Vicharo tenía Pantaleón mayor confianza, por haber trabajado juntos desde muchachos, bajo la férula educacionista de don Silvestre Ruano. Además, el carácter de Carlos, era de esos que incitan á no tener respeto á una persona, bien distinto en ésto á Teodoro, que usaba, en todos los actos ostensibles de su vida, una irreprochable compostura.

El año 85 giraba el registro por más de tres millones de pesos. Foronda nadaba en la opulencia, á lo cual contribuyeron poderosamente las pingües utilidades que le dió la Babilonia en los últimos años que fué socio de ella. Atapuerca, que era muy económico, también tenía una bonita posición. Vicharo era más rico que Pantaleón; pero mucho menos que Teodoro, porque sus estudios genealógicos sobre la raza caballar, le habían salido muy caros.

Hemos descrito, aunque someramente, la razón

social de este famoso triunvirato, poniendo de manifiesto lo que está al alcance de todos los ojos, aquello que pertenece á la vida regular y ostensible del comerciante. Fáltanos ahora lo oculto, lo íntimo de cada sócio, y, sobre todo, lo relacionado con Teodoro Foronda, principal personaje de esta historia. En su pecho comienza á germinar un dolor profundo, cuyas siniestras garras le amenazan implacables. ¿Logrará vencer al terrible mónstruo, ó será por él vencido?

Parecerá extraño que sufra un hombre, cuando la fortuna, principal anhelo de su mente, se le ha mostrado pródiga, en forma de sendos millones; pero, ¡ay! no solamente la riqueza constituye la felicidad. El corazón humano tiene exigencias más duras que la misma vida material, y no es siempre el dinero lo que puede aplacar sus ánsias; ese pedacito de nuestro sér, suele palpar muy alto; tiene voracidades de sentimientos dulces; ambiciones de cariño, glotonerías de amor, que no se compran con moneda acuñada, como las glotonerías del buche.

Teodoro sufría, y lo que es aún más triste, tenía el presentimiento de pertinaces y hondos tormentos venideros. La causa de tan lúgubre presagio y de tan dolorosa profecía era... Pero, guardemos orden en la narración. Los capítulos siguientes esplicarán la causa de tan siniestros temores...



XXVII

EL QUE NACE BARRIGÓN...



MEDIADOS de Octubre de aquel año, (del 85) vino Ruperto Sobremonte á Buenos Aires, á fin de realizar las compras de verano destinadas á la tienda de la Babilonia. Añahualpa había progresado muchísimo, y si no consumía confecciones de Worth, usaba, por lo ménos, finos tejidos de seda, lanilla y estambre.

No bien entró en el registro, comenzó Atapuerca á sobarle de una manera despiadada, ofreciéndole artículos y palmoteándole sin cesar. Aquellos respingos del *Gobernador de Soria*, aveníanse medianamente con el natural sério y juicioso de Sobremonte, el cual díjole en seguida: "Siempre serás aldeano, aunque tengas más millones que Creso. Por más que te enjaecen de oro, siempre has de ser un pobre palurdo."

—¡A la porra, qué refinería debe de haber en

Añahualpa! Pero, ché hermanito, dejáte de ser pulido, porque ya sabemos que tu pueblo está poblado de beduinos... Pero no hagás caso, ché compadre, de este bárbaro, y decíme: ¿qué me vas á comprar? Tengo un bramante de patrón de mico, y unos ponchos de rechupete, y unos tapados, amigo, que dan la hora, y unos pañuelos macucos... Pero, ché compadre, ¿cómo te has enflaquecido!... La avaricia, amigo, la avaricia no te deja echar carne... ¡Ah!, hemos recibido unos percales así, (*dándose un beso en la punta de los dedos.*) Te van á convenir; yo te lo garanto. No los encontrás iguales en todo Buenos Aires... ¡Pero, compañero, se te está llenando la cabeza de canas!.. Eso, ché hermano, es de tanto pensar para sacarles los centavos á los añahualpudos... Pues sí, te juro, ché viejo, que te van á convenir los percales. Son una verdadera pichincha; te los voy á enseñar para que te convenzás.

—¡Nó, hombre, nó! Eres más impertinente que las moscas. Déjame en paz ahora, porque me voy á cenar. Mañana vendré por acá.

—Bueno; pero no vayas á ninguna otra casa sin ver primero los artículos que tenemos. Ya sabés que hay que ayudar á los paisanos.

—¡Sí, hombre, sí!

—Cuidado con faltar á tu palabra, ¿eh?

—¡Nó, hombre, nó!

—Ya sabés que entónces perdemos las amistades.

—El mal sería para tí.

—¡Oigan al compadre añahualpudo...! No embro-

més, ché Sobremonte. Te espero sin falta. O si nó mejor será... Por la mañanita temprano, me tienes en el hotel.

—Dios te libre de semejante cosa; porque te pego un pistoletazo en cuanto asomes las narices por la puerta de mi habitación.

—¡Já, já, já!

—¿Te ries? Como hay Dios que al día siguiente dicen los periódicos que he matado al *Rosas de la percalina*.

Oyóse una risita infantil detrás de una pila de lienzos. Era el cadetillo, que con la mano puesta en la boca, no pudo reprimir la carcajada que se le escapó entre los dedos.

Pantaleón se asomó por encima de la estiva, y al ver acurrucado al muchacho, de sus zafios labios salió un chorretazo de improperios, que hicieron huir precipitadamente al cadete, lo mismo que huyen los pájaros cuando sienten el exterminador graznido del avechucho.

En el momento que salía el dueño de la Babilonia, entró Foronda en el registro, y al ver á Ruperto, dirigióse hácia él con los brazos abiertos.

—¡Querido Sobremonte! Qué tal; ¿cómo te vá? Y los negocios, ¿cómo marchan?„

—Ahí vamos, amigo Foronda; de salud bien, y de los negocios no podemos quejarnos. Y á tí, ¿cómo te vá?

—Siempre lo mismo, machaca que te machaca para defender el santo garbanzo. Pero, en fin, vamos saliendo adelante.

—Bien, hombre, bien; ya sé que te estás haciendo más rico que Anchorena.

—No creas; son habladurías de la gente. De cualquier manera, prefiero que así lo crean, y no que me tengan por pobre, porque ya sabes como es el mundo; mejor se inclina á favorecer á los que están arriba que á prestar su apoyo á los hundidos. La fama de rico allana muchos caminos para llegar á serlo realmente.

—Con vendedores como Atapuerca, los registros, amigo, son verdaderas minas de oro.

—Es tremendo el *Gobernador de Soria*. De seguro que ya te habrá mareado un rato,—repuso Teodoro riéndose.

—¡Calla, hombre! Antes de saludarme, ya comenzó á ofrecerme ponchos, percales y la mar.... Además me ha prometido ir por la mañana tempranito á mi cuarto. Le aseguro al señor *Gobernador*, como me llamo Ruperto, que si tiene tan infeliz ocurrencia, no se escapa sin que le rompa la crisma con el cacharro que se guarda en la mesa de noche.

Todos los dependientes se echaron á reir. También Pantaleón se reía, y Foronda, y el mismo Ruperto.

Al cabo de breves instantes, Teodoro dijo al viajero:

—Te invito á cenar. Vente y charlaremos un rato, recordando nuestros buenos tiempos babilónicos.

—Perfectamente; vámos allá. Ya sabes que yo soy buen gastrónomo y resulto un convidado algo caro.

Foronda llamó al primer cochero que acertó á pasar por delante de la puerta del registro, dióle las señas de una casa situada en los bordes de la ciudad, y el carruaje partió con los dos amigos. En cuanto cerraron la portezuela y se acomodaron en los asientos, Sobremonte preguntó al registrero, como quien de pronto se acuerda de algo importante que hasta entónces se ha olvidado:

—¿Y cómo están los muchachos?

Al pronto, nada contestó Teodoro, poniéndose ligeramente sombrío; pero obligado á responder, dijo, con el mayor laconismo, cual si se tratase de personas extrañas:

—Están bién.

—¿Habrán crecido mucho? ¿Qué edad tienen?— volvió á preguntar Ruperto, sin reparar en el efecto que sus interrogaciones hacían á su amigo.

—Sí, han crecido bastante. Simón tiene ya 17 años, y 15 Teresita.

—¿El muchacho sigue estudiando derecho?

—Siempre estudia. Ha comenzado á cursar el tercer año. Dentro de otros dos vendrá á aumentar la plaga de enredadores que anualmente salen de la Universidad, para mal de la política, de la administracion pública y de la paz del país. Parece que va á ser un doctorazo de primera fuerza. Conoce mucho las leyes escritas; pero desconoce otras más esenciales, que dificilmente llegará á penetrar con su talento incipiente,—terminó Foronda con ironía y displicencia impropias de un padre.

Y en seguida, como quien pretende desviar la

conversación de un asunto desagradable, Teodoro por decir algo, preguntó al dueño de la Babilonia:

—¿Hace mucho que no recibes carta de la tierra?„

—La última que he recibido es en la que me anunciaban la muerte de Guriezo. También tú recibiste la triste nueva, según me decias en una de tus últimas cartas.

—Sí; también á mí me escribieron anunciándome su fallecimiento. ¡Pobre don Miguel! Tanto como él se afaná, para que al fin...

—¡Ah, pues no sabes lo mejor! Me dicen que en cuanto llegó, hizo cerrar el cementerio que rodeaba á la Iglesia del pueblo, y construyó por su cuenta uno nuevo en las afueras, porque decía que era antihigiénico enterrar á la gente, como quien dice, delante de las puertas de las casas. Y, ¡mira tú lo que son las cosas!... El primero que estrenó el cementerio fué él. Me dicen que cuando le cogió la enfermedad estaba por volverse á América, porque se aburría soberanamente en aquel pueblo triste y rutinario, donde se nace zagal y se muere pastor, y donde las mayores transacciones comerciales consisten en velas para alumbrar á los santos, y es el cura la personalidad descollante y su ama la principal señora, gobernando entre ambos los sentimientos del vecindario y hasta sus hogares y hacienda. Creo que tuvo algunas cuestiones con el párroco, porque no quería confesarse, haciéndolo, al fin, momentos antes de morir, obligado por las repetidas instancias de sus lejanos parientes. Decían en el pueblo, que se confesó por miedo á la

muerte, y que era hereje, siendo voz corriente que toda su riqueza la había adquirido comprando y vendiendo negros.

—¡Qué barbaridad! Aquellos palurdos son tremendos. En medio de su crasa ignorancia y nativa rudeza, no tienen un sólo pensamiento bueno. Fuera del estrechísimo círculo en que viven, todo creen que es irreligiosidad, descreimiento, infamia. Ellos tienen todos los defectos, todas las pequeñeces que residen en el fondo del corazón humano, y como carecen de esa cultura, que es el freno de las pasiones torpes, resultan insufribles en sus juicios, en sus palabras y en sus acciones. El hombre puede ser malo por fatalidad, por error de creación, como decía el pobre don Miguel; pero nunca debe demostrarlo, porque en tal caso, además de malo es bruto, lo cual implica un retroceso hasta los paradisiacos tiempos en que el hombre no había salido aún de su estado natural. La educación es el más hermoso disfraz del hombre. Es como la madre selva para ocultar las berrugas de la parra... ¡Qué ratos le habrán dado aquellos baturros! ¡A buena parte fué el infeliz con sus ideas avanzadas y su contundente lógica!.. ¿Tú conoces una novela que se titula Doña Perfecta? Pues todo lo que dice en ella Galdós, es la pura verdad. Todos nuestros paisanos son orbajosenses.

—Las últimas palabras que salieron de los labios de Guriezo,—añadió Sobremonte—creo que fueron para pronunciar tu nombre y el de Teresita. Se estaba muriendo, y me aseguran en la carta, que

dijo: “¡Ay, si estuviera aquí Teresita, para darla mi último beso!,,

A ésto, nada contestó Teodoro, lo cual, no dejó de llamar la atención de su acompañante.

El coche que les conducía, paróse, tras media hora de viaje, frente á una casa de las inmediaciones de Palermo. Foronda abrió la portezuela y dijo á su amigo:

“Baja, que ya hemos llegado,,

—Vives lejos del centro,—observó Ruperto.

—Yo no vivo aquí... es decir... en fin, entra, porque es como si estuvieras en mi casa.

El comerciante añahualpense limitóse á preguntar con socarronería:—“¿Trapicheitos tenemos? ¿Bollada, che hermanito? ¡Amigo, el que nace barrigón!.. ya sabes, es inútil que le fajen...

¡No, hombre! es una amiga, con quien tengo mucha confianza... No seas calumnioso... Vamos, anda, entra...
•

—Un momento, amigo Teodoro... Si se trata de que yo sea un santo de palo, ó desempeñe el papel de cirio pascual, perdóname... No entro.

—Pero, ¡qué desconfiado eres! ¿No te digo que se trata de una amiga simplemente?

—En ese caso, vamos allá... Pero...

—¡Anda, hombre, anda; no seas maula!,—dijo Teodoro, cogiéndole del brazo.

Entraron en la casa, que por cierto, ofrecía un conjunto exterior bastante agradable. No bien llegaron al pátio, una mujer, cruzando entre grandes macetas de flores, salió á recibirles. En cuanto se

juntaron, Teodoro dijo á Sobremonte: "Te presento á mi querida amiga Purita Garachán., Y en seguida volvi6se hácia ella y le presentó al dueño de la Babilonia, diciendo:

"Aquí tienes á mi amigo Ruperto Sobremonte, ex-compañero de fatigas, y de quien tantas veces te he hablado.,"

Purita, con esa amable sonrisa, que para saludar á los hombres esteriotipó en los lábios de la mujer el ángel de la tentación, exclamó, alargando su menuda mano al comerciante: "¡Tantísimo gusto, señor Sobremonte! Efectivamente, Teodoro me ha hablado muchas veces de usted, y tenía verdadero interés en conocerle.,"

—Muchas gracias, señora... ¿Señora ó señorita?

—Como usted quiera; es lo mismo... Pero, pasemos á la sala... ¡Ay! usted perdone, don Ruperto, que le reciba así, con esta facha. ¡Qué vergüenza!

—¿Por qué? No haga usted caso. Yo soy muy liso y muy llano. Además está usted hasta elegante.

—¡Por Dios, señor Sobremonte, no me diga usted semejante cosa!.. Con estos claveles, ¡viera usted! es una cosa tremenda. Todo el santo día hay que estarles echando agua, porque si nó, ponen una cara tan mustia, tan lácia, que dá pena... ¡Los pobres, qué le hemos de hacer! Hay que regarlos, y, claro, se pone una, ya ve usted, echa una miseria... ¡Vaya todo por Dios!... ¡Pobres flores!, son tan alegres, y se les llega á tomar tanto cariño, que... Pero, pasemos á la sala... Vengan, vamos Teodoro, pase usted, señor Sobremonte...

—No, usted primero... No consiento... Vamos, hágame usted el favor...

—Vaya, como usted guste. ¡Qué don Ruperto tan cumplido y tan...

—No crea usted, señora. Por esas pampas de Dios, se hace uno muy rudo y se pierden completamente los hábitos de hombre sociable.

—¿También modesto? Vaya, vaya, está lleno de buenas prendas este señor Sobremonte. Con razón me ha hecho Teodoro tantos elogios de usted.

—Son méritos inmerecidos que le atribuyen á uno los buenos amigos. No haga usted caso, señora. Usted se ha formado un juicio equívoco de mi pobre persona.

—¡Quiá!, no señor, todo lo contrario.

—Mira, Purita,—dijo Foronda;—nosotros hemos venido, no sólomente á visitarte, sino á comer contigo. Con que, ya lo sabes... Dá orden á la cocinera para que nos prepare algo extraordinario... y perdona la franqueza.

—¡Pero hombre! ¿Y por qué no has avisado con tiempo? Ahora no tenemos más que la comida ordinaria. ¡Si lo que á vos no se te ocurra, vaya, no se le ocurre ni al mismo Demonio.! ¡Qué cosas tienes! Vamos á ver: ¿qué te costaba enviar un papelito diciéndome: "Prepara algo, Purita, ésto ó lo otro, (lo que sepas que más le gusta á don Ruperto;) á tal hora estaremos ahí, espéranos con la mesa puesta, etc. etc... En fin, cualquier cosa, y no pillarla á una así, descuidada. ¡Jesús, qué hombre éste.! Todo lo quiere improvisado, de pronto, de

pronto. ¿No ves, hombre, que no se puede hacer las cosas de prisa y corriendo.? ¿Qué va á decir ahora el señor Sobremonte.? Que le hemos tratado muy mal, que ha comido detestablemente, que no se puede venir á nuestra casa, que... En fin... con su permiso, señor Sobremonte, voy á ver si combinamos algo con la cocinera... y usted perdone,—agregó, corriendo hácia la cocina;—usted perdone lo mal que le vamos á tratar. Échele la culpa á su amigote, que por descuido, la hace á una ponerse colorada y pasar cada bochorno!...

—Si usted se molesta en lo más mínimo,—manifestó Sobremonte—me marcho en seguida. No lo tolero, ¡no faltaba más.! De ninguna manera, doña Pura, de ningún modo consiento... ¿Dónde vamos á parar?... Comeremos lo que haya, lo ordinario, lo que esté preparado. Nada de alteración, nada de molestias. Sabe mejor lo bien repartido.

Cuando dijo ésto, ya estaba la amable señora en la cocina, y se percibía desde la sala el ruido de la batería, puesta en movimiento por la activa cocinera.

A Ruperto le llamó mucho la atención aquella familiaridad que existía entre Purita y Teodoro. Éste, á fin de eludir una contestación franca á la pregunta que pugnaba por salir de los lábios de su amigo, con la disculpa de visitar las flores, llevóle al patio, á un lugar donde su conversación pudiese ser oída, de manera que el comerciante añahualpense no pudiera ser indiscreto.

Era Purita Garachán una mujer adorable sin ser

bonita. Frisaba en los 28 años, y había en las líneas y contornos de su cuerpo, cierta armonía que obligaba á olvidar la escasa esbeldéz de su talle. De pequeña estatura, hallábase bien amasada de carnes, no fofas, porque les daba singular aire y actividad el movimiento nervioso que residía en toda su persona. Sus brazos eran marmóreos, corta la mano, los dedos tan finos y enchorizaditos, que incitaban á desearlos como dulces dogales; el seno, tieso, turgente y un poco egoísta de espacio; la garganta tan atractiva como el pecado en figura de virtud rendida; el pié, por lo pequeño, hubiera estado fuera de concurso en una exposición de hormas. Alguna tacha podría ponerse á la cara; pero lo que es á los ojos...! Eran como focos atizados por la idea del deleite, negros y redondos, como las endrinas, movibles, escudriñadores, dotados de la inquietud del argadillo; ojos que son como un sutil instrumento que hurga, revuelve, agita la sensibilidad y suscita rabiosamente el anhelo posesorio bajo el poder punzante de sus miradas.

Hablaba de prisa, con encantadora frivolidad, y notábase en ella un marcado deseo de ser agradable, condición generalizada en la mujer, cuya aspiración eterna es llegar á inculcar en el ánimo de todos los hombres la inclinación de que se la desee. La virtud femenil más firme, no excluye esta tendencia, que es el único rasgo bien definido en el complejo mundo de las faidas.

Para decirlo de una vez, había en Purita Garahán, vestida con los trapillos de labor, ese con-

junto atractivo, esa quisicosa que trastorna al hombre, estableciendo la más espantosa anarquía entre los elementos que vibran y los que discurren, hasta que producida la revolución, asumen aquellos la más absoluta dictadura, previo el asesinato de la voluntad y el desalojo de la infatuada sensatez, que huye despavorida ante la viril proclama de los nervios y ante la briosos petitoria de los sentidos, cuya posesión debe el hombre al fluido luceferino que, en un descuido de Dios, puso el Angel revolucionario en los ojos de Eva, para que ésta mirase á Adán, que aún se hallaba en bloque, y perfeccionase su barro, inoculándole la fiebre amorosa, hasta que fuera capaz de besar mordiendo... como diría, aunque mucho mejor dicho, Rubén Darío, en uno de sus bellos y sensibles arranques de gallardo simbolista.

Al ver á Purita tan esplendorosa y bien concertada de formas, con sus ojos incitantes, de mirar inquieto, despidiendo luces por entre aquellos hilos de seda negra que les servían de pestañas; y al contemplar su cuello, digno de las gargantillas de una duquesa, con su ligero cordón de blanca carne, como la rolliza muñeca de un niño, era inevitable que la idea del pecado branara en el cerebro, cual desquiciado loco entre las rejas de su celda. Y luego, aquella tonalidad melosa de su palabra con timbre de esquila de plata, aquella impremeditación en los conceptos, aquel afán de amenidad y aquella manera especial de reirse sin motivo y de ponerse grave por igual causa, tenían un encanto ir-

resistible, que hubiera hecho exclamar al más profundo analítico: "¡Qué mujer tan interesante!,,

Y, sin embargo, ya lo hemos dicho, no era una beldad; pero en su alma había algo, indudablemente hermoso, que se traslucía en su semblante, en el gesto, en los movimientos; parecía que por donde pasaba, en la atmósfera, en el color del espacio, quedaba algo suyo, un reflejo de su mirada, la blanda trepidación de sus pasitos cautelosos, el eco del suave crujido de sus faldas, el murmullo de su voz, una como esfumación de toda su figura, un vestigio seductor de... en fin, ¡que sé yo!.. Se necesitan nuevos signos alfabéticos para expresar ciertas formas del sentimiento, y aún así, no se conseguiría, porque como dijo Larra: "las teorías se exponen; los sentimientos se sienten.,,

Nada había en ella de esa melancolía insípida que tanto sugestiona aparentemente á los poetas mándrias, cuya tísica imaginación vive enamorada de las ficciones fraguadas en el laberinto de su mente escurridiza. En Purita todo era vida, ardimiento, salud y alegría. Más que á contemplarla con lloriqueos ritmicos, invitaba á llegar hasta su oído y soplarle en la sonrosada orejita una picardía venial, una agudeza de doble sentido, de esas que alegran el corazón de la mujer y satisfacen su presunción.

No se crea por esto, que la alegría había sido patrimonio eterno en aquella mujer, pues esta fortuna nadie la consigue en la tierra. También ella había llorado y sufrido amarguras, de esas que es-

trujan el corazón. ¡Y quién sabe lo que aún la reservaba el destino!

Acompañaba á Purita una mujer de edad, una *misia* tirando á parda, cuya obligación en aquella casa, era servir, como de ama de gobierno, á su dueña. Era una de esas viejitas encanijadas, con el rostro arrugado, semejante á los higos secos; una de esas casi beatas, que llevan eternamente el rosario en la muñeca, cual si fuera la cadena de sus culpas, y que aparentemente, no ven nada, viéndolo todo, y poseen en absoluto la ciencia del disimulo, más un poder indagatorio, en materia de virtudes inseguras, que dejarla tamañito al famoso policiaico pintado por Hugo en los *Miserables*. Llamábase esta venerable señora, Francisca Calamar, aunque este nombre fué sustituido en la casa por el familiar de doña Paca, haciéndole Pura aún más diminutivo y cariñoso, pues llamábala siempre doña Paquita. Aunque ningún vínculo de parentesco las unía, considerábanse entre ellas como miembros de una misma familia, y juntas lloraban, juntas se reían y juntas repasaban el rosario de las oraciones y el rosario, no menos largo, de las peripecias de la vida.

Entre Purita y la cocinera, improvisaron la comida, ó mejor dicho la cena, en un periquete. Tan pronto se sentaron á la mesa, la vieja preguntó, dirigiéndose á Teodoro: “¿Y cómo no ha venido Vicharo? ¿Tanto quehacer ha tenido?”

—No le he visto hoy en todo el día, doña Paca,
—respondió Foronda—Creo que ha estado muy ocu-

pado en la Aduana hasta las dos de la tarde. Después se habrá ido á las carreras. Ya sabe usted que hoy es jueves, y él no falta nunca este día en el hipódromo.

—¡Buen vicioso está hecho don Carlos!—dijo Purita; y en seguida añadió, volviéndose hácia Sobremonte:—Mire usted, D. Ruperto, todos los días se lo estoy diciendo á Teodoro: “tené cuidado con ese hombre, porque cualquier día te va á jugar el registro;” pero él, ya lo vé usted, no me hace caso; puede ser que algún día se arrepienta, cuando ya no tenga remedio.

Este entrometimiento, concluyó de disipar las dudas que Ruperto tenía acerca de las relaciones que existían entre Purita y Foronda, por lo cual dirigióle á éste una mirada dura y breve, que podría traducirse así: “¡Me has engañado!”, á la que Teodoro contestó en voz alta y riéndose: “Come, hombre come, y no hagas caso de esta Purita, que á fuerza de ser precavida, siempre piensa lo peor.”

—¡Pero, señor Sobremonte, usted no come nada! —exclamó la dama, poniéndole medio pollo en el plato.—¿Gusta de un poco de ensalada? Sírvase como si estuviera en su casa... Oye, Teodoro, otra vez no traigas á casa amigos tan inapetentes.

—No diga usted tal cosa, doña Pura, porque mis mandíbulas son una locomotora... Si yo soy capaz de comerme la pata de una mesa... Teodoro es el que no come casi nada. Se podría mantener con alpiste, como los jilgueros.

—Vea usted, don Ruperto, este hombre es una

calamidad. ¿No vé usted cómo se está quedando? Yo le digo siempre: "alimentáte, Teodoro, alimentáte, y no cavilés tanto;,, pero él no hace caso, no quiere oírme... ¡Ay, Dios mio, qué paciencia se necesita con él! Se está quedando flaco, demacrado, y se le va llenando de pelos blancos la cabeza... ¡envejeciéndose, señor Sobremonte, envejeciéndose antes de tiempo! Pero, ¿y cómo nó? Si de tanto pensar, no sé cómo no se vuelve loco. Luego, con ese génio que tiene... Míre usted, don Ruperto, cualquier disgustillo, cualquier cosita, una sonsera que tenga con los muchachos, se pone... ¡Virjen Santísima!... una cosa tremenda... Ellos son jóvenes, y claro, tienen la cabeza á pájaros. Hay que dar á cada edad lo que es suyo. También él habrá tenido de mozo sus cosas, sus devaneos. ¡Y que no habrán sido gordos los devaneos de éste! Usted, don Ruperto, bien los ha de conocer. ¡Buén perillán sería usted también allá en sus mocedades!.. No es posible que los jóvenes piensen como los viejos. Es un disparate semejante pretensión. ¿No le parece á usted, don Ruperto?

—Tiene usted razón, señora. La juventud es poco reflexiva. Vive más con los nervios que con el pensamiento.

—Es verdad, señor Sobremonte,—dijo doña Paca, masticando las palabras entre sus amoratadas encías, desprovistas de dientes.—A la juventud no le vaya usted con ideas, sino con hechos. Le gusta más paladear el mundo que analizarle, y, ¡qué demonches! tiene razón, porque vale más gozar que

pensar. Tiempo hay de sobra después para ver las cosas como son, una vez que los desengaños las ponen claritas, no más, igualito que el agua. A los muchachos no se les puede ir con razones de peso... ¡que esperanza!... no atienden, no escuchan, ni más que sea por su bien. Hay que dejarlos, ¡es claro! ¿qué remedio queda?

—Con todo transijo, menos con la indiferencia, —dijo Foronda sombríamente.—Yo, por más tontearías que haya hecho de muchacho, siempre me he acordado de mis padres, siempre les he querido ciegamente.

—¡Pero qué cosas tenés, Teodoro!—exclamó Purita.—También tus hijos te querrán. Son manías tuyas. ¿Cómo no te han de querer? Pues, hombre, ¡no faltaba más! Es que vos sos tan meticuloso, tan susceptible, que por cualquier cosita, por cualquier sonsera no más, ya te suponés una montaña rusa... Y últimamente, si no te quieren, peor para ellos. Con pagarles en la misma moneda... Pero, cambie-mos de conversación... Cóna usted, don Ruperto, y no haga caso de este cascarrabias. Sírvase un poco de estofado... ¿no le gusta? Vaya, venga ese plato; le voy á servir yo misma, porque usted parece que tuviera vergüenza.

—¡Quiá, no señora!... es decir, tengo vergüenza; pero para comer, no señora.

—Ya, ya, comprendo. Pero, ¡qué malicioso es este señor Sobremonte!... Y vos, Teodoro, esta colita de pescado, ¿eh? ¿no querés? Comé, hombre, comé, y dejáte de sonseras. Tomá, viejo, esta alita de pi-

chón... ¡Ay! usted perdone, don Ruperto, esta manera de tratar á Teodoro... ¡Tenemos tanta confianza...!

— Se conoce que le cuida usted mucho,—dijo Ruperto en tono festivo.

—Más de lo que él se merece,—repuso Purita en el mismo tono.

—Mira que merezco mucho,—agregó Teodoro.

—Pues más, mucho más,—afirmó ella un poquito sofocada y encendida.

Doña Paquita dirigióse á Ruperto, y en su rostro rugoso se modeló una mueca mefistofólica, un visage de perspicacia, como si quisiera decirle: “Mire usted, qué bien se entienden estos galápagos. ¡Vaya con los tórtolos!”

Entre tanto, Sobremonte le atizó un pisotón á su amigo y le miró más duramente que antes. Teodoro, se hizo el desentendido, y dijo á Purita, devolviéndola el amoroso piropo: “Oye, *viejita*, mejor será que nos traigan el café. Tocá el timbre. *mi negra*, para que nos lo traigan.”

Ruperto hizo un esfuerzo, una verdadera contorsión de los músculos pulmonares, á fin de provocar en su pecho una tos forzosa, para hacer ver que no había oído aquellos cariñosos epítetos. Es muy común en muchas personas, que no se avienen á tolerar las expresiones amorosas dichas en su presencia, fingir que no las oyen, porque, francamente, el amor es sublime para quienes lo sienten; pero tiene algo de ridículo para los simples espectadores; y no hay nadie que no se sienta

avergonzado, si le obligan á presenciar un coloquio; ni tampoco hay quien deje de reirse si los amartelados son extraños, y presencia á regular distancia sus afanes de cariño idolátrico. Por lo mismo que este sentimiento es íntimo, hondo y grande, se torna en cómico cuando se exhibe con cierta teatralidad. ¡Cuántos dejarían de ser tildados de tontos, si supieran que hay expansiones exclusivamente propias de la alcoba!

Mientras tomaban el café, la experta doña Paca desvió la conversación, preguntando al comerciante añahualpense: “¿Piensa usted permanecer muchos días en Buenos Aires?,”

—No señora: me voy esta misma noche,—contestó Ruperto, mirando al mismo tiempo á Teodoro de un modo tan expresivo, que éste no se atrevió á protestar contra aquella mentira venial de su amigo, la cual era una forma bien clara para manifestarle su deseo de salir cuanto antes de aquella casa.—Y en seguida agregó, volviendo sus ojos hácia doña Francisca Calamar: “Dentro de un rato tengo que estar en el tren. Felizmente, ahora es bastante cómodo el viaje. No se parece á cuando viajábamos en galera, que á mitad del camino se nos molían los huesos, y llegábamos medio muertos á Añahualpa.

—¡Pero cómo adelanta este país! ¿eh? señor Sobremonte—dijo Purita, en tono de gran extrañeza.

—Si señora, mucho, adelanta mucho, ¡ya lo creo!

—Y el adelanto es general, lo mismo en el campo que en Buenos Aires. En todas partes se nota

el progreso, en el comercio, en la industria, en las costumbres, en todo, vaya, en todo.

—Si señora, en todo, y especialmente en las costumbres,—dijo Ruperto con cierta intención.

—Las costumbres están desconocidas,—indicó doña Paca.—¡Vieran ustedes allá en mis tiempos! Daba gusto vivir en Buenos Aires. Todo el mundo vivía á la crioya; pero ahora, con tantos extranjeros, ingleses, franceses, españoles, italianos y el diablo á cuatro, es una verdadera confusión.

—Dígame, doña Paca: ¿de qué nacionalidad son los del diablo á cuatro?—preguntó Teodoro festivamente.

—Quiero decir los gayegos, los napolitanos. ¡Ah, los napolitanos! No los puedo ni ver...

—¿Y por qué, doña Paca?—preguntó riéndose Purita—;Los pobres son tan alegres! Siempre estan cantando y mirando al cielo. Ponen un adoquín, y en seguidita miran hácia arriba; ¡Si son muy buenos! Y cuando barren las calles, ¡pobrecitos! parece que bailan tarantelas.

—¡Cayáte, hija, cayáte! Cuando caminan parece que van pisando huevos. Y luégo, ¡son tan tacaños...! Atendé una cosa: yo nunca les he visto comer más que pan y ceboya... También he oído decir que se comen los cabos de las velas de sebo; ¡Hijita, si es una cosa tremenda!... Al centavo que cae en sus manos, ya le pueden echar un galgo. Se lo meten en el *abujero* de la pata del catre, y adiós; nadie lo güelve á ver. Si les *barriearan* las tripas, no les habían de sacar más que miseria. Güeno que sean ahorrativos;

pero, ¡hija, no tanto! Y, está claro, después no pueden ni tan siquiera mover ese machuco ¿sabés? con que aplanan las piedras de la caye. Si comieran como los vascos de los almacenes... Esos, esos sí que son fuertes. No vienen á Buenos Aires hombres más lindos. Lástima que cuando conversan, no se les entienda ni el bendito... ¡Ay, Dios mio, qué lengua! No parece habla de cristianos.

—Doña Paca será argentina, ¿no es cierto?—preguntó Sobremonte.

—Si señor. Soy porteña, crioya vieja.

—Y Purita, ¿también es argentina?

—Esta buena pieza es charrúa,—dijo Foronda en tono de broma.

La dama miró á Teodoro con expresión amorosa, y exclamó: “¡Vos si que estás buena pieza! ¡Miren el santito este!”, Y en seguida, dirigiéndose á Ruperto, agregó:

—Yo soy *orientala*, de Montevideo; pero, vamos, mis padres eran españoles; mi padre catalán, y mi madre andaluza, del mismo Sevilla; ¡qué mezcla, qué entrevero! ¿eh?

—En los ojos se le conoce á usted el origen materno. Hay en ellos mucha luz y mucha sandunga, como dicen los andaluces. Y además, en el porte, en el aire, en el pelo negro, en los andares, como diría cualquier Lagartijo, en todo, en fin, es usted una gitanilla, perfeccionada por el sol y las brisas del Uruguay.

—¡No te pasés, ché, hermanito!—exclamó Teodoro riéndose.

—¡Qué don Ruperto tan bromista!—dijo la dama, con afectada modestia.—Calle usted, por Dios, que yo no tengo nada de eso, ¡qué esperanza!...

—Vamos, no te hagas la modesta, —manifestó Teodoro,—porque demasiado sabes que tus ojos son bonitos. Todas las mujeres saben lo bueno que tienen, y muchas se lo figuran, aunque no lo tengan.

—¡Jesús, qué enterado estás de lo que piensan las mujeres! Suponéte, hijito, todo lo que vos quieras, que por mucho que te imaginés, algo te quedará por saber. ¡Vaya con el anatómico de vanidades femeniles! Cuando éste Teodoro se pone á discurrir sobre el sexo femenino, vea don Ruperto, es casi un filósofo, ¡pues ya lo creo! ¡Vaya, una cosa tremenda!...

—Es que las conoce mucho; es muy práctico en la materia,—dijo Sobremonte.

—¡Ah, sí! ¿cómo nó? ¡Buén pájaro está hecho! Sabe bien esas cosas y otras muchas. ¿No es cierto, *viejo*?

—Señoras,—dijo Ruperto, levantándose al oír este nuevo epíteto de cariño;—la conversación está muy buena, y la compañía es muy agradable; pero el tren no espera.

Las señoras protestaron de que no debía irse hasta el día siguiente; insistió el comerciante; le colmaron ellas de frases afectuosas, encareciendo el placer extraordinario que habían experimentado conociéndole; agradeció él la deferencia; y, por fin, después de un tiroteo de recíprocas galanterías, levantáronse de la mesa y se dirigieron hácia la

puerta de la calle, donde ambas damas le reiteraron sus ofrecimientos, asegurándole que tendrían, ¡vaya, ya lo creo! un gusto enorme en volverle á ver. Al darles la mano, Ruperto le dijo á Teodoro: "Puedes quedarte si te place., Pero, Foronda no accedió, porque juzgaba impropio no acompañarle.

Una vez en la calle, animado diálogo se entabló entre los dos comerciantes. Doña Paca y Purita quedáronse algunos instantes en el umbral de la puerta. La vieja debió pescar algunas palabras del diálogo, porque dijo á su compañera:

—Van hablando de nosotras. ¿No oyes?

—Sí; pero no entiendo bien lo que dicen. Parece que va enojado Teodoro. ¿Qué le dirá?... Ya doblan la esquina... ¡Ay, doña Paca! yo creo que ese hombre nos abandona cualquier día. No sé por qué, se me figura que ésto no puede continuar así. El corazón me anuncia días muy amargos. ¡Qué será de nosotras, Dios mio!

—Vos tenés la culpa. No se la echés á nadie, hijita. Si no fueras tan sonsa, ya estarias casada. Pero, vos, ¡sos tan pava!... Como no te avivés un poco, muy mal lo vamos á pasar. Ya te he dicho muchas veces que aprovechés las ocasiones en que viene aquí rabiando por sus hijos, y luego, cuando vos le consolás, se pone contigo así, tan... vamos, tan enamorado. Entónces es cuando vos debés decirle algo, y de seguro, ¡vaya, ya lo creo! que se encasquetaba del todo y le obligabas á casarse.

—Cállese, por Dios, doña Paca... Cierre la puerta, y vámonos adentro.

Sonó el portazo, y el perro del jardín aulló soñoliento. Oyóse también la voz de Purita, que entraba diciendo: “¡Ay, Dios mio, qué miedo me dá este patio tan triste y tan oscuro!,,

El relente de la noche, que es el aliento del Diablo, trajo hasta la calle, en sus alas invisibles, esta respuesta de doña Paca:

—Pues esta noche, hijita, tenés que conformarte con la compañía de la vieja... Mirá, te hacés la cuenta de que yo soy... ¡jé, jé, jé,! ¡Qué demonio! lo mejor es reirse de todo en este mundo...,,





XXVII

DESVINCULACIÓN DOMÉSTICA

CONVENGO en que hago mal,—dijo Foronda, respondiendo á los reproches, que una vez en la calle, le dirigiera su amigo.—Sé perfectamente que mi conducta es impropia de un buen padre. Veo muy bien que mi proceder es una bofetada al sagrario de la familia, á la sociedad, á la religión, á todo lo que tú quieras. Reconozco todo esto; pero también creo, que aún el mismo pecado, es, en ocasiones, una necesidad, y si me apuras un poco, hasta una virtud.

—Siempre fué tu arma el sofisma. A fin de tener razón, vuelves las cosas al revés, presentando los problemas bajo el aspecto que más te conviene. Lo cierto aquí, es que sostienes á Purita, que la mayor parte del tiempo lo pasas en su casa; en resumen, que es tu querida,—dijo Ruperto, acentuando mucho la última frase.

—Pues bien, sí, lo es, y, ¿qué?

—¡Nada, hombre, nada! No te enfurezcas. Por mí, puede serlo hasta el día del Juicio por la noche. Eres muy dueño de hacer lo que quieras. Si algo te he dicho, es porque tú has dado lugar á ello; pero, si te molestan mis palabras, puedes darlas por no proferidas.

—Perdóname, Ruperto, estas salidas de tono,—dijo Teodoro apesadumbrado;—ya conoces mi carácter cuando cae bajo el influjo de los nervios. Discúlpame, y oye lo que voy á decirte, porque quizá después me tengas, más bien por un desgraciado, que por corrompido y mal padre.

Ruperto se hizo todo oídos para escuchar, sin perder una sílaba, la declaración que su amigo le anunciaba. Éste, previa una pausa, como quien trata de reunir en el redil de la concisión los pensamientos descarriados por la inmensa, desapacible y fría región de las ideas, donde el hombre es puramente ontológico, soltóle á su amigo esta pregunta repentina.

“¿Qué harías tú, entre una mujer que no es tu esposa, pero que te quisiera más que si lo fuese, y dos hijos, en los cuales, después de haber cifrado todas tus esperanzas, y reconcentrado todos los afectos más tiernos, te desdeñasen, ó mejor dicho, les fueras poco menos que indiferente?”

—No te comprendo,—dijo, medio sorprendido, Ruperto;—yo creo que no puede haber hijos que desdeñen á su padre.

—¡Los hay, Ruperto, los hay!—exclamó Foronda

con acento de tragedia.—En la naturaleza humana, en aquello que no pertenece á las ideas, en la sangre, propiamente dicho, también existen aberraciones. Escúchame, amigo querido, y procura sacar del desórden de mis palabras, de la confusión de mis conceptos, la verdadera sustancia de lo que yo quiero expresarte... Tú sabes hasta donde alcanza el egoismo vulgar, el que es común á todos los hombres y rige, como quien dice, todas las acciones de la vida...

—De acuerdo... Ese egoismo es el resorte que pone en movimiento á todas las criaturas. Es... permíteme el simil... la mecha que enciende el volcán de las pasiones humanas.

—Pues bien, —prosiguió Foronda, un poco sofocado;—yo he descubierto en mis hijos otro egoismo; egoismo mónstruo, egoismo puerco-espín, erizado de puas, tan duras y frias como el acero afilado; un egoismo que se funda en desear un abolengo de mayor alcurnia que el dimanado de mi oscuro nombre. Sí, amigo Ruperto, ¡pásmate! mis hijos me tienen en menos, les parece que yo soy un pobre hombre, sin méritos, porque no soy sábio, ni político, ni elegante... Veo en ellos un desdén que me saca de quicio... Me respetan, eso sí, porque el día que no me respetasen, ¡cristo! los ahogo, ¡los ahogo como hay Dios!

—No digas tonterías. Lo que hay, en resúmen, es que tus hijos están disgustados, porque sabrán seguramente el enredito ese que tienes con Purita.

—Nada de eso,— dijo Teodoro prontamente.— Ellos no saben una palabra. Es más: si lo supiesen, hasta debían agradecermelo.

—¡Vaya una manera de argumentar! No te entiendo.

—¿Y quién ha de entenderme? ¡quién!... Sin embargo, ¡está tan claro! Figúrate que yo me hubiera vuelto á casar cuando vine á Buenos Aires... como debí hacerlo... Yo era jóven, casi rico, un tipo regular físicamente, sin vicios y con un porvenir brillante... ¿Crees que con todo esto, me hubiera sido difícil encontrar una mujer agradable, hasta bonita, y de regular posición?

—Efectivamente: creo que la hubieras encontrado. La mujer de nuestros días, se pirra por los hombres de agallas metálicas. Es sumamente práctica; calcula mucho y ama discurrendo; prefiere á los ricos defectuosos, ántes que á los perfectos caballeros pobres. Cuando algún hombre se 'dirige á ella, lo primero que hace es analizarle por el lado del bolsillo, y si por aquí presenta la requerida solidéz para apechugar con la cruz del matrimonio, entónces comienza á tomarle cariño; es decir, primero se entera de si conviene quererle, y de la conveniencia nace luego el amor. Así son los idilios modernos, dignos de ser cantados por la lira de los banqueros. La escepción á esta regla, suelen ser algunas románticas ricas, (muy pocas, porque el género lo ha matado á martillazos el positivismo,) las cuales, todavía se compadecen de los jóvènes con buena caída de ojos y de los poetas que dirigen

endechas á la media luna, romances á los mirlos y sonetos á los sauces llorones. Las demás, compafiero, no dicen como en tiempo de nuestras abuelas: "contigo pan y cebolla," sino, "contigo coche, ostras y seda,." Otro de los poderosos alicientes para que encontraras mujer bonita, es el registro. ¿Tú sabes lo que supone para una mujer tener los trapos al alcance de su mano? Si te fijas un poco, verás que los dueños de registro encuentran novia con más facilidad que los almaceneros ó ferreteros. Las telas, amigo Foronda, ¡las telas son para la mujer una dulzaina!... Mira, estoy por decirte que estiman más á un traje que á un hombre. Son capaces de aguantar un marido feo, y no un vestido mal hecho, ó atrasado de moda. Sufrirán un cónyuge feo derrengado, avieso ó perdido; pero no un sombrero sin plumas, unas enaguas sin puntillas, ó una sobrefalda sin cintajos. Casi todos los tropezones de la virtud, ocurren en las esquinas del lujo. El lujo es la tentación; cuando es costoso, corrompe á las clases elevadas; cuando la industria lo abarata, prostituye al pueblo. La historia de la prostitución es la historia del lujo. Por cada metro de seda, hay una colonia de ángeles caídos... Pudiendo, como tú podías, sufragar las altas tentaciones, no me cabe duda que hubieras encontrado una mujer... vamos, una mujer de esas que el vulgo llama de buena familia, porque toda la parentela usa levita... Además, en aquella época, no tenías mala facha, buen pico... el pico, después de los pesos, es una de las cosas que más cautiva á la mujer... Añade á esto los nervios,

que también le gustan mucho cuando son revoltosos, andaces y su miajita de tenorianos... Pón sobre todo esto tu gran mérito, el mérito de la ligereza de tu cerebro, aquel carácter bullicioso y entremetido que entónces tenías, aquella manera hojaras-cosa de utilizar la palabra para decir tonterías bonitas... ¡Ah! esta condición en un hombre guapo, como tú, es el dorado anzuelo en que picarán eternamente las más hermosas truchas del frívolo mundo femenino. Con muchos pesos y poco seso, ¿qué mujer se te iba á resistir? Si se pudiera juntar en un mismo hombre á Creso y á Taravilla, ni una sola princesa moria en olor de santidad, ninguna voluntad femenina sería bastante fuerte para...

—¡Por Diós! ¡basta, hombre, basta!—esclamó Teodoro.—Bien se conoce que has sido discípulo de don Miguel Guriezo. Parece que te quisieras apropiiar sus dones oratoriales... En resúmen: convienes conmigo en que hubiera podido realizar un buen matrimonio.

—Convengo: ¡cómo nó! Ahora mismo puedes hacerlo. Todavía eres buen mozo. Arrancándote, ó pintando esas pícaras canitas que pugnan por invadirte la cabeza, te quedarías tan guapo, tan... En fin, no te enojés, estoy de acuerdo con que podrías haberte casado. Sigue...

—Y, sin embargo, no lo hice. ¿Sabes por qué? Pues por no dar á mis hijos, á ese par de mequetrefes, una madrasta y unos cuantos hermanastros. Cuando vine á Buenos Aires, me reconcentré en ellos, los adoraba ciegamente. Envuelto con el sen-

timiento paterno, surgió en mí un afecto tan puro, tan inmenso hácia ellos, que muy difícil me sería ponértele de relieve. Sentía como una necesidad de resarcirles, con amorosas ternezas, de todas las miserias que sufrieron por culpa mía al venir al mundo. El recuerdo de su madre, cuya grandeza de alma noté...

—Cuando ya no existía. *Tarde piache*,—dijo Ruperto interrumpiéndole.

—Hay quien nunca nota la grandeza de alma... Pues cuando yo lo noté, que fué enseguida de morirse, mi vida, mi salud, todo me parecía poco para consagrárselo á mis hijos. No sé qué misterioso impulso me inducía el deseo de alcanzar el cielo con las manos para dárselo; había en mi conciencia un escozor, un remordimiento, que yo quería aplacar con un gran sacrificio en favor de ellos... Me daban lástima al verlos pequeñuelos, sin ese tesoro de caricias maternas, sin esa filosofía de las entrañas, que modelando los sentimientos, inculca en el niño la inclinación al bien, el amor á la familia, la tendencia á lo honrado. Yo trabajaré,—pensaba para mí;—yo emplearé todas mis energías para legarles una fortuna, que supone bienestar, independencia, alegría; yo les daré una educación brillante, para que ocupen un lugar distinguido en la alta sociedad de su país. Para conseguirlo, economizaré el sueño, me someteré á las privaciones más duras, no habrá hora de descanso para mí; no cesaré hasta...

—Todo eso es muy bello,—dijo Ruperto cortán-

dole el discurso;—pero, hasta ahora, no veo por qué te han de agradecer tus hijos eso que tienes con Purita.

—Por la sencilla razón, de que semejante vida, significa la renunciación al matrimonio. Te lo diré más claro, porque esta noche parece que estás algo tonto.

—Muchas gracias, picotera avispa, avisado lince y profundizador hurón.

—Perfectamente; yo seré todo eso; en cambio, tú eres el personaje á quien acompañaba el Lazarrillo de Tormes... Pero déjate de bromas y óyeme... Desde el día que pisé Buenos Aires, empecé á ocupar cierta posición que me impedía hacer una vida de muchacho. Yo tenía que ser serio, formal, recatado; porque demasiado sabes tú lo que estas condiciones influyen en la vida del comercio para obtener y aumentar el crédito. Esto, y mi poca afición á corretear por los prostíbulos ni á lanzarme en exploraciones por el peligroso mundo de las bambalinas, me indujo á escoger otro sistema de vida.

—Vamos, si te empeñas en ello, concluirás por demostrarme, con tu convencionalismo, que la moral pura, no se altera por una querida más ó menos. Te lo concedo, porque no quiero obligarte á que sigas desplegando tus grandes dotes de defensa. La moral es como el aceite de hígado de bacalao; cada cual resiste la dosis que puede... Y Purita, amigo, es jarabe dulzón y pegajosillo. Merece cualquier sacrificio, y hasta esas honrosas intenciones de que me hablabas antes, y las cuales constitu-

yen el pedestal de tus excelsas virtudes... Otra cosa... Yo soy algo curioso, ¿sabes?; y como desde muchacho vengo siendo una especie de confesor tuyo... Entre paréntesis: ¿te acuerdas de aquella noche en que reñimos al salir del Club del Progreso de Añahualpa? ¡Cuántas veces me he acordado de tí al pasar por la calle donde me digiste con despreciativo tono: "No has encontrado mujer que se preste á convertirte en pecador...". ¡Me dió una rabia!... Pues sí, como te decía, yo soy algo curioso, y tengo interés en conocer los antecedentes de... Vamos á ver: ¿cómo caíste en los amorosos brazos de Purita y recibiste el endoso de doña Paca?... Digo... si se puede saber...

—Sí, hombre, tú puedes saber cuanto quieras... Ante todo, yo creo, amigo Ruperto, que el hombre, como disco ó engranaje de la sociedad, no puede tener acción individual, sino muy limitada; gira y se mueve... Yo también sé discurrir, cuando me pongo á ello; no te creas que sigo siendo el Forondita de la Babilonia...

—Ya sé que te has ilustrado mucho en los ocho años que llevas en Buenos Aires. Quién sabe si no te pasará lo que á Rousseau, que no sabiendo apenas leer á los veinte años, resultó luego un filósofo de primera fuerza, ó como á San Ignacio de Loyola, que á los treinta y dos años, se confundía con los adolescentes en las escuelas de Paris, resultando al poco tiempo un legislador admirable.

—Gracias por el augurio... Pues, como te decía, la acción individual gira y circula con arreglo

al impulso que recibe de la gran rueda en perpetuo movimiento. Ella le empuja suavemente ó la arrolla de una manera violenta, torciendo á su antojo, y haciendo sufrir al propósito personal, las variaciones que se le antoja. Te empeñas en seguir una ruta, pues en lugar de correr por el camino soñado, la sociedad te mete por toda suerte de veredas escabrosas. Es cierto que caminas siempre; pero nunca por la senda que apeteciste... En fin, no quiero aburrirte con mi filosofía ramplona, y sólo te diré, que yo, me he propuesto muchas cosas, y, unas veces, me ha salido bastante más de lo que imaginé, mientras que en otras ocasiones, no ha existido relación alguna entre lo apetecido y lo que he logrado. No sé, ni pretendo averiguar, si la culpa ha sido mía, por enderezar mal la acción hácia la cosa deseada, ó si es el mundo quien la ha separado de mi alcance; ni me esplico tampoco, si los sucesos de la vida son hijos de la voluntad del hombre, ó si tienen su origen en la intención divina, en ese espíritu universal é invisible, positivamente existente para muchos, redondamente negado por otros, puesto en duda por algunos, y que constituye el hondo problema, en cuya solución, se han descrismado los pocos individuos que tienen la desgracia de vivir solamente con el cerebro... Yo he soñado siempre con la familia honrada, constituída derechamente, sobre una base decorosa, respetable, que me diera por fruto hijos amantes, destinados á honrar mi oscuro nombre. Me he embelesado muchas veces pensando en los puros

goces del hogar, en la corriente de sentimientos tiernos, en la unión indisoluble de la sangre, en el amor intenso y eterno, en el respeto profundo, en... ¡qué sé yo cuántas cosas! He ambicionado todo esto, y, sin embargo, no he dado un sólo paso derecho para conseguirlo. En mi juventud, cuando pude haber echado el plantel de este ideal, atravesóse en mi camino una desgraciada, una infeliz, una buena mujer, ¡oh, eso sí, buena de veras!; pero inculta, ignorante, casi salvaje, inhábil para actuar conmigo en la sociedad. La quise, no sé si por lástima, ó atraído por la grandeza de su amor, tan inmenso cómo sencillo, de una desnudez vergonzante, que, á mi parecer, ponlame en ridículo ante la sociedad. Si me casé con ella, fué, anta todo, por los hijos que tuvimos. Después, en lugar de civilizarla, me avergoncé de ella, evité presentarla en parte alguna, la encerré en casa, como se encierra al perro que se le ha tomado cariño, siendo mi mujer solamente de puertas adentro. Mi conducta, ¡infame, Ruperto, infame! aceleró la muerte de aquella infeliz. Yo precipité su agonía con mis escrúpulos, con mis reservas inícuas, con mi pueril empaque de hombre de mundo. Sus últimas palabras, cuando hincándose los dedos en el pecho, dijo: “¡Ay, Teodoro, éste sí que es un cardo maldito!” pesan sobre mi conciencia cual si fueran un mazo de hierro... Si, amigo Ruperto, empecé mal, sigo peor, y sabe Dios cómo acabaré... Quizá te causará extrañeza, que el mismo que se avergonzara de estar casado con una gaucha, no sienta rubor

hoy, al lado de una mujer como Purita, que ni es su esposa, ni tiene la responsabilidad de haberla seducido, porque la recibió ya perdida, salvándola, por deliberada y prosaica caridad mútua, de un naufragio completo... Pues ahí verás tú. *Así es no más.* El que antes se avergonzó de su esposa, no se avergüenza ahora de tener querida. No lo proclamamos, no lo vociferamos, entre otras razones, por la de mi propia estimación personal. Pero te aseguro, que en mi interior, no existe el menor remordimiento, y si mañana lo supiese todo Buenos Aires, muy poco me importaría, porque todo, ó casi todo Buenos Aires, tiene querida. A este paso, nada tendría de extraño que proclamásemos el amor libre, la disolución de la familia, la anarquía doméstica. Ciertamente, que el mal proceder de otros, no disculpa el propio; pero si destruye la prevención, el recato ficticio, la vergüenza fingida. En los patios de las cárceles, todos los hombres son iguales; allí nadie baja la vista, porque el delito los iguala; se miran cara á cara, porque á ninguno puede anadar la virtud de su semejante.

Andando, andando, sin cesar de hablar, llegaron á la antigua chocolatería de Seminario, en la calle Artes. Teodoro propuso á su amigo entrar á tomar chocolate, á lo que accedió Ruperto. Penetraron en el establecimiento, yendo á ocupar una mesa situada en un rincón del fondo. En cuanto se sentaron, Foronda apoyó el codo en la mesa y la cabeza en la palma de la mano, continuando así su disertación, brevemente interrumpida:

—Hechas las anteriores declaraciones, — dijo, mientras el mozo les traía el chocolate,—voy á satisfacer tu curiosidad respecto al origen de mis relaciones con Purita. Es una historia corta y vulgar, como casi todos los episodios de esta indole, en una población de costumbres tan relajadas como es Buenos Aires... *Suponíte...*

—¡Eh, amigo! ¿Qué es eso de *suponíte*? Me parece que no vas á llegar á Rousseau, ni á San Ignacio.

—Ha sido un *lapsus* criollo... Bueno: suponíte, ó imagínate una mujer totalmente desamparada, que anda por las orillas del fango, sin atreverse á caer de lleno en él, y un hombre con alguna fortuna, jóven, con mucho temor al aniquilamiento de su naturaleza en los difíciles pasos de la soltería... Pón en contacto á esta mujer y á este hombre; añádele después un poco de simpatía por parte de ella hácia él, y un poco de lástima por parte de él hácia ella; ameniza todo esto con el relato, franco y leal, de una desventura femenil, contada entre suspiros y lágrimas; agrega enseguida algo de exaltación quijotesca en el que escucha las cuitas de la desgraciada; remata la escena con un abrazo sollozante, por parte de ella, y con un arranque generoso por parte de él; y el epílogo, puedes buscarlo de fijo al día siguiente en una casa como la que acabamos de abandonar. Esto que te cuento, no te autoriza, sin embargo, á considerarme como un Armando traviatesco, porque en la anarquía de sentimientos que reinaba en mí cuando

adopté aquella decisión, sobresalía el cálculo, la idea de lo cómodo, el propio bienestar... Después, ¡ah!, después han cambiado las cosas. Hoy, á medida que me veo expatriado de mi hogar, siéntome atraído irresistiblemente hácia ella. Yo necesito halagos, y al no encontrarlos en mis hijos, los busco en otra parte. No sé á dónde iré á parar; pero, lo que sí puedo asegurarte, es que no estoy dispuesto á ser desgraciado entre un tómpano de hielo y de indiferencia filial. Ellos buscan la felicidad fuera de casa, en el mundo aparatoso, en la sociedad elegante, en la política; yo también la busco fuera de casa, en los amorosos brazos de una mujer, que si algún día no fué santa, lo es desde que está á mi lado. Ellos abandonándome á mí, y yo recogiendo á Purita Garachán, creo que estamos en paz, nos pagamos en la misma moneda, y aún tengo por más noble mi conducta que la suya. Por eso te dije antes que no sentía ningún remordimiento al llevar esta vida.

—¡Buena está tu conducta! Casi mereces que te canonicen,—arguyó Sobremonte en tono festivo; y después como queriendo ahondar más aquel problema, ligeramente esbozado, le hizo nuevas preguntas acerca de Purita y de doña Paca.

—Ya te he dicho que es un episodio vulgar de la vida. Se reduce á lo siguiente: En la calle de la Esmeralda, y antes de llegar á la de Tucumán, vivía doña Paca en unión de dos muchachas, Purita y Casilda. En la puerta habia una chapa con esta inscripción: "*Francisca Calamar*, y debajo, en fran-

cés, "*Modes...*" En la ventana, que daba á la calle, veíanse, tras una vidriera pintarrajeada por las moscas, el polvo y las telarañas, cuatro ó cinco sombreros de mujer, muy mal aviados, con las plumas lácias, la paja seca, las cintas raídas, y además un maniquí, también de mujer, forrado de una tela encarnada, muy desteñida y rotosa. Nada, como aquel pobre muestrario, pudo inventar doña Paca para que de su casa huyese, más que á paso, la clientela de señoras y señoritas. Allí no parecía que se arreglasen prendas de mujer, sino que se destrozaran, y más bien producía repugnancia á cuantas pasaban por la calle, que deseos de entrar en aquel miserable taller de confecciones. Una risita maliciosa de todas las que por allí circulaban, era la prueba evidente del perfecto conocimiento, que sobre las miserias de la vida, tiene el mundo femenino de todas las grandes poblaciones. Una noche, como á los tres meses de habernos hecho cargo del registro, un amigo .. imagínate qué amigo sería... ¡Vicharo, hombre, Vicharo!... ¿quién había de ser?... se empeñó en que me había de presentar á unas muchachas muy lindas, muy amables, muy qué sé yo qué... Accedí á ello, y me llevó á casa de doña Paca. Cuando entramos nosotros, salían otros contertulios, entre los que noté al menor de los sobrinos de Chubasco, el cual, acercándose á Vicharo, le soltó estas palabras, envueltas en una carcajada: "Ché, hermano, dice doña Paca que se le ha concluído la cinta para los sombreros; y Casilda me ha dicho que te dé

muchos recuerdos., Bastáronme estas palabras de Ricardo Chubasco para disipar las dudas que acerca de aquella casa tenía, y haciendo coro con nuestras risas á las risas de los que salían, penetramos en la modistería de cosas fuera de moda... Mi presencia produjo cierto desconcierto en doña Paca y sus operarias; pero Vicharo, con su carácter jocoso y truhanesco, animó la tertulia, y, al poco rato, la confianza más absoluta reinaba en la pequeña salita, en la cual no había indicio alguno de fabricación de sombreros. Lo único que acusaba laboriosidad femenil eran dos canastitos que había sobre la destartalada mesa, y dentro de ellos unos trabajos de ganchillo que, al andar de los inviernos, llegarían á componer una sobrecama, ó el adorno que lucen coquetamente las mujeres en el borde de las enaguas cuando hay barro en las calles, y también, aunque no lo haya... Nos sentamos, Vicharo al lado de Casilda, yo entre Purita y doña Paca. Por decir algo, dije á la primera: "Hace usted muy lindos sombreros., Y ella, por toda contestación, bajó la cabeza y se sonrió... ¿Te has fijado en la clase de sonrisa que produce la toma de un ácido? Pues así se reía Purita; era la risa de la amargura, la que pone la fatalidad en los labios de una mujer bonita, la producida por la muerte moral, que en la mujer, es cien mil veces peor que la muerte física... Me enternecí, díome lástima, y, poco á poco, fuimos intimidando, hasta que...

- Sí, sí, por enterado... te hizo el relato de su vida y milagros... ¿no es eso?

—Relato triste, sombrío, amargo, como suele ser siempre la historia de la perdición femenil, el desplome de las ilusiones, la muerte de un porvenir tranquilo y honroso... Su padre, que era tenedor de libros, se murió cuando ella no tenía más que doce años. Quedóse con su madre, la cual falleció también tres años más tarde. Pobre, sola y con las ilusiones de los 15 años como mayores enemigos de la integridad de la virtud, vivió algún tiempo al amparo de no sé qué familia, en una casa de inquilinato. Unos amores mal contenidos, con un mequetrefe del barrio, que después la abandonó inícuamente, la iniciaron en la desgracia, aumentando con un sér más la estadística de la Inclusa. Después del primer tropezón, las caídas se repitieron, hasta que de tumbo en tumbo, vino á dar en manos de doña Paca. El resto ya lo sabes.

—El resto fué alquilar una casa y llevarte á Purita y á doña Paca, privando á la industria sombrerera de dos poderosos elementos.

—No, de tres; porque á Casilda se la llevó Vicharo.

—Yá... Entre Vicharo y Casilda te endosaron la hipoteca de doña Paca. No puedes negar que tienes un socio generoso.

—A mí nadie me endosa lo que yo no quiera aceptar,—contestó Teodoro, un poquito mal humorado. —Recogí á doña Paca á fin de estorbar la reorganización del taller de sombreros con nuevas operarias, evitando de este modo que mi nombre anduviese rodando entre ellas y los nuevos contertulios.

Además, parece que la vieja no hacía migas con Casilda, ni le inspiraba confianza Vicharo, por lo cual suplicóme Purita que consintiese su permanencia en la nueva casa. Desde entónces han pasado nueve años. Hace cuatro, próximamente, cuando saqué á los muchachos del colegio y monté mi casa, hice el firme propósito de romper estas relaciones. Puse en práctica mi plán, empezando por señalar á Purita y á doña Paca una pensión para que pudiesen vivir decorosamente, sin ejercer el infame comercio de antes. Pero al comunicárselo, doña Paca se quedó como si la hubiesen pegado un mazazo en la cabeza, y la pobre Purita se me colgó al cuello, derramando un mar de lágrimas y pidiéndome, entre sollozos, que no la abandonara, que iba á ser una perdida, que se iba á matar, ¡qué sé yo! Su desesperación era inmensa. Anegada en llanto y prendida de mis hombros, con sus convulsas manos me obligaba á bajar la cabeza y me daba precipitados besos en los labios, en los ojos, en las mejillas... ¡Vieras qué escena más tremenda! Yo creí que la daba algún síncope. La infeliz se quería morir. ¡Pobre Purita, me dió una lástima...! En fin, amigo Ruperto, yo no valgo para ver llorar á nadie, y menos á una mujer, á la cual hace siempre grande y sublime el dolor.

—¿También romántico? ¡Ay, ay, ay!... ¡Que te pierdes Teodoro, que te pierdes!—dijo Ruperto en tono de broma, por más que allá, en el fondo, en el casillero de la sensibilidad, no dejaban de cau-

sarle honda emoción los besos, los abrazos y el llanto de Purita.

—Yo no sé,—repuso Teodoro—si ésto es ó no romanticismo. Lo que te puedo asegurar es, que por una mujer que llora, soy capaz de hacer cualquier barbaridad... Y en aquella ocasión la hice... es decir, ya veremos si la hice ó no la hice... El caso es que suspendí el rompimiento, pensando que ya se presentaría otra oportunidad más propicia, y si no se presentaba, yo la provocaría de cualquier modo, con un enojo fingido, con celos supuestos, en fin, con cualquier pretesto... Y aquella noche me quedé allí,—agregó Foronda, montando el pecho sobre el borde de la mesa y acercándose mucho al rostro de su amigo, para que éste sólo oyese sus palabras.—¿Qué noche, compañero! No pienso pasar otra igual en toda mi vida. Yo creí que me comía á besos. No dormimos ni un sólo minuto. ¡Pobre Purita! En toda la noche no hizo más que besarme, abrazarme y llorar... ¡Si vieras, cómo temblaba de emoción, de amor y de miedo!... En sus amorosos afanes, me cubría los hombros con las cobijas y apelmazaba la ropa para que no me entrara el aire por los huecos, no dejándome hablar, ni casi resollar. En cuanto pretendía decirle algo respecto á nuestra situación, me abrazaba febrilmente, y con sus lábios cerraba los míos en un beso apretado y mudo... ¿Qué iba á hacer yo? Vamos á ver: ¿qué te parece que debía yo hacer?

—Y después, ¿no has encontrado coyuntura para

un rompimiento?—dijo Sobremonte, sin hacer caso á la pregunta de Teodoro.

—Después, ni siquiera lo he intentado. A medida que fui descubriendo el carácter de mis hijos, la fatuidad de Simón, la tendencia vanidosa de Teresita, la indiferencia de ambos para conmigo, su poco apego al hogar, su profundo desdén por todo lo que á mí me interesa, su envidia por los apellidos históricos ó políticos y su oculto pesar por el oscuro que llevan; á medida que he notado todo esto y otros muchos detalles de la vida íntima, que me han herido profundamente, me he sentido cada vez más atraído hácia Purita, y... Pero vámonos, porque empieza á llenarse ésto de gente.

Así era. Gran parte del público, que en aquel momento salía de los teatros, entraba á tomar chocolate. Los compadres de profesión, que habían estado en los circos viendo representar algún drama gauchesco, entraban en el establecimiento silbando con las narices una milonga y zarandeando las piernas, impelidos por el recuerdo reminiscente de los bailes llamados *con corte*, lascivos y casi pornográficos. Los que habían estado en la ópera, llegaban canturreando el cuarteto de Rigoletto ó gimiendo el *Giunto sul passo stremo* del epítogo de Mefistófeles. Los concurrentes á los teatruchos por secciones, público pampero y semi-changadoril, inculto, ignorante, rudo y sostenedor impertérrito de la comiquería estúpidamente escandalosa, entraban muy alborotados, celebrando la gracia de alguna

coplera de Forlet, ó de alguna tiple de zarzuela con voz de rana y movimientos escénicos de lo mismo, pues sabido es que el talento de esta genhuza, profanadora del templo de Talía, reside principalmente en las caderas.

Ambos amigos se levantaron y salieron á la calle. Ruperto acompañó á Foronda hasta su casa, situada en la calle Rivadavia, á pocos pasos del registro. Cuando llegaron á la puerta, después de haber charlado otro rato por el camino, díjole Sobremonte:

—Pues estás divertido. ¿Y qué piensas hacer?

—Primero poner todos los medios persuasivos para cambiar la conducta de mis hijos, formando con ellos un hogar feliz. En caso de que ésto me fuera imposible... francamente, no sé...

Quedóse un momento en suspenso, al cabo del cual, agregó con mucha resolución:

—Pero, sí lo sé. Te voy á ser sincero. En caso de que no lo consiga, doy el gran escándalo; me caso con Purita, y... á Roma por todo, ¡qué diablo! No hay otra solución. Hé aquí el problema: ó ellos se enmiendan, ó yo me caso con esa mujer.

—Sería un disparate,—dijo Ruperto con acento de reconvención.

—No hay disparate que valga cuando se trata de ser feliz.

—¿Qué se diría en Buenos Aires cuando se divulgara que te habias casado con una...?

—Dígase lo que se quiera, nada me importa. Aquí hay muchos, muchísimos hombres casados

con mujeres como Purita, y áun bastante peores, de historia más negra.

—Con ese acto, cortarías la carrera de tus hijos.

—Ellos tendrán la culpa, por cortar mis ilusiones de padre... En fin, amigo Ruperto, hay momentos en que no sé ni lo que digo, ni lo que hago. De tal manera me trastorna la inmensa pena que me produce la conducta de mis hijos.

—No hagas caso, hombre. Aquí la mayor parte de la juventud es indiferente, despegada con la familia. Lo mejor es dejarlos, y que se las campañen como quieran cuando lleguen á mayores.

—Pues si hay padres que transijen con esta tendencia de sus hijos,—dijo Foronda con acento firme—yo no lo tolero. Los prefiero viciosos, granujas y hasta perdidos, antes que indiferentes ó desdeñosos para conmigo.

Dicho esto, Teodoro abrió la puerta de su casa, y alargando su mano á Sobremonte, se despidió: “Bueno, amigo, que pases buena noche,.”

—Igualmente. Adiós. Hasta mañana. Tempranito iré por el registro.

—Muy bien. Allá te entenderás con el *Gobernador de Soria*. A ver si le compras mucho.

—Sí, hombre, pierde cuidado,—repuso alejándose el comerciante añahuense.

—Perfectamente. Adiós.

—Adiós.

Sobremonte, en cuanto se separó de Teodoro, pensó para sus adentros: “Este tipo, ¿hará alguna barbaridad de puro depravado, ó cometerá un de-

satino por causa de sus hijos? A Purita la quiere, la ama, no hay duda. Sus hijos, por otra parte, le mortifican con una conducta poco amante y cariñosa. Dice él que son aficionados á los apellidos históricos, á los que suenan en la sociedad y en la política... Esto es grave. Son orgullosos, vanos, y no estiman el nombre de su padre. ¿Qué resultará de todo esto?... En fin, allá veremos. *En siendo lo verades*, como dicen los gallegos... Me parece que la vieja doña Paca va á tener un papel muy importante en esta comedia. ¿Resultará drama? ¡Pero, amigo, qué enredos y qué líos se vén en esta vida! Si se *barrieara* á la sociedad, como decía doña Paca por las tripas de los napolitanos, entónces es cuando saldrían montones de miseria... los carbunclos de la conciencia, las fístulas del corazón, los estercoleros del cerebro... Quién sabe, hombre, quién sabe lo que saldría detrás de la *barrieadura*..,

Pasito á paso, pensando en estas cosas y en el problema de su amigo Foronda, llegó don Ruperto Sobremonte al hotel en que se hospedaba.





XXVIII

LOS HIJOS DE FORONDA

I

SIMÓN

Dicho y hecho. Tal y como lo pensara al salir de Añahualpa, dirigió Teodoro en Buenos Aires la educación de sus dos hijos. A Simoncillo le puso de interno en el colegio de San José, acreditado establecimiento de enseñanza, por cuyas aulas ha pasado la mayor parte de la juventud bonaerense. Allí cursó Simón los seis años que constituyen el bachillerato, obteniendo en todos los exámenes favorables clasificaciones que acusaban su proverbial aplicación y buena memoria, ya que no talento propiamente dicho, pues de su cerebro estaba excluida la creación, el pensamiento original, y sólo contenía ideas sacadas del

saber ageno, ó sea de los libros. Semejante á un abultado protocolo, su inteligencia prometía ser dueña de una sabiduría alquirida á título de hipoteca; pero jamás propia. Probablemente llegaría Simón á ser un erudito insufrible, de esos que se dan aires de eminencias, relatando á sus contemporáneos lo que nuestros ascendientes más remotos relataron á los suyos; uno de esos individuos, en fin, parodias vivientes del fonógrafo, cuyos cerebros no tienen más virtud que la del recipiente automático.

Aseguran sus condiscipulos que siempre fué Simón muy formalito y cumplió estrictamente con sus obligaciones escolares. No se parecia á muchos de sus compañeros, enredadores sempiternos, que se pasaban el tiempo haciendo pajaritos de papel, ó botarateando, tendencia que hoy poseen todavía muchos de ellos, en forma de peloteras y pugilatos oratoriales con que lucen su audacia, más que su elocuencia, en la política menuda de las parroquias. Los de mejor muñeca, y algunos pocos de meritoria inteligencia, están metidos en el Congreso, tegiendo y destegiendo la enmarañada madeja de la deuda pública, y tratando de convencer al país, aunque les conste que es tarea inútil, de lo mucho bueno que ellos piensan hacer mientras ocupen aquellas bancas, la mayoría conseguidas, más que por la voluntad nacional, por derecho de conquista.

La natural seriedad de Simoncito, aumentó con su ingreso en la Universidad, adquiriendo su sem-

blante, con las primeras arremetidas á la ciencia del Derecho, cierto aspecto taciturno y severo que delataba al futuro legista partidario de la pena de muerte.

Como se estampan en el plomo las figuras y los signos, así quedaban grabados en su cerebro, por riguroso orden cronológico, todos los artículos y largos incisos de las materias codificadas. Pero su penetración sobre el pecado y las múltiples formas de la maldad humana, no tenía otro alcance que el previsto en los textos por los legisladores.

Fisicamente, era Simoncito una verdadera monada. Intelectualmente, además de lo dicho, agregaremos ahora que era una maravilla de vaciedad, disfrazada, eso sí, con cierta brillantéz de palabras, que puestas en hilera, no significaban absolutamente nada. Un mérito hemos de reconocerle: el pobre mérito de una variedad asombrosa de frases cultérrimas, puestas con mucha frecuencia fuera de lugar en sus conversaciones. Era el acabado titiritero de la palabra. Verdadero prodigio en la paradoja vulgar, cualquier asunto, por interesante que fuese, adquiría, al pasar por el turbio crisol de su mente, los enfáticos tintes de la vanalidad bien vestida con los términos sustraídos del diccionario á fuerza de una paciencia benedictina. Moralmente, dijérase que en el fondo de su espíritu residía la reducción del sentimiento á un grado microscópico. Absolutamente nada había en su alma de ese entusiasmo que distingue á la juventud americana, cuyo cerebro calienta el sol

de los trópicos, y en cuyo corazón vibra siempre un quijotismo simpático, lleno de grandes arranques, que lo mismo conducen á la depravación que á la heroicidad, igual á las batallas de la alta sociedad, entre el boato de los salones, que á las duras faenas campestres en las soledades de la Pampa.

La extraordinaria simplicidad de Simón, hacía de él un sér normal, tontamente equilibrado para los pequeños combates de la vida ordinaria, sin grandes vicios, ni tampoco virtudes meritorias, impertérritamente ordenado y compuesto, tan monótono en su pensar y sentir como el relój de pared, cuyo horario está petrificado en porcelana, y cuyas agujas se mueven con la lentitud estúpida-mente mecánica del trascurso del tiempo.

Digimos que era guapo, y vamos á probarlo. Descolorido y muy desmadejado de nervios, con cierto aire de salida de limbo, pareciase á un Apolo después de haber pasado las tercianas. Por causa de una de esas confusiones de trasmisión hereditaria entre la naturaleza moral y la física, aquella infinita poesía que adornara el alma de María Bolívar, sólo en la epidermis la habia heredado su hijo. Tenía su rostro la blanca transparencia del hielo, sobresaliendo en él un bigotillo negro, exíguo, pero muy retorcido, que parecía pegado con moco de pavo, y como atusado por los sutiles dedos de una prostituta linfática, atacada de un romanticismo corrupto, traviatescamente trasnochado, de esas que por un capricho casi poético de la

mente, idealizan lo flojo, lo anémico, y hacen de la ausencia de génio y de virilidad, el culto de una belleza enfermiza, la suposición de un amor con mortaja.

Los ojos de Simón tenían extraordinaria semejanza con los del cárabo y otras aves nocturnas. Eran, por lo tanto, excesivamente hermosos, redondos y negros, notándose en ellos una mirada que presumía de penetrante, aunque nada de fundamento veían, porque de poco sirve la materialidad de los ojos claros cuando no están animados por la fulgurante luz del espíritu, por las exaltaciones del entendimiento, ó por las riquezas de una alma sensible.

Era alto y esbelto, como el pino, porque también en el reino vegetal es la lozania patrimonio de las plantas vulgares. Como el susodicho arbusto se abanica á sí mismo con su copa, de igual modo el hijo de Foronda extraía de la hinchazón de su orgullo el aire parsimonioso que saturaba toda su persona, acabada síntesis de la insignificancia.

De solo dos cosas vivía Simón completamente enamorado: de su estructura física y de su segundo apellido. El circulito de estudiantes aristócratas, compuesto de jóvenes que llevaban un apellido histórico ó que anduviese muy manoseado en la política contemporánea, no hizo, al pronto, muy buenas migas con Simón, sin duda por su humilde abolengo; pero en cuanto se corrió la voz de que era descendiente del ilustre Simón Bolívar, el pa-

ladin insigne de la democracia americana, los presuntuosos jovenzuelos abrieron las puertas de su amistad al hijo del registrero, y hasta le profesaron cierto respeto, pues llegó á decirse que era biznieto del gran libertador americano. A fuerza de investigación, hemos podido averiguar, que el autor de esta patraña, fué un condiscípulo de Simón Foronda, llamado Sebastián Langredo, el cual apeló á todos los medios de su chispeante ingenio, para buscar, y dar al fin, con el entroncamiento de su amigo en el árbol genealógico del general Bolívar, hilvanando al efecto un interesante capítulo de novela respecto á los amorios de Teodoro Foronda con la hija del mayordomo del Carancho.

Tal fué la propaganda de Sebastián en favor de la supuesta elevada alcurnia de su amigo, que consiguió se popularizara en la Universidad con el honroso nombre de Simón Bolívar. Hasta aquellos estudiantes, que por razones de una emulación pobre y envidiosa, querían deprimirle, llamándole el *Pichuleador de los trapos*, cejaron en su campaña, reconociendo el meritorio abolengo del hijo del registrero. Simón, por su parte, demostraba un agradecimiento sin limites, traslucido en la expresión de su semblante, hácia cuantos le suprimían el apellido paterno, con lo cual satisfacían su orgullete, mejorando en apariencia la humildad de su origen oscuro.

Sin embargo, no debe juzgársele tan aviesamente como dá lugar á hacerlo todo cuanto hasta ahora llevamos dicho sobre sus condiciones mora-

les, pues Simoncillo quería y respetaba á su padre, y es muy posible que hasta fuera capaz, en cierto modo, de sacrificarse por él, aunque de esto no nos hallemos muy convencidos. Lo que no sacrificaría nunca Simón en honor de su padre, era el orgullo, el afán de figurar, de ser hombre de viso en la sociedad y en la política. Como carecía de verdadero talento, con el cual llegan los más humildes á todas las cúspides, creía el muchacho que de la mistificación de su abolengo, podría obtener ciertas ventajas para lucir y destacarse en el mundo. De tal modo se le arraigó esta idea en la mente, que su firma, empleada en la correspondencia particular con sus amigos y condiscípulos, sufrió varias trastormaciones que delataban la escala progresiva de su presunción. Primero firmaba *S. Foronda y Bolivar*; después *Simón F. Bolivar*; luego *S. F. Bolivar*, y, por último, cuando se produjo en su pecho el desborde de la vanidad, firmaba, con risible enfatismo, *Simón Bolivar*; y otras veces, á fin de atenuar la supresión de la *F.* hacía el esfuerzo de no estampar el honroso nombre, y firmaba simplemente, *Bolivar*, con muy mala caligrafía, porque el mocosuelo pensaba que los nombres ilustres deben ser indescifrables.

Por supuesto, que todas estas tonterías, se libraba muy bien de hacerlas delante de su padre, porque, si éste las hubiese advertido á tiempo, es muy posible que en la historia contemporánea se hiciera constar alguna feroz trompada recibida por el *Simón Bolivar* de nuevo cuño.

Con esta inclinación farolera de Simón, nació en él un amor febril por el estudio, porque el muchacho quería, á todo trance, ser digno émulo de su homónimo, y si posible fuera, sobrepujarle en sabiduría. Así se comprende el éxito de sus exámenes en los tres primeros años, pues á fuerza de contracción, logró aprenderse de memoria, con puntos y comas, el contenido de los textos, aunque en punto á digestiones mentales, el discernimiento de Simón, viviera en un perpétuo cólico miserere. Mas, siendo el sistema de enseñanza meramente retentivo, los profesores clasificaron de sobresaliente el saber de este renacuajo de la legislación, con lo cual se empavonó de tal modo el hijo del registrero, que miraba con cierta impertinente benevolencia á su padre, á su hermana y á todos cuantos seres tenían el indiscutible honor de vivir á su lado ó de conocerle simplemente.

Teodoro se contrarió bastante al notar en su hijo esta forma ampulosa de su vanidad; pero su disgusto creció mucho más al advertir la indiferencia con que escuchaba Simón todo cuanto él decía, hiriéndole sobremanera el poco apego que el muchacho mostraba hácia los abuelos paternos y maternos, seres de absoluta insignificancia, esparcidos por las sierras de Soria y las llanuras de la Pampa. Nunca demostró el menor interés por conocerlos, presumiendo que serían gente de baja estofa, aldeanos y gauchos, indignos de ser el tronco de aquella rama tan florida.

Cuando hablaba con su padre, usaba Simón un

lenguaje semi-ingenioso, no con el fin de demostrar su altísima sapiencia, porque de ésto, creía el pequeño Justiniano que todo el Orbe estaba perfectamente enterado, sino con la intención depravada de patentizar su supremacía intelectual sobre el autor de sus días. Capucería que solía molestar bastante á don Teodoro Foronda, porque también éste tenía su orgullo, y reputaba tan meritorio haber venido desnudo á América y llegar á pescar medio mil oncejo de pesos, como ser capaz de hacer un cántigo, suponiendo, como él suponía, que su hijo fuese capaz de hacerle al andar del tiempo.

Pero aparte de esto, creía el registrero, y creía bien, que la actitud de su hijo envolvía cierto desdén, destinado á aumentarse con los futuros triunfos universitarios, y probablemente, á ser insufrible el día que el estudiantillo metiese la cabeza en la alta sociedad y en la política.

Como Simón era estudioso, no tenía vicios, ni derrochaba el dinero, ni daba escándalos callejeros, observando, por el contrario, una conducta ejemplar, dentro y fuera de casa, no podía su padre aprovechar ninguna coyuntura para atacarle por el flanco de la vanidad, pues estando ésta muy reconcentrada en los pliegues del carácter de su hijo, se necesitaba algún motivo censurable para llegar, por un camino sutil, á la verdadera llaga de aquel temperamento infatuado.

Un día que se decidió Teodoro á demostrar su pesar por lo indiferente y despegado que su hijo

era con él y con toda la familia, apenas pudo obtener del muchacho algunas palabras evasivas, envueltas en una sonrisa benévola, que podría traducirse así: "¡Pobre y humilde registrero!; cóformate con la honra de ser mi padre, el padre de una futura eminencia.,,"

La sensibilidad paterna quedó desde aquel instante profundamente herida, y Teodoro empezó á ver claramente la marmórea estructura interna de que se hallaba blindado su hijo.

Juntos todos los desengaños que informan la vida, no producen una mortificación parecida á la que tortura el corazón de un padre que tiene la desgracia de nacerle un hijo como Simón, frio, indiferente, respetuoso por calculada conveniencia, con un fondo cultamente egoísta, incapaz de caldearse en el amor del hogar y de la familia.

De aquí nació la desazón de Teodoro, tan violentamente manifestada á su amigo Sobremonte.

Siendo Teodoro Foronda, como ya se habrá advertido en el trascurso de esta historia, un hombre de pasiones violentas, dotado de gran sensibilidad y hasta exagerado en los afectos, fácil será imaginarse el desordenado desquicio, que con la conducta de Simón, se apoderó de su sér moral; desquicio que redundó en beneficio de Purita Garachán, la cual aumentó su ascendiente sobre el corazón del registrero, que no era de trapo. El pobre matiego necesitaba el cariño emanado de la ternura filial, y al no encontrarlo, iba á emborracharse en los amores sensuales que le ofrecía

una mujer con los hechizos de su carne, no desprovista de poesía, porque había en ella un espíritu grande y un corazón en que llegó á confundirse el amor con el agradecimiento, surgiendo un sentimiento puro de adhesión hácia el hombre que la arrancó de las garras de ese mónstruo social que, despojando á la mujer del alma, conviértela en bestia obligada á saciar los instintos de la animalidad humana.

Poco hemos de agregar á esta breve silueta del futuro legista, porque nada como sus mismas acciones posteriores, han de poner de relieve la deformidad de su carácter y lo avieso de sus sentimientos. Sólo diremos, que el muchacho, no podía recordar sin cierto horror la extremada humildad de su familia, sintiendo, en lo más vivo de su orgullo, una rebelión indomable, en completa pugna con los modestísimos orígenes de su posición. Recordando que los cimientos de la fortuna de su padre, nacieron en el pescante de un carro y en un mostrador inmundo, forrado de latón, en cuyo rededor se habían solazado bárbaramente las más groseras capas sociales, Simoncillo se juzgaba humillado y hasta le entraba una especie de pánico al pensar que alguien le pudiera rebajar al nivel de la plebe, recordándole su miserable abolengo, en los más solemnes momentos de su vida político-forense.

Cuando Teodoro Foronda vió, aunque someramente, la forma egoísta con que despuntaba el carácter de Simón y lo ramplones que eran sus

sentimientos, ocurriósele que la única tabla salvadora en el naufragio de sus ilusiones de padre, estaba representada en Teresita, dulce y hermosa figura que podía, al prodigarle sus caricias inocentes y puras, recompensar, con horas de feliz embeleso, los aciagos días de aquellas victorias que venía ganando el registrero en las rudas batallas de la vida. Llevado de esta esperanza, quiso reconcentrar en su hija los más sublimes afectos, haciendo de ella el objeto casi único de todos sus afanes, de todos sus desvelos, y compenetrando de tal modo este cariño en su corazón, que sólo en cultivarlo con una ternura infinita, cifrara los halagos más puros de su existencia y las más hondas sensaciones de su alma. Pero, ¡ay! un nuevo desengaño debía disipar esta presunción venturosa, porque, verán ustedes cómo era la niña.

II

TERESITA

¡Válganos Diós, y qué pizpireta, y qué vana, y qué tontuela, y qué chisgarabís resultó Teresita! Puede asegurarse que todo su seso cabía en un dedal, no del dedo índice, sino del meñique, y aún sobraría espacio. ¡Qué pobreza de sensatéz, y qué opulencia de volubilidad! En el orden de los sentimientos, era el movimiento perpétuo. Nada de honduras, nada de consistencia, ni de estable firmeza. Sentía, no hacía adentro, sino hacía arriba, hojarascosamente, y ninguna sensación podía arrai-

garse en su temperamento mucho más de medio minuto. Tan grande era su indigencia interior, que toda su vida era prestada. Si de repente se hubiesen suprimido los bailes, las modas, los fingimientos, los chismes sociales, las fiestas de exhibición femenil y el picoteo galante, Teresita se hubiera muerto de tédio, aburrida, fastidiada. Siendo incapaz de gozar y sentir con sus intimidades, porque no las tenía, ni con sus ideas, porque su cabecita de jilguero era el acopio de todas las vaciedades, los gozos y alegrías que animaban su existencia, se las proporcionaba el ruido, la exterioridad del mundo, todo ese vasto velo de refinadas mentiras, con que en ciertas esferas de la sociedad, procuran sus elementos hacerse soportables.

Y, ¡qué lástima, señores, qué lástima! Porque la niña era bonita como un lirio, como un clavel, como una peonía y como todas las cosas lindas y todos los colores hermosos que los poetas buscan en el cielo, en la tierra y, sobre todo, en su imaginación, fuente inagotable de ensueños absurdos, para adornar á las heroínas de su musa con todos los atributos de la belleza y con todos los símbolos del sentimiento estético.

Tenía su talle la flexibilidad y la esbeldéz del mimbre. El seno, en gestación todavía, se iniciaba con graciosas morbideces que llegarían á la venusidad perfecta. Las varillas del corsé, fieles guardianas del tesoro, debían estar orgullosas de tan gratísima misión, conteniendo aquella maravilla de

la escultura viviente, y siendo las primeras en la percepción tangible de los suspirillos baladís, de las alegrías momentáneas y de cuantas fugaces impresiones emanaban de aquel pecho, arquilla de lo fútil, cofrecillo de lo vanal, estuche repleto de agradables simplezas y de un finísimo amor propio, de una devota admiración por sí misma, que se tornaba en embeleso al considerar el esplendor de adornos físicos que la pródiga Naturaleza puso en toda su interesante personilla.

Era Teresita ligeramente morena, contrastando con el color del rostro, en combinación bellísima, unos ojos garzos, provistos de largas pestañas que se movían aceleradamente, como si quisieran regular la aplicación de las miradas, disciplinando los pueriles descaros, que de lo más vivo de su orgullo, salíanle á las pupilas. Sí el símil no estuviese tan manoseado por infinidad de *pichuleadores* de la rima, podría decirse que sus dientes eran de marfil, engarzados en unas encías rojas, como las amapolas. Y sus labios... aquí me viene el coral á las mientes... pero no lo pongo, no señor, porque eran mucho más lindos que la piedra marina. ¡Quién fuera literato simbolista, ó siquiera andaluz, que son seres de extraordinaria semejanza en las exageraciones paradójicas, para hacer ahora un tropo exquisito, digno de aquellos dos pedacitos de carne mortal! Pero, es inútil. A los prosaicos naturalistas, que discurremos, puede decirse, auxiliados por el sentido del tacto, no se nos ocurren más que figuras palpitantes, y aquellos labios eran... ¡ya sa-

lió, ya salió el piropo romántico... ! eran como el cáliz en que se bebe la gloria... ¿No les gusta á ustedes? Pues pasemos á otra cosa... A la copiosa cabellera negra, convertida en caprichosos bucles y rizos que terminaban en un cucurucho inverosímil, verdadero prodigio de urdimbre y equilibrio, cuya invención está igualmente fuera de la reflexión matemática que de las exaltadas originalidades del arte, y sólo puede caber en los dominios infinitos de la coquetería, á la cual le está exclusivamente reservada la facultad de crear todo aquello que sea digno de ser llamado sorprendente. Entre los finos hilos de las guedejas, ocultábase la tercera parte de unas orejitas de sonrosada transparencia, tan menudas, que parecían una abreviatura de aquella parte de la forma humana. ó si se quiere poetizarlas, pueden compararse con dos tildes trazados por angélica mano sobre los bordes de una estrella. La garganta, torneada con la gubia empleada por el Artífice divino en sus maestras obras terrestres, era como materia imantada para atraer hácia sí las ideas y las vibraciones pecaminosas. Los piés parecían dos piñones mondados; y sus manos... ¡ay, qué hoyitos tenían en el dorso, y qué...! Pero, ¿cómo seguir describiendo los infinitos detalles que componían su espléndida hermosura? No la concibió semejante la ardiente inspiración de Murillo, ni el cincel de Fidias trasladó al mármol mayor pureza de líneas y contornos. Capullo de rosa temprana, era aquella criatura el ideal de la belleza femenina, y ante

sus atractivos físicos, fuerza era dispensarla lo poquito que valían su corazón y sus ideas, lo voluble de su carácter y escasa firmeza de sus sentimientos. Si algún día llegaba á casarse, sería ella la representación genuina de la estética en el matrimonio.

Educóse Teresita en un colegio dirigido por las monjas *Micaelas*. Allí aprendió á escribir muy mal y á ponerse los guantes muy bien; á chapurrar el francés y á maltratar el castellano; á bordar disparatados dibujos, monogramas con flores indefinibles, corazones traspasados por flechas que representaban los desengaños del amor, angelitos con alas de mosca y los dedos más gordos que las piernas. También aprendió á canturrear el método de Eslava, y más tarde, sobre el teclado del piano, á convertir en dianas los nocturnos de Chopín. En un momento de entusiasmo artístico, atrevióse con el violín; pero, sus indóciles dedos, nunca pudieron arrancar á la delicada prima sinó acordes muy idénticos á los zumbidos de los cínifes. Cuando impacientada, apretaba el arco, producían las cuatro cuerdas una sinfonía muy parecida á la que con sus llantos armarían en una misma cuna cuatro recién nacidos. En fin, hubo que quitarle de las manos el sublime instrumento, porque, de lo contrario, corría peligro de ser eclipsada la gloria de Paganini.

Durante el tiempo que Teresita permaneció en el colegio, iba su padre á visitarla un día á la semana, y casi todos los domingos la sacaba á pa-

seo, haciendo lo mismo con Simoncillo. Generalmente se metía con sus hijos en un coche y los llevaba á la Recoleta ó Palermo; además les compraba cuantos juguetes querian y hartabales de dulces. La simpatía que Teodoro Foronda supo inspirar á sus amigos, aumentaba cuando éstos le veían con un chiquilín en cada mano, riéndose de sus dichos infantiles, haciéndoles cariñosas observaciones y, á cada momento, colmándoles de caricias y de besos. Nunca la paternidad encierra tan bella poesía como al verla ejerciendo los amantes cuidados, que las tiernas criaturas, no pueden recibir de las madres arrebatadas al hogar por la pérfida muerte.

Al pasar por el borde de los estanques, Teresita miraba fijamente al agua, más que por admirar los pintados y mansos pececillos, por contemplarse ella misma en la transparencia del líquido, en el cual reflejábase, con proyecciones de buena moza, su figura diminuta; de donde se deduce fácilmente ser el sentimiento de la presunción el primero que se arraigó en su espíritu alicorto. En Simón, este mismo sentimiento se presentaba en forma más peligrosa; en una taciturnidad impropia de la infancia y en lo seriote que se ponía para hacer preguntas á su padre sobre todo aquello que despertaba su curiosidad.

Así pasaron los años, hasta que Simón tuvo 15 y 13 Teresita, época en que Foronda montó su casa, sin economizar nada, y aún con cierto lujo si se quiere. El muchacho apencó, muy entusias-

mado y afanoso, con los padrotes del Derecho, y á fin de seguir puliendo á la niña, preparándola para el brillo social, una série interminable de chapuceros del arte, desamparados de talento y convertidos en profesores de morondanga, maestros sólo en la charlatanería infulosa, invadió la casa del registrero. Por ella cruzaban, á distintas horas del dia y parte de la noche, el de piano, que era un insigne lombardo, empeñado en acreditar su competencia, diciendo que había sido compañero de cuarto de Verdi y hasta habian dormido en el mismo catre, con lo cual parecia querer demostrar, que la inspiración, fuese susceptible de adquirirse por contagio; el de violin, jóven melenudo, digno de una manifestación de protesta peluqueril, cuyo talento artístico sólo tenia aplicación en el manejo del peine, cargado de tantas cruces, que su pecho parecia, en noches de concierto, la apoteosis de las tumbas, y con más medallas que un general de los reales ejércitos de la Lusitania, toda esta chatarra ganada en honrosos torneos y lides musicales, pues aseguraba haber tocado en todas las cámaras de los monarcas y hasta en todas las alcobas principescas; el profesor de francés, hijo genuino de Marsella, de la Andalucía francesa, ex-capitán de dragones. que por no querer *dragonear* con la república y por andar metido en las tonterías monarquistas del duque de Orleans, su íntimo amigo, le habian echado del ejército, con la orden terminante de meterle en la cárcel, ó quizá de suplantar con extracto de fusil el viento de su cabe-

za, que todo podía suceder, si llevado de los impulsitos monárquicos que le bullían en su corazón *tartarinesco*, trasladaba sus aristocráticos piés á la patria de Gambetta; el de dibujo y pintura, otro tipo curioso, extraña mezcla de andalúz y florentino, la pura fachenda artística, atestado el cerebro por la gusanera de ilusiones que le había comido casi toda la razón, cosa sobradamente advertida en la benevolencia con que hablaba de Velázquez, de Goya y del Ticiano, y también en lo emperrado que estaba en hacer creer á la gente que Pradilla le había señalado como el continuador de sus glorias pictóricas, repitiéndolo tanto, que concluyó, (tal es la fuerza del hábito mentiroso) por creér-selo él mismo y sospechar que se lo creían los demás, sin poder nunca llegar á persuadirse, de que las gentes, no tienen por tonto á Pradilla; la maestra de bordados, una señora catalana, muy metida en carnes y en embustes, cuyo marido, según ella, había sido dueño de un barrio de la Barceloneta y de casi toda la Rambla; pero que luego se medio arruinó en la Bolsa y se acabó de arruinar debido á un préstamo que le hizo á Sagasta, para que fuera á tomar los baños á San Sebastián, yendo así de fracaso en desdicha y de calamidad en hecatombe, hasta quedarse completamente en la calle, terminando el infeliz por ahorcarse con un cordel, cuyas puntas ató, una, es claro, á su cuello, y la otra á la pata de la mesa del escritorio, extrangulándose á fuerza de tirones allí mismo, junto al yunque de sus afanes. Como ella, la

maestra de bordados, figuraba tantísimo entre las duquesas y marquesas que vivían en Barcelona, no quiso hacer mal papel, porque el orgullo se le despuntó y avivó muchísimo después de la ruina, y prefirió venir á Buenos Aires, donde no se distinguen tanto las clases y es más fácil, para una persona de tanto viso, sufrir y hasta ocultar la miseria, sin duda porque aquí se atiende más á evitar la propia que á observar la ajena. Debido á todas estas circunstancias, Teresita Foronda tenia el grandísimo honor de que una señora tan empujorotada descendiera á enseñarla á bordar.

Toda esta pandilla de genuinos representantes de la bohemia, unos soñadores por temperamento, otros por cálculo, y la mayoría infelices que venían á ocultar en América su impotencia para luchar por la gloria en los verdaderos centros artísticos, pasaron por la casa de Teodoro Foronda, colaborando sin querer, con el relato de supuestas grandezas, en la cimentación de una tendencia orgullosa y exhibicionista, que por sí sola, se iniciaba con harto vigor en el presuntuoso carácter de la discípula.

La cual, apenas tuvo 15 años, y, avisada por la Naturaleza, supo que los hombres tienen en la vida otro fin más importante que el de servir de ornamento, se inclinó. . . ¿Hacia qué clase de tipos se suponen ustedes?

No hay que discurrir mucho para adivinarlo. Siendo tan vanidosa, excusado es manifestar que fueron los hombres populares, (real ó ficticiamen-

ta, pues en ésto de la popularidad, hay de todo), los que más le gustaban; porque ella deseaba ser novia de rumbo, y luego esposa de campanillas, halagándola hasta el delirio la idea de ir colgada del brazo de un orador famoso, de un militar audaz y valiente, de un político temible, de un revolucionario, de un literato cuyas obras fuesen sensacionales, de un periodista que tuviese un desafío por día, de algún hombre, en fin, que sonara mucho, que metiese mucho ruido, para que al pasar con él por la calle, muy oronda, muy hueca y empavonada, pudiera participar de las miradas, de la curiosidad, del respeto y de la admiración que al pobre público inspirara su marido.

Pero, ¿cómo hacer una elección acertada entre el hato de celebridades existentes en Buenos Aires? ¿Cómo no confundirse entre tantos hombres de viso, entre tantísimos individuos semi-populares, que han de andar muy pobres de amigos para que no merezcan una plaquita, con retumbante inscripción, el día que se mueran? ¡Pobre Teresita! Se volvía más tonta de lo que era, y eso que lo era mucho, buscando para consorte el más meritorio, el más sobresaliente entre el tendal de famosos chicos que aparecían por las mañanas en las columnas de la prensa. Todos la seducían: el imberbe tenientillo, que por insubordinado, se acreditaba de heroico, derrocando, con un puñado de soldados, á un gobernador de provincia, después de tomar la torta-leza del Cabildo, dejando en la calle, entre muertos y heridos... cien carros vacíos y una petaca llena

de prisioneros; el diputado novicio, afiliado al partido *tarantelista*, que se iniciaba en las luchas parlamentarias clamoreando un discurso por el honor del crédito nacional, como si las virtudes perdidas fueran susceptibles de recogerse después de arrojadas al fango; el politiquero de atrio, joven y criminal caudillejo, que nacía á la vida pública ganando una elección con el revólver en la mano y á fuerza de tramposos cubileteos; el periodista alborotador, que relataba, con todos sus pelos y señales, un latrocinio gubernamental, una estafa político-bancaria, haciendo la reseña con tal alborozo, que parecía fuese ésto una gran novedad entre nosotros; el fundador de una sociedad anónima, que después debía dar por resultado el robo también anónimo; el proyectista de todo género de cosas, útiles, inútiles, absurdas ó convenientes, pues en aquella época de crisis mental y nerviosa, á todo se prestaba atención, y con preferencia á cuanto proyecto no fuese razonable. De todos estos seres visibles se enamoraba Teresita, prefiriendo siempre á los que más sonasen. Que á un muchacho, sus amigos le daban un banquete, porque se iba á la estancia... pues, por sólo esta distinción, ya se estaba enamorando de él Teresita. Que se iba más lejos, á Europa, por ejemplo, á visitar todas las clínicas, porque el muchacho era médico, y habia de volver del viejo mundo hecho un sábio, según afirmación de un periodista muy entendido en el *sport*... pues héte á Teresita deseando ser la novia de la futura eminencia.

Que un pichón de legista obtenía la nota de sobresaliente en un examen de Derecho romano... allá se iban en pos del romanista los pensamientos de la señorita Foronda. Que un joven gozaba fama de Tenorio... pues ya estaba ella deseando ser su doña Inés. Que el mozo pasaba por elegante... ¡qué gusto ser la señora de un hombre tan paqueta! Que era buen mozo... pues ya estaba soñando Teresita con la posesión de la alhaja, y pensando en la muchísima envidia que la tendrían sus amigas cuando la vieran con su Apolo. Que, por el contrario, era feo, pero muy ocurrente y gracioso... pues también la seducía, justificando el capricho con el antiguo refrán de "el hombre y el oso, etc.". Si otro era elogiado como formal y serioso... pues por eso le quería, porque se le elogiaba. Si era alabado porque tenía los ojos azules... pues por eso le tomaba afición, porque se le alababa. Si se le ensalzaba porque eran negros... pues idem de lienzo... Aquella criatura insustancial, símbolo de la veleta, no tenía idea fija sobre nada y carecía en absoluto de sentimientos permanentes. Díos nos perdone si la calumniamos pensando que en su naturaleza existía la levadura del adulterio.

Una sola pasión tenía en ella extraordinaria firmeza: la pasión del lujo, del adorno, de la coquetería. Su padre no ponía tasa en ésto, pagando, sin observación alguna, cuantos vestidos elegía la niña, previo el parecer de Josefina, el ama de gobierno, cuyas opiniones seguía ó no Teresita, según se le antojara.

Y á propósito de Josefina. ¡Qué paciencia la suya! Debía descender rectamente del santo Job. Era ya mujer entrada en años y bastante mal parecida; pero buena como el pan bueno. De seguro que cuando se muera, pues aún vive, y ojalá se eternice, ha de ir al cielo, como justo premio por las muchas impertinencias que ha sufrido de Teresita.

Todas las pataletas que le daban á la niña, que eran tan frecuentes como reventantes, ocurrían en las faldas de Josefina. Esta era el poste donde daban impertinentes brinquitios las pasiones que á Teresita le rebullían en lo más profundo de su naturaleza, atarazada por los supuestos goces de la vida gustable. Sobre aquellas faldas cometía la señorita Foronda toda clase de estrujamientos y se entregaba á diversos ejercicios fantásticos; sobre aquellas serviles rodillas lloraba, reía, maño-seaba, hacían gimnasia sus nervios y se quedaba dormida cuando le daba la gana, ó soñaba despierta las mil simplezas que constituían el fondo principal de sus pensamientos. De la benevolencia y del perpétuo asentimiento de aquella buena mujer, obtenía el orgullete de la hija del registrero todas las satisfacciones que apetecía. Muchas veces, impulsada la niña por un secreto deseo de averiguar todo cuanto ella se merecía en calidad de esposo, manifestaba á su víctima con disfrazado pesimismo: "Yo nunca me voy á casar, Josefina.,,

—;Cómo no se ha de casar la niña! Y ha de ser con un buen mozo.

—No; le prefiero regular no más, pero que sea gracioso, ¿sabés? Los mozos muy lindos suelen ser muy pavos. Ay, hijita! Viven más enamorados de ellos que de la novia.

—Bueno, pues será feo y gracioso y todo lo que la niña quiera.

—Pero no, ché Josefina, mejor es que sea lindo, alto, moreno, con un bigote largo y retorcido, y si es posible abogado, que sepa muchas, pero muchas leyes, un sábio como va á ser Simón.

—Sí, señorita, ¡pues ya lo creo! Será sábio como el niño Simón, y como Salomón, y como todos los sábios juntos de la tierra.

—Atendé una cosa, Josefina: mejor es militar, marino, ó sinó de artiyería, ó de cabayería... ¡eso, eso...! de cabayería. Como papá tiene mucha plata, le regalaría un cabayo lindo, tordiyó... no, mejor sería negro, con una estrella en la frente... ó sinó castaño... ¡castaño, castaño...! y las patas blancas... ¡qué lindo...! Pero, hijita, los militares son muy volanderos, se enamoran de todas, y es cosa triste que mientras una esté frotando los botones dorados de la levita hasta sacarles brillo, anden ellos por ahí, haciendo, ¡quién sabe qué cosas!... El mejor novio es un médico. Es una carrera muy linda.

—Pues será médico; todo lo que la niña quiera que sea.

—¡Ay, nó! Los médicos tienen un gran inconveniente. Cualquier muchacha, cuando quiere á un médico, se finge enferma para que la tome la

mano, haciendo ver que la toma el pulso, ó para que le arrime la cara al pecho con la disculpa de... ¿cómo se dice?... ¡ah, sí! con la disculpa de auscultarla... Y yo no quiero que mi médico ausculte, ni se arrime á ninguna, porque, hijita, en arrimándose... Lo mejor es un ingeniero... Eso, ¡ingeniero! ¡ingeniero! con las espaldas muy anchas y unas manazas muy grandes, que ande haciendo máquinas, y ferrocarriles, y puertos... Pero, ché Josefina, no me gustan, porque siempre andan llenos de barro, y además son muy toscos para expresarse... Lo mejor es poeta, ¡ay, poeta, poeta! Esos sí que dicen cosas lindas. Me haría versos llenos de colores, y de besos, y de flores, y de flautas...

—¡Señorita! No se le ocurra, ¡por Diós! Si los poetas andan siempre desaparrados, tiritando, y no tienen calor más que en la cabeza. Además, casi todos son unos extravagantes y unos perdidos, que se emborrachan y se enamoran de las mujeres que andan con los pingajos colgando.

—Entónces, mejor es periodista, de esos que hablan mal del gobierno, y llenan de insultos al presidente de la República, al jefe de policía, y nadie se atreve á batirse con ellos, porque manejan muy bien el sable, el florete y la pistola.

—¡Por la Virgen Santísima! No se case usted con ningún periodista, á no ser que sea director del diario, porque los otros, se mueren de hambre, y además con la cabeza hinchada de noticias escandalosas.

—Pues, novelista... eso es, ¡novelista! ¡novelista!

—¡Quite usted allá, señorita! Los novelistas son unos mentirosos, y la habían de engañar á usted, y á su padre, y á su hermano, y á mí, y á todos. No se le ocurra, porque á lo mejor hacía un libro, sacando al sol todos los defectos de usted.

—Tienes razón, Josefina. Son unos embrollones los novelistas. A lo mejor, cuando una desea que viva tal ó cual personaje, van ellos y le matan, sin más ni más, porque les dá la gana. ¡Vaya una gracia! No lo quiero novelista. Lo mejor es un diplomático... ¡Ay, hijita, los diplomáticos...! En todas partes tienen un papel importante, y en los países extranjeros, ellos sólo valen tanto como todos los hombres juntos de la nación que representan... ¡Figuráte, hijita, qué tono y qué importancia se darán! Son los compadres de la política. Y además, siempre andan metidos en fiestas de lujo, en salones aristocráticos, entre marquesas y príncipes. ¡Ay, Josefina, qué gusto ser la señora de un ministro...!

—Mire, señorita, no hay nada como un comerciante rico. Esto es lo mejor y lo más positivo.

—¡Cayáte, hijita, cayáte! Parece mentira que digás eso. Fijáte en papá. ¿Quién le haría caso sino fuera por la plata que tiene? Nadie, Josefina, nadie, absolutamente nadie. Rico es cualquiera. ¡Vaya una cosa...! La cuestión es figurar de otra manera. Con la plata, ¡mire qué gracia! cualquiera es conocido y hace buen papel entre los pobres, entre

la gentuza del pueblo. Si papá no hubiera venido á América, ¿qué sería? ¿No has visto el retrato de los abuelos de España? ¡Pobrecitos! Son unos infelices labradores, con unos trajes y una facha...! A mí me dá vergüenza decir que son los padres de papá. Será orgullo mío, será todo lo que vos querás; pero, ¡hijita! yo no lo puedo remediar. Y yo le quiero á papá, ¡vaya si le quiero!; y también á los abuelitos; pero ésto no quita para decir la verdad. Y si no, preguntásele á Simón, y verás cómo piensa igualito que yo.

—Tiene usted razón,—decía Josefina, que en este punto, su servilismo la llevaba á no oponer objeción alguna, por no disgustar á su señorita.

¡Ah, infeliz y desdichado Foronda! Sólo un cariño compasivo existe en tus hijos hácia tí. Te respetan, como se respeta á quien se le debe la vida, y te obedecen como se obedece á la persona mayor que rige una casa.

Estudiando el carácter de Teresita, perdió el registrero la última esperanza de encontrar en sus hijos la ternura filial, la absoluta unidad del afecto, el amor infinito, emanado de la vibración natural de la sangre, el ideal del hogar como último refugio de las postreras ilusiones de la vida. Aquella inquisición de hielo, era para él algo peor que la muerte física; era el asesinato del sentimiento paterno, con el cual se llega tranquilo, sonriente y feliz al dintel del sepulcro. Aquella indiferencia, la acerada punta de aquel desdén,

penetraba en su pecho desgarrando las más puras y recónditas afecciones. Agobiado por la tristeza, por el agudo dolor de una soledad incua, contemplaba ante sí el caos como fin forzoso de la existencia. El duro camino de la vejez se le representaba cual senda atestada de abrojos, sin una flor, sin una gota de rocío que saturase su alma, aniquilada y rota entre las cadenas de nieve que veía en el fondo del espíritu de sus hijos. La jornada de su vida tenía por oasis el mayor, el más feróz de los desengaños, la pena más negra, la más insufrible desdicha. Era la muerte con el corazón arrecido. ¿Y necesariamente había de resignarse? No; la resignación es la anemia del alma, el linfatismo del espíritu. Había una salida en el desquicio moral representado en los amorosos brazos de Purita. Se arrojaría en ellos, como el desterrado sobre la silvestre glorieta de su islote. Por medio de una violencia imaginativa borraría de su memoria el pasado degradante de aquella mujer. La retención mental de los episodios desgraciados es una forma de suplicio perpétuo; y la razón pura es un mito ante el desenfreno de los elementos sensibles de la naturaleza humana. El hecho positivo no tiene más influencia en el ánimo que la representada por la imaginación. Teodoro necesitaba el halago de los grandes afectos, y no encontrándolos en sus hijos en la magnitud que él deseaba, los buscaría en otra parte, en una mujer sellada por el estigma de la deshonra. Antes que vivir entre la impureza del amor filial,

prefería vivir entre los puros amores de una mujer materialmente impura. Algo había en ella muy grande y honroso que nadie más que él disfrutaría. Como las vetas del oro nacen entre el pórfido, también caben las pasiones santas en cuerpos corrompidos por la desgracia ó el vicio.

Pero, ¡ay! en todo esto no había más que ejercicios mentales, sofistería completa, desbaratada á cada instante por el sentimiento de atracción hácia sus hijos, que surgía avasallador, único, en el fondo de su alma. Quería despreciarlos, y hasta en ocasiones, llegaba á creer que los despreciaba; mas eran engañosas, ficciones del cerebro, empecinado en tergiversar el orden natural de los afectos. Los muchachos estaban allí, aposentados en su corazón, y era inútil que intentara el desalojo, porque no eran inquilinos, sinó propietarios de su pecho. En momentos optimistas llegaba á creer que no había tal frialdad ni tal desdén en ellos, que todo era una figuración suya y que indudablemente le amaban como buenos hijos, sin sentir pizca de vergüenza por su origen humilde; que no había en ellos otra cosa más que un defecto exterior del carácter, pero que íntimamente le profesaban el cariño tierno tan apetecido por él, suponiendo que nada importaba la forma de manifestarse, con tal de que su existencia fuera real.

Deseoso de afirmarse en esta idea, los observaba con atención prolija, y al convencerse de su error, apreciando toda la extensión de su orgullo, se desesperaba de nuevo.

Un día que el futuro legista, encaramado en el trono de su infatuada vanidad, estuvo más desdeñoso que nunca, y la novia de todos los personajes populares, aumentó la lista con un capitán aeronauta y con el tenor de la ópera, el pobre registrero salió desesperado de su casa y muy arrepentido de no haber mandado á sus hijos á la Inclusa cuando nacieron, ó haberlos dejado tirados en medio de la Pampa. Al bajar la escalera, parece que alguien le oyó decir, señalando hácia arriba con los puños cerrados: "Vosotros sereis los pensionados de mi fortuna; pero me parece que el corazón de vuestro padre será de ella, de Purita.,"





XXIX

LOS GARBANZOS DE DOÑA PACA

GRA uno de los domingos de cuaresma del año 86, creemos que el de Ramos, aunque no podríamos asegurarlo con plena certidumbre. Un jesuita, más famoso por la audacia de su oratoria, de puro estilo naturalista, que por su argumentación mística para incrustar la fé religiosa en el corazón de los feligreses, predicaba aquella mañana en la Catedral. Los periódicos habian anunciado el tema, que era éste, palabra más ó menos: *“La madre, que pudiendo hacerlo, no cría sus hijos, no es madre, sinó una simple máquina reproductora. Dios la detesta, por haber falseado su método al crear la especie humana.”* El Bossuet zolista exponía sus tesis con una claridad al alcance del público más obtuso; sus argumentos distinguíanse por lo sóli-

dos, y si en algunos pasajes era sobradamente paradógico, lo hacía siempre con un fin altamente moral. Declamaba con entonación potente, viril, y sabía ser oportuno en los sollozos, poniéndolos, no en la parte filosófica ó meramente expositiva de su discurso, sinó allí donde deseaba atacar el sentimiento de los oyentes. En ésto era maestro. No se parecía á muchos oradores sagrados, que no teniendo cosas de fundamento que decir, gimen y lloriquean sus discursos, como si de las fingidas lágrimas se dedujesen razones, ó como si fuera posible transmitir una emoción por medio de las contorsiones dramáticas del rostro, sin que á éstas acompañe el concepto profundo, poético ó sentimental. Si nadie dá lo que no tiene, tampoco es posible la trasmisión de lo que no se siente. El gesto es un medio de expresión; pero la íntima y pura reside en el alma, y de ella puede emanarse hasta en forma de silencios.

Mas, dejemos estas intrincadas materias artístico-religiosas. No hay necesidad de meterse en ellas para decir, que entre la muchedumbre que acudió á oír al popular predicador, se contaba doña Paquita, la cual, aunque ya se dijo anteriormente que no era beata del todo, nunca faltaba á misa los domingos y tenía gran complacencia en escuchar los buenos sermones.

¡Qué compleja y qué curiosa es la naturaleza del pecado! Parecerá raro, pero es cierto que el estado pecaminoso con carácter permanente, tiene también su aspiración moral, la cual consiste en la satis-

facción sentida con la reprensión indirecta. La directa no la resiste sin molestia, porque nadie se deja tocar en la llaga de su orgullo, ni consiente en que se le descorra el velo de la virtud aparente.

Doña Paca que había sido, y lo era en cierto modo, una grandísima pecadora, aceptaba la moral general de la Iglesia como cosa excelente; pero jamás pudo apropiársela en el sentido positivo de la palabra. Se hallaba compenetrada en el dogma religioso; sintiendo y pensando de acuerdo con la doctrina más pura, nunca supo aplicarla á los actos de la vida. Parecíase á ciertos enfermos, que teniendo mucha fé en un medicamento, no lo toman porque se les rebela el paladar. De esta clase de religiosas y de moralistas de pico está lleno el mundo.

Y dicho ésto, que es decir bien poco en comparación de lo que el asunto puede dar de sí, prometemos una abstención absoluta de disquisiciones filosóficas, yéndonos rectamente á los hechos, de los cuales se desprenderá la sustancia de este libro, si, como justo es temerlo, no resulta insustancial.

El hecho es que doña Paquita fué al sermón, regresando á su casa antes de medio día, en momentos que Purita, delante del espejo, daba los últimos toques á su peinado, muy lindo por cierto y muy caprichoso, pues terminaba en un moñete que parecía nido de ilusiones. Apenas penetró doña Paca en el patio, la dama joven, con la na-

carada peineta entre los labios, preguntóla alegremente:

—¿Cómo le ha ido, doña Paquita? ¿Qué tal ha estado el sermón?

—Bien; ya sabés que á mí siempre me va lo más bien. ¡Vieras, hijita, qué sermón! No ha dicho nada de santos, ¿sabés? sino de cosas de la vida, de las madres que no crían á sus hijos, de los maridos que lo consienten, de lo mucho que se coquetea *drento* del matrimonio, del afán de las mujeres en agradar con el cuerpo á sus esposos, para lo cual no quieren destruirse ni ponerse feas con la crianza. ¡Hijita, una cosa tremenda...! Yo no me acuerdo de las palabras; pero quería decir algo así como que las nodrizas son burras de leche, y que las madres no tenían sentimientos, ni vergüenza. ¡Figurate vos, cómo estarían las que le haigan atendido! Algunas, ¿sabés? golvían la cara y se hacían las distraídas. Pero él, hijita, firme que firme y dále que te dále sobre el mismo tema. Luego habló de las que tienen algún desliz y toman por nodriza la Cuna, el Hospicio, ¿sabés? para seguir ellas, libres de estorbos, haciendo lo que quieran, ó presumiendo de honradas. ¡Vieras, hijita, qué cosas dijo...!

Al oír ésto Purita, se le cayó la peineta de entre los dientes y la cajita de polvos de entre las manos, quedándose repentinamente triste, cabizbaja y pálida cual la cera. Observándola en aquella actitud dolorosa, doña Paca exclamó muy quedo: “¡Qué imprudencia la mía!,”

Pero la jóven dama rehizose enseguida de su

turbación, recogió del suelo la peineta, se dió unos toquécitos nerviosos en el pelo, juató de prisa, para guardarlos en una caja, los cabellos que se le habían caído al peinarse, y afectando alborozada alegría, preguntó á la vieja que ya se hallaba en el cuarto y había comenzado á desprender los alfileres de su traje dominguero:

—¿Habría mucha gente en la Catedral?

—Llenita, atestada, no cabía ni tan siquiera una mosca. ¡Qué gentío, y qué aprietaduras...! ¡Ah! ché, Purita, ¿sabés una cosa? He visto á Casilda. ¡Hijita, y qué elegante! ¡Vieras...! Una cosa tremenda. Estaba hecha un brazo de mar, y parece que se iba á llevar á la gente por delante... Pero, hijita, siempre es la misma, ¿sabés?... No hay quien la haga cambiar. Puro orgullo, hijita, y puro bulebé con soda... ¿Te pensás que me ha saludado? ¡Quiá! Pasó de largo, haciéndose la que no me vía. Es claro, la duquesa de Génova no podía rebajarse á saludar á ésta vieja, á éste estropajo. ¿Qué te figurás? Se la podían caer los anillos... Así son todas estas cascarrientas.

—¡Doña Paquita!

—Pues es la verdad, hija, es la verdad. Tiene más orgullo que don Marcelo en la horca y que don Rodrigo en el mar. ¡Una cosa tremenda, ché, Purita...! Como si no la conociéramos, como si no estuviéramos bien enteraditas de dónde salen esos lujos. Pero ya verás vos el día que á Vicharo le dé la loca y la deje plantadita, no más, en medio de la caye... Acordáte de lo que yo te digo; ya

sabés que ésta vieja... ¡júm!... es adivina. Acordáte... ¿qué día es hoy?... ¡Ah, sí! domingo de ramos, la bendición de las palmas... en el nombre del Padre, del Hijo y del... Pues acordáte no más; la *himos* de ver hecha una zaparrastrosa, y ha de venir á implorarnos, ¿sabés? á pedirnos por favor que la saquemos del atoyadero. En cuanto se canse Vicharo... y se va á cansar pronto, yo te lo garanto, porque es muy volandero, y además, no te pensés que ella está muy linda... ¡Hijita, le están saliendo unas patas de gayo en los ojos, y va echando un cuerpo...! Una cosa tremenda... Eso sí, ¡úf! el garbo y el aire... Pero ya se le bajarán los humos á esa grandísima... ¡Díós me perdone!... Iba á decir una atrocidad.

A doña Paca le temblaba de ira la bolsita de carne blanducha que tenía debajo de los ojos, y le bailaba un diente de los dos únicos que tenía, los cuales parecíanse mucho á los dos pinchos de esos tenedores que se usan para sacar las aceitunas del plato.

Purita, que era muy buena con ella, y trataba siempre de aplacarla cuando la veía furiosa, echóle sus brazos al cuello, y, no tanto por curiosidad como por variar de conversación, la preguntó sonriendo:

—¿Ha rezado usted mucho?

—¡Ay, hijita! No sé cuántos padrenuestros le he rezado á San Antonio bendito, por vos, por él y por mí... Y lo mismo á la Virgen... Una cosa tremenda... No me he cansado de pedirla que

mire por nosotras, que nos *preste* su amparo, que nos... Porque cualquier día... Acordáte de lo que yo te digo... Si vos no hacés lo que tantas, tantísimas veces te tengo dicho... Hijita, yo no sé, pero me parece que lo vamos á pasar muy mal... Atendé, ché Purita, vos sos una sonsa. ¿Por qué no le decís algo? Yo sé que está enamorado de vos, que te quiere mucho, que si le pedís algo, ¡vaya, ya lo creo! te lo concede enseguida... ¿Pensás vos que si le trabajaras un poco, no se casaba?

—¡Por Diós, doña Paca! ¿Cómo quiere usted que yo le pida eso? ¿Con qué derecho lo iba á pretender? Quite usted, yo no se lo digo. El pobre har-to hace. ¡Es tan bueno...!

—Si yo no te digo, hijita, que él no sea bueno. ¡Pues ya lo creo que es bueno! Es generoso, no consiente que nos falte nada, nunca mira el cen-tavo... Por ese lado no podemos tener motivo de queja, todo va lo más bien, no se puede decir na-da... Pero atendé una cosa... Suponéte que ma-ñana se arregla con sus hijos, ó suponéte que no se arregla, y como los quiere tanto y tiene ese genio tan pronto... ¡hijita, porque parece la mis-ma pólvora!... vá y se pega un tiro, ó se *ahorra*... ¡vaya usted á saber!... Decíme, hijita, ¿qué hace-mos nosotras después? ¿Cómo vivimos? ¿Cómo nos las arreglamos? Porque, hijita, hay que estar en todo, hay que ser precavida... Yo no lo digo por mí, porque al fin, cualquier día me muero, y todo se acabó. Me amortajás con cuatro trapos, de

cualquier manera, aunque sea con arpillera, y al hoyo, á que se coman los gusanos éste cuerpo pecador. No tengas cuidado, que no engordarán mucho, y quién sabe si podrán roer mis huesos de puro duros... Pero, ¿y vos? ¿qué vas á hacer? ¿Cómo te las vas á componer?

—No sé, doña Paca. ¡Ay, déjeme usted en paz! Trabajaré, pediré limosna, ¡qué sé yo!

—¡Trabajar! ¡Pedir limosna! ¡Estás fresca! Si te ponés á coser, ¿qué vas á ganar? Cincuenta centavos al día. No te alcanzan ni para llenar el hueco de una muela, para nada, hija, para nada. No seás sonsa y dejáte de pavadas. Hacé lo que yo te digo. Atendéme á mí, y verás cómo nos vá lo más bien. ¡Hijita, al cabo de nueve años que estáis así, me parece que ya podías tener algo más de confianza con él...!

—¡Pero, doña Paca, por Diós! ¿Cómo quiere usted que yo le diga: “Ché, Teodoro, por si acaso te morís, ó te matás, dejáme tanto ó cuanto?” Yo no le voy con esa embajada. ¡Qué esperanza!

—Nunca creí, mi hijita, que fueras tan sonsa y tan pava,—dijo la vieja, desprendiéndose al mismo tiempo suavemente de los brazos de su jóven amiga.—Está olaro que no se lo has de decir así. ¡Al demonio se le ocurre!... Pero, decíme, vení acá, pindongona, infelizota. ¿No sabés pedir las cosas de otra manera? Pues estás fresca. A este paso, ¿qué adelanto yo con rogarle á San Antonio bendito que nos ampare, si luégo vos lo echás todo á perder con una patochada? ¡Ay, Purita, si yo es-

tuviera en tu pellejo...! Ya verías como me daba vuelta y me las arreglaba lo más bien para asegurarme los garbancitos del día de mañana. En este mundo, mi hijita, hay que agenciárselas de algún modo. Tené presente que cualquier día, no más, nos vamos á quedar á la luna de Valencia, y entónces, á ver qué hacemos, á ver cómo nos las campaneamos. Yo no sé, hijita, lo que será de nosotras. Te garanto que me entra una tristura cada vez que me acuerdo de esto!... ¡Y pensar que todo se podría arreglar lo más bien, si vos no fueras tan corta de génio, ¡qué digo corta! tan sonsa, hija, tan sonsa, y tan pava. ¡Parece mentira! Si te faltarán ocasiones de sonsacarle algo de lo que piensa hacer contigo...

—Ocasiones, sí que tengo; pero, ¿cómo se lo digo? ¡Ay, Diós mio! ¿Cómo le digo yo que me deje algo, por si acaso se muere, ó le dá la gana de abandonarme? ¿Con qué palabras se lo pido? Yo no puedo, doña Paca, ya lo sabe usted demasiado. Yo no sirvo para estas cosas; me corto, me dá vergüenza, se me enreda la lengua, me dá miedo y, ¡qué sé yo lo que me pasa!—terminó Purita medio llorando.

—¡Andáte al cuerno! No servís para nada. Sos una grandísima tonta. ¿Qué no sabés cómo decirselo? ¡Vaya una salida! Pues es lo más fácil. Con un poco de maña, todo se arregla enseguidita. Pero vos no sos baqueana en estas cosas, y te asonsás al momento. Atendéme y verás si es sencillo. Un día, cuando venga con la buena, ¿sabés? cuando no esté alunado y ande con ganas de ha-

certe caricias y esté muy meloso... ¿me comprendés lo que te quiero decir...?

—Sí señora. Ya la comprendo.

—Pues güeno; cuando se ponga hasta cargoso de puro amable, vos te echás á llorar. Enseguida te preguntará él que por qué llorás, y vos le decís, llorando más fuerte, que te querés morir el mismo dia que él se muera. Ésto le ha de parecer extraño, y, por de contado, te preguntará la causa. Entónces le decís vos que te quisieras morir el mismo dia porque después no podrías seguir viviendo... No vayás á decirle que por falta de plata... ¡porque vos sos tan sonsa!... sinó de pena, ¿sabés? de puro sentimiento. Está claro, á él le dará lástima, le entrará, ¿sabés? ese chucho poético que le acomete cuando le mentan cosas tiernas, y de seguro te dice que vivás, aunque él se muera, porque, al fin, ningún empeño puede tener él en que vos espichés... Y ahora viene lo güeno, lo principal del asunto, la pechada, ¿sabés?... En cuanto te haya dicho que no quiere que te mueras, empezás á llorar más récio, y dando unos suspiros tremendos, hasta que rajés los ladriyos del patio, le hablás así, poco más ó menos... ¡Ah! pero no te olvidés de abrazarle al mismo tiempo... Pues sí, vas y le decís: “¡Ay, Teodorito! yo quiero morirme con vos, porque sinó, ¿qué será de mí después? ¿Dónde iré yo á parar? Figuráte una pobre mujer desamparada, sóla, y además en la última miseria, sin un hombre tan güeno como vos, que la socorra y defienda con tanta generosidad,

con tanta abnegación, con tanto cariño, que yo no merezco, no señor, no lo merezco... ¡Ay, Diós mio! ¡Ay, Virgen santísima!...», Al llegar aquí, ¿sabés? rompés en sollozos, igualito que una Magdalena, y ya verás cómo se ablanda... ¡Hijita, no tendría corazón si no se condoliera...! Seguramente te dirá... ¡eso á la fija!... que no tengas cuidado, que él dejará arregladas las cosas con tiempo y que nada te ha de faltar el día que él se muera... Pero, hijita, es necesario que vos pongás algo de tu parte para que todo salga bien. Es necesario que se lo recordés para no quedarnos nosotras á lo mejor en el aire. Porque... acordáte de lo que yo te digo... cualquier día no más pasa una desgracia, se mata, ó se marcha del país aburrido de sus hijos, y entónces va á ser ella. Yo no sé, hijita, qué es lo que vamos á hacer nosotras... A ver, pensá vos lo que podremos hacer. Nada, hijita, nada; no le dés vueltas á la cabeza; por más que te la urgués, la cosa no tiene salida. El único remedio es morirnos, sí, ché Purita, morirnos como unas mendigas, en la última miseria, quizá en algún hospital... ¡Qué horror! ¡Qué asco, allí entre los enfermos...! Por eso, hijita, vos catequizáde de alguna manera. Hacé lo que yo te he dicho. Si no te parecen buenas mis palabras, ponéle otras, las que vos querás, las que te se ocurran en aquel momento. Pero habláde, mi hija, decíselo de una vez, porque si no... ¡Ay, Purita!... lo vamos á pasar mal, pero muy requetomal... Acordate de...

—No machaque, doña Paca, no machaque. Yo no sé fingir. Ya lo sabe usted.

—¡Hijita! Parece que no fueras mujer.

—Y además, yo le quiero, sí señora, yo le quiero de veras,—dijo Purita lloriqueando;—porque es muy bueno y tiene un gran corazón.

—¡Queréle, hijita, queréle todo lo que vos querás! Eso no importa para lo otro. Hay que pensar en todo. El amor es cosa linda; pero, ché Purita, con el amor solo no se vive. Y nosotras tenemos que vivir, aunque él se muera, ó se mate, ó se le lleve el diablo.

—¡Yo le quiero de veras!—volvió á exclamar Purita.

—¡Güeno, hija, güeno! Vos le querés de veras. Pero falta saber si él te quedrá también de veras.

—También él me quiere,—dijo llorando la jóven.

—Y entónces, ¿por qué no le hablás de casaros? Vamos á ver, sonsona: ¿por qué no le decís algo...? ¡Hijita! puede que...

—Yo no quiero casarme.

—¡Muchacha! ¿Qué decís?

—Yo no quiero casarme, porque si nos casáramos, no me dejaría Teodoro sacar á mi hijo del Hospicio,—manifestó Purita muy acongojada.

—¡Ave María! ¡San Antonio bendito! ¡Pero aquí todo el mundo anda á vueltas con sus hijos! ¿Y recién te acordás ahora de sacar á tu hijo de la Cuna? ¡Está güeno...!

—Siempre me he acordado, aunque no se lo haya dicho á usted hasta ahora. ¡Es claro,—agregó ba-

ñada en lágrimas—como usted no los ha tenido nunca, no sabe lo que son los hijos!

Y en seguida, levantóse de la silla y se fué á su cuarto, exclamando entre sollozos y gemidos:

—¡Hijo mio! ¡Hijo de mi alma!

—¡Pero, muchacha! ¡Purita! ¿Dónde vés, mujer? ¿Te has vuelto loca? Mirá, son las doce. Vení, vamos á comer. Ya está puesta la mesa. Andá, vení, no seas sonsa y dejáte de lloros.

—¡Déjeme usted en paz, doña Paca! Yo no quiero comer. Bastante comida tengo por hoy. ¡Ay, Dios mio! ¡Ay, Virgen santísima!

Purita Garachán entró en su cuarto, cerró la puerta violentamente y se arrojó en la cama.

Doña Paca quedóse mirando al suelo un instante, y al fin exclamó con su voz de tiple afónica:

—¡Está güeno! ¡Esto solo nos faltaba!

Al poco rato desenroscó el rosario de su muñeca arrugada, y metiendo la uña á la primer cuenta, comenzó á mascullar un Padre-nuestro, sin apartar de la puerta del cuarto una mirada con resplandores de ira que despedían sus ojos gatunos. ¿Qué pedía con sus rezos? ¿Era la salvación del alma, ó los medios para dar comodidad y reposo al cuerpo miserable y pecador?

El egoísmo ha producido siempre más oraciones petitorias que la fé. Entre los anhelos ultraterrestres del alma, y las hoscas necesidades de la materia viviente, éstas asumen un carácter más perentorio, porque el momento actual se palpa, mientras que la paz y la gloria eterna sólo se lo-

gran ver por medio de un esfuerzo presuntivo de la imaginación. ¿Que si no anhelaba doña Paca la salvación de su alma? ¡Pues ya lo creo que la anhelaba...! Pero en una cama cómoda, y no tirada en una estera, sobre la cual, torturado su espíritu por la desesperación, no podría pensar con tranquilo reposo en las cosas divinas y en la dulce y serena quietud de la vida eterna.





XXX

POESIA-PROSA-POSITIVISMO

PURITA, al arrojarse en la cama, dió rienda suelta al torrente de lágrimas, que inundando su pecho, se le desbordó por las compuertas de los ojos. Es general en los temperamentos dotados de gran sensibilidad, recurrir al lecho para desahogarse de los hondos pesares. El dolor, como todos los sentimientos íntimos, necesita reconcentrarse en la soledad y ama el silencio exterior para oír con albedrío los tumultuosos golpes del sufrimiento, de la rabia y de la impotencia que gime y solloza. Allí en la oscuridad, sustraídos á las miradas impertinentes, se puede suspirar hasta desarraigarse las entrañas, entregarse á la desesperación libremente, revolcarse entre las mantas, morder las almohadas, abandonarse al en-

cabritamiento nervioso, implorar, maldecir, orar, dirigir apóstrofes á lo invisible, anonadarse, idealizar el tormento, anhelar la muerte, apetecer una sangre sansónica y unas manos triturantes para demoler y convertir en polvo á los causantes de nuestra desgracia. Toda esta série de transiciones del espíritu dolorido, reclaman la soledad, lo mismo que los animales desean el campo para sus respingos. La historia íntima del corazón humano, no debe buscarse en los diálogos, sinó en los soliloquios.

Y el soliloquio de Purita Garachán fué en alto grado mortificante. Ocurriósele que era una mujer atrocemente malvada, una madre sin entrañas, repugnantemente egoísta, que prefería la vida cómoda, sin sobresaltos, en un amancebamiento lleno de indecorosas delicias, antes que arrostrar las penurias de la vida sosteniendo á su hijo, al fruto de su primera deshonra, abandonado en brazos de la caridad instituída por el Estado, entre ese montón de seres que desconocen su origen y tienen el alma seca y fría, como la toca de la monja que les dá de comer.

A través del agua dolorosa que nublaba sus ojos, veía la dama al infeliz hospiciano, atado á un banco zapateril y sufriendo los rigores del aprendizaje. Quizá le hicieran herrero. ¡Qué atrocidad! Su hijo, su pobre hijito, dando martillazos en el hierro rusiente, saltándole á los blancos y tiernos brazos las escorias encendidas, tirando de un fuelle como el que tiene Pedro Botero en el

inferno, y además lleno de cisco, agrietadas y callosas las manos, quemadas las pestañas y sudando chorros de tinta como un condenado. ¡Oh, no! Primero era ella capaz de morirse que consentir semejante escarnio. Abandonaría á Foronda, si éste no se avenía á dejarla recojer su hijo. Se lo diría de buena manera, procuraría engañarle, y si no accedía, cosa resuelta, le abandonaba. «¡Ay, nó! Es imposible abandonarle, porque le quiero más, mucho más... ¿Será posible, Dios mio, que le quiera más que á mi hijo?»

Interrogó á su pecho, y de él salió un arranque amoroso transmitido inmediatamente á los brazos, los cuales abrazáronse febrilmente á la almohada, mientras exclamaba la dama con gran congoja: «¡Sí, te quiero más, Teodoro de mi vida! ¿Esto también es pecado? ¿Es aberración? Pues, ¡viva el pecado! ¡viva la aberración! Yo soy así. ¿Quién me ha hecho así? Pues quien así me ha hecho tendrá la culpa... ¡Oh, nó, Dios mio! Esto es una blasfemia; la culpa la tengo yo... Pero con culpa ó sin culpa, yo le quiero, yo le amo... Y ¿cómo se suprime el querer cuando se quiere?... ¡Ay, Virgen santa, qué confusión! Yo no sé discurrir estas cosas, sino sentirlas. Yo no pienso, yo amo. ¡Sí, te amo, Teodoro de mi alma, *(abrazándose firmemente á la almohada;)* y no habrá poder humano que de tu lado me aparte! Seré tu esclava. ¡Son tan dulces los eslabones de tu cadena...! ¿Verdad que no me abandonarás nunca? *(Besando á la almohada.)* ¿Verdad que has de quererme siempre y que no harás

caso de tus hijos cuando quieran separarte de mí? ¿Verdad que antes que ellos es tu Purita? ¿Los abandonarías por mí? ¿No? ¿Dices que nó? Si yo abandono al mio, ¿por qué no has de aban... ¡Ay! Pero el mio no es mio, es de todo el mundo, lo he perdido, lo he regalado... Regala los tuyos también, y nos quedaremos solos con nuestro amor, con nuestra dicha infi... ¡Qué disparates estoy diciendo!... Soy una loca, soy una... ¿Quién está ahí? (*Sentándose en la cama.*) ¡Ay, Dios mio! Me parece que es él. ¡Y en qué estado me halla...!

Efectivamente: en aquel momento entraba Foronda, con una pequeñita rama de laurel en la mano, como símbolo del día. En cuanto le vió entrar, doña Paquita gritóle desde el comedor: "Allá está en el cuarto: no ha querido comer." Y en el mismo tono avisó en seguida á Purita: "Muchacha, ahí vá Foronda. Te lleva un ramo bendecido. ¡Fijáte, si será galante...!"

Teodoro abrió la puerta del cuarto y entró diciendo: "¿Qué es eso, Purita? ¿Estás enferma? ¿Te duele algo?"

La dama, vuelta de espaldas, soltó una carcajada prolongada, nerviosa, propia de una histórica demente, y volviéndose luégo sin cesar de reir hácia su amante, le dijo con encantador disimulo:

—¿Ves? Me lloran los ojos de tanto reirme...

—Y de qué te ríes?

—¡Pero hombre! ¿De qué me tengo de reir? Del ramo. ¡Vaya una ocurrencia!

—Pues oye: lo ha bendecido el arzobispo. No te *pensés* (1) que viene de cualquier parte.

—¡Anda, anda! ¿Y de cuando acá tan cristiano?... Hijito, estás desconocido. Tan devoto y tan... Pero sentáte. Ahí tenés silla... O si no, vamos al comedor, ó á la sala... Andá para allá, mientras yo me arreglo un poquito, porque estoy de una facha...! Me acosté un ratito y me he despeinado toda... Andá, cachafáz, andá para la sala.

—Ya sabés que para mí estás siempre muy linda y muy...

—¡Zalamero! A otras tontas engañarás; pero lo que es á mí... Bueno, hijito, andáte para la sala.

—Pero, ¿no querés el ramo? Me tenés aquí con él en la mano, como si fuera el novio de alguna tiple.

—Sí, hombre, ¿cómo nó? traélo. Mirá, voy á hacer un arquito, ¿sabés? para rodear con él tu bella

(1) En sus coloquios con Purita, siempre usaba Teodoro el lenguaje criollo. Indudablemente, su original acentuación, préstase más al amor que la castellana, dura y viril, propia para el Parlamento y los campos de batalla. Prueba al canto. Si la gaucha Vicenta, cuando se entrega á las iras del feroz Juan Moreira, le dijera: "¡Mátame, mi Juan!" parecería una frase de Prim ó de Cambrone, altanera y soberbia. Pero ella le dice con lágrimas de arrepentimiento: "¡*Maldame*, mi Juan!" La trasposición del acento dá á la frase su verdadero tono, dolorido, quejumbroso, mujerengo; es una súplica amorosa con no poca poesía. Si el viejo conde de Cheate, el padre de los doctores académicos, oyese alguna vez á la pobre gaucha, es muy posible que estuviera de acuerdo con la dulce eufonia de su frase.

efigie. No te merecés tanto; pero en fin... Si no fuera porque lo ha bendecido el arzobispo...

—De modo que para vos tiene más mérito viniendo de las manos del arzobispo que de las mias, ¿eh? ¿cierto?

—Cayáte, sonso, cayáte. ¡Sin venir anoche...! Salí, espantapájaros, andáte para la sala.

—Pero, hijita, ¿no te avisé por qué no venía? Ya sabés que tuve que asistir á la reunión para socorrer á los ahogados de Murcia.

—¡Qué bueno está eso! ¿Y cómo van á socorrer á los ahogados... andá, salí... si ya se han ahogado?

—Mujer, quiero decir á las familias de los ahogados en Murcia.

—Vos sí que estás buén murciano. ¡Hijito! Los españoles te meten en todo. Eres don Necesario. De repente te van á mandar alguna cruz de España, ó algún título de conde, ó de barón... Ande usted, señor barón, para la sala, porque se vá á vestir la señora baronesa.

—Pero, ¡qué hermosa y qué...! (*Abrazándola.*) Vales más que la Pampa. Y mirá que vale mucho. Figuráte, á veinte mil pesos, no más, la legua... echá la cuenta... Pues todavía sería menor el número de patacones que el de los besos que yo te voy á dar ahora.

—Dejáme, Teodoro. (*Procurando desasirse.*) No seas loco. Pero, ¿cuándo te vá á venir el juicio? Hacéme el favor, andáte para la sala, que ahorita, no más, en cuanto me arregle un poquito, voy yo

también. Soltáme. (*Riéndose*). Sos un murciano... una cosa tremenda.

En aquel momento maulló doña Paquita desde el comedor: "Chó, Purita, no te olvidés de aquello..."

—¿Qué dice doña Paca?—preguntó Foronda sin soltar á su dulce tormento.

—Nada, sonseras de doña Paca,—repuso Purita.

—No, la vieja necesita algo, y vos no querés decírmelo.

—Que no, hombre, que no necesita nada... ¡Soltáme, hijito...!

—Dígame, doña Paquita—gritó Teodoro.—¿Necesita...?

No pudo terminar, porque Purita le tapó la boca con su menuda mano.

—Pero decíme lo que necesita.—arguyó el comerciante, echando las palabras por entre los finos dedos que le servían de suave y agradable mordaza.

—Nada, hombre, nada... Soltáme y te lo digo.

—Bueno,—dijo Foronda soltándola.

—Pues es una pavada,—manifestó la dama arreglándose el pelo. — Una sonsera. ¡Figurate vos! Quiere que le comprés un tiesto de violetas.

—¡Vaya una cosa! ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Mañana mismo estarán aquí las violetas. Casualmente, en lo de Bullrich las he visto lo más lindas.

—No hagás caso de los antojos de la vieja.

Atendéme una cosa: mejor es que la plata que habías de gastar en violetas, la mandés también á Murcia. ¡Pobrecitos! Allí les ha de hacer más falta. Bastantes flores tenemos en el patio.

—Gran cosa iban á remediar con el importe de un tiesto de violetas...

Purita siguió arreglándose la cabellera y procurando borrar con el fino pañuelo de batista las huellas que el llanto dejara en su rostro. A las nuevas súplicas que dirigiera á Foronda para que se fuese á la sala, mientras ella se aderezaba, contestò el amante, sentándose en una butaca que había á los piés de la cama:

—No me voy sin que me contestés á una pregunta... Vení acá, sentáte en mis rodillas, para que ni las paredes oigan tu respuesta.

—¿Ya empezamos otra vez?... ¡Hijito! sos una cosa tremenda... ¿No vés, hombre, que tengo que arreglarme? Esperáte que me peine siquiera, porque con tus sonseras, me habés puesto de una facha...!

—Vení, Purita. No hagás caso del pelo, porque estás lo más linda. No te iguala en hermosura ni la luna, ni el sol, ni los luceros, ni nada de cuanto hay en el cielo y en la tierra.

—¡Oigan al loco! Vamos á ver: ¿qué querés? Decilo desde ahí,—dijo Purita sin cesar de hincarse horquillas en el moñete.

—No quiero decírtelo mientras no estés á mi lado. Acercáte; te lo pido de rodillas si es preciso...

—Vaya, hombre, tanta humildad no se puede consentir... Aquí me tenés, pero de pié. Nadie puede oírnos... Andá, desembuchá lo que tengás que decirme.

—Sentáte, Purita, te lo ruego, te lo mando,— agregó Foronda, rodeándola al mismo tiempo la cintura con sus brazos y sentándola sobre sus rodillas.

—¡Ay, Jesús, qué loco y qué!... Bueno... estáte quieto y preguntá lo que querás.

—Primero dáme un beso,—dijo Teodoro muy conmovido.

Miróle la dama y exclamó un poco asustada:

—¡Teodoro! ¿Qué te pasa? Estás casi llorando. ¿Qué te ha sucedido, *mi viejo*?

Y se abrazó á él, sin que para ello fueran necesarias otras instancias.

—Nada,—dijo Foronda reponiéndose inmediatamente.—No me pasa nada. ¿Te has asustado? No hagás caso,—agregó oprimiéndole suavemente el talle.—Soy un pobre hombre, un infeliz, menos todavía, un pobre diablo... Pero contestáme á la pregunta...

—Preguntáme, no más.

—Vamos á ver: ¿qué harías vos si mañana me pegase yo un tiro?

Doña Paca volvió á maullar en aquel instante: "Decíselo, Purita, decíselo; no te vayás á olvidar.."

Ninguno de los dos hizo caso á la vieja. Purita, muy asombrada y temerosa, preguntó á su amante:

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Qué disparates son esos? ¿Te habés vuelto loco?

—Digo,—repuso Teodoro con acento patético y recalcando mucho las palabras.—Te pregunto, no más, ¿haber qué harías vos, si yo mañana me deshiciese el cráneo de un bala...?

—¡Ay, por Dios! no digas esas cosas. ¡Cayáte, hijito! Me dá un miedo!... ¡Pobrecito! (*Pasándole la mano por entre el pelo.*) ¡Destrozarse esta cabecita tan linda...! Decíme: ¿y con qué pensarías luego en mí?

—Pensaría muerto. Es decir, pensaría mi espíritu, porque el espíritu no se muere nunca, ¿sabés? Filtrándose por el espacio, asciende sin parar hasta el cielo, llevándose á costas todos los sucesos que le acaecieron mientras duró su sociedad con el cuerpo, y... Pero vamos á ver: ¿qué harías vos si yo...?

—Ni sé, hijito. Pobrecita de mí, ¿qué había de hacer? Si el dolor no me volvía loca y me quedaba, ¿sabés? riéndome y haciendo morisquetas, con la boca abierta, y colgándome las candelas de las narices como los idiotas, tonta, vaya, completamente tonta; si no me pasaba ésto y podía conservar un poquitito de razón, así, como el negro de la uña no más, iba, ché, *viejito*, y me pegaba otro tiro. ¡Ay nó! ¡Qué horror! Me comería una caja de fósforos, y si no era bastante, me zampaba dos, hasta que estallara mi cuerpo y se fuera mi espíritu con el tuyo; pero sin llevar los sucesos, ¿sabés?, limpito, no más, para que pudiera volar muy alto... porque, ¡ay, Forondita! los sucesos de mi cuerpo son algo pesaditos. Y llevándoselos mi es-

píritu, al columpiarse con el tuyo allá en las alturas, es claro, como pesaría mucho más, se vendría abajo, y vos te quedarías sólo con las alitas plegadas, triste y mohino, viendo cómo me hundía por entre las entrañas de la tierra y llegaba... ¡ay, hijito, qué miedo!... hasta los profundos abismos del Infierno.

—Pues iría á buscarte,—repuso Teodoro con apasionado arrebató.—No quiero Cielo, no quiero Gloria si no es contigo.

—Pero, ¿á qué viene todo eso de matarse? ¡Ay, Diós mio! me das un miedo...!

—No te podés imaguiar, Purita, hasta qué punto soy desgraciado. Yo no tengo ideal en el mundo. Todo es para mí oscuro, tétrico, y solo donde está tu figura veo un punto luminoso; todo lo demás son tinieblas, abismos, soledad. Mi casa es para mí un páramo, un témpano de hielo. Mis hijos son las brutales efigies de la indiferencia filial; no represento nada en su alma, y toda su imaginación se halla absorbida por la vida exterior. En su concepto, yo soy la síntesis de todas las insignificancias, un infeliz, de cuya humildad se avergüenzan. Hasta creo se les figura que mi presencia en el mundo les amengua el brillo y el lucimiento. Suponen llevar en la frente un estigma, un rótulo infamativo y depresor que dice: "*Hijos de inmigrante,*" lo cual les duele de una manera abrumadora y mortifica su orgullo en la parte más viva, aplastando sus pujos aristocráticos y dejando maltrecha su infulosa vanidad. La casa paterna re-

presenta para ellos la plebeya morada del obrero enriquecido, no por su esfuerzo ni por su inteligencia, sino en virtud de una racha favorable de la suerte, ó como una consecuencia del maná que el cielo americano distribuye entre todos los que tienen la constancia del trabajo. En mí, ántes que al padre, ven á su propio fabricante, un ente ridiculo, sin otro mérito que el mérito animal del engendro y de haberles dado vida.

—Son exageraciones tuyas,—dijo Purita tratando de consolarle.

—¿Exageraciones? ¡Qué han de serlo! Es la verdad pura; triste y amarga verdad que me enloquece de dolor y concluirá por inducirme á cometer cualquier disparate. Quiera Diós que no se me acabe la paciencia, porque si llega á concluirseme, si me ponen en el disparadero, yo no me detengo ante nada, lo echo todo á rodar, y ya veremos á quien toca la peor parte de las consecuencias que produzcan mis desatinos. Ya me tienen harto con su carácter superficial, hojarascoso y voluble, con su tendencia farolera y exhibicionista, con su afán de lujo y de viso. Todo su anhelo es figurar. Esto pase, porque es muy natural que deseen encumbrarse, y yo sería el primero en felicitarlos si lo consiguieran. Pero lo que no puedo tolerar es su poquísimo apego á la familia, empezando por mí. ¿Crees que se preocupan por darme gusto en algo? ¡Quía! El otro día, sin ir más lejos, por ver lo que me contestaba, le propuse á Teresita que me acompañara en un viaje por Europa. ¿Cómo te parece

que respondió? Pues de este modo: “Sí, papá, yo te acompañaré; pero ha de ser á París. No pienses en llevarme á Soria. ¡Qué esperanza! No pretendas meterme entre aquella gentuza, entre aquella chusma de tu pueblo.,—Por beber hasta las heces el cáliz de su desdén estúpido, la dije:—“¡Pero hija! en *Villahumbrosa* conocerías á los abuelitos, que tanta gana tienen de verte.,—¿Sabés lo que contestó? ¡Qué cosa tremenda! Se encogió de hombros, y haciendo un mohín de impertinente desprecio, dijo:—“Dejálos allá á los abuelitos. Mandándoles plata, ¿qué más quieren?.,—¡Me dió una rabia...! Tentado estuve de reventarla de un puntapié. Pero es un muñeco demasiado bonito para ser pateado.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Pobre muchacha!—exclamó Purita con una sonrisa que era como el reflejo de su estado de ánimo, vacilante entre la compasión y la alegría.

—Ah! pues no te he dicho lo mejor, lo más gracioso. Aquel día me dió por tomarlos á risa, *pa el churrete*, como dicen los paisanos. Le propuse el mismo viaje á Simón, al gran doctorazo en perspectiva, el cual, hinchado como un escuerzo, se negó también, diciéndome:—“No, papá. Primero tengo que terminar la carrera; ya no me falta más que este año; y después que termine prefiero ir sólo á Europa. Primero á Italia, á saludar á Lombroso, al insigne criminalista. Luego á París, á visitar los Museos. A última hora quizás vaya á España, con objeto de revisar los originales de las

Leyes de Partida y conocer Argamasilla de Alba, la patria de Don Quijote.—Le dije que si no deseaba ir á Soria y á Villahumbrosa, á mi pueblo, y me contestó que allí no había nada de notable. “Allí hay algo,—le dije—que para vos debe ser notabilísimo, y este algo son mis padres, tus abuelos, que se volverían chochos si lograsen conocer-te.”—“¡Oh!—exclamó él,—dejálos tranquilos en su aldea, que no perderán mucho aunque no me conozcan.”—“Efectivamente,—le dije yo;—no perderán ni mucho ni poco: no perderán nada. El único que conociéndote saldrá ganando, será Lombroso, porque quizá encuentre en tu cráneo todas las protuberancias que determinan la tendencia al paricidio, llevado á cabo con las armas de la ingratitud. Oye, carísimo y adorable hijito,—le añadí después,—no se te olvide pasar por Argamasilla, para que te traigas otro poquito de lastre manchego y concluyas de embellecer tu incomparable carácter, eclipsando en América la gallarda figura del héroe cervantesco.”

—Son locuras de muchachos. No les hagás caso. Ellos se han de enmendar con el tiempo,—dijo Purita.

—¡Qué se han de enmendar! Irán de mal en peor, más indiferentes y despegados cada día. En cuanto le expidan á Simón el título de doctor, y cuando la muchacha crezca otro poquito, y debido á los pesos de papá se rodee de cortejantes... ¡Dios nos ampare! Se van á poner irresistibles. ¡Y pensar que no puedo abandonarlos sin que la so-

ciudad me vitupere...! Porque, ¿cómo convenzo yo, uno por uno, á cuantos me conocen, de lo que me pasa? Nadie me daría crédito, ni aún aquellos mismos padres que están en igual caso. Y en Buenos Aires son muchos, muchísimos. Dirían que era un depravado, que los abandonaba por estos amores que existen entre nosotros dos. La sociedad es así; aplaude ó censura ante los hechos positivos, no penetra en los móviles, no analiza las causas impulsoras; más que ver, palpa; no le entran las razones por los ojos del entendimiento, sinó por los de la cara, y es tan poco caritativa, que sus críticas, cual envenenadas flechas, habían de acribillarme en todos sentidos, como hombre antimoral, como padre ingrato, libertino y sin entrañas. Puede ser que hasta en la esfera comercial demolicieran mi reputación con dudas que se extenderían entre mis relaciones como el aceite sobre el papel de estraza, ó como la sangre de una herida sobre la nieve. Pero nada me importa todo ello, y... créemelo, Purita, créemelo... estoy tentado de liquidar todos mis negocios, convertir á oro mi fortuna y *mandarme mudar*, largarme á los quintos infiernos, á mi pueblo, al Indostán, á cualquier sitio donde no vea á ese par de mequetrefes con alma de trapo y cerebro de paja dorada.

Por tercera vez oyóse el grito felino de doña Paca: "Decíselo, ché, Purita, decíselo.,"

—Pero, ¿qué quiere esa vieja infame?—preguntó Teodoro con visible impaciencia.

—Nada, hombre, nada. No la hagás caso. Se le

han metido las dichas violetas en la cabeza y no nos vá á dejar en paz. Cuando se le antoja algo... ¡qué doña Paca!... no vive, no descansa... es una cosa tremenda.

El registrero dijo gritando: "No se atija, doña Paquita, que mañana sin falta quedará usted complacida.,"

La rugosa piel de doña Francisca Calamar se dilató de gozo; su barbeja puntiaguda, provista de cuatro cerdas canas, tembló de alegría, y sus dedos de palo-espino, seco y nudoso, llevaron, con la firmeza de la fé, el crucifijo del rosario hasta los lábios, de los cuales salió un ósculo baboso y estas palabras: "¡Ay, gracias á Dios! Nos salvamos. San Antonio bendito me ha oído y la Virgen santísima ha querido *socorrenos*. Al fin se lo ha dicho. ¡Si no podía por menos!... En la cara se lo conocía yo al Santo que habíamos de salir del atoyadero del día de mañana. Parece que me decía con las barbas: "Sí, doña Paquita, ya la *oyemos* y la *himos* de sacar, no más, de sus *aprietaduras*.,"

Le voy á rezar otro rosario de puro agradecida, para que vea, eso es, para que vea cuantísimo le tengo *presiente* en la memoria.,"

Mientras doña Paca rezaba aquellas interesadas oraciones, Purita Garachán, redoblando sus caricias, decíale á su amante en tono coqueteril y mimoso con puntas conquistadoras:

—¡*Pobrechito mio!* No le quieren sus hijos. ¡Ingratones! ¡Siendo tan bueno su papaito...! Ellos pierden más que nadie... Pero, oíme, ché, Teodo-

ro: ¿no serán preocupaciones tuyas, sonseras, no más, sin importancia?

—¡Ojalá fuera así! Mas ¡ay! ¡qué ha de serlo! Tan convencido me hallo de... Nó, no quiero seguir,—agregó con cierto desvario.—Estoy profanando el problema más doloroso de mi alma en esta casa, en este cuarto, al pié del nidal de mis culpas, junto al tálamo de mis deshonorosos amores. Soy un padre aborrecible, un disoluto, un moralista mentecato que exige de sus hijos lo que no sabe darles.

Purita se retiró de al lado de su amante, y bajando la cabeza exclamó muy entristecida:

—¡Me tenés por una mujer cualquiera...!

—¡Nó, Purita, bien sabe Diós que nó...! Pero, verás. En mí, dentro de este pecho y de esta cabeza, hay dos individuos distintos, vamos, dos Forondas: el Foronda social, partícula del mundo, ficticiamente ordenado y compuesto, siempre enmascarado con el antifáz de persona decente, esclavo de su nombre, atado al potro de la moral aparente y encastillado en la aureola de respeto que le han concedido los demás hombres. El otro es el Foronda íntimo, el verdadero, el Forondita—alma, el Forondita—corazón, que concluirá por ser todo, pero absolutamente todo tuyo.

Y, ¡cataplún! me la dió un abrazo apretadísimo, envuelto en estas amorosas y solemnes frases:

—Quisiera morirme en tus brazos, bañado con tus lágrimas, porque sólo ellas y las que derramen

mis pobres viejos, han de ser las únicas sinceras que inspire mi cadáver.

Y en seguida, dejando en libertad á Purita y levantándose de la silla, agregó:

—El llanto de mis hijos será llanto enjuto y chillón, para que les oigan y presuma el mundo que fueron buenos y que me quisieron con amor profundo. ¡Buenas están las profundidades de su amor! ¡Qué han de ser profundos en nada ese par de trastos insustanciales!

Dió algunos pasos agitados por la habitación; al cabo de algunos instantes paróse de nuevo, y apriisionando entre las suyas las manos de Purita, díjola con acento alterado y la faz algo demudada:

—Escucháme, Purita, lo que voy á decirte. Si la desesperación me lleva á empuñar el revólver del suicida, deseo que sólo tus manos toquen mi mortaja. Si me enloquezco y me encierran en un manicomio, excuso decirte que desearé ver siempre tu adorable figura en las rejas de mi celda, y si no la viera, con mis dientes trituraría los hierros para venir á buscarte. La demencia me daría alas, y mis manos, convertidas en garfios, estrujarían á los loqueros que no me dejasen venir á cubrir tu rostro con mis besos.

Ante la exaltación con que Teodoro pronunció estas palabras, la dama tembló de piés á cabeza, y dijo muy acongojada:

—¡Ay, Dios mio! Me asustás diciendo esas cosas. No te importe de nada, *viejito*. En queriéndote yo...

Encendida por la chispa amorosa que estalló en su espíritu, añadió en seguida con entusiasmo delirante:

—Y te he de querer siempre, por todos los que no te quieren y por todos los que te aborrecan. Y cuando te vayas á matar, he de quitarte el revólver de entre las manos. Y si te llevan al manicomio, he de agarrarme á las rejas y te he de estar mirando hasta que te devuelva la razón con el poder de mis ojos. Y si no lo consigo, me daré cabezadas contra los hierros hasta machucarme los sesos para no pensar en la desgracia de mi pobre loco...

—¡Oh, Purita!—exclamó Teodoro fuera de sí—Dije antes que valías más que la Pampa. ¡Qué disparate! Ha sido una broma de muy mal gusto. Vales más, mucho más, mujer adorable, reina de mi alma, desposada de mi espíritu. Vales más que todo el Universo y que toda la humanidad que lo puebla... Ven, dame un abrazo tan apretado que me cause la agradable muerte de la asfixia... ¡Es tan dulce espirar ahogado por la plétora del amor...! Eres mi Angel de la Guarda, mi vida, mi Diós, mi todo...

Purita se echó á llorar entre los brazos de Foronda.

Lo que sucedió después pertenece al número de aquellas cosas, que según Victor Hugo, no se pueden contar en prosa, porque un ángel, aposentado

en el dintel de la puerta, impone silencio con el índice en los labios.

Y cuando don Víctor lo dijo... ¡Si se lo tendría bien sabido...!

Buenos Aires, Agosto de 1896.

FIN DE LA TERCERA PARTE



CUARTA PARTE

XXXI

LA IRRUPCIÓN... DE LOS DOCTORES

NUESTRA gran *Incubadora* de legistas produjo aquel año una cantidad asombrosa de pollitos forenses. Los había de todas castas y colores; de plumaje rojo, blanco, amarillo y ceniciento, que acusaban los más opuestos orígenes, habiendo algunos que por combinarse en ellos diversos colorines y formas volátiles, se hacía de todo punto imposible determinar el abolengo del producto incubado.

Entre la pollada destinada á pasarse la vida piando sofistería en juzgados y oficinas, para ganarse con trapicheillos de escasa monta el sustentador granillo, migajas de los grandes acaparadores

de pleitos, había algunos bajo cuya plumajería en embrión se iniciaba el gallito con aptitudes para cacareos de más fuste. Por la estructura del pico, tirando á gorrión, distinguíase á los poseídos de la tendencia presupuestívora, aptos para la mamancia nacional y muy capaces de dejar exhausta de jugo á la gran ubre de la Administración, que entre nosotros significa campo de apacentar doctores, porque para todos existe siempre un casillero en nuestra colosal burocracia, donde lucen en primer término los fanales abortados por nuestra prolífica Universidad. En los espolones, ligeramente iniciados, se advertía á los futuros jurisperitos y comentaristas de empuje, capaces de sacarle, no digo punta, sinó larguísima cola á cualquier inciso de la Constitución, agudos triquiñuelistas, nacidos infaliblemente para Interventores. En lo dorado de los ojillos, color de esterlina, se adivinaba al proyectista, endosante de concesiones ferrocarrileras, mamífero de fortunas londonenses y capaz de dar macucas lecciones de finanzas á todos los millores nacidos y por nacer. El esbozo de la tiesa y enrojecida cresta, acusaba al gallo cantor, ó sea al tribuno fogoso con puntas de revolucionario, congresal seguro, infusible en las amalgamas políticas, interpelante perpétuo y opositor recalcitrante. Había uno de aspecto temible, repulsivo, con algunas plumas arrancadas y otras teñidas de sangre que indicaban su afición á las miserables riñas de los comicios, no siendo extraño que encontrara una muerte repugnante ó quedase alicorto sobre

alguna mesa de trapisondas electorales. Otro, por fin, distinguíase por su incomparable constitución espolinesca para las grandes escarbaciones bancarias; verdadero tiburón en el borrascoso océano de la hacienda pública, que colándose por las anchas mallas de la Justicia, se baña luégo muy orondo en los turbios regajos de la política.

Y dejando de lado las paradojas, bueno es decir en lenguaje usual y corriente, que las calles de Buenos Aires resultaban estrechas para aquellos buenos mozos el día que apareció en uno de nuestros más importantes diarios la silueta de cada futuro legislador. Justo era, en verdad, que los flamantes doctores sintiesen en lo más recóndito de su juvenil corazonceta, los rebullidos de un natural orgullo, porque, si á imitación de sus respetables y carinosas mamás, dieron crédito á los augurios que de ellos hizo el ducho cronista, francamente, era como para que reventasen de puro gozo al suponer que dentro de sí llevaban los gérmenes de la celebridad, de la gloria, del triunfo; una especie de embarazo científico que al llegar á su punto de sazón, daría por fruto un jurisconsulto capaz de codificar los ensueños, un filósofo que descubriera el origen cierto de la primera idea, un orador cuya elocuencia sobrepujara á la de los siete sábios de Grecia, ó un político que gobernara sin disidentes.

Por de pronto, lo que no cabía duda, según afirmación del susodicho diario, es que los jóvenes abogados tenían aptitudes extraordinarias para ser

colaboradores insignes en la felicidad de la patria, para perfeccionar nuestra legislación en todas sus variadas ramas é innumerables chumas; y algunos, en cuya frente había puesto su dedito la diosa del buen decir, era indudable que llegarían á honrar las letras argentinas con las magistrales producciones de su ingenio soberano. Haciendo uso de la frase periodística, todo queda dicho afirmando que cada abogado "era una verdadera promesa para el porvenir.", ¡Qué suerte para la patria! Pues, ¿y las leyes? Iban á quedar tan completas con el nuevo zurcido capitular, que de seguro no las conocería ni el mismo Velez Sarsfield, el cual, comparado con aquellos muchachos, hartos de rumiar códigos, resultaba una pobrecita hormiga de la legislación. ¿Y nuestro naciente arte literario? De todo tendríamos, prosadores, críticos, dramaturgos, poetas, y entre éstos una variedad absoluta, épicos, decadentes, bucólicos, festivos, románticos, ejercitados en todas las formas y en todos los metros, rimadores á cuña, á formón y á escoplo. Uno de ellos, especialmente, buenas pruebas tenía dadas de su estro incomparable. Su género predilecto eran los tercetos, aunque también se había lucido como sonetista maestro en las concepciones doloridas. Precisamente, el mismo día que le aprobaron la tesis doctoral, que versaba sobre un asunto muy vulgar, desarrollado en una prosa insufrible, envió á su novia en perfumada esquelita otra tesis, la sicológica de su amor, puesta en tercetos, el primero de los cuales decía así:

“¿Qué me importa á mí de Dios?
Ya que la dicha es corta,
Sólo me *importáis vos.*”

En este doctor veía el cronista el plantel de un poeta exímio, ¡Otra que plantel!... La explanada, amigo, la explanada pampera y *bibolinesca* debiera usted decir, y andaría medianejaamente acertado. También afirmaba que llegaría á ser un émulo de Mármol y Andrade. Quizás no llegase á Mármol; pero de fijo que había nacido, cuando menos, para marmolillo.

Con razón podían hallarse huecos y orondos los jóvenes abogados, pues no estando muy al cabo de la facilidad con que se improvisan celebridades desde las columnas de un diario, creyeron de buena fé en la sinceridad de aquellos elogios, presumiendo, en un arranque de enamoramiento de sí mismos, que el arte culinario se vería privado de laurel á consecuencia de no producir la tierra bastante ramaje el día que se coronaran sus incomparables cabezas.

No es posible calcular las veces que cada uno de ellos leyó su respectiva semblanza, sintiendo los primeros mareos de la popularidad y una especie de trastornamiento halagador ante la idea de poder escalar la altísima cumbre do moran los inmortales y “los muchos sabios que en el mundo han sido.” Al dar por ciertas aquellas profecías, encendíaseles la inteligencia, y algunos, los abogados artistas, literatos, oradores y poetas, sentían

dentro del cráneo las llamaradas del génio y de la inspiración, mientras á los verdaderos legistas les bullian infinidad de ideas jurídicas de gran fundamento, nuevos y conceptuosos argumentos sobre determinados puntos de los códigos, ampliaciones de utilidad presunta, comentarios, aclaratorias y distingos, amén de gordos y complejos pensamientos filosóficos acerca de la naturaleza de los delitos.

Los donaires y jocosas agudezas del panegirista, en lo que á las intimidades de los doctores se refería, hacíanles á éstos muchísima gracia; pero al llegar á la parte en que se ponía de manifiesto su gran capacidad científica, ciertos tonos de seriedad aparecían en sus rostros, como delatando la profunda convicción arraigada en su espíritu de que todo aquello era la pura verdad. Bien mirado, no era para menos, porque, según el claro juicio del oronista, en cada tesis presentada para optar el grado de doctor... ¡vieron ustedes cuántos y qué grandes problemas jurídicos quedaban resultados! Una cosa tremenda... como diría Purita Garachán. No había punto intrincado de las leyes penales, comerciales y civiles que no quedase desintrincado y clarito. Pero ¡qué muchachos tan diablos!... Todito lo resolvían en sus folletos lo más guapamente. Y allí no había engaño, ni escamoteo de sabidurías, porque al Tribunal universitario ninguna tesis dejaba de parecerle buena y, por lo tanto, de aprobarla, expidiéndoles en seguida la patente de suficiencia, con la cual ya estaban los

sabiondos sacándoles plata á sus mamás para enchapar las puertas, más que por atraer litigantes, por exhibir el flamante titulejo, honra propia y de la familia.

Conviene añadir que en las tesis todo era doctrina corrida, sustanciosa y dogmática, que el periodista llamaba "sazonados frutos, propios de espíritus analíticos de primera fuerza." Y en cuanto á la forma de exposición... ¡anda, anda!... resultaba que cada autor poseía un estilo muy suyo, sí señor, personalísimo, y tan galano, que era una verdadera maravilla. Nada, que nuestros doctores parecían Hugos inertados en Justinianos.

El elogio dicho á uno mismo, cara á cara, halaga, es cierto; pero, ¡ay, Dios bendito! el elogio impreso arranca hasta lágrimas de emoción, entenece, conmueve. Y desde el momento de vernos ensalzados en un periódico, aunque circule menos que el pensamiento de un tonto, cambiamos nuestro natural modo de andar por otro más parsimonioso; y en los primeros tiempos, cuando el orgullo no está aún avezado á las satisfacciones, nos miramos al espejo doscientas veces al día, descubriendo en las líneas y perfiles de nuestras cabezas cierta similitud con las peculiaridades craueanas de algún hombre célebre; y de nuestros ojos, iluminados por el amor propio, bien claro percibimos, auxiliados por la fidelidad representativa del cristal, que se nos está saliendo la ciencia, la inspiración el génio, ¡qué sé yo...!

De un título académico no se deduce que sea un

sábio quien le posee, ni siquiera un hombre inteligente, porque hartos estamos de ver infinidad de gánapiros diplomados; pero es indiscutible que los pergaminos universitarios dan mucho lustre y sirven para escamotear reputaciones, siempre que se tenga eso, que para no ser confundido con la verdadera inteligencia, se ha convenido en llamar viveza.

Entre nosotros, la palabra abogado significa la posesión absoluta de todas las aptitudes para el mangoneo de la cosa pública. Es el gremio monopolizador del poder y de la administración, salvo los huecos reservados al militarismo insubordinado y prestigioso.

Socialmente, el doctorado viene á ser en la República Argentina y en toda América lo que en Europa es el título nobiliario. Sin embargo, justo es conceder á nuestra aristocracia doctoral mayor mérito que á la europea, siquiera sea en honor del sacrificio que demanda el estudio, doblemente hoy que las monarquías liberales del Viejo Mundo reparten ideológicos condados entre los oscuros hijos del pueblo, que mondando patatas ó con otro bajo oficio cualquiera, han logrado fiorecer metálicamente, lo cual les permite comprar un poquito de sangre azul en el mercado de la nobleza nominal.

Los que poseen un título académico tienen mucho adelantado para actuar con brillo en la alta sociedad argentina. La mujer, y sobre todo la mujer de pueblo, prefíérelos para maridos, con es-

pecial interés á los que figuran en política y saben defender á tiros y estocadas su voto, ó suprimir de igual modo el de sus contrarios. Un abogado temerón, como abogado y como político, es el ideal matrimoniesco para las muchachas pamperas de alto copete. En este punto importante de la vida falderil, las bellas de Buenos Aires han cambiado visiblemente. El positivismo invasor y caracterizante de la edad actual ha modificado sus inclinaciones y sentimientos, inculcando en su corazón la tendencia á la lana y á los cuernos, dicho sea en la acepción más ingénuu. Quiere decirse que los estancieros poderosos, tienen hoy mayor influencia sobre ellas que cuantos se presentan como aspirantes á sus hechizos con el simple birrete en la cabeza ó el bisturi en las manos, condiciones algo dudosas, en medio de este pugilato pseudo-científico, para asegurar la molicie á que tienen derecho nuestras hermosísimas porteñas. De cualquier manera, fácil se comprenderá que en el orden de sus preferencias, el estanciero á secas queda siempre relegado al doctor-estanciero. La hacienda abrillanta los títulos; y á la mujer, lo mismo aquí que en Pekin y en el Valle de Andorra, le gusta brillar y lucirse todo lo posible... y algo más.

Volviendo á la pandilla de legistas que aquel año salió de la Universidad, excusado es decir que los había de muy distinta índole, condición y pelaje, como distinto era su abolengo, y, por consecuencia, sus inclinaciones y costumbres. Entre ellos figuraban apellidos originarios de todas las razas y

pueblos, observándose en algunos la existencia de los tálamos internacionales que tanto abundan en Buenos Aires. Aparte de unos pocos nombres históricos y políticos, metidos en la carrera por tradición de familia, todos los demás olían á barraca, ferretería, alnacén ó registro, prueba inequívoca de la aspiración paterna hácia el florecimiento de sus eugendros, los cuales, si bien no convencen al mundo con su sabiduría, váyase porque en casa de sus papás, pueden, á muy poca costa, pasar por Salomones y Sénecas. Algunos poseían esa inteligencia viváz, exclusivamente propia de la América meridional; un entendimiento repentista, semejante á la luz de la pólvora; pero en muy pocos se observaba el sedimento de las ideas adquiridas, ni el reposo que dá firmeza á las operaciones de la razón.

Solamente cuatro doctores tienen alguna relación con el asunto que traemos entre manos, ó mejor dicho, que nos trae á vueltas; y á fin de que se conozcan sus aptitudes para colaborar en la felicidad de la patria, en el perfeccionamiento de la legislación, en nuestro naciente arte literario y en otra multitud de cosas que, al decir de los diarios, adquirirían en sus manos seguro esplendor, conveniente nos parece trazar en breves rasgos la semblanza de cada uno, porque no han de merecer menos en el libro que en el periódico. Agregando los datos propios á los informes que el día de la colación de grados dió sobre ellos su agudo panegirista, sin duda conocedor profundo de las eminencias en ciernes, nada más habrá que añadir,

pues quedarán tan de manifiesto, que hasta las mismas piedras han de conocerles.

Los hemos de popularizar, sí señor, para que vean que se les estima.....

II

DOCTOR SIMÓN FORONDA Y BOLIVAR

“De casta le viene el tener talento,,—decía el cronista. Y luego agregaba, como estimulándole á que fuera ilustre:—“El doctor *Bolívar* está obligado á mucho, y seguramente sabrá responder al honroso y célebre apellido que lleva. A pesar de sus pocos años, tiene dadas meritorias pruebas de su nada común inteligencia y vasta preparación para los grandes problemas jurídicos y, muy especialmente, para los relacionados con el Derecho internacional, compleja materia en que se apoya el equilibrio universal y la concordia de los Estados. Nuestro deficiente cuerpo diplomático necesita, hoy más que nunca, de elementos tan bien preparados como el jóven doctor que nos ocupa. Ya que nuestro país ha entrado en una era de alta representación ante las demás potencias, justo sería que el Gobierno se preocupase algo más de lo que se preocupa, y curándose de su natural desidia etc., etc.,”

No seguimos copiando estas cosas, porque el diario era de oposición y aprovechaba cualquier tontería para hacer guerra al Gobierno.

Refiriéndose á la parte física del nuevo doctor, aseguraban los periódicos, como si ello importara un camino al país, ni á nadie, que era un jóven de agradable presencia, notándose en toda su figura una suprema y encantadora distinción; que tenía ese *cachet* apropiado para sobresalir entre la *high-lif* y sobre todo entre la *crème* de nuestra sociedad femenil; vaya, que era un *cajetilla*, como diría, más gráfica y acertadamente, cualquiera de nuestros gauchos que le hubiese conocido.

En cuanto á la tésis presentada... ¡abajo Fiori...! Porque en el folletito de Simón estaba el redaño de la ciencia. Versaba sobre Derecho internacional, y titulábase el magno estudio, *Influencia de la etiqueta en las relaciones de los pueblos antiguos*. Más que tésis, parecía una novela de la edad caballeresca, escrita, por supuesto, sin pizca de ingenio. Allí sacaba Simón á relucir todas las guerras que hubo, por si á un ministro del Imperio romano, otro diplomático le había pisado el pié por debajo de la mesa de un banquete, así como todos los trastornos producidos á consecuencia de andarse quitando las novias los más famosos caudillos de aquellas naciones en estado cerril. Entre las parrafadas de prosa que componían aquel monumento de la tontería, había algunas frases que parecían salidas de los lábios de Diego Corrientes, conceptos bravucones, una jerga fanfarronesca extraída de la literatura manchega de Fernández y González y puesta en boca de los diplomáticos de la Edad Media.

A ésto llamaban los diarios erudición y estilo brillante, poniendo á su autor, ó mejor dicho compilador, bastante más arriba de los cuernos de la luna. La tésis terminaba dando unos cuantos consejos al Gobierno sobre la organización del cuerpo diplomático, cosa que bien podía permitirse á un sábio como Simón. Decía en el decurso de su adhesio internacionalista que el buen diplomático "debe estar siempre á la expectativa, á ver venir los sucesos, utilizando de continuo su sagacidad en favor del país que representa." Otras muchas novedades de este calibre estampaba en su trabajo el hijo del registrero; pero solo nos limitaremos á decir que las tres proposiciones accesorias con que cerraba su disertación, eran como la esencia misma de la vaciedad.

Habiéndose distinguido Simón como el mejor estudiante de su curso, pues debido á su facultad retentiva obtuvo en todos los exámenes las clasificaciones más altas, *puros dieces*, según la frase de Sebastián Langredo, sobre él recayó, con motivo de la ceremonia de la colación de grados, el honor de dirigir la palabra al profesorado y al pequeño público compuesto de señoras, la mayoría mamás, tías ó futuras suegras de los nuevos doctores, á las cuales acompañaba una colección de señoritas de condición muy idéntica á Teresita Foronda, admirablemente ataviadas, guapisimas todas, mostrando á los legistas cara de amor y escapándoseles por entre las radiantes pupilas las ansias matrimoñescas. Con su incesante cuchicheo y sus in-

finitos visajes coqueteriles, excusado es decir que pusieron en solfa la seriedad del claustro y la respetable calva de los catedráticos.

El famoso internacionalista subió al estrado, y con frase relamida que acusaba largas horas de husmeo por las páginas del Diccionario á caza de términos selectos, pronunció el discurso de despedida, en un tono dolorido, peripatético, genetliaco; algo así como una cascada de brillantes cuentas que, una vez ensartadas, daban por resultado un pobre rosario de cacahuets. Dijo que salían de las aulas para entrar en la vida intelectual y política del país, á cuyo servicio pondrían su inteligencia y otra porción de virtudes que probablemente no tenían. Afirmó que todos los profesores eran unos sábios, y que al formarles á ellos, convirtiéndoles también... no dijo en sábios; pero lo dió á entender... podían estar los sábios viejos muy orgullosos de haber creado tan brillante pléyade de sábios jóvenes. La estolidéz del gran *Bolívar* rayó á una altura inverosímil, y oyendo sus conceptos insulsos y el tonillo jeremiaco de su oratoria latosa, daba ganas de bajarle de la tribuna y meterle de pensionista en un tonticomio.

Durante los días que Simoncillo empleó en hilvanar su tesis y aderezarla con las brillantes galas del saber académico, asegura Josefina que estuvo un poquito más hosco y huraño que de costumbre á todas las insinuaciones familiares, sin duda por la preponderancia absorbente que ejercían en su espíritu los análisis sobre las trascendentales con-

secuencias de la etiqueta en el Derecho internacional. Nada tiene de extraño, en un sábio como Simón, que se olvidara de usar entre la familia aquello que él proclamaba como indispensable para las relaciones armónicas entre las naciones. Necesario es dispensarle esta inconsecuencia, porque no es muy común que los hombres eminentes practiquen en su vida íntima las doctrinas que sustentan. La historia, gran maestra de la vida, está llena de ejemplos semejantes, y el hijo del registrero tiraba cuanto podía á ser personaje histórico, aunque probablemente resultaría jimia contemporánea.

III

DOCTOR EUGENIO PUK DE ANTEQUERA

A éste no le sacarán ustedes de entre las páginas del Código de Comercio. Se sabía al dedillo toda la materia de sociedades anónimas, moratorias, concordatos y quiebras. Era hijo de un inglés y de una criolla perteneciente á la tradicional familia de los Antequeras, cuyos miembros son dueños de un buen retazo de Pampa y de unos cuantos puestos públicos importantes, pues en ellos se halla representada la historia del poder inamovible, notándose que á medida que se dilata y consolida su influencia política, se ensanchan también las estancias y potreros de su pertenencia, prueba inequívoca de su condición hacendosa y buen tino

para familiarizar los intereses del Estado con los propios.

El inglés *cayó por estos pagos*, allá, hacia el año 60, trayéndose de Londres, por todo capital, unas cuantas muestras de tornillos y torniquetes con no sé qué innovaciones en la rosca. Tenía trazas de herrero, aunque él aseguraba ser mecánico. Sea lo que fuere, el caso es que á los pocos meses de su arribo á Buenos Aires, ya estableció una ferreteria. En aquella época se empezaron á construir las primeras líneas ferrocarrileras de la República, y siendo él inglés con puntas de ingeniero, enseguida logró meter la cabeza en las empresas, tomando por su cuenta la construcción de algunos ramales. No tardó mucho en conocer á don Anselmo Antequera, hombre á la sazón muy influyente en la política, con el cual se asoció para obtener del Gobierno la concesión de un ferrocarril. El viejo Antequera metió cuñas en el Congreso y poderosas palancas en el Ministerio del ramo, hasta que á fin pudo ver satisfecho su pedido. El inglés enderezó enseguida con rumbo á Lóndres, y allí le endosó la concesión á un sindicato de banqueros á cambio de una espuerta de esterlinas, que á su regreso, repartió honradamente con don Anselmo. Fueron intimando los socios, y á los dos años próximamente, después de unas cuantas visitas, quedaba trabado el corazón del inglés entre los hechizos de Paulita Antequera. Al poco tiempo, y con el asentimiento de don Anselmo y de *misia* Manolita, su cara esposa, echóles la bendi-

ción el cura de la Balvanera, enlazándoles con el indisoluble, de cuyas resultas vino al mundo Eugenio, nuestro flamante doctor.

El cual, según su panegirista, "estaba destinado á ser el abogado del alto comercio y de la alta banca." Precisamente todo lo contrario de lo que su padre quería, porque Mr. Puk anhelaba que fuera político ó literato, algo, en fin, que le diese brillo en la esfera intelectual. Pero al muchacho no le daba por ahí, no servía para agitar otras masas que las de confitería; para orador público reunía tan buenas condiciones como un asno para hacer calceta; y en cuanto á la literatura... ¡pensaba unas cosas...! Decía que el *Quijote* no encerraba más que una punta de *compadradas*; que la *Divina Comedia*, no podía ser divina puesto que se refería al infierno, y allí no hay nada divino, deduciendo de ésto que su autor era un loco: de Fenelón y de Milton no había que hablarle, pues aseguraba no poder entender una palabra del *Telémaco*, declarando que el *Paraiso Perdido* era simplemente una serie de suposiciones absurdas. En lo que se refiere al periodismo, género que actualmente exige más ligereza de piernas que solidéz de cerebro, porque á la sociedad presente importa más el hecho que la teoría, nunca llegó á poseer las insignificantes aptitudes que se requirieron para escribir un artículo, demostrando, por ejemplo, que el Gobierno no puede ser bueno mientras no suban al poder los amigos del diario.

Inútilmente recurrió el inglés á todas sus rela-

ciones para preparar al muchacho una diputación; todo resultó en vano ante la decidida inclinación de Eugenio, tendente á representar jurídicamente á las empresas bancarias y á las compañías de ferrocarriles. No había quien le sacara de las cuestiones comerciales y de las relacionadas con la agricultura y la ganadería. A su juicio, nuestro porvenir estaba en los cuernos, es decir, en las ovejas y en las vacas. Era un temperamento esencialmente positivista. Para él no había armonía posible que no se fundara en el equilibrio económico. Su teoría era ésta: "Ningún país rico puede ser triste.". A su juicio, las palabras riqueza y felicidad eran sinónimas; la primera representaba el único estado dichoso del hombre. Tipo de nuestros tristes tiempos, tenía arraigada la idea de que para brillar en el mundo es requisito indispensable el dinero. Admiraba la virtud, el talento y hasta el genio mismo en cuanto á simples medios para la adquisición de bienes tangibles. Aquél jóven no vibraba sinó ante los actos que producen oro; el mejor poema que podía colocarse en sus manos era una letra de cambio. Consideraba el matrimonio, no como ayuntamiento espiritual en que se produce la fusión de las voluntades y de las almas, sinó como un simple convenio de comunidad de bienes, una asociación para los desahogos legales de la naturaleza sobre el estado muelle que proporciona la riqueza.

Su tesis versaba sobre las diferencias esenciales entre el concordato y la quiebra, cerrándola con

estas tres proposiciones, en las cuales sintetizase el carácter de su autor:

“1ª La legislación sobre quiebras debe ser modificada, simplificándola bajo los principios del código francés del año 1870.”

“2ª La trascendental importancia de las disposiciones agrícolas, exige un lugar preferente en nuestra actual legislación comercial.”

“3ª Las leyes sobre ferrocarriles y puerto deben confeccionarse en consonancia con la mayor prosperidad de la ganadería y de la agricultura, fuente de la poderosa riqueza en que se funda el hermoso porvenir de nuestro pueblo.”

Comunmente, en un acto ó en una frase se encierra la fotografía moral de un hombre. El nuevo doctor se retrataba á sí mismo en las proposiciones de su tesis. Era una especie de financista con discernimiento de papel sellado, un economista de poco fuste teórico, pero de mucho grano práctico. Todas las aspiraciones de su vida fundábalas en el medro positivo. Es demasiado prosáico este microbio de la legislación para seguir ocupándonos de él. Pasemos á otro; al

IV

DOCTOR SONAJAS

Este es el pollito de las plumas teñidas con sangre que mencionamos al principio. En su figura moral hay algo de asqueroso y repelente; es el

criminal vulgar, que si no le amparase el manto encubridor de una política localista, arbitraria é inculta, viviría arrastrando un grillete en el patio de un presidio, confundido entre los más degradados delincuentes.

Su verdadero nombre era Julián Forcadell, aunque más se le conocía entre sus amigos y condiscípulos por el apodo de *Sonajas*. Según pruebas indubitables llegadas á poder del narrador, dedúcese que este oportuno mote fué creación del ingenioso Sebastián Langredo, el cual sintetizó de manera tan gráfica las condiciones políticas y el carácter barullento y entrometido de su colega y compañero de aulas.

El nuevo doctor era provinciano, y había cursado sus estudios bajo la protección de un personaje muy influyente en la política de su tierra natal y auxiliado por el exíguo sueldo que le proporcionaba un empleo, alternado entre la Municipalidad, la Aduana y un Ministerio, aunque en rigor de verdad, se le pagaba por no asistir á ninguno de los tres sitios, lo cual siempre era mejor para la Administración, porque de este modo quedaba libre del mayor de los estorbos que se registran en los anales de la burocracia. Tenía treinta y un años próximamente cuando terminó la carrera, pues empezó algo tarde sus estudios, y además perdió varios cursos por atender á las luchas electorales en que constantemente se hallaba enredado su protector. No había en Buenos Aires comité político de pobre pelaje donde no se cono-

ciese su oratoria germanesca y demoledora, mezcla de balandronismo gauchesco y de un lenguaje semi-jurídico, dogmático, apabullante: himnos chillones ensalzando virtudes que él no poseía y proclamando principios hollados mil veces por su conducta política, acabada síntesis de la arbitrariedad y del escándalo.

Físicamente sugería á cuantos le conocían un sentimiento de repulsión. Su color cetrino y pronunciados pómulos, sellados con varias cicatrices, reveladoras sin duda de la libertad del sufragio, manifestaban bien claramente que en él se encerraba un político rural de primera fuerza, un caciquejo tenazudo, de esos que cifran en el revolver la solución favorable de todo problema político.

Allá en su provincia era Forcadell sumamente conocido y contaba con decididos partidarios para una diputación, en cuanto obtuviera el título de doctor. Poseía para ello indiscutibles méritos, pues en una trifulca electoral había quitado la vida á balazos á un comisario, que por su parte trató también de mandarle barrer nubes con San Pedro; y además arrojó en dos ocasiones las urnas sobre la cabeza del presidente que dirigía las elecciones, figurando varias veces como sub-jefe ó sub-director en algunas revoluciones y motines de cuartel. Aumentaban estos méritos varios artículos y correspondencias enviadas á un diarucho de oposición, que se imprimía en su pueblo á escote, entre los aspirantes ó quitarle el poder al Gobernador.

En estos adefesios periodísticos, escritos en un estilo enfático y ampuloso, ponía por el suelo á las primeras autoridades del país, á las cuales no reconocía elevación moral, ni patriotismo, ni inteligencia, ni nada. Todo ello expresado con frases altisonantes que, á semejanza de sus discursos de comité, hacían delirar de entusiasmo á la gentuza de tralla y rebenque, al populacho incivil, anárquico y soez, en cuyo cerebro todas las ideas se manifiestan en forma de tropelías, y en cuyo corazón no hay más compás que el de la turbulencia. Las civilizaciones modernas nunca debieron quitar á este elemento de la humanidad el ronزال del feudalismo.

Reuniendo tan excepcionales aptitudes, era indudable que el doctor *Sonajas* brillaría muy pronto en nuestro pintoresco mundo político. Con razón decía el autor de las semblanzas doctorales: "No tardaremos mucho tiempo en verle ocupando una banca en el Congreso, donde quizá logre algún día llamar la atención con su fogosa y popular oratoria."

Sus compañeros de estudio, escepto Langredo que se reía de él, y Simón que le odiaba á muerte, porque no podía transigir con los éxitos del provinciano, todos los demás le profesaban cierto respeto, en atención á la popularidad que iba adquiriendo en nuestra gran Metrópoli. Con sus profesores siempre fué respetuoso y comedido; pero no eran estas condiciones innatas en su naturaleza, y sólo el temor á los exámenes podía poner un freno á sus insolentes audacias.

El gran Goyena, á quien todos los estudiantes adoraban por su ilustración, por su carácter tolerante y por aquella suprema sencillez que daba al sábio singular realce, sentía hácia Forcadell un profundísimo desprecio al contemplar en él una supina barbarie y una falta total de ideales honrosos. Así se explica que el ilustre catedrático de Derecho romano dijera un día á unos cuantos muchachos en el patio de la Universidad: "Este Forcadel sería capaz, como Nerón, de presenciar con la risa en los lábios el incendio de Roma, ó de extrangular entre sus manos á un enemigo político, lo mismo que Tiberio á Lántulo. Y lo peor es,—añadió con acento contristado—que en nuestra desventurada patria se arraigan y germinan con éxito esta clase de plantas."

Muy poca cosa aprendió de leyes el doctor *Sonajas*. Lo único que se le estampó en la sesera fué la Constitución. Se la sabía de corrido, y con puntos y comas la parte que trata de las Intervenciones. Aquí estaba su fuerte, y sobre este punto versó la tesis doctoral. El hombre se declaraba opositor furioso á las intervenciones armadas; no transigía con que el Gobierno nacional se metiese á poner orden en los desbarajustes de su provincia, y abogaba en pró de la descentralización absoluta de poderes. "Para eso somos república federal,—decía—y es arbitrario todo gobierno que falsée nuestro régimen esencialmente autónomo. Ningún poder debe ingerirse ni éntorpecer su regular funcionamiento."

Cualquiera pensaría que el doctor *Sonajas* había visto en su vida funcionar regularmente alguna cosa en su provincia natal.

La última proposición de su fechoría constitucionalista decía así: "Las intervenciones nacionales en un Estado federal, son siempre injustas y perniciosas. Deben ser rechazadas enérgicamente."

Aunque no lo dijera, entendiase que el rechazo enérgico debía ser á tiros, cortando los raíles, ó haciendo descarrilar el tren que condujera los soldados del Gobierno.

¿Qué les parece á ustedes el nene? Seguramente le creerán digno de todos los ódios. Pues es un error, porque había una persona que le quería, ó cuando menos, que aparentaba quererle. ¿Qué suerte para el doctor *Sonajas*!... Le quería Teresita Foronda, le amaba, como ella era capaz de amar, y hasta le habían dado algunas pataletas pensando en él; estremecimientos del sistema sensorio en el período de estuosidad, brinquitos nerviosos de novia supuesta, valientemente recibidos por las rodillas de Josefina... ¿Que por qué le quería? Por lo mismo de siempre, porque sonaba, ó porque sonajeaba, pues Teresita nunca pudo establecer diferencias entre los sonos y los sonajeos...

V

DOCTOR SEBASTIÁN LANGREDO

No nació de madre una criatura de tan complejas y opuestas condiciones. Al salir de la Universidad, dos caminos se le ofrecían en la vida: ó el de la gloria, ó el del manicomio; jamás sería peatón por el insípido carril de las medianías. Pertenecía Langredo á ese reducido número de seres, ante los cuales no se puede pasar con aire indifferente, porque ellos representan la fuerza de la atracción ó el baluarte de la resistencia.

El nuevo doctor estaba incluído en los primeros, en los que atraen, en los que seducen, sin que nos sea posible establecer claramente la causa; hombres que tienen la virtud magnética de los ojos de la víbora con relación á los pájaros, y cuya amistad se solicita, aunque ella sea la causa de nuestra desgracia.

Era Langredo hijo genuino de Buenos Aires, nacido en los barrios del norte, no en la parte pacífica, sinó en la barullenta, en la calle Corrientes

y cerca del Politeama, por lo cual, excusado es decir que se meció su cuna entre jotas, milongas y tarantelas, entre un cosmopolitismo organillesco verdaderamente asombroso. Su padre era un médico español que había adquirido gran fortuna alargando las enfermedades de carácter reservado; y su madre, corista de ópera en los albores de su juventud, vino al mundo en las orillas del Lago di Como, precisamente en el mismo pueblo de don Abundo, de aquel pobre párroco tan admirablemente descrito por el dulcísimo Manzoni en su "*I promessi sposi*". Los amores del médico español con la corista italiana, es historia larga que no podemos entretenernos en contar ahora. Baste saber que fueron felices, y que de la amalgama de sus cuerpos y de la fusión de sus almas, apareció Sebastián en la escena de los vivos, trayendo grabados en su naturaleza todos los raros contrastes que forzosamente debían dimanarse del original ayuntamiento que le dió la existencia. Parecía que sus nervios estuviesen amasados con rabos de lagartijas, y que su inteligencia se hallara formada con partículas de relámpago y trozos de nubarrón, componiendo entre todo ello un temperamento de torbellino. En su corazón residían todos los impulsos generosos, y en su cerebro, aún por entre los más enormes errores, filtrábase la luz, el destello de las ideas inspiradas, la lumbre de un espíritu encendido por las grandes pasiones y los sentimientos briosos.

Tan simpático era Langredo, que sus condiscí-

pulos le querían á porfía, y no había francachela ni sublevación estudiantil sin que él se pusiera al frente. Hablaba muy de prisa, acompañando á sus palabras un movimiento general de todo el cuerpo; y apesar de su verbosidad, exponía mejor las escenas con las manos y la cara que con la palabra misma. Cuando quería contar la forma en que un estudiante había dado á otro una trompada, se pegaba él mismo con el dorso de la mano derecha sobre la palma de la izquierda, previos algunos movimientos en el aire con los puños cerrados; luego sacudía todo el brazo, produciendo un chasquido especial con los dedos índice y corazón; simulaba después una estocada á fondo, extendía enseguida ambos brazos, se mordía el lábio inferior, doblaba las rodillas y echaba hácia atrás la caja del cuerpo, á fin de indicar la forma en que fué derribada la víctima; todo ésto acompañado de innumerables visajes y contorsiones; él preguntaba y se contestaba á sí mismo, hacía toda clase de sabrosos comentarios, daba la razón á quien le parecía que la tenía, terminando siempre su relato con estas palabras: "Ché, hermanito, ¡la gran flauta, qué escena...!",

Hasta la época en que comenzó á cursar el quinto año, Langredo fué el jefe caracterizado de un grupo que, en el Pasatiempo y demás cafés cantantes, deleitó con sus alborotos y bullangas al público respingoso que asiste á esta clase de espectáculos. A Sebastián le debían su popularidad muchos mendigos del arte; aquellas turbulentas

funciones casi puede decirse que las dirigía el estudiante desde su palco; el público aplaudía ó silbaba, según fuese la voluntad de Langredo, porque en su persona se hallaba reconcentrado todo el auditorio; él era allí el único árbitro de los éxitos ó de los fracasos ruidosos. Las damichelas (no queremos profanar el arte llamándolas artistas), dirigían al palco del alborotador una mirada entre significativa y suplicante cada vez que salían al escenario, para cantar con voz de chicharra alguna copla escandalosa. El elemento masculino tenía en el estudiante una verdadera maza de fraga. Tan pronto aparecía sobre el tablado uno de esos truhanes con su frac verdoso, sus patillas postizas y con voz de bombardino descompuesto entonaba una canción, por lo general patriotera, ya estaba Langredo dando pitidos como un salvaje, ó gritando al pelafustán: "Ché, monsieur Perlambú, esos no son guantes, que son las medias de madama Lamber.," El público celebraba la ocurrencia con carcajadas estridentes, estomacales, y comenzaban los silbidos, los aplausos, que más parecían infernal tableteo; todo acompañado de frases obscenas y graciosas barbaridades, voces y pataleos, que convertían la apestosa sala en una batahola ensordecedora. El infeliz, objeto de estas manifestaciones, resistíalas un momento clavado junto á la concha del apuntador, hasta que un pequeño resto de amor propio le obligaba á retirarse en medio de la mofa más estrepitosa. Entónces nuestro héroe chillaba como un condenado: "¡Qué salga la panzuda!,"

Y el bagualesco público pateaba de entusiasmo, y dando incesantes bastonazos contra los palcos, aclamaba con relinchos á la mujer más grosera de la compañía, exclamando: "¡Que salga, que salga!," Ante tal insistencia salía la fiera, cuadrábase en mitad del escenario, y como única gracia cogíase con la mano la punta del pié, ofreciendo esa postura que determina toda la valentía que posee la mujer cuando se degrada. Una salva de aplausos, carcajadas y gritos, era la demostración palpable del gusto artístico de aquella cosmopolita horda de salvajes vestidos con pano de personas civilizadas... pero nada más que con pano.

Al terminar la carrera, Langredo cambió de hábitos, se hizo más sosegado y formal, aunque siempre conservaba el carácter alegre del estudiante, y se veía que hacía grandes esfuerzos para no reirse hasta de aquellas cosas que revestían mayor gravedad.

Tenía una facultad imitativa verdaderamente asombrosa, y lo mismo remedaba el estilo explicativo de los catedráticos que las formas oratorias de nuestros políticos más en auge. Día de manifestación pública, era siempre víspera de jolgorio en la Universidad, donde los estudiantes oían de los lábios de Langredo la reproducción de todas las frases altisonantes que había pronunciado el personaje favorecido por el sonsonete murguista del populacho imbécil, encadenado en reata por la falsa cuerda de una promesa política.

No se lució mucho Sebastián en el curso de sus

estudios, porque le tenía muy poca afición á la carrera, y sólo la abrazó por lucimiento, á fin de utilizarla como una especie de peón caminero para abrirse paso y escalar otras cumbres más empinadas que las del foro. Apesar de todo, poseía mejor criterio jurídico que muchos cuyo talento era meramente retentivo, y por ello habían obtenido sobresalientes notas. A Langredo le tiraba el Parlamento y la literatura, resistiéndosele la sequedad y aridez de las materias codificadas. La naturaleza de su talento necesitaba horizontes más dilatados que el "*De ut des, de ut facias, etc., etc.*", fundamento elemental de todas las acciones egoistas que rigen la vida. Había espigado algo en el campo literario, y aunque parezca mentira, dada su informalidad, se traía sus trapicheos filosóficos, si bien entró sin método en el mar infinito de las sábias incertidumbres. Como se engullera diversos sistemas, desde Bacón hasta Schopenhauer, sufría algunas indigestiones mentales que se resolvían en vomitonas de ingeniosos y peregrinos absurdos, manifestados en lenguaje criollo y todo lo oportunamente que puede hacerlo un hombre de alto ingenio. Ni áun los más oscos y ceñudos solitarios en los inmensos estepares de la idea, lograron con sus fúnebres pensamientos matar el buen humor en el pecho de aquel muchacho, ni acoquinar las alegrías de su espíritu con pensamientos pavorosos acerca de la muerte física, de la supuesta vida eterna del alma y de cuantos problemas se sus traen al pobrísimo lente investigador del entendi-

miento humano. Todo esto lo ponía Langredo en solfa, y en solfa de café cantante, porque, según él, la tristeza no era más que una preocupación del ánimo, y fuera de los dolores físicos, las demás aficciones y pesadumbres, tenían una cura inmediata en la voluntad puesta al servicio del olvido.

También barajaba en su cerebro algunas ideas sobre estética, teniendo en ésto, como en todo, su correspondiente teoría, la cual se fundaba en afirmar que la comprensión de la belleza es una verdad parcial que todo hombre lleva consigo, y distinta á la que llevan los demás hombres; una verdad que tiene movimiento espiritual y movimiento nervioso, y en cuya adquisición intervienen más las sensaciones que el raciocinio.

Indudablemente sería Langredo el abogado artista, pues si no tenía su inteligencia las alas doradas por el sol del génio, mucho había en su mollera para distinguirse del rústico lote de humanidad encargado de sostener la insipidez en el mundo. En la tesis con que dió fin á su carrera, sostenía principios en perfecta consonancia con su carácter y modo de apreciar los problemas de la vida. Titulábase el folletito doctoral "*Relaciones conyugales*," y estaba escrito con bastante soltura y amenidad. En el preámbulo, hablando de las leyes en general, aseguraba que serían eternamente deficientes, debido á la poquisima relación existente entre lo que discurre el pecado, innato á la humanidad, y lo que piensa la previsión representada

por los legisladores. Metido luego en el tema de su tesis, definía el matrimonio diciendo que era un tratado tácito de la Naturaleza, fundado en las percederas ansias de la carne y en los imperecederos anhelos del espíritu, disoluble de hecho, ya que no de derecho, en cuanto las dos naturalezas se repelieran, ó resultasen infusibles en el mismo crisol las dos voluntades. — Por lo tanto, decía Langredo que el matrimonio, no debía ser regido por la ley civil, sino por la Filosofía del Derecho. En cuanto al simbolismo de la religión en los esponsales, apoyaba su existencia como elemento puramente decorativo en la inmólación de las vírgenes. Otras disparatadas lindezas por este estilo estampaba el nuevo doctor; pero no hemos de seguir copiándolas, porque urge más hablar de otros asuntos.

Ya se sabe que Langredo era amigo de Simón Foronda. Aunque sus inclinaciones tenían muy distinto rumbo, se profesaban bastante cariño. Frecuentemente iba el primero á casa del segundo, y juntos hojeaban á Fiori y comentaban los comentarios que el notable juriconsulto doctor Llerena viene poniendo desde hace años al Código civil argentino. Y no solamente comeutó Sebastián allí á tan insignes legistas, sino también la belleza de Teresita Foronda, cuyos encantos fuéronse desarrollando á vista del estudiante, á punto de que podrían competir con los esplendores de los luceros. Algunos días, la figurilla luminosa y coquetuela se aposentaba en las notas del doctor Llerena, ocu-

pando toda la página del texto, cubriendo, con su pelo azabachesco y sus rojos labios, aquellos profundos argumentos jurídicos. Un día, Sebastián besó las hojas del Código civil, y como Simón le preguntara la causa de tal arrebató, contestóle Langredo: "Dejáme, ché hermano, que bese estos sublimes renglones que encierran tan grandes ideas acerca de los contratos bilaterales. Seguí vos con los efectos de la etiqueta en el Derecho internacional. Yo estoy por las asociaciones, ¿sabés? por los vínculos de... En fin, atendé á lo tuyo y no me hagás caso..."

La víspera de la colación de grados habló con ella algunos instantes y dióle bromas con Forcadell, que por cierto fueron muy bien recibidas por la presuntuosa Teresita. Estaba más hermosa que nunca, ó al menos, así le pareció á Sebastián, el cual la preguntó al despedirse:

—¿Quiere usted acompañarnos esta noche al banquete?

—¿Cómo nó?—dijo ella, en el precipitado tono del pajarillo que pía al salir el sol.—De buena gana iría para aplaudir su discurso.

—¿El mío, ó el del otro?

—Salga, no sea loco. Pero, ¿cuándo se vá usted á enmendar?

—Ya estoy enmendado. Ahora, con el título de doctor, hay que ser serio, para ver si figuramos un poquito y podemos conquistar el amor de las muchachas bonitas.

Y sin decir más salió á la calle, pensando para

sus adentros: "Si no fuera tan presumida y tan fatua, merecería que cualquiera perdiera el seso por ella. Así y todo, su hermosura me hace algunas cosquillas, no sé si en el corazón ó en los nervios; porque, ante su presencia, se me confunden los movimientos internos..."

VI

CHAMPAÑE Y PERORATAS

Cuando las generaciones futuras caricaturen nuestro siglo, (pues no ha de merecer ser presentado en otra facha), seguramente lo harán por medio de un ave inmensa, poseída de la calentura que en los séres plumes produce el estado clueco. Los larguiruchos piés, escarbando incesantemente en la electricidad, representarán á la raza sajona; y en el inmenso pico, símbolo de la oratoria, se verá reflejada la gran familia latina. Es posible que para determinar el Mundo Colombino, representen un fenómeno las alas del ave, siendo de golondrina la que simbolice á Sur América, y de pato la perteneciente á los Estados del Norte; por lo cual, mientras una tendrá la tendencia á los charcos, la otra aspirará á cernirse en las alturas, quedando el ave en una situación imposible, volando de un lado y chapoteando con el otro en las aguas turbias.

Pero volviendo al pico: ¿qué parte de él nos to-

cará á nosotros? ¿el tronco ó la punta? No; el tronco le pertenece á España por tradicional derecho; lo del medio se lo repartirán buenamente entre Italia y Francia; la punta será para nosotros, es decir, para nuestros doctores, por más que no habrá muchos habitantes en la República que no tengan sobre su conciencia, entre otros muchos pecados políticos y literarios, algún alevoso atentado contra la oratoria.

En tal sentido, los doctores de aquel año, sábios en estado de lactancia, discursistas empedernidos y habilidosos manejadores del sahumero mútuo, eran tan grandes pecadores, que merecían la más infamante y depresiva de las excomuniones. El Papa, no de la Iglesia, sinó del sentido común, que no suele ser muy común entre imberbes legistas, les hubiera mandado de patitas al infierno, suponiendo que en los dominios de Luzbel, interesado en no alterar el órden de sus celdas infernales, merezcan ser admitidos los botarates del foro.

Para eterno baldón de la oratoria; para perpétua birria del buen decir y del amanerado arte de la expresión, no quedó ni uno sólo sin hablar en el banquete con que celebraron la terminación de sus estudios. Tuvo lugar la bucólica fiesta en el Café de París, en un saloncillo reservado al efecto, por el cual ha pasado la inmensa ristra, la colosal reata de flamantes nulidades, cuyo boato esplendoroso pesa sobre la Administración ó sobre la política, pues muy pocos son en la República los

abogados capaces de vivir exclusivamente de su astuta ciencia.

El dueño del aristocrático establecimiento gastronómico, hombre incapaz de dormirse en las pajas, como diría don Silvestre Ruano, vistió de fiesta su casa en aquella memorable noche. Puso á la entrada enormes tiestos con plantas eternamente verdes, como la ciencia de los doctores. Embardó con ramaje y hojarasca la balaustrada de las escaleras, y cubrió los peldaños con rica alfombra, digna de las plantas de aquellas eminencias, esposos adúlteros de la Jurisprudencia. La mesa del saloncillo donde debía celebrarse el banquete, simbolizaba nuestra rica flora, hallándose atestada de jazmines, claveles, violetas y una gran variedad de rosas, ornato más propio de niñas que de los ceñudos representantes de esa balanza siempre desnivelada en favor de los fuertes, de los triquiñuelistas y de los avezados al comercio de voluntades.

A la hora convenida llegaron los doctores, vestidos de rigurosa etiqueta, con la indumentaria y el solemne empaque de los novios. Comenzó el banquete, frío y ceremonioso al principio, luego más animado, subiendo de grado la expansión á medida que se consumían los succulentos manjares de la variada y excitante cocina francesa. Por fin sacáronse los postres, consistentes en pastas confiteriles que representaban la idea tangible de la Ley, aderezadas de dulzainas, símbolo de las melosidades forenses, que los doctores se comieron

con golosino apetito, lo mismo que harían más tarde con el fruto de las discordias humanas. En seguida apareció el *champagne*, emblema del aturdido espíritu de la Francia contemporánea, y... ¡Dios nos ampare...! Aquello fué el desborde de la elocuencia, la salida de madre del cauce de la inspiración, una especie de pugilato oratorio, donde cada sábio en mantillas, desnudo de sindéresis y ricamente ataviado de enfatismo, dió rienda suelta á su pasión parlanchina, arrojando sobre los demás tumultos de conceptos huecos y pomposos; cascadas de palabrería que sönaba á bóveda; borbotones de frases gaseosas, cómo el espumante vinillo que las producía, y destinadas á evaporarse al menor soplido, á semejanza de las pompas que levanta el jabón sobre la insegura base del agua; trozos desmembrados de los discursos de otras celebridades del mismo calibre; oraciones parecidas al cohete, compuestas de estopa y floja polvorilla, que remedando al producto pirotécnico, terminaban en un tiritio incapaz de producir una dispersión de corpúsculos. Todo ello atiborrado de filosofías angelicales, risueñamente pueriles, intercaladas á bulto en sus peroratas, vinieran ó no al caso, lo cual era como adaptar á sus discursos y brindis el axioma infantil de "pegue ó no pegue, en las nalgas te pinto un loro."

Sólo uno de ellos, el doctor *Sonaján*, rompió la monotonía de la inccencia con un discurso apuesto, plagado de diatribas, amenazante, soberbio y lleno de veneno, á tal punto, que cada palabra

parecía un diente de víbora, con intención de hincarse en la reputación de sus enemigos políticos. ¡Qué cosas dijo, y en qué forma...! Al hablar, su cara osca, sajada, cetrina, con rasgos de energía indígena, hacía sospechar le hubiesen destetado con vinagre, y que su primer alimento, después de la lactancia, fueron esas guindillas de Chile conocidas con el popular nombre de... no se puede decir aquí. Tenía los ojos echándose á paseo uno al otro, queremos decir que era algo vizco, y despedían una mirada de hiena, preñada de odios, como la que, tras largos años de encierro y arrastre de grillos, lanza el presidiario al juez que le sentenció y á la humanidad toda. El aliento que empujaba á las temerarias frases hasta los gruesos, ennegrecidos y costrosos lábios, tenía cierto tufo selvático, cierta reminiscencia de la respiración del chacal, acusando toda la supina barbarie que anidaba en el cacoquímico pecho de aquel pequeño Nerón. Con acento enérgico, inflexible y rencoroso, que denotaba su avidéz por saciar el hambre de venganzas que en su corazón habían arraigado las derrotas sufridas, desatóse en improperios contra todos aquellos que no querían beber en la fuente, ó en el charco, de sus teorías políticas; les llamó mercenarios, farsantes, opresores, tiránicos, inmorales y cuanto soez epíteto le vino á los hocicos. Luégo, prévio un puñetazo encima de la mesa... ¡oh, sarcasmo!... dijo que había sonado la hora de la regeneración política, que debía *acollararse* á los que habían difamado ante el

extranjero el nombre de la República, y después colgarlos de los faroles en ristras, como las cebollas. Añadió que era necesario corriesen arroyos de sangre, mares si era preciso, único medio que él había encontrado, (después de prolijo estudio), para salvar á la patria del naufragio que sobre sus destinos se cernía. Trajo á colada la dichosa Revolución francesa, la cual, por cualquier lado que se tome, siempre encaja en la oratoria levantisca, candente y huracanada, lo mismo que es imprescindible el rojo pimentón en los buenos potajes.

Digase ahora que el doctor *Somijan* fué la única nota discordante de la fiesta, por no saber distinguir los lugares, confundiendo aquella amistosa comida, destinada á evocar los gratos recuerdos de las aulas, con una reunión política donde él ejerciese de Dantón, de Murat ó de Moreira, á fin de calentar con su palabra fogosa, punzante y rufesiente, los cascos de esos becerruelos, torunos de entendimiento, que componen esa informe masa social llamada populacho.

¡De cuán diferente manera se expresaron los demás doctores! Porque, eso sí, nadie dejó de soltar su espiche, ya en la breve forma del brindis, ó bien en la ampulosa del discurso. Está probado que el *champagne* es mejor estimulante para los oradores que la filosofía; aquél suscita la verbosidad y el charlatanismo; ésta guía á la razón y fortalece el juicio. Desde el planidero hasta el jocoso, aquellos muchachos cascabelearon en todos los tonos, quedando agotados, por la fuerza expri-

mente de su facundia, todos los temas de alta trascendencia; políticos, financieros, literarios, jurídicos y hasta rurales. Aquello parecía una reunión de profetas; eran los Flamariones de nuestros futuros destinos; avizores torreros de las venideras borrascas; saladores que le hacían la buena ventura al país; y ninguno dudaba de la realización de sus pronósticos; eran los Blases del punto redondo; todos defendían su profecía con sumo entusiasmo; cada silla parecía una cátedra, y no había comensal, que de un golpe de imaginación, no se convirtiese en hombre importante y creyera que su palabra repercutía en todos los ámbitos de la República; que ésto y mucho más se logra cuando en beneficio de uno mismo se combina la fantasía con la inocencia... Puk de Antequera, ya se sabe, le puso los puntos oratorios á la ganadería, y luego se encaró con la industria y el comercio, sosteniendo que en estos elementos de la actividad humana... ¡pasmaros de la novedad!... consistía el desarrollo material de los pueblos. Arguyó sobre lo útiles que son las instituciones bancarias, cuando su funcionamiento se ajusta á principios de orden y cordura; abogó por la conveniencia de aumentar las líneas férreas, y muy especialmente por la construcción de un ramal de empalme que debía pasar por la estancia de su abuelo, asegurando, en resumen, que el país era muy rico, que estaba llamado á gran porvenir el día que la corriente inmigratoria poblase nuestras pampas y... etc., etc., todo por el estilo de lo que se dice en los corrillos ca-

feteriles y de lo que se escribe en los editoriales de los periódicos. Pues á pesar de todo, los almaceneros al menudeo y muchos comerciantes mayoristas, cazurros y montañeses en estado floreciente, aseguraban al otro día que el hijo del inglés había estado sublime, piramidal; y en los hoteles, en los escritorios, en los mercados, tiendas y almacenes, todo eran alabanzas para el doctor Puk de Antequera. Entre las pirámides de lienzos y las montañas de azúcar, de arroz y de yerba, la exclamación era general: “¡Esos, esos son los hombres que convienen al país ...!,”

Como movidos por un mismo resorte, después de haber hablado casi todos, varios abogados exclamaron: “¡Que hable Langredo! ¡que brinde Langredo!,” Y el coro se hizo general: “¡Que brinde! ¡que hable!,”

Levantóse el aludido, y con el pelo echado hácia atrás, la copa en la mano, encendidos los ojos y sonriente el semblante, dijo breves palabras que tuvieron la virtud de conmover á sus oyentes. Dedicó cariñosos conceptos á los profesores, recordó las alegres algazaras universitarias, y, por último, levantando en alto la copa, brindó por la prosperidad de todos los comensales. Oportuno en todo momento, lo fué también entónces, contrarrestando la impresión emocionante de su brindis con este aditamento: “Brindo, señores, por la futura diputación del doctor *Sonajas*, y hago votos porque su oratoria de acero bruñido brille pronto en nuestro Parlamento.,”

Todos comprimieron una carcajada. Cerró los discursos Simón Foronda, con unas cuantas sim- plezas dichas con énfasis de diplomático, vestidas con camisolín de Protocolo y puntillas de Embaja- da. En aquel momento histórico de su vida, la fa- tuidad del hijo del registrero tenía algo de res- plandeciente; la pausa de sus palabras, la gravedad parsimoniosa de la acción con que las acompaña- ban sus manos de presumido doncel, dábanle as- pecto de prematuro catequizante de Gabinetes ex- tranjeros; sus frases, aromatizadas por la esencia olorosa emanada de la aristocrática floricultura de su espíritu y del coquetuelo jardín de su cerebro, tenían esa vaguedad sutil que pone Pablo Bourget en los pecaminosos lábios de las heroínas de sus novelas. No se parecían aquellas frases á las que estampaba en su tesis. Es verdad que allí anali- zaba la diplomacia de la Edad Media, que dormía con la espada al cinto y los libros de caballería bajo el brazo, como Don Quijote; los escapularios en el pecho y la blasfemia en la boca; una diplo- macia guerreramente pedantesca, en contraposición á la actual, que cifra en el disimulo, en el silencio inteligente, y más que todo, en las astucias de carácter mercantil, el triunfo de los más árduos problemas internacionales, cosa que sólo á medias comprendía Simón, cuya tendencia era mostrarse sagáz y elegante; ésto último lo conseguía menos mal; pero en lo primero, como quiera que se nece- sita cierto talento para cultivar la sagacidad, y él no lo tenía, resultabã siempre un tontuelo con pu-

jos de zahorí, un infelizote insulso que á nadie más que á su hermana y á sí mismo lograba engañar.

¡Y pensar que pretendía llamarse Simón Bolívar! No había, ciertamente, mucha diferencia entre él y su homónimo. Nada más que la existente entre un hombre que independiza medio mundo, inoculándole al mismo tiempo el verbo de la democracia, y un muchachuzo, un pebete disfrazado de doctor, que solo sabe atusarse la pelusilla del bigote, ponerse el frac y chicolear gomosamente en la calle Florida.

Terminemos este capítulo consagrado á cosa de tan escaso valor como es el matalotaje de insulseces y desafueros salidos del pico de aquella pollada forense que todavía tenía adherida la cáscara de la ciencia.

Baste decir que era media noche por filo cuando los defensores del pró y del contra salieron del café de París. Una vez en la calle, echóse Langredo la galera sobre la oreja, dió algunos pasos zarandeándose *moreiruscamente*, y en una forma que envidiaría el más bravucón de nuestros gauchos, se despidió del doctor *Sonajas*, diciéndole:

—Adiós, amigaso, que le vaiga bien.

—Adiós, compadre,—dijo Forcadell, haciendo con su cuerpo idénticas contorsiones que el protagonista del ingenioso drama de Eduardo Gutierrez. Después agregó: “El domingo veremos cómo se portan los *claudicantes* en las elecciones.”

—Sí, amigo, nos veremos las caras. Los *tarante-*

listas no nos van á hacer ni la cola. Les hemos de ganar las elecciones, y luégo les hemos de hacer... á rebencazos, no más. ¡Qué le parece, amigo...! Con los *claulicants*, ¡no hay chucho...!

Todos celebraron el diálogo con alegres risas, se despidieron cordialmente y emprendieron el camino de sus respectivas casas.





XXXII

EL CONCILIO FORONDINO



L llegar frente á la suya, el diplomático insigne observó que había luz en una de las habitaciones cuyas ventanas daban á la calle de Rivadavia. Fijándose con mayor atención, parecióle que álguien, con vivas muestras de impaciencia, se paseaba en el interior de la pieza, arriando de vez en cuando su rostro á los cristales, hasta empañarlos con el aliento. “¿Si se habrá indispuerto Teresita?—pensó el internacionalista.—La luz es de su cuarto, y la persona que se vé tras de los vidrios me parece que es Josefina. ¡Pobre vieja, no tiene mal engorro con mi señorita hermana! Mucha desgracia es tener que vivir sirviendo; pero cuando las personas á quienes se presta servicios son tan impertinentes como Teresita, casi es preferible dedicarse á labrar la tierra.,,

Después de esta compasiva reflexión, tan en pugna con sus aristocráticos pujos, el famoso libertador *Bolívar* penetró en su casa, rebotante el espíritu de satisfacción, glorificado por sí mismo en medio de una apoteosis cuyos principales resplandores producíalos el incendio del inmenso pajar que ocupaba toda la bóveda de su cráneo. Subió la escalera con la misma agilidad que su pensamiento alado subía al trono de la inmortalidad, tirado por los briosos jacos de la fantasía; y al atravesar el pasillo para dirigirse á su habitación, una cautelosa mano abrió la puerta de la inmediata, apareciendo por la abertura una cabecita jilgueresca, movable y aturdida.

Volvióse el legista, y al ver á su hermana en el umbral, preguntóle en tono de reconvención. “¿Cómo es eso, que aún no te has acostado siendo la una de la mañana?,”

Teresita, simulando mucha cortedad, aprisionaba entre sus menudos y blancos dientes la punta del pañuelo, bajaba los ojos y hacía otras muchas demostraciones de encantadora timidez, no exentas de coqueta hipocresía, que es la principal forma del engañoso arte femenino. Al cabo de algunos instantes, y después de prodigar á su hermano algunos arrumacos, contestó con voz apagada: “No he querido acostarme mientras vos no vinieras. El interés que tengo por saber cómo ha estado el banquete, no me habría dejado dormir.,”

—¡Había sido curiosa la niña!—repuso Simón en cariñoso tono.—Pero, ¿qué te importa á vos lo que

ha pasado en el banquete? Vamos á ver: ¿qué se te ha perdido por allí?

—Entónces, ¿vos no sos nada para mí?—dijo ella con redomado disimulo.

El insigne doctor tuvo la benevolencia de sonreirse, como para demostrar á su hermana que en las lides diplomáticas, ningún miembro de la familia podía picar más alto que él. Su cancilleresca perspicacia penetraba, igual en los tratados reservados de las potencias, que en los íntimos escondrijos donde Teresita guardaba su protocolo amoroso, tan enmarañado y lleno de futilizas como los que determinan las relaciones internacionales y el grado de etiquetero afecto que los pueblos aparentan profesarse.

—Cierto que algo debo importarte—manifestó Simón;—pero dudo mucho que hayas perdido la noche solamente por esperarme. A mí no se me engaña, querida hermana; porque cuando usted vá á vísperas, yo vengo de completas. Te conozco, mascarita... ¿Disimulitos á mí?... No cuelan, Teresita, no cuelan. Veo yo muy largo... (*Dándose un golpecito en la frente*). Hay aquí un microscópio que vé todos los sapitos de tu alma y todos los gusanillos que hilan seda en tu cerebelo. Vamos á ver: preguntáme con franqueza lo que te interese del banquete, y al momento tenés la contestación, porque yo no puedo menos de satisfacer la curiosidad de una hermana tan linda...

Y dicho ésto penetró en la habitación de Teresa, la cual, tan pronto pisó el doctor los umbrales

de la puerta, echóle sus brazos al cuello, y con muchos embelecos y zalamerías, comenzó á envolverle en un sahumero adulatorio, exclamando:

—¡Cómo te habrán aplaudido en el banquete...!
¡Qué elocuente habrás estado...!

—Ya sabés,—dijo Simón con alguna dureza— que no me gusta seas hipócrita conmigo. Demasiado sé yo cuál es la persona que más te interesa de cuántas han asistido al banquete, y has debido preguntarme por ella sin rodeos ni circunloquios. Delante de mí no sirven tus diplomacias. Te veo venir. Mi entendimiento es una sonda que penetra en tus ideas y en tus sentimientos. Soy el hurón de tus secretos. A mí hay que preguntarme las cosas derechamente; de lo contrario, no contesto, me encierro en el hábil mutismo diplomático. Con que... ya lo sabés, queridísima hermana. Guardá tu caretita para otras personas. ¡Pues no faltaba más, sinó que me dejara engañar por una chiquilla...!

Teresita, un tanto contrariada, permaneció de pié junto al abogado: al cabo de unos instantes, como quien se subleva contra una situación embarazosa, y previo un movimiento de hombros, mezcla de ternura, cortedad y coquetería, exclamó con voz apagada:

—¡Qué autoritario te ha vuelto el doctorado...!

Ante aquel disfrazado reproche, producido por la impaciencia femenil, cogió Simón las manos de su hermana, y obligándola suavemente á sentarse á su lado, comenzó á relatarle lo ocurrido en el

banqueta, exceptuando precisamente aquello que más interesaba á Teresita. Hizo una descripción completa del saloncillo en que se habla verificado la fiesta, de la profusa variedad de flores con que estaba adornada la mesa, de la animación que reinara durante toda la noche; y, por fin, terminó la primera parte de su reseña detallando los diversos incidentes de carácter alegre que se habían suscitado entre plato y plato.

—Ahora comienza,—añadió el pichón de legista —la parte más interesante de la fiesta, ó sean los discursos; casi todos hemos dicho algo; cada cual ha tratado el tema de su preferencia, y...

—Pero, decíme, ché, Simón,—le interrumpió Teresita, sin poder dominar su impaciencia:—¿quién habló el primero?

El abogado, simulando un esfuerzo mental para acordarse, dijo, tras breve y fingida pausa:

—No me acuerdo quién ha sido el primero... ¡Ah, sí! el primero fué Rodrigo Miquelena, el autor de la mejor tesis que se ha presentado este año.

—¿Y después?—preguntó cada vez más impaciente la enamorada de todos los personajes notables.

—Después habló Puk de Antequera, á quien ya conoces, el cual nos dió un solo tremendo sobre agricultura, ganadería, industrias, ferrocarriles y demás cuestiones tendentes á la adquisición de centavos, único anhelo de su vida; está mercantilizado de una manera que no te podés imaginar; para él, la verdadera importancia de nuestro país

está limitada á la extensión de las líneas férreas y al número de ovejas que pastan en nuestros campos; desdeña todo progreso intelectual que no esté apropiado al comercio ó á la industria, y nada le produce tanta admiración como esas empresas fabriles que giran cantidades fabulosas, y en cuyo mayor desarrollo presume está radicada la verdadera grandeza de nuestro Continente. Cuando alguna vez le he hablado de la necesidad de organizar el Cuerpo diplomático, me ha dicho que en lugar de mandar ministros á Europa, lo mejor para el país, es enviar muchos novillos. ¡Qué burro...! ¡Parece mentira que un doctor diga semejante cosa!... Luégo, y en un órden que ya no recuerdo, hablaron Javier Domenech, Damián Eizaguirre, Arturo Canaveri, en fin, todos los comensales. El último brindis fué el de Langredo, que por cierto estuvo muy oportuno, como siempre. Yo dije cuatro palabras, porque todos se empeñaron en que había de hablar. Cuando me levanté,—agregó, inflado de satisfacción—no se oía en el salón ni el volido de una mosca. En fin, estuve bastante bien y me aplaudieron mucho. Ya sabés que tu hermano es un gran orador y tiene más talento político que Bismark.

Viendo Teresita que el *canciller de estopa* no aludía al abogado que á ella le interesaba, levantó sus ojos con estudiada timidez, y posándolos en el blanco rostro de su hermano, quiso interrogarle nuevamente; pero volvió á bajarlos como arrepentida ante la frialdad diplomática con que

fué recibida su muda pregunta. Mas, no resignándose la jóven con este silencio, apeló á esa coqueta zalamería que es el sistema indagatorio de la mujer, y, por tanto, el fundamento de su erudición asombrosa en la difícil ciencia de las sutilezas. Dió un gran suspiro, como si la mitad de la vida se le escapase del pecho, y rodeando sus brazos al cuello de Simón, le dijo, con una cortedad insuperable por lo cómica:

“Ché, Simoncito, ¡hacéme el favor...! andá... si no, voy á llorar... ¡contámelo todo...!”

—Pero si ya no falta nada,—repuso el doctor con hipocresía;—al menos, yo no recuerdo de otras cosas que merezcan ser relatadas.

—Eso no es verdad,—arguyó Teresita en humilde y quejumbroso tono.—Vos querés engañarme. Bien te acordarás de otras cosas; pero no querés decirmelas... ¡Qué poco complaciente...! Parece mentira que hagás eso con una hermana...

—Te aseguro que no me acuerdo,—dijo secamente el abogado.

La presuntuosa señorita, novia imaginaria de todas las celebridades, redobló sus carantomas, y aprovechando un momento en que de ellas se reía Simón con marcada benevolencia, preguntóle de prisa y entre dientes: “¿Y qué ha dicho Julián Forcadell?”—En seguida echóse á reir como una loca y comenzó á estrujar á su hermano á fuerza de abrazos.

—¡Ya pareció aquello...! ¡Si soy yo un diplomático...! ¿Te pensás que se me escapaba á mi que

era el doctor *Sonajas* quien más te interesaba de los asistentes al banquete? No te he querido mencionar su nombre,—añadió con energía—porque me es profundamente antipático; y, hablándote con sinceridad, te aseguro me duele en el alma le tengas ese cariño á que por ningún concepto es acreedor.

La ira iluminó el rostro de la hermosa criolla. Aunque ella salía notablemente mejorada en la apreciación, entendió que las palabras de su hermano ofendían directamente su orgullo, y con actitud que revolaba energías de jilguero herido, separóse de él, preguntando al mismo tiempo:

—¿Y por qué?

—Porque no reúne una sola condición buena para labrar la felicidad de ninguna mujer. Es orgulloso, irascible y vengativo; en su pecho vive siempre perenne el rencor; más que el propio éxito, anhela el aniquilamiento de los que no participan de sus ideas y propósitos. Te advierto, por si lo ignoras, que en su provincia asesinó á un comisario, y yo no puedo menos de lamentar que una hermana mía sienta simpatías hácia un criminal.

—Pero él fué agredido primero,—repuso Teresita.—Le querían matar. ¡Pobrecito!... Y la prueba de que no tuvo la culpa de aquel desgraciado suceso, es que los Tribunales le absolvieron inmediatamente.

—No; quien le absolvió fué el Gobernador, cuya vergonzosa política sostenía Forcadell, echándose las de patriota con su acostumbrado cinismo.

Convencida Teresita de que su defensa en pró del doctor *Sonajas* saldría mal librada ante la lógica de Simón, contundente en fuerza de la envidia que la producía, guardó silencio. Entónces aprovechó el diplomático la coyuntura para decir una vez más á su hermana que ellos, lo que debían procurar era entrar, por medio de un matrimonio ventajoso, en la alta sociedad de Buenos Aires, uniendo el oscuro apellido de los Forondas al de una familia que contara entre sus ascendientes algún prócer ó político de nota, algún hombre de alto valer que les diera brillo y les honrase.

—¿Y no es Forcadell un político bien conocido? —dijo Teresita con cierto aire de convencimiento.

El insigne jurisconsulto soltó una carcajada; pero era su risa nerviosa, verdaderamente colérica, como la del histrión encargado en el escenario de los papeles sarcásticos. No podía transigir con que fuera Forcadell un político conocido. “Ese es un compadre de la política,—decía—y de puro ignorante es audaz y temerario; sus éxitos son siempre éxitos de atrio, donde pone su arrojo gauchesco al servicio del atropello; para él todos los triunfos estriban en la fuerza, en la violencia, ejercida de una manera descarada, grosera, infame, y su falta de talento quiere suplirla con la brutal elocuencia de un cuerpo de guardia. Felizmente,—agregó cada vez más irritado—no conseguirán los políticos como Forcadell el premio que la posteridad discierne á los hombres de mérito, á los que consu-

men sus energías en holocausto á los altos destinos de la patria y de la humanidad.,,

Bastante redondito y castizo le salió al doctor este trozo de oratoria; pero fué completamente nula su fuerza convincente, porque, contra la opinión del diplomático, estaban los diarios afiliados al partido del doctor *Sonajas*, en los cuales veía Teresita que su ídolo imaginario era un portento de elocuencia, sabiduría y patriotismo; y por más que la niña tuviese de la inteligencia de su hermano un concepto elevadísimo, la opinión de la prensa, síntesis á su juicio del saber humano, no podía ser puesta en duda, y, en consecuencia, Forcadell era para ella una lumbrera, como lo era para el vulgo en general, el cual siempre sigue las opiniones del vulgo del periodismo, que convierte la idea escrita en una infeliz vulgaridad. Apesar de lo firme que Teresita estaba en su idea favorable al caudillejo, no contestó nada á los espurriados ataques que de los lábios de Simón salieron; sabía que no podría defenderle contra los punzazos oratorios del *petit Bolívar*, y optó por manifestar en lo compungido de su rostro todos los argumentos de defensa que anidaban en su mente, sujetos por la mano del temor, del mismo modo que los humildes sujetan sus pensamientos cuando tienen que hablar con aquellos que han obtenido de la humanidad patente de sábios. Al ver el aspecto afflictivo de su hermana, Simón dióle algunos consejos en el tono más cariñoso que le fué posible: -Atendéme, ché, Teresita: vos no entendés de estas cosas; guiáte

por lo que yo te diga, porque... tenélo presente... nadie como tu hermano ha de interesarse en tu porvenir y en ta felicidad. Dejáte del doctor *Sonajas*, que no sirve para nada bueno; te lo digo por tu bien, porque yo sé perfectamente lo que es ese bárbaro. Si te casaras con él, me parece que hasta te había de pegar, que es lo más miserable que puede cometer un hombre. Hacéme caso á mí. Es necesario, como te dije antes, que nosotros figuremos entre lo más selecto de Buenos Aires; es preciso limpiarnos de esta costra de inmigrantes que tenemos encima. La cosa es muy fácil. Poseemos una gran fortuna, que en Buenos Aires, ya supone un principio de aristocracia; con ésto, y con el talento que han dicho los diarios que yo tengo, ya verás como me es muy sencillo encontrar entre nuestra alta sociedad una mujer que me quiera y cuyo apellido sea una gloriosa tradición. Igual podés hacer vos. No te falta nada; siendo, como sos, rica y bonita... no te empavonés... verás que pronto te sale algo que valga un poco más que el doctor *Sonajas*, que, al fin y al cabo, es hijo de un catalán almacenero y de una sirvienta francesa. ¡Fijáte qué pareja!... Vos debés aspirar á otra cosa, á un mozo *bien*. Sin ir más lejos, ahí está el hijo del general Anchara, Eduardito, que no cesa de mirarte en Palermo, en la calle Florida, en todas partes. Vamos á ver: ¿por qué no le hacés caso?,,

—Salí, ché, Simón, con ese sonso. ¿Para qué sirve? Ni es doctor, ni militar, ni nadie dice de él

una palabra. ¡Qué esperanza! yo no me caso con ese pavo; primero me meto monja.

—Es estanciero; entiende mucho de haciendas y de campos; conocé como nadie las diversas castas de carneros ingleses, los potrillos de carreras, los pastos buenos, los alambrados, los postes de ñandubay, en fin, todo lo relacionado con la ganadería; sabe mucha geografía práctica, porque ha recorrido todos los territorios de la República. Es casi un aristócrata, pues ya sabés que en Buenos Aires, todas las familias bien son estancieras. Vos te podrías casar con él; mientras tanto quizás le ponga yo los puntos á Micaelita Anchara, su hermana, y así todo se quedaría en casa; juntaríamos nuestra fortuna con la del general, y todo marcharía admirablemente, lo más bien. Ahora que papá ha dejado el registro, le hacemos comprar una estancia, y que se vaya allá, *pa jueva*, con Eduardito, en cuanto vos te casés.

—¡Qué fácil lo arreglás vos! No, hijito, yo no me caso con ese mostreuco. ¡Qué linda cosa! Mientras yo estaría viendo á mi esposo tirar el lazo á los baguales, á los novillos y á las vacas bravas, vos andarías con Micaelita, con el general, con *misia* Joaquina, con todos, *dándose corte* por Buenos Aires, en la Opera, en Palermo, en todas partes. ¡Qué esperanza, hijito!... no vamos bien. Yo aspiro á otra cosa más decente, y prefiero quedarme soltera, antes que cargar con un hombre como Eduardito Anchara. ¡Pues no me faltaba otra cosa! ¡Vaya, vaya, con tus proyectos! ¡Hijito, y qué bien

arreglás las cosas para vos! Como si una fuera una sonsa. ¡Lucida iba á estar! No, ché, Simón, en ésto no te respeto, ya lo sabés; yo me he de casar con quien quiera, con quien se me dé la gana. No he de hacer tu gusto, ni el de papá, ni el de nadie. ¡Qué esperanza...!

—Bueno, bueno, hacé lo que querás; yo sé lo que te digo, y si no me querés hacer caso, peor para vos. Ahora, hijita,—agregó Simón, mirando la esfera de su espléndido reló de oro—me voy á dormir, porque son las dos y media de la mañana.

Dirigióse hácia la puerta; pero al llegar al umbral, volvióse repentinamente, y como si de súbito se hubiera despertado en él un recuerdo, preguntó á su hermana:

—Ab! ¿Y qué ha dicho hoy el viejo?

—¡Uf! Ha estado insoportable, feroz, tremendo. Era como para taparse los oídos. ¡Qué atrocidad!... Ha dicho que no nos acordamos de él para nada, ni le tenemos cariño, ni respeto, y que hacemos lo que nos dá la gana; que vos entrás en casa cuando querés y salís cuando te parece, sin consultarle, ni pedirle permiso, como él hacía con el abuelo allá en España, y...

—¡Qué pavo! Como si yo fuera algún nenito...!

—Verás, verás. Ésto es lo bueno. ¡Qué gracia!... Decía, muy enojado, que vos pensás tener *agarrado á Dios por los piés, con ese titulito de porquería* y por esos...

—¿Titulito de...? ¡Qué bárbaro!

—Y por esos cuatro elogios injustos y despampanantes que te han puesto los amigos en los diarios.

—¿Qué sabe él si son injustos?—dijo Simón, herido en lo más vivo de su orgullo; porque el muchacho pertenecía á esa clase de seres que se creen deshonrados cuando se les niega talento.—¿Acaso entiende algo... (*á boca inflada*)... de ciencias, ni de leyes, ni de nada? ¿Sabe él lo que es un Código? ¡Qué ha de saber! Él no entiende más que de percales, bramantes y percalinas. En sacándole de ahí, no sabe más. Y á mí no me discute ningún tendero,—agregó en un tono altamente despreciativo.—Es mí padre, le debo respeto; pero que no se meta en lo que no entiende, y, sobre todo, que me deje en paz.

—*Reíte* de todo eso, ché, Simón. Dejále que diga lo que *se le dé* la gana. ¡Pues si vieras lo que me ha sermoneado á mí!... Me ha dicho... ¡qué sé yo cuántas cosas!... que soy una tonta, una coquetuela, una muchacha sin fundamento ni sentido común; que tengo la cabeza llena de pájaros; que no sirvo para nada; que no sé cocinar ¡já, já, já! ni siquiera... ¡Figuráte vos!... ni siquiera echarle sal al puchero; que no hago en todo el día más que largar gorgoritos al aire y enterarme de las listas que publican los diarios respecto á los que se casan, á los noviazgos en perspectiva, á los concurrentes á la Opera; que no me ocupo, en fin, sinó de vanalidades y pamplinas; que no presto atención á los asuntos de la casa, ocupándome

solamente de cintajos, de trajecitos, y gastando en un día lo que á él le ha costado muchos años y no menos trabajos para adquirir; que estoy llena de orgullo, de mañas y mimos; que voy á ser una desgraciada, porque no sirvo más que para mujer de potentado, y... ¡siguió!... ¡siguió con un chapparón, con un verdadero diluvio de denuestos, poniéndonos á los dos por los suelos. Y todo sin motivo, por nada, porque le dije que en Villahumbrosa no hay más que gente ordinaria, pobretería, y porque puse cara de disgusto al decirme él que pensaba traer á los abuelos. ¡Figurate vos! ¿Qué haríamos aquí con ellos? ¿En dónde los íbamos á presentar, si son dos infelices aldeanos, sin educación, que ni siquiera saben leer? Y las visitas que vinieran á casa, ¿qué dirían al verlos? Nos harían pasar cada vergüenza y cada bochorno...!

—Es claro; serían para nosotros un presente griego,—afirmó la ardilla de la diplomacia.

—Lo que es yo, te garanto que si llegara á traerlos, los había de aburrir, haría todo lo posible, ¿sabés? para que se volvieran á Villahumbrosa. Y no te pensés que yo no los quiero; al contrario; sería capaz de hacer cualquier sacrificio por ellos. Si se muriese papá, lo que Diós no quiera, todavía les había de mandar yo más plata que él. Cuando me casara, le impondría á mi esposo la condición de enviarles lo menos, lo menos (*reflexionando*) lo menos mil pesos cada mes, para que los viejitos estuvieran bien, alegres, y no les fal-

tara nada. Pero que no vengan á ponernos en ridículo, que se queden por allá...

—Yo también les mandaría algo, —dijo el magnánimo doctor. Y en seguida añadió;—Me parece que no vendrán, porque deben ser bastante viejos, y sería una locura de papá empeñarse en traerlos.

—Tiene mucha gana de que vengan, y puede ser que cualquier día, no más, les mande los pasajes para que se embarquen.

—Pues en cuanto estén aquí,—dijo Simón con firmeza,—yo me voy de casa, me meto en un hotel, y no me ven más el pelo.

—¡Si te oyera papá...!

—Que me oiga; ¿qué me importa?...

—Hoy casi lloraba—dijo Teresita, simulando al mismo tiempo con la voz y el rostro los preludios del llanto.—Estaba muy conmovido al decirme que somos unos hijos perversos, ingratos, y que nada bueno puede esperar de nosotros, sinó disgustos y desazones. Por último, terminó el sermón manifestando que no te haría á vos el gusto de comprar la casa de la calle de Santa Fé “para que el señorito se dé corte..” Después dijo, como burlándose, ¿sabés? que vos bastante casa tenías con el palacio de la Embajada en Paris; donde cualquier día te iban á mandar de Ministro. Y al ratito, no más, volvió á su tono enérgico, y afirmó que no consentirá se le suban los hijos á las barbas, ni se les impongan con caprichitos y faroladas. Te aseguro,—terminó Teresita—que hoy se hallaba inaguantable, atroz.

—Está bueno,—murmuró Simón en voz baja.

Y luego, levantando aquella cabeza de pontífice ergotista, agregó en tono de impertinente compasión:

—No hagás caso; está chiflado el viejo.

—Lo que es hoy... ¡qué atrocidad!... estaba como loco, rabioso; parecía ¿sabés? que tuviera un erizo en el cuerpo y otro en la cabeza que le convertían en pinchos las ideas... Hasta con *Mister Puk*, el padre de Eugenio, que estuvo aquí para hablarle de cosas de la Bolsa, se alborotó y le empezó á retar, porque no le compró ayer una porción de oro que le había encargado. “Ya le dije á usted, amigo,—le gritaba—que bajando á 168, me comprase usted cien mil pesos. ¿Por qué no hizo usted la operación? El corredor, amigo, debe hacer lo que se le manda; para eso está, para cumplir las órdenes de sus clientes. Yo mando comprar... pues se compra. Yo mando vender... pues se vende. Se compra y se vende como yo mando. Y si no, se deja el oficio, que no faltan por ahí corredores y gentes que se beben los vientos por ganar una comisión.” — *¡La gran puchi, amigo D. Teogdorro, que está enojaro hoy!*—decía el inglés, tomando á broma las expresiones de papá.—“Yo no he comprado ayer el ojo, porque la baja se asentaba para abajo.” —“¿Y á usted, qué le importa que se acentúe para arriba ó para abajo? Usted debe comprar cuando se le manda, y nada más.” —“Bueno, señor *Fojgonda*,—dijo *Mister Puk* haciendo gárgaras, pero sin enojarse, porque

él no pierde el negocio, aunque le llamen perro judío,—compraré hoy todo el *ojro* que usted quiera.,—Entonces papá le dió esta órden: “A 168 cómpreme usted ciento cincuenta mil pesos oro; y si baja dos puntos, á 166, me compra un millon de francos, en giros sobre Paris. En caso de que siga la baja, me avisa usted inmediatamente, porque es muy probable que hagamos una fuerte operaci6n.”

—¿Y para qué necesitará tanto oro?—preguntó el doctor, un poco meditabundo y perplejo.

—¡Vaya una pregunta! Pues para volverlo á vender. ¿Para qué lo ha de comprar? Como no tiene nada que hacer desde su separaci6n del registro, entretiene el tiempo en operaciones de Bolsa, comprando hoy y vendiendo mañana. Le va muy bien, es muy *suertudo*, según le oí decir el otro día á *Mister Puk*.

—Más vale así,—afirmó algo taciturna la gloria forense.

Dicho ésto, despidióse de su hermana, y cuando ya se dirigía á su habitaci6n, la enamorada de los hombres sonantes le detuvo con una pregunta, que hacía rato pugnaba por salir de sus lábios de rosa:

—Ché, Simón: ¿y las chapas? ¿Las has mandado grabar?

—Sí; dentro de tres ó cuatro dias estarán terminadas. Tiene que fabricar tantas el grabador...!

—¿Y cómo le has mandado poner el nombre?

—Como te dije la otra noche.

—¿Doctor Simón Foronda y Bolívar?

—No. Le he dicho que ponga, *Doctor Simón F. Bolívar*.

—Bien hecho,—afirmó la novia *mental* del cau-dillo *Sonajas*.

El diplomático entró en su habitación, separada del dormitorio de Teresita por un tabique sencillo, sobre el cual se hallaban arrimadas las camas de ambos hermanos.

Al acostarse, quiso el excelso doctor, faltando á su proverbial seriedad y asentado juicio, dar á su hermana una bromita de discutible delicadeza y aún bastantito perversa, si se considera lo despreciable que es un hijo cuando se burla y pone en solfa los consejos ó reprensiones del autor de sus dias. Ésto es lo que hizo Simón al golpear con los nudillos en el tabique para llamar la atención de Teresita y decirle, á gritos comprimidos y parodiando á su affigido padre:

—Vas á ser una desgraciada... No sabés más que largar gorgoritos al aire... ¡mala hija...! ¡tontuela...! ¡chisgarabís...!

—¡Já, já, já...!

Las espontáneas y sonoras carcajadas de Teresita, repercutieron en los pasillos y habitaciones inmediatas. El eco, ese remedo lúgubre de los sonidos que se forma en huecos, bóvedas y cavidades, y cuyo siniestro ritmo le producen entre la oscuridad y el vacío, que son los laboratorios de la negra tristeza, reprodujo las risas aquellas en un

tono tético, mezcla espantable y aborrecible, de sarcasmo y tragedia.

Temiendo Simón que su imprudente y aturdida hermana escandalizase toda la casa, trató de evitarlo, y golpeando nuevamente en el tabique, hizo con los labios esta insinuación de silencio:

—Chis...ss...sss... Chis...ss...sss.....!

.....
.....





XXXIII

UN JABALÍ EN SOCIEDAD



UY raras veces se comía en familia en casa de don Teodoro Foronda. El omnisciente doctor era solicitado por amigos y admiradores para comer, ya en casa de copetudas familias que se disputaban el honor de sentar en su mesa al insigne sábio, ó bien para asistir al increíble número de banquetes, que á propósito de despedidas á la soltería, giras ultramarinas, excursiones campestres, éxitos universitarios, hazañas políticas, nombramientos de Gobierno, candidaturas para cualquier cosa, desde oficial de policía hasta ministro, etc., etc., se celebraban constantemente en las *rotisseries* más en boga, con mucha barrumbada, porque lo importante en tales casos es lucirse y aumentar el prestigio con estas reclutaciones de comensales, donde unos van á buscar los halagos del viso, y muchos á prestar el que poseen

para que otros aumenten el suyo. Con un banquete y un reporter que apalanque al desconocido en las columnas de un diario importante, reseñando la fiesta y achacando al agraciado alguna frase de relumbrón, que acusa al "proletario de la idea," como dice nuestro ingenioso Fernandez Espiro, casi se levantan personajes los que se acostaron simples anfitriones, y así llegamos todos á poseer esa celebridad bonaerense, cuya efímera duración no pasa de veinticuatro horas.

Teresita, por otra parte, (salvo contadas ocasiones) tampoco acudía á la mesa á las horas ordinarias, porque en las extraordinarias atracábase de pastas y dulzainas que le quitaban las ganas de comer y poníanla constantemente enfermucha, dificultando las funciones regulares de los tubos digestivos, estropeándola el estómago y enviciando el paladar, que en lo caprichoso, suele ser el remedo del corazón femenil.

Por último, también don Teodoro solía faltar; ora, porque encontrando en sus hijos escasísimos halagos, prefería buscarlos en otra parte, (ya se sabe donde); y otras veces, porque compromisos comerciales, corredores de Bolsa, consignatarios, antiguos colegas en transacciones de trapos, le invitaban á celebrar, con pacíficas francachelas gastronómicas, el éxito de algún negocio. Uno de los que constantemente le arrancaba de casa era su ex-consocio Vicharo, el cual siempre estaba enterado de los nuevos hoteles que se abrían en Buenos Aires, y muy especialmente de aquellas casas

de huéspedes, en las cuales se ofrecía á la clientela el incentivo de estar servidas por buenas mozas. Al insigne Atapuerca no le quedaba tiempo para estas inocentes expansiones, porque siempre andaba á caza de compradores por las mesas del *Apolo*, de la *Sonámbula* ó del *Frascati*, dando pescozones á los compradores, y dirigiéndoles, entre regodos de satisfacción, cariñosos insultos y bromas changadoriles, de lo más pesado, de lo más grosero y de lo más brutal que cabe en el jabalino entendimiento de un montañés inculto y ensoberbecido por la riqueza.

Pero volvamos al asunto principal. Uno de los pocos días que se vió reunida en la mesa la familia de Foronda, fué el siguiente al de la colación de grados, pues hubiera sido la desvinculación doméstica más absoluta, no celebrar los triunfos universitarios del excelso doctor. En tan solemne festejo, acompañaron á la familia, ó más bien opulento cotarro forondino, dos amiguitas de Teresita, Sebastián Langredo, Puk de Antequera, y además, Vicharo y Atapuerca, á los cuales invitó don Teodoro, no se sabe si por hacerles partícipes del feliz suceso, ó por evitar con su presencia alguna escena desagradable, cosa muy posible, dado el creciente orgullo de los hijos y la penosa situación de ánimo en que desde hacía algún tiempo se hallaba el padre.

De buena gana se hubiera resistido Atapuerca á la invitación, dejando de asistir á la comida, porque el hombre se hallaba como sobre ascuas en

todo sitio que no fuera la mesa del hotel, donde barbarizaba á su gusto con otros cernícalos de su misma especie, párias millonarios que remedan la vida de los hongos silvestres; pero era tal el respeto que Foronda le infundía, que no se atrevió á negarse, siendo aquella la segunda vez que comía en casa de su compueblano y ex-socio. Don Carlos Vicharo, por el contrario, habia acompañado con frecuencia á su amigo, y tenia gran confianza, tanto con Simón como con Teresita, y hasta les habia dicho, entre broma y broma, que es la forma de decirlo todo sin dar lugar á las protestas, algunas verdades amargas, porque no ignoraba las desazones que á Teodoro causaba el carácter infatuado y desdeñoso de sus hijos.

Sentáronse á la mesa. A instancias del malicioso Vicharo, tuvo que colocarse Atapuerca al lado de Teresita, la cual se sonrió, demostrando, en gestos de notable distinción, esa tolerancia que las señoritas presuntuosas otorgan á los seres inferiores en las luchas de la galantería y en los tiroteos pueriles de las tertulias á estilo aristocrático, donde cada cuál se esfuerza en darse más importancia de la que le corresponde por su condición y aptitudes.

Era cosa de ver al *Gobernador de Soria*, encogido, rojo, sentado sobre el mismo borde de la silla, las muñecas hirmadas en el canto de la mesa, las manos al lado del plato, cogiendo aturdidó el tenedor para comer la sopa, hablando lo menos posible, á fin de que no se le fuese algún escorioso

terminacho ó interjección de aquellas que usaba en la zafiedad de su trato con amigos y comerciantes. Era aquella una compostura forzada, violenta, una especie de cadena forjada, si puede decirse, con eslabones de temor y de cultura, entre los cuales sentía amarrado su cuerpo, su voluntad, su pensamiento y hasta sus ojos, porque Atapuerca no se atrevía á mirar con fijeza en ningún sitio, por miedo de parecer curioso, ni á emitir un juicio que podía resultarle un disparate, ni á moverse, ni á estarse quieto, huyendo, igual de merecer el calificativo de argadillo que el de espátula; y así, no sabiendo quo hacer con el cuerpo, ni donde echar las miradas, ni cómo emitir las ideas, hubiera deseado convertirse en un Atapuerca puramente teórico, sin forma real, evaporarse, morirse, para resucitar, cual nuevo Lázaro, en la mesa del hotel, entre sus compañeros de diez años, donde no reinando la etiqueta, ni los reinilgos, ni los cumplimientos, podía su naturaleza jabalina entregarse á sus habituales expansiones y traducir sus ideas en el carrascoso lenguaje que usaba en la vida ordinaria. ¡Qué suplicio el suyo! Para colmo de su aturdimiento, sucedíale en aquellos instantes lo que nunca, ó muy pocas veces, le habia ocurrido. Es necesario decirlo, aunque ello sea sobradamente prosaico y hasta materialista si se quiere. Pues le sucedía... ¡Qué cosa tremenda!... Le picaba el muslo derecho y la pantorrilla izquierda; y el señor *Gobernador de Soria* se aguantaba, porque, ¿cómo bajar las manos para rascarse? ¿qué pen-

sarían de él si le viesen cometer semejante grosería? Allá, debajo de la mesa, se arreglaba el hombre como podía, montando una pierna sobre otra y restregándose despacito, con mucho tiento, á fin de no tropezar con las rodillas de Teresita ó de Carmen Dorronsoro, pues el malvado Vicharo le metió entre las dos para tener el gusto de verle sofocado, frito, entre aquella pareja de beldades, para cuyo picoteo galante y jilgueresco, no tenia salida el *Rosas de la percalina*. Y á todo ésto, aplacada la picazón de las piernas, se le subía á la espina dorsal ó á los omoplatos, y el pobre Atapuerca no se atrevía á recostarse en el respaldo de la silla, á fin de poder librarse con disimulo de aquellas punzadas de la sangre... porque era la sangre, ó mejor dicho, el demonio con cabeza de maldad y cola de impertinencia, que se había empeñado en hurgarle por todo el cuerpo.

Muy poca novedad suele haber en los clichés del pensamiento al servicio de la galantería. La mayoría son moldes viejos, esteriotipados en todos los lábios lisonjeros. Sólo algunos seres de alto ingenio logran inventar nuevas fórmulas elogiosas; pero la galvanoplastia vulgar las copia enseguida, y á fuerza de reproducirlas, se hacen rutinarias monótonas, aburridoras. Pues bien; todo lo más pobrecito que se conoce del género, se lo había apandado Atapuerca. Véase la clase. Cuando alguna señorita le dirigía un elogio, siempre contestaba: "Es favor que usted me hace,," y otras veces, para variar, empleaba la interrogación de cor-

te criollo: “¿No me diga...!”, y así por el estilo, si á éste puede llamarse estilo. La interjección que en tales casos empleaba, era “caramba”, aunque en algunas ocasiones de repentino entusiasmo, se le torcía en la última sílaba, trocándose la inocente expresión por otra de carácter más hombruno. ¡Qué vergüenza pasaba entónces el *Gobernador de Soria!* “Estoy hecho un oso,—pensaba;—hablo como un carretero, por la fuerza de la costumbre. Anda uno diciendo barbaridades todo el día, y claro, luégo no se puede ser fino, ni pulido entre la gente *bien*, entre la buena sociedad; soy un búfalo enjaezado de oro.”

Una salida de Vicharo, con mucha sorna criolla, le cortó el hilo de estas reflexiones zoológicas.

“¡Qué favorecido está don Pantaleón!”,—dijo el antiguo despachante de Aduana.

—Lo que usted tiene es envidia—repuso Teresa, haciendo con su boquirrita un delicioso mohín, que arrancó á Vicharo una franca carcajada.

—Eso es, ¡envidia! ¡envidia!—afirmó Carmencita con el alborozo de los 15 años más irreflexivos que haya puesto Diós en una criatura de rostro seráfico.—Lo que usted quisiera es que estuviésemos á su lado; pero, ¡qué esperanza!... mejor estamos aquí, con don Pantaleón; (*en tono muy cadencioso*) ¡que es tan buén mozo!... y tan simpático...!

—¡Caramba! ¡caramba!—exclamó el *Gobernador de Soria*, dando á su carriampullado rostro, poblado de renegrida y bronca barba, una expresión risueña y todo lo amable que pudo.

—Es el gran partido don Pantaleón — dijo el muy pícaro doctor Langredo.

—Pues ¡ya lo creo que lo es!—afirmó Teresita con mucha, pero con muchísima benevolencia. Después agregó, dirigiéndose alternativamente á los tres doctores.—¡Cuántos jóvenes quisieran parecerse á él...!

—¡Caramba! ¿no me diga!—exclamó muy aturullado y encendido de vergüenza el *Gobernador de Soria*.

—¡Si es lo más buén mozo!—arguyó Cármen Dorrnsoro, dando á sus palabras tonalidades de romanza.—Y además, ¡tan cumplido, tan atento con las damas...! No le conocen ustedes bien. Ya quisiéramos muchas niñas para esposo un hombre como don Pantaleón.

—¿No me diga!... ¡Caramba! Es favor que usted me hace.

Aquella lluvia de elogios y ditirambos le puso colorado como la cresta de un gallo; hasta el barbi-espeso y duro boscaje de su rostro anguloso, tiñóse de rojo, porque la vergüenza, la confusión y el azoramiento, le tenían asfixiado, y el rubor pugnaba en salirsele por todos los poros.

—No les hagas caso,—manifestó don Teodoro Foronda, que hasta entónces había permanecido silencioso.—Lo que debes hacer tú, es ir á Soria y traerte de allí una novia, para que vean estas porteñas que también en nuestra tierra hay muchachas bonitas. Mira, te puedes casar con la sobrina de don Policarpo, del cura de Villahumbro-

sa. Te vas allá, la pides al párroco, te dan una serenata de gaitas el día de la boda, y después, te vuelves á Buenos Aires; trabajas otros cuantos años más, redondéas una regular fortuna y te retiras á la aldea, donde, apenas regreses, te harán alcalde, y luégo diputado provincial; discutirás con tu tío don Silvestre Ruano, que ya debe de estar muy viejo, y cuando él diga en las sesiones que ningún diputado "debe dormirse en las pajas," tú le contestas: "¡Caramba! ¿No me diga!"; y los demás diputados os tolerarán, porque, entre tío y sobrino, pagaréis la construcción de los nuevos caminos vecinales, la fundición de las campanas que se rompan, el arreglo de las torres que se caigan, las rogativas para que llueva y para que escampe, etc., etc. Hazme caso á mí, y cástate con la sobrina de don Policarpo.

Todos celebraron estos consejos con prolongadas risas. El *Gobernador de Soria* estaba completamente anonadado. Teresita fué la primera que protestó, diciendo:

—¡Por Dios, papá! ¿Cómo querés que vaya á enterrarse en aquella aldehuela tan mísera? No señor: don Pantaleón se ha de casar en Buenos Aires. Entre Carmencita y yo le hemos de buscar una novia lo más linda...

—¡Caramba! ¿No me diga...!

—Sí, señor. ¿Le gusta rubia ó morena? Mejor es rubia ¿eh?... porque como usted es moreno... Ché, Carmencita, desde hoy mismo nos vamos á poner en campaña para buscarle novia á don Pan-

taleón. Ya verá usted, señor Atapuerca, le hemos de conseguir una niña bonita, jóven, buena y rica... porque todo eso, y mucho más, se merece usted.

—¡Caramba! ¿No me diga...! Es favor que usted me hace.

—Escúcheme usted, don Pantaleón—dijo Puk de Antequera:—lo mejor es que se case usted con la hija de un estanciero, con una de esas jamoncitas que andan por ahí deseando de atrapar novio.

—Ya salió con sus teorías de siempre el gran egoista,—dijo Simón en tono festivo.—A vos que no te saquen de las estancias, de los ferrocarriles y de los bancos.

—Creo que es lo único digno de preocupar la atención de los hombres,—repuso bestialmente el hijo del inglés.

—Dejalo, ché, hermano,—manifestó Langredo dirigiéndose á Simón.—Para éste vale más el pasto que las ideas. Estos engendros de ingleses son tremendos; toda su filosofía es tangible, hierro puro, leguas de tierra y moneda acuñada; sus novias son las locomotoras; su arte la electricidad; su bis cómica las trompadas; y para que les vibren las pasiones, han necesitado escuchar los tremebundos conceptos de un Shakespeare, que tuvo maromas embreadas por nervios, y creó un mundo de figuras sansónicas que tuvieron cráteres por cerebros y corazones en estado de lava. Si no hubiera sido por el dramaturgo insigne, la raza inglesa sería un fósil viviente, que solo lograría llamar la atención de los geólogos.

Estas exageradas paradojas hacían mucha gracia á Puk de Antequera, el cual contestó á su amigo:

—Nosotros sentimos pocas cosas; pero las sentimos bién.

—Nosotros lo sentimos todo,—dijo Langredo con su impetuosidad latina.

Se disponía á replicarle Puk, cuando don Cárlos Vicharo desvió la conversación, preguntando á Teresita:

—Me han dicho que está usted enamorada. ¿Es cierto?... Debe serlo, porque se le conoce en los ojitos. El amor no se puede disimular. ¡Qué cosa! ¿eh, Terita? Aunque se empeñe la voluntad en buscar un escondrijo en el pecho para tenerlo bien guardadito, no se puede, porque enseguida nos vende el semblante, los ojitos de cordero á medio morir, y hasta los lábios andan siempre besándolo todo, como si obedeciesen á un impulso interior que manda dar forma material á los sentimientos idolátricos... ¿Qué les parece á los señores doctores esta figurita?... Estoy hecho un pis... pis... ¿Cómo se dice, ché, Langredito?

—Un psicólogo.

—Eso es. Este Langredo es un doctor ¡así! *(Con el puño cerrado, estirando el brazo y mordiendo el labio inferior.)* Es un verdadero sábio. ¡Lástima que sea tan loco! Pero, volviendo á Teresita, decididamente está enamorada. Yo la he visto hace poco besar una aceituna antes de morderla.

—¡Ay, qué mentiroso...!—exclamó Teresita.—

Vos, Cármen, ¿me habés visto besar la aceituna?

—Yo no. Son cosas de don Cárlos que te quiere embromar.

—Que lo diga don Pantaleón, que también lo ha visto,—arguyó picarescamente el doctor Langredo.

Quiso contestar algo el *Gobernador de Soria*; pero se le trabó la lengua, y sólo pudo decir muy tartajosamente:

—¡Caramba! ¿No me diga...!

—Vamos á ver,—añadió Vicharo, dirigiéndose á la señorita Foronda:—¿á quién representaba la aceituna?... porque el beso de los lábios fué para ella; pero el del corazón, el verdadero beso, el salido de las profundidades sensibles... ¿Me explico, Langredito...?

—Sí, señor, ¡cómo no! Está usted más elocuente que Castelar.

—¡Ah, muchacho...! ¡Si vos sos un sábio...! Pues sí; el besito, aunque le recibió la aceituna, fué dedicado á otra persona...

—Al doctor *Sonajas*—dijo Langredo con forzada seriedad.

—¿Y quién es el doctor *Sonajas*?—preguntó don Teodoro Foronda.

—Un bárbaro, — respondió Simón, algo descompuesto su blanco rostro;—una fiera dañina, execrable, á quien la ambición y el anhelo de dominio, tiene roídas las entrañas; un ser repugnante, del cual no debe hacer caso ninguna señorita culta, ninguna mujer que se tenga por delicada.

Ya le he dicho á Teresita que ese caballerito es un criminal, indigno de nuestra sociedad y de nuestro progreso. No podría dar mi hermana prueba más elocuente de su mal gusto que sintiendo simpatía hácia ese energúmeno.

—El amor, como las moscas,—dijo sentenciosamente don Carlos Vicharo,—se posa generalmente en los peores sitios.

—¡Vengan esos cinco, amigo don Carlos!—exclamó Langredo en tono de broma y alargando su mano al comerciante.—Está usted hecho un monstruo de filosofía. En tanto tiempo que nos conocemos, nunca se me había usted revelado tan sábio como hoy. Es una metáfora admirable eso de las moscas y el amor.

—La mosca de Teresita—arguyó don Teodoro Foronda con sobrada ironía,—tiene alas de vanidad, y por eso es aturdido su vuelo, como el de las mariposas que van á quemarse entre las llamas de la luz artificial, representada en este caso por el doctor *Sonajas*.

Teresita hizo un gesto de disgusto y una torcedura de hociquín, que en ella era la forma de manifestarse el desdén hácia todo consejo ó reconvencción de procedencia paterna.

—No pongas esa cara de vinagre, porque te vuelves muy fea, y si te vé el doctor *Sonajas*, no te va á querer,—añadió el padre aumentando la dósís sarcástica.

—Ni hace falta que me quiera,—repuso la muchacha con soberbia.

Viendo don Cárlos el mal sesgo que tomaba la broma que él mismo había iniciado con objeto de amenizar la reunión, quiso volver á encauzarla por las corrientes de la alegría y del buen humor; pero salió frustrada su intención, porque tocó una tecla que aumentó el desconcierto.

—Me ofrezco para padrino de su boda,—dijo á Teresita.

—Ofrézcase usted á mi novio... cuando le tenga, porque á él corresponde elegir padrino.

—Pero si usted se lo indica, me elegiré á mí. ¿Ó no le gusto para padrino?

—¿Cómo nó! Ya lo creo que me gusta; pero...

—Pero, ¿qué? ¡Ah, vamos! Seguramente... ¡eso, á la fija!... le tendrá usted ya elegido? Me figuro quién será.

—¿Quién? ¿Á que no acierta?

—El general Mitre,—dijo Langredo conteniendo la risa que pugnaba por asomar á sus lábios.

—No; prefiere al doctor Irigoyen. Está más en moda ahora,—agregó don Cárlos Vicharo.

—Ni uno ni otro. ¡Qué esperanza!—exclamó Teresita.

—No se lo digás, ché, Teresita, no les hagás ese gusto; que se fastidien, que se embromen, si no pueden adivinarlo. Cayáte la boca y dejálos con la curiosidad,—dijo Cármen, agitándose mucho en la silla, palmoteando á su amiga y dando á sus palabras tonalidades de cítara y guitarrillo.

—¡No sea usted tan mala...!—manifestó el insigne hacendista doctor Puk de Antequera, cuyos apáti-

cos ojos hacía rato que tenían posada la mirada en las espléndidas morbideces del busto de Carmencita; un busto que parecía la creación febriciente de un escultor lujurioso, poseído de la obsesión de las formas redondas.

El implacable Vicharo, viendo al *Gobernador de Soria* gozoso en su papel de simple espectador, aunque siempre encogido de piernas y de ánimo, aprovechó la coyuntura del padrinazgo para aturullarle con otra broma.

—Ya sé—dijo—á quién tiene elegido Teresita para padrino. De fijo que es á don Pantaleón Atapuerca.

Las dos muchachas comprimieron á duras penas la risa. Teresita, esgrimiendo sus hermosos ojos garzos hácia Vicharo, contestóle, al fin, con fingida seriedad:

—Sería un honor para mí y para mi novio.

—Pues ¡ya lo creo!—agregó Carmencita con ese aire protector y benevolente que es la forma más refinada de la presunción.—¿Qué más quisieras vos que tener por padrino de boda á don Pantaleón...! (*Con mucho ritmo y en tono de mí.*) Un señor tan buén mozo...! ¡Hijita! yo sería capaz de cambiar el novio por el padrino...

—¡Caramba! ¿No me diga!... Es favor que usted me hace.

Langredo y Vicharo rompieron en una carcajada que dejó helado al señor *Gobernador*, mientras Simón le decía al oído á Puk de Antequera: “¡Qué poco diplomáticos!,,—Y el *doctor-ovejero* le respon-

día: "Son unos bárbaros. ¡Pobre hombre! Le han *abatado*."

—Pero, al fin,—dijo Simón a su hermana,—todavía no nos has dicho cuál es el hombre que vos elegirías para padrino.

—¿Se lo digo, Carmencita?—preguntó Teresa a su amiga.

—Por mí, decíselo si querés.

—Pues elegiría para padrino al Presidente de la República, al doctor Juárez Celman. Además...

—Además,—dijo Langredo interrumpiéndola—desearía usted que la casara monseñor Aneiros en el altar mayor de la Catedral, á los acordes de la marcha de Mendelsson, tocada en el coro por la orquesta de la Ópera. ¿No es eso?

—¡No tanto!—repuso Teresita algo avergonzada al ver descubiertas las absurdas y quiméricas vanidades que eran el entretenimiento de su alucinado espíritu.

Al oír la declaración de Teresita, un velo de profunda tristeza cubrió el rostro de don Teodoro Foronda, cuyas arrugas se habían acentuado de una manera muy visible en los últimos meses, dando á su semblante una decrepitud prematura, cual si de repente, una omnimoda y alevosa mano, hubiese anticipado la acción del tiempo para estrujar su naturaleza, agostando la lozanía de su espíritu y arrancándole del alma esa carísima ilusión de la familia que acompaña á los buenos padres hasta el borde mismo de la tumba. Pensando en el descomedido anhelo de lucimiento y de viso que do-

minaba á su hija, contemplóse postergado en el orden de los sentimientos filiales, y sintió sobre su entelerido corazón, harto sensible, la opresión de una montaña de amargura y pesadumbre.

Su primer intento, para censurar aquel arranque vanidoso de Teresita, fué recurrir á la sátira incisiva y mordaz, flor venenosa del entendimiento, con que casi siempre se presenta el odio vestido de juglar; pero era tan honda la pena que al registrero agobiaba, viendo que su hija prescindía de él, eliminádole en el padrinzago de sus bodas, que sintió repugnancia en profanar su dolor convirtiéndose en émulo de Juvenal. Hay en los ignotos senos del alma lo que metafóricamente podría llamarse el orgullo de la posesión dolorosa; es como un meritorio blasón que ostenta el sér ideal ante el mundo infinito que compone la conciencia de cada hombre; porque en la tortura moral, al contrario que en las torturas físicas, donde solo suelen las maceraciones de la carne, existen divinos elementos trágicos que representan la relación entre el mundo que se vé con el primero de los sentidos materiales, y ese otro mundo incomprensible y... ¡Fuera sutiles metafísicas! Baste saber, y ésto es lo esencial, que don Teodoro no dijo nada á su hija, encerrándose en un amargo silencio ostensible, pues interiormente, bien puede asegurarse que mantuviera algo parecido á este triste soliloquio: “¡Hija ingrata, que me olvidas en el acto más importante de tu vida, ¿qué puedo esperar de tí? ¡Ah, desdichada!... ¡no sabes el mal que me haces!,”

Pero, ¿qué don Teodoro tan rehacio á los usos y prácticas de esta juventud bonaerense! Cierto que el mal de muchos, no podía ser su consuelo, porque no era tonto; pero verdad es también que hasta en los temperamentos más exclusivistas deben ejercer alguna influencia, como lenitivo á las penas, los inveterados procederes, las faroleras tendencias de esta nuestra clase media, adornada de bisutería con olor á progreso comercial, tan vistosa, tan maja y tan atiborrada de bambollas; gentes de vario y oscurísimo origen que pretenden flotar en la sociedad, impulsadas por los prósperos vientos que corren en el almacén, en el registro ó en la ferretería. La riqueza y la sencillez se avienen medianamente cuando falta la cultura y sobra el orgullo, y de aquí los pujos aristocráticos y la inaudita soberbia de los engendros de esa inmigración en estado floreciente, la cual, por su parte, acosada por la idea de que en América se halla de paso, transitoriamente, como de campamento, utiliza todas sus energías y los momentos todos de su vida febricente en trabajar y combinar planes para conseguir absurdos acumulamientos de riquezas, haciendo caso omiso de las prácticas religiosas, de la moral, en cuanto ello no importe el delito que merece des- crédito ó cárcel, y descuida en absoluto esa filosofía del alma en que se apoya la solidaridad de la familia, los afectos entrañables, que á la vez de expandir el amor en los hogares, funda también el respeto, el interés mútuo y los dulces y armónicos halagos de la paz doméstica.

Tema es éste sobradamente árduo, y que podría dar lugar á curiosos análisis y tristísimas deducciones, si el estupendo pensamiento de un Galdós, ó de un Zola, tuviesen oportunidad de contemplar el pavoroso problema de la familia mixta de colonos y americanos.

Nosotros, pobres pigmeos de la idea propalada, no podemos meternos en semejantes honduras, limitándonos, porque á más no alcanza nuestro escaso entendimiento, á explayar el asunto en la pequeña faz representada en este caso por don Teodoro Foronda y sus hijos.

El opulento soriano sentía el tenebroso problema dentro de sí; y aunque también le viera extendido, cual epidemia palúdica, por toda la gran familia colonial residente en Buenos Aires, el hombre no podía resignarse con su pena, ni aún haciéndose cargo, que en ella, no dejaba él de tener una gran parte de culpa, por la desmedida ambición que le distrajera de las atenciones paternas, y por las otras causas que anteriormente quedaron apuntadas.

Lo del padriuzgo fué para don Teodoro una gota más de veneno en la amarga pócima de ingratiudes que sus hijos iban suministrándole paulatinamente. Desesperábale aquella forma campanuda y retumbante del orgullo de Teresita, aquella aspiración á los fastuosos brillos mundanos, aquel afán de ser persona visible que la sorbía el poquísimo seso que tenía, sin duda porque en los talleres de la Naturaleza, más que las herramien-

tas para formar raciocinios sólidos, empleáronse en la construcción de su aturdida cabecita, los buriles y cinceles de fabricar hechizos. Y por si la Naturaleza no se esmeró bastante en su obra frívola y vanidosa, allí estaba el colegio de las benditas monjas *Micaelas*, que sirviendo á Dios á su manera y á la sociedad como ésta lo exige en las pomposas corrientes de la edad actual, tenían bien conquistada su fama educacionista con la legión de señoritas insípidas, maestras en coquetería y en farándulas sociales, que habían salido de aquel establecimiento docente, para volver á los hogares paternos en estado de dictar cátedras de mundiales pragmáticas, hábiles en la esgrima de los ojos, consumadas estéticas para abultar, descubrir y perfilar lo más incitante del sexo, y además muy versadas en las últimas innovaciones del perifollo.

Reanudando nuestro relato, brevemente interrumpido, porque así convenía hacerlo y porque, dígame lo que se quiera del procedimiento narrativo, uno no debe, ni puede aunque debiera, quedarse con lo que le bulle en el cerebro en calidad de comentario, ni con lo que le corre por el alma en virtud del mundo creado entre la razón y el sentimiento, de cuya robustéz y firme consorcio nacen los modelos del arte, esos engendros benditos que se conciben con más dolor que deleite, se elaboran con paciencia y quemaduras de ojos, y sudores de seso, y agitaciones de corazón, y tristezas sin fin, y alegrías sin término, para que luégo de producidos, recorran el mundo vituperados por la envidia, es-

cupidos por los impotentes, desdeñados por los indiferentes, y algunas veces, las menos, recogidos con cariño por unos pocos corazones buenos y otras tantas inteligencias lúcidas... Pues bien, reanudando nuestro relato, ó mejor dicho, volviendo á la alegre charla de los comensales reunidos en la mesa del pinariego, es de advertir que la animación decayó visiblemente desde el momento que Teresita manifestó su deseo de ser apadrinada por el doctor Juárez Celman. Todos notaron la penosa impresión que esta salida produjo en el contristado espíritu de don Teodoro Foronda; es decir, todos menos Simón, cuya habilidad diplomática no podemos ensalzar ahora como otras veces lo hemos hecho, porque, apenas su hermana hubo manifestado su pretensión, dijo él, atarugado el meollo de vanidad:

—Pues cuando yo me case, mi padrino será el general Anchara.

No pudo más nuestro buén soriano; el velo de tristeza que cubría su rostro, trocose por el de una ira fulminante, la cual le hubiera ahogado, si por el cráter de su boca no diera salida á las acoradas ironías que, en aquella ocasión, eran la forma más apropiada para vituperar la conducta de los ingratos hijos:

—¡No, hombre!—exclamó, dando á sus palabras el mayor tono sarcástico.—Para una emiuecia, para una lumbrera como tú, es muy poco lo que pides. Tu padrino de boda debe ser el consejero de la reina Victoria, ó el principe de Gales; la ma-

drina, ¿qué menos que la esposa de Humberto I? Y los testigos... ¡deseando estará de serlo tu amigo Lombroso, y en ello se verían muy honrados Bismarck, ó Molke, y hasta Castelar y Crispi... Y el Papa, ¡qué más quisiera que poder echarte la bendición en Roma, en el mismo altar de San Pedro! Pues el cardenal Rampolla... ¡no te digo nada...! ¿Cuándo mejor oportunidad para lucir su oratoria? Y hasta habría concurso de compositores italianos, presididos por Verdi, para componerte una marcha nupcial, y... ¡Pedazo de tonto! ¡Botarate! ¡Insustancial!..... Para Teresita—agregó el airado padre volviéndose hácia su hija,—sería un padrino modesto el zar de todas las Rusias, y una madrina insignificante la reina de Portugal; y para llevarle la cola del vestido de novia, casi no servirían la duquesa de Medinaceli ni la princesa de Mónaco; ni apropiado sería, por modesto, para celebrar sus desposorios, el altar de Nuestra Señora de París, la cual, de seguro que volvía la cara al ver la del doctor *Sonajas*... Sí, hijos míos, todo eso, y mucho más, se merecen ustedes. Por ejemplo: marcharse, una vez casados, á pasar la luna de miel al Tonkin, mientras yo me iría al desierto de Sahara, entre cuyas fieras había de serme más grata la vida que entre el hielo de esta casa... Á ver, Josefina—terminó gritando,—que nos traigan pronto los postres y el café, porque yo quiero marcharme de aquí ahora mismo, ántes que se me indigeste la comida, oyendo á éstos mis caros engendros, que no son un par de gauchos salvajes

por milagro de Dios... y por un poco de honradez mia, que no me canso de maldecir.

—Está *fulo* de rabia,—díjole al oído el doctor Langredo á don Carlos Vicharo.

Y efectivamente; cuando terminó de hablar, y también mientras hablaba, tenía su rostro una expresión de terrible encono; sus ojos despedían centellas de ira, y en el temblor de sus lábios, reflejábanse la alteración de sus ideas y las profundas desazones que le hervían en el pecho.

Los muchachos nada contestaron: el diplomático, como manifestación ostensible de su disgusto, frunció el entrecejo; y Teresita bajó la cabeza, poniéndose al mismo tiempo á enredar con las puntas de la cinta azul que ceñía su endeble talle. Don Carlos, llevado de su buena intención, pretendió que renaciera la armonía, y con tal propósito, instóle á su amigo para que pronunciara un brándis celebrando la terminación de la carrera y los triunfos universitarios que en ella había obtenido su hijo; pero no lo pudo conseguir, porque don Teodoro se negó de una manera rotunda y de muy mal talante. Aquello se quedó triste como uua nevera. Los tres doctores, con la disculpa de brindar, comenzaron á hacer pinitos oratorios, que más parecieron responsos que alegres notas de la juventud; después dijo Vicharo algunas palabras, y con ellas se concluyó de aguar la fiesta, porque, más que brindis, fueron sus expresiones un sesudo consejo enderezado á las aviesas crias forondinas. En seguida levantóse de la mesa don Teodoro, haciendo otro tanto sus

dos amigos y ex-socios. Los doctores se quedaron en el comedor acompañando á las niñas. Al despedirse, le dijo Carmencita al *Gobernador de Soria*:

—He tenido un gran placer en conocer á usted, y...

—A Carmencita le gusta don Pantaleon,—dijeron simultáneamente don Carlos y el doctor Langredo.

—¡Vaya si me gusta...!—repuso ella picarescamente; y agregó en el consabido tono de *mi*:—Un señor tan bueno, tan interesante, y, sobre todo, de conversación tan entretenida...!

—¿No me diga...! ¡Caramba! Es favor que usted me hace.

En cuanto salieron á la calle los tres comerciantes, don Teodoro hizo parar el primer coche que pasó, y dejando á sus amigos plantados en la calle, se metió dentro.

—¿Á dónde?—preguntó el conductor, doblándose desde el pescante hacia la portezuela.

Don Teodoro sacó la cabeza por la ventanilla, y dijo:

—*Seguí*, no más, derechito... camino de Palermo... hasta que yo te mande parar.

—Ya sé á dónde va mi patrón,—dijo el auriga criollo, que ya le había llevado otras veces.

—Bueno: pues *metéle duro*, vamos á la disparada.

—¿A casa de doña Purita Garachán? ¿no...?

—¡Sí, hombre, sí! ¡Andá! ¡Pronto!



XXXIV

¿HABRÁ SUICIDIO?

DURANTE los tres ó cuatro días con sus correspondientes noches y crepúsculos que sucedieron al mencionado en el anterior capítulo, apenas asomó por su casa don Teodoro Foronda. De los informes suministrados por Josefina, á la cual damos público testimonio de nuestro agradecimiento por su generosa ayuda para esclarecer ciertos puntos oscuros en la vida del pinariego insigne, dedúcese que solo dos veces acudió éste á su domicilio legal, ó de derecho, como diría el doctor *Sonajas* en un alegato de bien probado. Y ambas veces fué por la tarde, al oscurecer; la primera á cambiarse de ropa, dejando el traje de saco y el modesto sombrero, para echarse encima la levita y la empinada galera, prendas que le daban cierto aspecto de figura funeraria, quizá por su poca costumbre de andar con los arreos del pésame. La

segunda vez que estuvo (al día siguiente de la primera), se llevó un legajo de papeles que tenía muy guardados en la caja de hierro de su despacho, pequeña habitación contigua á su dormitorio. Dice Josefina que después de sacar los papeles, y al cabo de un momento de abstraerse en ellos, tirólos con rabia sobre la mesa-escritorio, y metiendo otra vez la mano á la caja, cogió el revólver que allí tenía, y se lo guardó en el bolsillo de atrás del pantalón; palpóse para cerciorarse del bulto que el arma hacía donde la puso, y convencido de que nada se conocía, recogió nuevamente los papeles y se dispuso á salir á la calle con ellos en la mano. Al atravesar el pasillo, y cerca ya de la escalera, salióle Teresita al encuentro y le dijo:

“Papá: Simón y yo nos vamos pasado mañana á la quinta de don Andrés Dorronsoro, á pasar allí unos días con Carmencita y sus hermanos. Han venido á invitarnos hoy, encargando mucho que no faltemos, porque piensan hacer una fiesta para celebrar el ascenso de Clemente Dorronsoro que le han hecho capitán de fragata.,”

—¿Es pedir permiso, ó comunicar una resolución?—preguntó secamente el padre.

—Es pedir permiso,—dijo la niña bajando la cabeza.

Don Teodoro, que en los momentos de disgusto, siempre trataba de usted á sus hijos, respondió en el tono más desdeñoso que le fué posible:

—Pues tienen ustedes mi permiso, no solamente

para ir á la quinta del señor Dorronsoro, sinó para quedarse allí por siempre, *et in sèculam sèculòrum*, con lo cual me harían un gran favor, porque se vive mejor solo que mal acompañado.

—No sé por qué estás enojado conmigo,—dijo Teresita con no fingida tristeza.

—¿Yo!—exclamó el padre.—¿Enojado yo! No hija, yo no estoy enojado. Mis señores hijos no valen la pena de que yo me enoje, ni me disguste, ni sufra. Me son tan indiferentes como yo á ellos.

A don Teodoro se le desgarró el alma al profereir este último concepto. Quería pagar, ó hacer ver á sus hijos que pagaba sus desdenes en la misma moneda. Pero ¡ay! los cuños del sentimiento paterno falseaban el propósito, y no era necesaria gran perspicacia para ver en la compunción de su rostro la dolorosa violencia que le causaba aquella farsa. Se hallaba de pié, recostado en la balaustrada de la escalera, contemplando á su hija y esforzándose en endurecer su mirada, que es el primer recurso de los padres para reprender á sus hijos, pues siendo los ojos la expresión ostensible del mundo interno, en ellos se reflejan todas las sensaciones, buenas y malas, agradables y tristes, que bullen en todas las situaciones del ánimo. Dándose cuenta Teresita, apesar de su poco seso, de la infinita amargura que embargaba á su padre, conmovióse bastante y le dijo con sinceridad infantil:

“Yo siempre te he querido y te quiero como buena hija.”

—¡Mentira!—exclamó don Teodoro un poco alterado.—Ni usted, ni el otro, me quieren como buenos hijos. Y sucede algo peor todavía que no quererme. Se avergüenzan... ¡sí, ésta es la palabra...! se avergüenzan de mí. Tienen en menos mi nombre. Desearían ustedes ser hijos de otro padre, de algún personaje, de algún hombre influyente, sabio, guerrero ó político... aunque fuera ladrón público, con tal de que metiese mucho ruido y le conociera todo el mundo por su importancia social. Búsquenlo, y enseguida le cedo mis derechos de padre, le hago el regalo de mis dos hijos. Al fin, más que regalo, sería un presente griego.

Teresita se asustó escuchando aquellos conceptos que nunca supuso salieran de los lábios de su padre. El acento tétrico con que los pronunciara, realzado por la negra levita y la recinta galera, pues que también la ropa, aunque mentira pareciera, dá solemnidad á las frases, produjo en la vana niña un sentimiento confuso de admiración y temor. Se le representó su padre envuelto en una aureola de altísima dignidad, y... ¡cosa extraña!... figúresele que nunca le había querido tanto ni tan de veras como en aquellos momentos. ¡Misterios de los corazones vanidosos, que se enamoran de la altivez y de la soberbia!

•Yo siempre te he querido y te quiero—repitió algo compungida y llorosa la muchacha;—y no deseo tener otro padre sinó el que tengo.,

—Muchas gracias, hija imponderable. Renuncio á la limosna de tu cariño, por la poca sinceridad

que lo anima, y porque no es una emanación espontánea del alma.

Y, dicho esto, se dispuso á bajar la escalera; pero su hija, muy emocionada y con lágrimas en los ojos, le detuvo, diciéndole:

—¿Te vas sin darme un beso?

Poco faltó para que don Teodoro la abrazara, llevado del júbilo que, ante petición tan sencilla, se apoderó de sus paternas sentimientos; pero creyó más oportuno apurar la lección en otro sentido.

—No hay necesidad—dijo—que recurra usted á esas zalamerías para lograr cuanto se le antoje. Josefina tiene orden de complacerla á usted de un modo absoluto, comprando todos los trajes y cintajos que necesite, y también los que no necesite, así como las alhajas y cuantos caprichos se le ocurran. Tanto usted, como su señor hermano, pueden disponer como quieran de la fortuna de su padre, tirándola en tonterías, ó derrochándola, como les dé la gana. Nada me importa,—agregó poniéndose muy pálido y temblándole los labios.—Nada me importa que empiecen hoy mismo su obra de derumbe, porque dentro de muy pocos días, cuando menos lo esperen ustedes, se hallarán en posesión legítima, aunque inmerecida, de todo cuanto tengo.

Al pronunciar estas siniestras palabras, los destellos de una desesperación recóndita brillaban en el fondo de sus ojos. Parecía que llevase escrito en ellos la triste sentencia del más infeliz de los destinos.

Ante aquel rasgo magnánimo, al par que indiferente, revelador de una decisión funesta, de un propósito nacido bajo el influjo del más terrible desencanto; propósito que la filosofía reprueba y la religión anatematiza, sin duda porque, ni la religión como sistema de conciencia, ni la filosofía como obra fría de la razón, pueden penetrar con lógica en los dominios de la sensibilidad, ni en los oscuros antros de un espíritu muerto en vida por falta del calor de las ilusiones, que son el único móvil que induce á vivir... Ante aquella severa entereza con que don Teodoro esbozó su tristísima resolución, comprendió por vez primera Teresita que no era su padre un hombre tan vulgar como ella le creyera, y poseída de un vago, pero doloroso presentimiento, rompió en ahogados sollozos.

—No me conmueve ese llanto,—dijo don Teodoro con el semblante descompuesto.—Yo he llorado lágrimas de hiel, amargas lágrimas que me he sorbido en silencio, en medio de la soledad, del frío páramo en que vuestros desdenes estúpidos han sumido á mi corazón, hoy arrecido en mi pecho de hielo. Todo cuanto de generoso, y noble, y grande reside en el corazón de un padre bueno, de un padre que vive pensando en sus hijos y sueña con ellos, con su porvenir, con su felicidad; que hasta les daría el aire de sus pulmones para que ellos respirasen, y la luz de sus ojos para que vieran, y aceptaría la muerte si ésta hubiera de sortearse entre él y sus hijos... todos, sí, absolutamente to-

dos estos sentimientos han muerto en mi pecho, y han muerto ateridos de frío y de espanto, congelados por la frígida acción de vuestro desamor. ¡Basta de martirios internos! Ya no existo para ustedes... ¡Alégrese!... Ya no existo más que para mí... y para aquellos pobres viejos tan despreciados por ustedes, por sus nietos, que no valen ni la suela de sus albarcas.

—Yo no te he pedido el beso á cambio de un traje,—dijo ella, enjugándose los ojos con su pañuelito, y saliéndole las palabras entrecortadas por el llanto.—Yo te he pedido el beso por el beso, y nada más.

—Pues espérele usted como yo he esperado los suyos. No doy besos, ni quiero recibirlos de esos lábios de muñeca insípida y vanidosa.

Y sin decir más bajó precipitadamente las escaleras, con su legajo en una mano y palpando con la otra el bolsillo en que guardara el arma.

—¡Papá!—exclamó Teresita.—¿Á dónde vas?

Don Teodoro volvió la cabeza al llegar al último peldaño, y con una sonrisa contraída, aviesa, como la que se produce con la toma de un veneno mortífero, contestó:

—¡Qué cuidados tan á deshora! Voy á emprender un viaje muy largo... A Rusia, á traerle á usted el zar para que apadrine sus bodas.

Cuando salió á la calle sentía un nudo opresor en la garganta; una avalancha de turbias sensaciones oprimíale el corazón, y un aluvión de ideas desengarzadas, como las dispersas cuentas de un

rosario, le hervían en el cerebro, chocando unas con otras, repeliéndose con empuje febricente, cual antagónicos metales sometidos á la acción fusible de una misma frágua.

Y nada más pasó durante aquel corto tiempo, si se exceptúa algo de carácter mercantil que conviene consignar aquí. Sucedió que en aquellos días venció el último pagaré por el capital que don Teodoro Foronda había dejado en el registro cuando se retiró de los negocios, documento representativo de un crédito de *cien mil* pesos, que *Vicharo, Atapuerca y Ca.*, hicieron efectivo el día mismo de su vencimiento. El perínclito soriano cobró la porretada de pesos y redújolos á oro, como había hecho con la mayor parte de su fortuna.

Esta exactitud en materia de intereses, observada, tanto en la última como en las anteriores obligaciones, no alteró en nada los cordiales vínculos entre don Teodoro y sus dos *ex-sócios*; por el contrario, éste pasaba la mayor parte del tiempo en el registro, ayudando á sus amigos con su buen tino comercial y con sus relaciones bancarias, que eran inmejorables, pues había logrado, una vez que terminó el periodo de Chubasco, ser algo, consejero ó cosa tal, en el Directorio del *Banco Internacional del Rio de la Plata*, donde su opinión en materia de descuentos, era tan importante y sagrada como la de la Biblia en cuestión de dogmas imposibles, por lo cual, excusado es decir que no había comerciante, sobre todo los muy entrampados, que dejaran de dirigirle en la calle adulatorios saludos, serviles

sombrerazos, alborozados manoteos y otros entusiastas ademanes propios para celebrar el advenimiento del Mesías... bancario.

Aparte de la totalidad de las horas nocturnas consagradas á Purita, y de algunos momentos diurnos empleados en las tareas del Directorio, todo el resto del tiempo se lo pasaba en el registro, charlando con Vicharo, con los corredores de bolsa, consignatarios, representantes de casas europeas y demás gentes del alto comercio y de la alta banca, clientela futura del doctor Puk de Antequera, al decir del consabido panegirista de la pollada forense.

En la conversación del gran soriano, se notaba cierto desvario, que iba acentuándose día á día. Algunas veces, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba á su interlocutor, y luégo sucedía que no le había oído, ó le oía á medias solamente, ó no conseguía entenderle, cual si en su órgano auditivo no repercutieran los sonidos del mundo real, y solo estuviese atento á las trepidaciones y estremecimientos de una pesadilla dolorosa.

En la tarde del quinto día (y ésto ya merece especial mención), don Teodoro hacía á sus amigos preguntas muy extrañas, y contestaba á las interrogaciones con salidas de tono que acusaban un principio de desbarajuste mental; parecía como si las ideas se le hubieran deseslabonado, y anduviese el juicio disperso y en completo desquicio entre la rota cadena del pensamiento. Era la amargura anulando á la razón, de cuyo trastorno nace esa trisísima y desesperada demencia producida por los

dolores del alma, para cuyo aplacamiento no cuenta la pobrecita ciencia humana con ningún anestésico. En el momento que más efusivamente le felicitaban por su buen acierto en las compras de oro, pues en la Bolsa se había iniciado una rápida suba, debido á las inverosímiles fechorias del Gobierno, don Teodoro preguntó súbitamente á los corredores y comerciantes que componian el corrillo formado en el registro: "¿Qué opinan ustedes del suicidio?,"

—Que es una barbaridad,—dijeron á coro unos cuantos.

—Es un desatino, un crimen, una cobardía,—añadió un corredor muy charlatán y entrometido que abordaba cualquiera problema, por hondo que fuese, y hacía más discursos que operaciones de Bolsa.

—Yo creo, che, hermano—agregó don Carlos Vicharo,—que el suicidio es hacerle un corte de mangas al proceso de la vida.

—Nadie es dueño de sí,—repuso otro *pichuleador* bursátil.

—¿Y quién es el dueño?—preguntó Foronda.

—Dios.

—¿Y no está Dios dentro de todas las cosas y de todos los seres?

—Si. Está en todas partes.

—Pues entónces debe tener una participación importante y elemental en todas las resoluciones y en todos los actos de los seres vivos.

—¡Dejáte de moler con esas pavadas! . . . —exclamó el buén Vicharo—Quien nos haya criado que nos mate. Y si no nos mata quien nos crió, perdé cui-

dato, que ya nos matará ese grandísimo asesino... ¡hijo de una gran flauta!... que se llama el Tiempo. Y á vos Pantaleón, ¿qué te parece?— le preguntó al *Gobernador de Soria*, que entraba en aquel momento abrazado al cuello de un comerciante *pajuerano*.

—Dejáme, ché, que le venda á mi compadre unos percalitos macucos. Todo lo demás es música celestial, pavadas, sonseras... Decime: ¿han despachado en la Aduana los ponchos y las medias de campo?

—¡Vean ustedes si es aplicado mi socio...! Si, hombre, ya se ha despachado todo; ahí tenés las muestras encima del mostrador.

(Atapuerca echa su tenazuda zarpa al brazo del cliente, se lo lleva á remolque por entre las callejas de percales y... „ Veni para acá, ché, hermano, que te voy á hacer un regalo... unos ponchos, compañero...! Te los voy á dejar al costo... italianos, ché, compradre... pura lana... Me caiga muerto si los encontrás más baratos en ninguna parte. Ya sabés que yo no engaño nunca á los amigos... Quiero que te hagás rico cuanto antes, para que te largués á la tierra, á ver á las farruquiñas... A diez pesos, ché, hermano... no tenés que decir ni una sóla palabra... Créemelo, ché, compadre... te lo juro como hay Dios... no gano ni un so...rbete en ellos.

Viéndole y escuchando su pintoresco lenguaje, don Teodoro Foronda no pudo menos de exclamar para sus adentros: “¡Dichoso animal, que te con-

suelas con tan poca cosa, y no conoces los martirios del corazón...!»,

No se volvió á tocar el tenebroso problema de la eliminación voluntaria de entre el seno del mundo físico. Al poco rato salía Fòronda del registro con ánimo de dirigirse á su casa.

—«Dejáte de ideas negras»,—le dijo Vicharo al despedirse.

El pinariego, con una sonrisa siniestra en sus lábios, le contestó:

—Son tonterías mías, ganas de pasar el tiempo; no hagas caso de estas simplezas.

—Vénte á comer conmigo, para ver si se te pasa el mal humor,—agregó Vicharo en el deseo de consolar á su amigo.—Luégo te voy á buscar. Le llevaremos también al señor *Gobernador*.

—No; no vengas. Me esperan *allá* esta noche.

—¡Qué agarradito te tienen...!

—Y concluirán por agarrarme del todo.

—Bueno... Entónces, mañana comeremos juntos?

—Sí, mañana sí.

—Perfectamente.

—*Adio*.

—*Adio*.





XXXV

LAS CHAPAS DOCTORALES

FALTÁBANLE lo menos cuarenta pasos para llegar á su casa, cuando ya vislumbró en el marco de la puerta el bruñido y reluciente metal de las chapas doctorales, destacándose del bronce, con vigoroso efecto de contraste, las letras que, grabadas en negro, componían el nombre del celeberrimo y vanilocuente diplomático en estado de larva. Nuestro gran pinariego siguió andando lentamente, fijos los ojos en las chapas, cuya inscripción no pudo leer de pronto, debido á la distancia que aún le separaba de la puerta de su casa. Ante aquel patente testimonio público del saber de su hijo, no pudo menos don Teodoro de sentirse orgulloso. Al fin y al cabo, algo de la doctoral honrilla le tocaba á él, porque, ¿cuándo se había visto que un Foronda pudiese anteponer á su nombre el honroso título que ostentan los defensores del pró y del contra;? ¿ni cuándo, miem-

bro alguno de tan oscura estirpe había andado en las sabiondas bocas académicas, ni en los tontos puntos de las plumas de los cronistas? Nunca. El apellido era originario de la más humildísima tierra del centeno, y solo para sembrarlo y segar ralas y miserables espigüelas, habían nacido todas las pobres gentes que de tal modo se apellidaron. Si él, don Teodoro, no hubiera tenido, allá en su juventud, el valor de emigrar, que es una de las más grandes valentías, jamás hubiera salido su nombre de las selvas sorianas, continuando encarnada en los Forondas la dinastía de la miseria tradicional y de la insignificancia perpétua. Por el contrario, en América, en ésta América que el bajo pueblo europeo se la supone situada en el último borde del planeta, en la cúspide del despeñadero terráqueo, plagada de salvajes y de mercaderes que se han enriquecido vendiendo y comprando negros, adquiriendo plumas y pieles de un valor colosal á cambio de enseñar á los indios la máquina de un reló, ó con cualquier otra cosa por el estilo, igualmente disparatada y absurda, pues en tal sentido es sumamente fecunda la imaginación de la *indiada europea*... Por el contrario, repito, el fatalmente oscuro nombre de Foronda, logró florecer aquí, no en tierra de ciegos, sinó entre gentes de sobrada potencia visual. Y no solamente floreció el padre, conquistando una envidiable posición comercial y popularizando su nombre en el *Diario*, en el *Mayor* y en otros librachos del alto comercio europeo y americano, sinó que tam-

bién estaba á punto de florecer su hijo en las lides diplomáticas, y puede que de florecimiento en florecimiento, á medida que se fuera reproduciendo la casta, llegara algún miembro de la especie forondina á... ¡quién sabe, señor, quién sabe!... quizás el mismo Simón, sin ir más léjos en los Forondas venideros, estuviese destinado á dilucidar el pedazo que nos corresponde de los Andes, cosa que nadie ha podido poner en claro todavía, ni se pondrá en mucho tiempo, porque, aquello ya no es Protocolo, sinó una punta de Barros...

Don Teodoro seguía caminando, y apesar de los pesares y de la tristísima situación de su ánimo, sentíase halagado considerando que ya había siquiera un doctor en la familia, un legista, que si no lograba honrarla con sus descubrimientos científicos, daríala, por lo menos, brillo y lustre con la marca universitaria, en fin, siempre sería un *Doctor Foronda*... "Pero, ¿qué veo? ¿qué dicen esas chapas?..." Aproximóse á zancadas, y faltarianle unos cinco pasos para llegar á la puerta, cuando se detuvo y leyó claramente: "*Doctor Simón F. Bolívar*."

Al pronto quedóse como petrificado; el paroxismo de la cólera dió á sus músculos todos la rigidez de la estatua; quiso alentar, y parecióle que el aire había huído del planeta; al fin, abriendo mucho la boca, recogió un poco de ambiente, que en sus pulmones de fuego, convirtiése en materia asfixiante, la cual fué devuelta en tres soplidos á carrillo inflado, acompañando al último el primer

movimiento de la mano para sacarse la galera y dirigir al cielo una imprecación con la cabeza descubierta. A los pocos instantes cedió el crispamiento nervioso; la sangre, agolpada en el corazón, derramóse y circuló con fuerza y calor por sus cauces naturales; el sistema sensible adquirió sus agudas vibraciones; precipitáronse unas sobre otras las ideas, rebotando en las paredes del cráneo como rebota el granizo sobre las planchas de acero; aceleraron sus movimientos el organismo físico y el moral, hasta que todo adquirió la normalidad del desquicio, el ordenado desórden, si vale el símil, ó la armonía inarmónica, trocándose, lo que por un momento fué estatua, en el sér vivo más digno de lástima que se haya visto. Apeteciendo, como el náufrago su leño, un consuelo, una esperanza siquiera de que aquello no era verdad, la imaginación, la gran comedianta del mundo interno, recurrió á sus habituales ficciones para dejar á los ojos por embusteros; y don Teodoro, interesado en engañarse á sí mismo, dióla crédito y anduvo los pocos pasos que de la puerta le separaban, á fin de cerciorarse mejor de lo que el rótulo expresaba. ¡Ay! no había duda; bien clarita estaba la inscripción: "*Doctor Simón F. Bolívar.*" Eso decía, en letras primorosas, como se escriben todas las cosas que no valen nada. Dióle un vuelco el corazón, y entre la legión de grillos hidrófobos, que presumiendo de ideas, atestaban su cerebro con infernal algarabía, destacóse la monstruosa punta de un... nó, no era un pensamiento... era la

desazón mental que suple á la idea cuando la razón se eclipsa, el anhelo de lo trágico, la intención del estrujamiento, el disparate en suma. Retrocedió, más que á paso, hácia el registro, en busca del peón que era un honorabilísimo galaico, el cual debía ayudarle en su temeraria empresa. Casualmente, hallábase Ferreira descargando varios cajones de chambergos para cabezas de guapos, y don Teodoro, sin dejarle terminar su faena, le dijo:

“Ven conmigo, Ferreira, y trae la barreta y el martillo.”

El laborioso galaico cogió las herramientas y echóse á andar detrás de su ex-patrón sin hacer observación alguna, que es bastante raro, porque, si bien el gallego, en la clase del pueblo, es de carácter sumiso, también es verdad que no hace cosa alguna sin refunfuñar y oponer peros y distingos que justifiquen su innata obediencia en el hecho.

Pareciéndole á don Teodoro que Ferreira no andaba bastante lijero, volvióse á él y le preguntó con impaciencia: “¿No sabes otro paso?”

—Sí, señor; sepu otru pasu, peru es más cortu.

Aunque el señor Foronda no estaba para bromas, no pudo menos de sonreirse ante la oportuna contestación de Ferreira.

Pocos instantes después llegaban á la casa del pinariego. “Mete la barreta y arranca eso,”—díjole don Teodoro señalando las chapas doctorales.

—Se van á destruir las chapas. Estu no se puede hacer con la barreta; es necesariu, se pre-

cisa sin remediú un destornillador; algu para descurrer la rusca de los turnillus.

—Déjate de planes y *metéle*, no más, la barreta, hasta que las arranques de una manera ó de otra; lo mismo dá enteras que hechas pedazos.

—Peru, si se rompen, ¿qué va á decir el señuritu?

—¡Caracho! *Andáte* vos y el señorito á la gran flauta que los silbó...! Mete, no más, la barreta y arráncalas como te lo mando.

—Está bien, patrón. Yo... antes de dar *escomenciú* á esta ruina, he creidu necesariu puner en su conocimiento todú cuantu podía suceder, para que luégu, no me venja usted con que éstu que lo otu.....

—Sí, hombre, sí... vamos, anda, arráncalas sin reparo.

—Si, señor... ahurita, no mas... verá usted qué pruntitu están en el suelo.

Y sin hacer más objeciones, Ferreira se escupió en las manos, empuñó la barreta, metiéndola entre el marco y una de las chapas, apalancó, empleando más fuerza de la requerida, y barreta, chapa y Ferreira cayeron confundidos en la vereda. Levantóse el hombre todo enfurecido contra sí mismo, por su falta de cálculo para usar sus fuerzas musculares en relación á la firmeza de los clavos, y metiendo con más cuidado la herramienta á la otra chapa, arrancóla sin estrépito ni avería. “Ya está hechu el dañu,—dijo al terminar su obra.

Don Teodoro, sin responderle una palabra, cogió

las chapas y subió aceleradamente las escaleras de su casa; metióse en su despacho, colocó encima de la mesa-escritorio aquellos bronces, que venían á ser una especie de insulto á su nombre, y dando desaforados gritos, llamó á Josefina.

“Qué desea el señor?”—entró preguntando la fiel y paciente ama de gobierno.

—¿Está por ahí el niño Simón?

—*Reciencito*, no más, acaba de llegar. Está en su cuarto, cambiándose de ropa, porque viene de visitar á no sé qué personaje extranjero.

—Pues, dígale usted que venga... No: avísele usted que está esperándole el Ministro plenipotenciario del Imperio Ruso... Tampoco: comuníquele que hay aquí una carta para él, de su amigo Lombroso... En fin, dígale usted que he dicho yo, que se presente aquí ahora mismo.

A los pocos instantes entraba el insigne doctor, aumentada la palidez de su porcelanESCO rostro, pues ya había visto, al llegar á casa, la fechoría realizada con sus chapas. y se imaginaba la tormentosa escena que tendría con su padre.

El primer impulso de éste, al verle llegar, fué abalanzarse á él y eliminar de los anales del foro uno de sus más lechuguinos elementos; pero contúvose, y poniendo el dedo índice sobre una de las chapas, se limitó á preguntarle ásperamente y con el ceño muy adusto: “¿Qué quiere decir esta *F*?”

—Esa *F* quiere decir *Foronda*—repuso algo confundido el muchacho.

—¡Farsantel!... Eso quiere decir esta *F*. Sí, eso

quiere decir, *Farsante*, y *Fatuo*, y *Farol*. Cualquier cosa, menos *Foronda*. Cualquier cosa que signifique orgullo, hinchazón, vanidad, porque el alma de usted sufre hidropesía de bombollas, plétora de engreimiento, de presunción, de altanería, de soberbia... Y ese *Bolívar* que estampa usted en sus chapas, significa robo, usurpación de un nombre ilustre, porque, como usted no significa ni vale nada, quiere mistificar á la sociedad con un apellido célebre y honroso que le facilite el paso entre ella, ya que usted no puede abrírselo, como se lo abren otros jóvenes humildes de origen, pero más honrados, activos y dueños de mayor talento que usted.

La cólera le ahogaba á Don Teodoro. Los ojos, inyectados en sangre, despedían rayos de fulminante ira, miradas torvas preñadas de ódio y desprecio. El insigne doctor, recobrada su serenidad diplomática, por un momento perdida, contestó con bastante aplomo:

—Mi madre se llamada Bolívar, y bien puedo yo usar su apellido.

Quedóse un momento perplejo el padre, como detenido por una noble idea, que de pronto, surgió en su mente, la cual consistía en no querer profanar la memoria de la pobre gaucha; pero, resuelto á llevarlo todo á la tremenda, dijo al cabo de breves instantes:

—Su madre, señor mequetrefe, ni Dios mismo sabía cómo se apellidaba, porque quien le dió la existencia, es decir, la abuela de usted, fué un perfecto ejemplar del *bagualismo humano*, y como

buena hija de la naturaleza, obedeció á los instintos de la animalidad, siendo un pedazo de desgraciada materia á la disposición de todo el mundo. El apellido Bolívar, dióselo, á los hijos propios y ajenos, el gauchote que la disfrutó en las postrimerias de su juventud. Este es el origen del apellido que usted ostenta con tanta petulancia en sus chapas doctorales, y que desea hacer pasar como derivado del que llevara el ilustre general y paladin de la Independencia Americana. Incapaz de ilustrar el verdaderamente suyo, quiere usted apropiarse el de un hombre importante para darse el brillo de un abolengo meritorio, relumbrones propios del necio y de los que carecen de fuerzas para sobresalir por sí mismos en el mundo. ¡Qué manera de imitar á los grandes hombres! Legista de chichirinabo, diplomático andorrano, ¿usted no sabe que solamente por su grande inteligencia, por su propio esfuerzo, en fin, logró elevarse el general Bolívar desde la esfera más humilde hasta el excelso trono de la inmortalidad? ¿No sabe usted que el verdadero mérito, el mérito que encumbra á los individuos sobre las masas, no consiste en el nombre, sino en los hechos, no está en la rimbombante inscripción de una chapa, sino en el talento, en el génio y en el buen corazón de los hombres? Pero usted, ¿qué ha de saber ésto, ni nada! Su cerebro es un almacén de humo, emanado de la quemazón de la paja, que á guisa de incienso, quema usted en honor de sí mismo. Y su corazón... ¡pura miseria!... Porque sólo miseria puede caber en el pecho de un hijo que niega á su padre.

—Yo no le he negado. Ahí está la *F*,—dijo el Bisinark pampero, recurriendo para su defensa á una especie de sofisma forense.

—Doctorzuelo de morondanga, petulante leguleyo, ya le dije á usted antes que esa *F* no significaba Foronda, sino *Farsante*, *Farolero* y *Fatuo...* (Con mucho desdén.) Pero, después de todo, ¿si creerá este pavo que yo me lamento del desprecio que hace de mi nombre? No se figure tal cosa el diplomático incipiente, porque á mí, no me honra nadie; me honro yo mismo. Mi única deshonra es tener el hijo más estúpido que existe sobre la tierra, y la hija más vana, coqueta y tonta que haya nacido de madre.

—No me insultes de ese modo, porque entónces, me voy,—arguyó el insigne *Bolívar*.

—Nó; no se irá usted—repuso el airadísimo padre cerrando la puerta, pero sin echar la llave.—No saldrá usted de aquí sin oír todo lo que voy á decirle, y... caidadito con las respuestas... porque si se me vuelan los pájaros, si se me va la escasa reflexión y la poca paciencia que aún me restan, es muy posible que le mande á usted á resolver algún conflicto diplomático en los dominios del Padre Eterno.

El pebete de la legislación se puso lívido al escuchar la amenaza.

—Yo, que fui un pobre inmigrante,—continuó, enceguecido de dolor y de rabia, el infeliz pinariego; —yo, que ni siquiera la camisa tuve por mía; que viví poco menos que de lismona en la edad infantil;

que luché con estoico heroísmo para sacudirme los andrajos de la miseria; que fui la escoba de todo el mundo; que disputé á la sociedad con mis puños de niño el corrusco de pan; que magullé mis huesos en un trabajo superior á mis fuerzas... yo, en fin, que no soy doctor, ni político ni diplomático, me avergüenzo ¡sí! me avergüenzo de tener un hijo tan miserable como usted... Yo, Teodoro Foronda, ayer harapiento inmigrante, y hoy querido y respetado por cuantos me conocen, no he tenido necesidad de robar el nombre de nadie para conquistar entre la sociedad en que vivo el honroso puesto á que puede aspirar un hombre de mi clase. Esas mistificaciones, esos escamoteos se quedan para las crias flojas de la humanidad, para los que, como usted, tienen el cerebro hueco y el corazón vacío.

Con la cabeza gacha, el imberbe diplomático recibió sin chistar todos estos denuestos, y también estos otros:

“Propio de los hombres cobardes y endeblec, es carecer de energías para ser humildes. Para que caiga usted del trono... ¡qué digo trono!... del burro de su infatuada vanidad, le diré que es usted de un origen oscuro, oscurísimo, pues que á las humildad heredada de mí, une usted la de la linea materna, aldeano por un lado, gaucho por otro, y por sí mismo insignificante. *Item más:* su existencia... sépalo para que se le achate el respe de su necio orgullo... es originaria de una calaverada mía, de una aventura; y su madre, que fué un ángel indígena, le echó á usted al mundo entre la basura de

una estancia. El justo sentimiento de la paternidad, y la conmiseración que me inspiró aquella infeliz mujer, tan buena como el pan bendito, labró la suerte de usted y de su presuntuosa hermana. Mi honradez ¡maldita sea! cambió el destino de ustedes, que de otra manera hubiera sido la condenación á vivir eternamente poco menos que en un potrero.,

La esclarecida gloria forense aguantó sin pestañear y con entera frialdad diplomática, este nuevo aguacero de improperios. Menos furioso, pero más dolorido, con el corazón partido por la acerada punta de una pena inmensa, el desgraciado soriano prosiguió de esta suerte:

“¡Qué triste y qué negro va á ser el epílogo de mi existencia! ¡Qué final tan inmerecido va á tener mi vida de luchas y de afanes! ¡Qué injusticia, Dios bendito!... (*Cayéndosele lágrimas como puños*) Yo, que cifré en mis hijos las esperanzas más risueñas, en lugar de hallar en ellos el dulce oasis de mi vejez, me encuentro ahora con que son los potros de mi martirio ¡lugratos! Valiera más que no hubiese salido nunca de la miseria, y le hubiera criado á usted para peón y para sirvienta á su hermana, antes que cimentar con mi fortuna vuestro insufrible orgullo y vuestra inaudita petulancia. Valiera más, sí, valiera más no haberles sacado nunca de un rancho miserable, confundidos entre los animales del campo, para que de este modo tuvieran siquiera el afecto innato hacia los padres, que es condición natural hasta en las mismas fieras.,

Exaltóse de nuevo, y la ira reconcentrada en su

pecho, como fuego en los profundos senos de un volcán, acudió á sus lábios en borbotones de lava, que no otra cosa fueron las siguientes palabras:

“¡Hijos malditos de amores ilícitos! ¡Maldecida casta de indígenas...! ¡cuánto mejor hubiera sido no acordarme jamás de vuestra salud...! ¡Debí morirne el día que fui al Carancho con el santo propósito de recogeros. ¡Ojalá Dios me hubiera muerto en el camino...!”

El gran *Bolívar*, el ya famoso canciller, que no estaba acostumbrado á tan antidiplomático lenguaje, ni se parecía á su ilustre homónimo en tener acostumbrados los oídos á la blasfemia y al bronco idioma de la guerra, empalideció visiblemente, y un miedo indecible, una especie de pavor adueñóse y sobrecogió su espíritu ante aquellas terribles imprecaciones.

“No se asuste la eminencia... la eminencia de la fantochería—dijo don Teodoro con el tono mordaz que otras veces empleara. — No se asuste el titiritero del foro, porque no le quedará ánimo para presenciar algo más gordo que todavía le queda por ver. No se le hiele tan pronto la sangre, porque ésto no es más que el principio de una tragedia cuya víctima pesará eternamente sobre su conciencia. Y si hay un tribunal divino que descienda á ingerirse en estas miserias del mundo, ó alguna voluntad suprema que rija el reparto de los recondimientos, como justo tormento que supla á los castigos que merece el desamor filial, delito no legislado en la infinita estupidez de los códigos que

preceptuan las penas aplicables á la humanidad delincuente; si hay un tribunal ultraterrestre que juzgue los sentimientos aviesos, tanto usted como su hermana, han de ser castigados de un modo invisible, con la muerte por ictericia, roído el corazón por un diente de cobre, seco el pensamiento por la obsesión de una idea fatídica, y lacerada la conciencia por las espinas permanentes que os recordarán el crimen realizado con las arteras, miserables y alevosas armas de la ingratitud. No lo verá el mundo, porque, más generoso que mis hijos, no delataré su delito al bajar á la tumba, ni entregaré á la consideración pública su conducta, para que sea vilipendiada y escarnecida por las almas buenas y los corazones sensibles. Pero si yo no lo hago, lo hará el Dios de justicia, poniendo en vuestras frentes una inscripción depresiva y humillante, una nota de infamia, un estigma que diga: *“¡Parricidas!”*.

Al decir ésto, su rostro tornóse amarillo y adquirió una expresión extraña, mezcla de dolor y sarcasmo; apretó las mandíbulas, rechinaron sus dientes, aviváronse sus ojos con destellos semejantes á la luz de las brasas; sus músculos todos adquirieron el espasmo del crispamiento, y al cabo de breves instantes, toda aquella tensión resolvióse en una carcajada de locura, acompañada de conceptos desatinados que denotaban el tristísimo estado de su espíritu y el casi total eclipse de su juicio.

—¡Já, já, já!... No puedo menos de reirme al contemplar vuestra pobreza espiritual. ¿Cuáles son

las leyes que usted sabe, señor doctor? ¿Las estampadas en los libros? ¿No sabe usted otras? ¿No conoce usted las del corazón? ¿Las de la sangre siquiera? ¿No? ¿No conoce usted más que las parruchas de los códigos? ¿Nada más ha logrado usted aprender?... Pero, ¡qué miseria de conocimientos!... Ilustre *Bolívar*, diplomático insigne, sabe usted casi tan poco como una piedra..

El muchacho se quedó arrinconado y mudo de espanto, porque su padre, fuera ya de quicio, le decía estas cosas caminando hacia él en actitud amenazante.

“Quiero terminar esta escena—añadió don Teodoro cuando estuvo junto á su hijo;—pero no sin antes advertirle que deseo borre usted esa *F* de sus flamantes chapas doctorales. Un hijo mio no lleva á medias mi apellido. Usted le tiene por insignificante, y yo le tengo á usted por indigno de llevarle. Estamos en paz; nos pagamos con el mismo desprecio. Por lo tanto es necesario, le mando que elimine del pomposo aviso la inicial de mi apellido; ó si no, mejor será que mande usted hacer chapas nuevas. Las puede encargarse de oro bruñido, con una inscripción de brillantes que diga: “*Doctor Simón Bolívar*,”. Y debajo se hace poner: “*Desciende del Libertador*,” ó del Archipampano, es lo mismo..”

—Yo no suprimo la inicial que significa el apellido de mi padre,—dijo el doctorzuelo completamente humillado.

—Yo no soy el padre de usted; soy simplemente

te su engendrador,—repuso brutalmente don Teodoro.—El padre es otra cosa, y ese ha desaparecido de mí. Mis hijos no tienen más que pedazos de mi carne; les faltan los pedazos de mi alma, que es como si les faltara todo. No nos une otro vínculo que el de la animalidad... En fin, abreviemos; es de todo punto necesario, para bien de ambos, borrar esa *F*.

—Pues yo no la borro.

—¿Que nó?

Don Teodoro sacó prontamente el rewólver, y apuntando á la cabeza de su hijo, repitió la pregunta en el más amenazante de los tonos:

—¿Que nó? ¿Dice usted que nó?

—¡Auxilio! ¡Socorro!—gritó Simón, loco de espanto.

—No grites, miserable, ó te saco á balazos toda la fatuidad que llevas en el cráneo.

En aquel momento, Josefina y Teresita, que hacía rato estaban detrás de la puerta escuchando la terrible escena, penetraron en el escritorio precipitadamente y llorando á gritos.

“¡Por Dios, papá!... ¡papá mio! ¿qué vas á hacer?—exclamó la muchacha colgándose al cuello de su padre.

—¿Papá suyo?... ¡Salga usted de aquí, *Sonajera!*

Y al mismo tiempo la arrojó al suelo de un empujón.

—Tenga usted paciencia—dijo la buena Josefina interponiéndose entre el padre y el hijo.—Sosiéguese, que el niño Simón ha de hacer lo que usted le mande.

—No tendrá más remedio—repuso don Teodoro hecho un basilisco.—Ha de obedecerme, ó de lo contrario, le voy á proporcionar un bonito espectáculo. Voy á tener el inmenso gusto de encajar una soberana *pateadura* al insigne *Libertador Bolívar*, al *Bismark añahualpense*, al ilustre amigo de Lombroso. Ya verá... ya verá el mocoso de la diplomacia quién es su padre. Grandísimo canalla. Hijo de una gran... ¡¡Jesús!!... ¡Dios me perdone...!

A todo ésto, el doctor aprovechó la oportuna intercesión de ambas mujeres y, á más que á paso, salió del escritorio. La pobre Teresita se fué llorando á su cuarto. Josefina permaneció allí un momento, procurando aplacar á don Teodoro; pero éste la suplicó que se fuera y le dejara tranquilo.

Tan pronto se quedó sólo, arrojóse de bruces sobre la mesa-escritorio y comenzó á gemir, como si el planeta entero se le hubiera caído encima. ¡Pobre Forondita! ¡cómo sollozaba...!





XXXVI

LA BORRASCA



¡Y doña Paquita ¡qué noche!... ¡qué noche, Virgen del Amparo! Una cosa tremenda... Está como loco; y se le ocurren unos disparates...! Ahora se ha empeñado en que le he de llevar una botella de ron.,,

Vestida de ligerísima bata blanca, sin corsé, calzados los menudos piés con delicadas chinelas, sueltas las crenchas del abundoso pelo que á uso de Magdalena le caían por la espalda hasta las caderas, Purita Garachán, abrazada en el patio á su vieja amiga, semejábase á los dulces fantasmas, que entre las indecisas gasas del ensueño, acuden á la mente cuando en los profundos senos de la naturaleza hombruna se inicia, con fuerza de realidad, la ficción del deleite físico en extraño consorcio con el más empírico idealismo. Los pálidos y mortecinos reflejos de una luna que debía morir

á media noche, arrojaban sus tristes luces sobre el blanco atavío de la pecadora dama, y le daban todos los visos y solemnidad fatídica de una aparición fantástica, creada entre Luzbel y el Angel de la Guarda, fruto de la intención diabólica convertida en lujurioso anhelo, y de la exaltación poética de los habitantes celestes; era algo resplandeciente de hermosura impalpable, como el sol, y algo también de la belleza tangible prestada transitoriamente á la carne percedera por el arte infinito que dá la naturaleza cuando cincela, pule y engalana á sus obras predilectas.

“Lleváale la botella, mi hijita,—dijo doña Paca.— Llevásela, no más, porque si no... ¡Dios nos asista!... se va á poner hecho un solimán. ¡Ay! Purita, ¡qué será de nosotras?... Ese hombre... acordáte de lo que yo te digo... se mata cualquier día, ó le tienen que llevar al manicomio, y entonces... ¡San Antonio bendito nos ampare!... ¡jucidas nos vamos á quedar; porque... fijáte bien en ésto, ché, Purita... yo he consultado con un doctor, ¿sabés? y me ha dicho que los locos no pueden hacer testamento; es decir, lo pueden hacer, como cualquier otra locura ¿sabés?; pero no vale lo que digan en él. De manera, hijita, que por más que te quisiera dejar algo ¿sabés?, no te lo darían, porque esos demonches de códigos ¿sabés? no lo *premiten*. Resultado final, hijita: después de nueve años de haberse estado aprovechando de vos, irá él á ocupar una celda entre los que han perdido el juicio, y nosotras saldremos con una mano atrás y otra ade-

lante, hechas unas pobres mendigas, en la última miseria. Si vos hubieras hecho lo que tantas veces te he dicho... ¡Ay, Purita! entodavía me acuerdo de aquel día de la bendición de las palmas. ¡Yo que lo creía todo arregladito lo más bien, y luego resultó que era un tiesto de violetas lo que le habías pedido! Hijita, no tenés perdón de Dios... Parece mentira que...

—Cállese, doña Paquita. Déjeme usted en paz; no me hable ahora de esas cosas y dígame: ¿le llevaré el ron? ¡Ay, Dios mio! yo no sé qué hacer. De seguro que se vuelve loco esta noche. Está sentado en la cama, descalzo y medio desnudo, y por más que le he rogado, no se quiere acostar. ¿Qué hago, vieja? ¿le llevo el ron?

—¿Y qué has de hacer, mi hijita? Llévaselo no más, y que reviente de una vez. Al fin y al cabo, lo que ha de suceder que suceda cuanto antes.

En aquel momento oyóse la voz de don Teodoro que gritaba: "Purita... ¡Puritaaaa!",

—Andáte corriendo—dijo doña Paca—Allá, en el aparador, está la botella; echále un poco de agua para que no se le quemén los *estentinos* con ese diablo de licor que parece hecho con *fierro derriuido*, entreverado con *kerosen*.

Corrió Purita en busca de la botella y una copa, regresando en seguida á la alcoba con ambas vasijas en sus manos.

Sentado sobre el borde de la cama, en mangas de camisa, con la corbata en los hombros, descalzo, alborotada la crespá cabellera, caído el lábio infe-

rior todo embabecido, fuera de las órbitas los ojos y enrojecido lo blanco de ellos con ramas de sangre, don Teodoro ofrecía el lastimoso aspecto del hombre que ha perdido la preciosa facultad de la razón; parecía un escapado de las terribles garras de un loquero.

—Dáme la botella,—dijo á Purita, tan pronto como la dama entró en la habitación.

—No bebás, Teodoro. ¡Sosegáte, mi viejo...!

—Dáme la botella—repitió secamente el desgraciado pinariego, con los ojos extraviados y arrugada la amarilla frente.

—Te va á hacer daño. Se te va á quemar el estómago. No hagás eso, Teodorito, ¡por Dios y por la Virgen Santísima...!

Con la solemnidad y el firme tono que emplean los infelices dementes en sus afirmaciones, seguros de que su entenebrecido cerebro es dueño de la verdad pura, don Teodoro repuso con mucho aplomo:

—A mí... dáme ron, Purita... no se me puede quemar ya nada, porque todo ardió y quedó consumido; soy un volcán apagado, un cráter que se le ha derretido todo el material fusible, y hasta se le han petrificado las cenizas... Dáme ron... Estoy insensible; soy una piedra. Solo me anima un poco la visión de una quietud más perfecta que la actual; quiero que esta piedra sea tapada por la tierra, para que no sufra las pisadas y los puntapiés de los brutos... Purita, dáme ron... Me atrae lo subterráneo, la república del polvo, la serena paz que gozan los sepultados, durmiendo eternamente sobre

un lecho de raíces, que es donde reside la esencia de la verdad. Desde el fondo tenebroso de aquellos hoyos... dame ron... nuestros ojos, ascendiendo por entre la tierra y el corazón de los árboles y de las plantas, se convierten en flores que alegran la vista de los que sufren porque quieren tener viva la carne... dame rón, Purita... y de la paulatina consunción de nuestros cuerpos y de los cuerpos todos que allí bajan, surge la perenne belleza del planeta... Purita, dame ron... Nosotros somos el material con que la naturaleza forja todas sus galas... ¡Dáme rón, mujer!... Te lo he pedido diez veces.

—¡Está loco, Dios mío!—exclamó Purita echándose a llorar y temblándole las manos al pretender servirle una copa de ron.

—No; no hace falta la copa—dijo muy agitado don Teodoro—Dáme la botella.

Obedeció la dama, cogió él la botella, echóse un gran trago, sin hacer el menor gesto ni contracción, y dejándola sobre la mesa de luz, contestó á la exclamación de Purita:

—¿Loco digiste? ¡Pobre mujer! Nunca he sido tan razonable como esta noche. Nunca entró en mi cerebro tan esplendorosa claridad, ni mi conciencia se vió jamás en medio de tan maravillosa y esplendente luminaria. Veo en el mundo inanimado, en ese mundo del cual pronto seré habitante, la dicha infinita del no sentir... ¿Cobardía dices?...

—No, hombre, yo no he dicho nada ¡Ay, Dios mío!

—Pues no es cobardía. Lo es mucho más soste-

ner la vinculación de un cuerpo corrompido con un alma andrajosa; lo es mucho más vivir entre el desprecio de los que contrajeron al nacer la obligación de amarnos; es cien mil veces más vergonzoso vivir mendigando el cariño de los hijos... ¡Los hijos!... Purita, ¡dáme ron!... ¡Ah! está aquí, encima de la mesa. Quiero matar en mí hasta el último vestigio de dolor moral; quiero ser una piedra perfecta...

Y se echó otro trago de ron, mayor que el anterior. En seguida, figurándose oír una voz acusadora que llegaba hasta él por entre el ciclón de sus martirizantes sensaciones y el anárquico ejército de sus ideas, preguntó sobresaltado á Purita:

“¿También dices que es cobardía la beodez?”

—Pero, ¡si yo no te digo nada, mi viejo...! Sosegáte ¡por el amor de Dios!

—Pues tampoco es cobardía, porque siempre es valiente quien desea anularse. El beodo cambia la vida consciente por el estado de estupidez. En él se eclipsa la razón para quedar solamente la bestia. Es necesario ser muy valiente para descender de hombre á bestia, y es necesario serlo más para descender de bestia á piedra. Yo quiero ser piedra, Purita, y nada mas que piedra. La felicidad está en no sentir, en no pensar, en matar el espíritu, que es la incicatrizable y eterna llaga del mundo moral, como son los nervios el elemento trágico del mundo físico, y el alma el fantasma del mundo eterno, y la conciencia la protagonista en la risible comedia del mundo social... Yo no sé lo que digo,

Purita; pero sé lo que quiero; yo deseo la anulación, el estado insensible, la pasividad absoluta; mi vida es un fracaso; soy un pobre náufrago, que habiendo perdido la dirección de los astros de la dicha, se resigna á perecer ahogado en el mar infinito de la desilusión; me asfixio entre las turbias y pérfidas aguas del desengaño; me atosiga la marea de barro en que se zambulle mi existencia... ¡Vengaron, y más rón!... (*Después de beber*) Dime Purita, ¿tú sabes quién dirige el mundo sensible?... ¿Dios has dicho?...

— ¡Pero, hombre, si yo no digo nada! ¡Ay Jesús cómo te estás poniendo...! No bebás más, Teodoro. Dormíte, mi viejo... sosegáte y no hagás caso de...

— ¡Falso! Dios no dirige nada; Dios es impasible ante el espectáculo que ofrece la humanidad; la desdeña, la detesta, porque, la duda, matando á la fé, le ha quitado la influencia para darle á Luzbel el imperio del mundo... ¿Crées que es la Naturaleza?... ¡Mentira!... La Naturaleza es un taller donde solo se fabrican aberraciones... Yo no sé lo que digo, Purita; pero yo veo un estado feliz: el estado de piedra... ¿Cómo? ¿qué es eso, Purita? ¿te has subido al techo? ¿Quien te lleva? ¿Dios?... Creo en Dios si te lleva al cielo.

— ¡Loco! ¡Ay, Virgen Santísima, está loco! — exclamó Purita sin saber si acercarse ó huir de él, ó llamar á Doña Paca que estaba atisbando la escena por los intersticios de la puerta, y diciendo bajito, pero muy desesperadamente: “¡Ya no tiene

compostura. ¡Está rematadamente loco...! ¿Qué será de nosotras, San Antonio bendito!.,

—No llores, Purita,—dijo don Teodoro, poseído en absoluto por el delirio alcohólico y mirando al techo, donde creía ver la silueta de su querida.—No te desesperes por mí, porque ya no existo; soy un suicida insepulto... (*Extendiendo los brazos hacia arriba*) No te vayas sin enterrar mi cuerpo... No se lleve usted, señor Dios, al único séquito de mi entierro!... Déjela algunas horas para que vaya custodiando mi cadáver detrás del carro mortuario... (*Agitándose mucho*) Purita, alma mía, desciende y escucha mi última súplica: deseo que sea arrojada por tus manos la primera tierra que caiga sobre mi cuerpo, para que, aun muerto, se estremezca recordándote...; deseo también... aguarda, Purita, no te ocultes... ¡Tinieblas...! Horribles tinieblas...!

—Si estoy aquí, á dos pasos de donde vos estás. ¿No me ves?

—Sí, ahora sí; pero estás muy lejos. Te veo allá, en la cúspide de un cerro, y yo estoy en el fondo de un precipicio... (*Casi gritando*) ¿Me oyes?

—Sí, hombre, sí—repuso sollozando Purita—No grités, Teodorito, que ya te oigo.

—Bueno: pues deseo también que hagas poner sobre mi sepulcro una lápida que diga: “Aquí yace el padre del *Libertador Bolívar*,”—Y más abajo esto otro: “Murió asesinado por sus hijos,”... Pero no, no hagas poner nada, ni digas á nadie donde me han enterrado, para que no vayan allí mis hijos,

á engañar á la sociedad simulando sentimientos que no tienen. No quiero... ¿lo oyes, Purita?... no quiero sentir sus pisadas sobre mí.

Al decir ésto, don Teodoro ocultó su rostro entre las manos y comenzó á gemir. Breves instantes después, agitóse en un movimiento nervioso, pretendió ponerse de pié, pero no pudo sostenerse y se desplomó, cuán largo era, sobre el duro pavimento.

—¡Teodoro! ¡Teodoro!—exclamó la dama arrojándose sobre él para levantarle. -

El beodo, casi sin conocimiento, abrazóse á ella, y á su contacto, la vida bramó con fuerza de arrebató por todas sus arterias. La piedra comenzó á estremecerse, á experimentar las sensaciones del anhelo concúbito, á vibrar desenfrenada y arrebatadamente, á sentir el desencadenado y turbulento ciclón de un organismo que ha perdido el timón del juicio... Con gran esfuerzo, comenzó Purita á levantarse, y como él seguía fuertemente abrazado, se levantaba al mismo tiempo, hasta que, al fin, logró ella recostarle.

—Soltáme, Teodoro, que me ahogas,—dijo jadeante Purita, al reclinarle sobre el lecho.

Con las piernas temblorosas, desencajado el semblante, secos los lábios y vidriosos los ojos, don Teodoro balbució algunas palabras ininteligibles, y siguió abrazado á ella con todas sus fuerzas, estrujándola, besándola, en medio de un arrebató delirante, de una borrasca nerviosa, ébrio de ron y embriagado de anhelos deleitosos, anarquizada la

sangre, atrofiado el espíritu, agonizante la razón, ofuscada la inteligencia, muerto moralmente y plebérico de vida sensual.

—¡Soltáme, hijito...! Esto no es posible... ¿No vos que no es posible...? ¡Ay, Dios mio, me sofocas...!

Don Teodoro, turrado por la lumbré de su propia concupiscencia, rugió sordamente:

—Sí, Purita... Después la muerte... ¡El sepulcro...!

.....

 Y vino luégo la muerte, es decir, una muerte aparente, ó sea la existencia amodorrada, inconsciente, brutal, la quietud, la insensibilidad, el aniquilamiento físico. Dormido como un cesto, corriente por entre el cabello gotas de sudor aceitoso, congeladas, que rodaban saltando despacio, con pesadez de piedras graníticas, por los surcos de la envejecida frente.

Como la fiera herida, que en los últimos agonizantes estertores, se aferra al arbusto, lo mismo don Teodoro quedó abrazado á Purita, hasta que los músculos perdieron su intensidad vigorosa y se le aflojaron desinartadamente los brazos. Entonces comenzó en su cerebro la vida ficticia de la inteligencia, por la cual cruzaron, en confuso tropel, el mundo bellísimo de las imágenes, el sentimiento puro, libre del prosaico alambique de la razón... Quizá soñaba que era feliz, y sus lábios se movían como si quisieran dar expansión al pecho, comuni-

cando á séres queridos la causa de su felicidad... Doña Paca, que pescó casi todas las incoherentes frases de aquella pesadilla, las guarda en su memoria, y á ella debemos el poderlas trascribír aquí con entera fidelidad.

II

“Sí... está muy linda... tiene novio... el doctor *Sonajas*... pronto será Ministro... ¡Pobre María!... Ya no conoceras á nuestra Teresita... Pero estás hecha una señorona...! ¿Te acuerdas del Carancho...? ¡Qué bien se está aquí!... Has aprendido mucho... ¡Cómo se civiliza la gente en el cielo... Aquí no hay ramitas de cardo... ¿no?... Se murió... Sí... en España... ¡Pobre don Miguel!... Decían los bárbaros de Villahumbrosa que era hereje... Yo siempre te quise, María... Ya lo sabes... ¿Que te huía?... ¡Remilgos de muchacho envanecido...! Pero te quise... con el alma... te lo juro... Doctor... un sabio tremendo... lo dicen los periódicos...”

Purita, inmóvil de miedo, sin atreverse á despertarle, sollozaba en silencio. Sin orden ni coherencia alguna, en un completo desengarce mental, don Teodoro seguía balbuciendo palabras sueltas, unas veces en voz alta, otras entre dientes, seguidas de suspiros, de ayes y de sonrisas, según fuera la idea, ó mejor dicho, la caricatura de la idea que cruzaba por el carnavalesco escenario de su cerebro. Debía soñar que se había muerto y que su espíritu se hallaba en los espacios celestes, contemplando

la figura de María Bolívar, la cual sometióle, sin duda, á un interrogatorio muy humano, impropio de las serenas regiones de la gloria, porque él, agitando mucho, defendió su pleito terrestre, diciendo:

“No... no te olvidé nunca allá en la tierra... Por su alma... por su alma me atrajo... Es hermana tuya de corazón... Grande... grande espíritu... vendrá aquí... se debe estar muriendo ahora... Pura... enteramente pura... Honrada... enteramente honrada... El mundo de allí abajo es muy tonto... No sabe... no sabe separar la honra del alma de la deshonra del cuerpo.. que está deshonrado desde que nace... Ya te lo he dicho... Purita Garachán... se llama Purita Garachán... No... no es hermosa... ¿A su carne dices?... Fué á su alma á la que tuve apego... Sedujo á mi espíritu... le fundió en el suyo... luégo se encendió el cuerpo... ¿Cómo no?... el espíritu es chispa que prende fuego á los nervios... los nervios sin el espíritu.. sí, eso es.. son como leña apagada.. ¿eh?... siempre... te tuve siempre en la memoria... hasta en aquellos momentos de.. sí, eso es.. de mayor embeleso físico... ¡Ficciones mentales...! y del alma.. que también, hace comedias... ¿Nuestros hijos?... ¿Que si se acuerdan de tí...?,”

Al llegar á este punto la pesadilla, vió doña Paca desde su observatorio que el sonámbulo sufría una gran agitación, como si se revolcara en un lecho de espinas; pero sosegóse al momento, y cual si tuvieran sus ideas la lucidez del despierto, contestó

con cierto simulado regocijo, sin duda, por tranquilizar á Maria Bolivar, á la cual veía él de cuerpo entero entre las gasas de sus ensueños:

“Mucho... se acuerdan mucho de tí... Son muy buenos... ángeles... mejor que ángeles... ¿Te alegras?... Pero, ¡cuánto se ignora en el cielo!... Ayer... ¡qué alegría!... un beso... me pidió un beso Teresita... el doctor *Bolivar*.. no.. el doctor Foronda... lindo... muchacho lindo... sábio... muy sábio... diplomático... amigo de Lombroso... ¿No sabes?... ¿no sabes quien es Lombroso?... Grande... muy grande hombre... Los criminales unos benditos... fatalidad... todo dice que es fatalidad... Le aplauden mucho... ¡claro!... como todo... todo es crimen allá en la tierra!... por eso... por eso le aplauden tanto... También... sí... ¡ya lo creo...! también le aplaudirán á Simón... Á Londres... No... á Londres no... irá á Chile... sí, eso es... á Chile... de Ministro... Ha puesto... bonitas... unas chapas muy bonitas... relucientes... muy relucientes... y letras lindas... grandes... que dicen... ¡Miserable!... Borra esa *F*... ¡bórrala!... ó te saco á balazos toda la fatuidad... ¡toda la fatuidad que llevas en el cráneo...! ¡Ay, Dios...! ¿Qué es esto?... ¡María! ¡María...!,”

—Estás soñando—dijo Purita muy afligida.

—¿Eh?... ¿Soñando?... Tengo mucho sueño... Me duele la cabeza... Me duele mucho...

—Dormite, Teodoro. Te vas á enfermar. Estás diciendo muchos disparates.

—¿Disparates?... Tengo sueño... mucho sueño

—Pues, dormite, hombre, dormite tranquilamente.

—Purita.

—¿Qué quieres, mi viejo?

—Tápame bien. Tengo mucho... mucho frio.

—Pero, ¡si estás sudando!

—¿Sudando? No... no es posible... Tengo mucho frio, estoy helado. Échame ropa... toda la ropa que puedas.

¡Pobre Purita! Le cedió todas las cobijas, apelmazándose las bien al cuerpo, sin dejar huecos por donde pudiera colarse el menor átomo de aire.

—¿Tenés frio ahora?

—No, ahora no.

—Bueno; pues á dormir tranquilamente, sin hablar, cerrado el pico, sosegado, quietito...

—Sí, Purita. ¡Qué buena eres...! *Atendéme* una cosa... cuando me muera, te voy á...

—Chis... A callar hemos dicho. Sos un aprensivo, un cobardón... una cosa tremenda...

—Pues, me duermo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y al instante se quedó dormido, profundamente dormido, como un leño, como un cerrojo, como los cimientos de un convento. Al poco rato, abundoso sudor le corría por la frente, y de entre el cabello salíanle penachos de vapor, una verdadera humareda, que daba á su cabeza el aspecto de un incensario inmóvil, en que la mirra quemada fueran los sesos...



XXXVII

REACCIÓN.—PROYECTO EMIGRATORIO

POR QUÉ al levantarse don Teodoro, á las diez de la mañana del día siguiente, estaba completamente tranquilo, y casi casi hasta alegre? ¿A qué obedecía tan repentino cambio? ¿De dónde dimanaba aquella inverosímil transformación? ¿Cuál era el fundamento de su estado relativamente dichoso, después de tan borrascosa lucha, de tan enormes tormentos morales? Doña Paca, que siempre fué un prodigio de penetración, no pudo dar con la misteriosa clave de semejante fenómeno, ni tampoco Purita logró sacar nada en limpio de tan bonancible estado. Al narrador, que no es tan infeliz como Purita, ni tan ducho en tales andanzas como doña Francisca Calamar, tampoco le ha sido posible formular una suposición medianamente lógica sobre las causas ó ideas que pudieron influir para que en el cerebro del pinariego famoso amainase la inaudita tormenta. Por lo tanto, deja librado el os-

curo punto al juicio sutil y penetrante de los afectos á las disquisiciones árduas, á todos los suspicaces sabuesos que les gusta oler el misterio y se pirran por husmear en cuantos lugares barruntan algo de sicología, esa ciencia admirable que enseña á ignorar sábiamente.

Lo cierto es que don Teodoro se levantó inexplicablemente tranquilo; que se vistió con mucho sosiego y singular pulcritud; que estuvo lavándose un gran rato, ó más bien rociando su cabeza con la fresquísima agua del aljibe; que luégo, mientras secaba su húmedo rostro con la blanca toalla que Purita le ofreciera, entretúvose en silbar algunos fragmentos del Trovador, y hasta llegó á canturriar entre dientes el vals de contralto de Lucrecia Borgia, imitando, en lo posible, la arrogante acentuación que diera á tan bellísima página musical la famosa Scalchi Loli. Después se peinó con visible coquetería, ayudado por la dama, que le echó en la cabeza una cantidad exorbitante de esencias olorosas, y puso especial esmero en dividirle la cabellera con una raya á lo pichón de bachiller, muy graciosa, admirablemente tirada con el lujoso y delicadísimo peine de marfil que ella úsaba para atusarse la abundosa mata de su azabachesco pelo, que venía á ser un remedo bastante feliz del que tuviera la hermosa desgraciada que lloró su pecaminosa desdicha al pié de la cruz del Cristo.

Una hora más tarde, mano á mano con Purita, pues doña Paca había ido á misa, despachaban, con más que regular apetito, un frugal desayuno. Al

llegar á los postres, que eran frutas secas, don Teodoro, excesivamente cumplido y cariñoso, cogió el casca-cáscaras. y rompiendo varias avellanas, ofrecióselas mondadas á Purita Garachán.

—¡Qué cumplido...!—dijo la dama con exclamación de asombro.

—¿Cuándo lo fui menos?

—Es verdad. Sos muy bueno, Teodoro.

—Menos anoche, que debí estar muy pesado, atrozmente insufrible.

—Un poquito... pero, vámos, se te pasó pronto el arrechucho.

—¡Cuántas barbaridades debí hacer...!—dijo don Teodoro riéndose, pero en tono arrepentido.

—Algunas... otras no pudiste...—repuso la dama bajando los ojos.

—El ron, hijita... el ron tuvo la culpa... Si no... ya *sabés* que...

—Si, hombre, si... no sigás... porque á vos se te va en seguida la lengua... ¡Ay, Jesús! ¡qué matraca estabas hecho anoche...!

—Lo pasado, pasado, Purita. Ya *sabés* que cuando estoy en mi estado normal, soy yo capaz de...

—¡Dále...! Ya lo sé, hombre, ya lo sé...

—No... es que...

—Que sí, hombre, que sí.

—Es que quiero que te quedes plenamente convencida.

—Si no lo niego, Teodoro... ¡Qué esperanza!...

—Bueno... entónces, no sigo.

—No... no sigas. Está bastante discutido el punto, como dicen los del Congreso

Una observación... y perdonen ustedes la molestia. El amor propio de los nervios es superior al amor propio de la inteligencia, del sentimiento, al prurito de honradez aparente, pues la honradez de fondo está excluida en la edad actual. El congénere de Adán lo tolera todo, menos la suposición femenil que implique una depresión pertinente al orden puramente físico. Lo abandona todo, absolutamente todo, para aplicar las bravatas del intelecto en la defensa de sus fueros de hombre, ya que las valentías positivas hayan muerto asesinadas paulatinamente por el traseurso del tiempo, que es el arma de poder omnímodo con que la Naturaleza crea, vigoriza, desgasta y anula todo lo existente, todo lo existido y todo lo que existirá.

Por otra parte, justo y aún justísimo era que don Teodoro saliese á la defensa de la integridad total de sus capacidades físicas, porque ni asomos había de descenso en su robusta y bien amasada naturaleza, donde las partículas de grijo y roble habían sido fuertemente endurecidas por los récios vientos pamperos; y si bien los disgustos le avejentaron un poquito, sembrando de ralas canas su cabeza, con lo cual adquirió cierto aspecto socrático, todavía estaba el hombre... ¡pues ya lo creo...! hecho un gallito, tiesa la cresta y firmes y aguzados los espolones...

“Pero ¡hijito! me llama la atención verte tan con-

tento esta mañana,,—dijo Purita extrañada por aquella alegría.

—Hay motivos... poderosos motivos. Oye, Purita: Un momento de lúcida reflexión supone muchas veces la conquista de la felicidad. Yo no sé cuándo lo he aprendido; pero te puedo asegurar que en este momento histórico de mi vida, mi voluntad, es dueña de mi imaginación; y como aquella quiere que yo sea feliz, retuerce á ésta desviándola de los pensamientos negros que tan hondas heridas producen en el espíritu.

—Así es el mundo, Teodorito. Unos se salvan ó se alegran con un pensamiento; y otros se hunden ó se entristecen, también con un pensamiento. Y si no, fijáte: mientras vos estás contento, yo...

—Tú, ¿qué?—la interrumpió el soriano impacientemente.

—Yo no lo estoy.

—¿Y, por qué?

—Porque anoche...

—Anoche ¿qué?—preguntó don Teodoro, llevado de aquella nerviosidad que le era peculiar.

—Anoche te acordabas mucho de otra...—dijo Purita con esa sonrisa amarga y suspicaz que viene á ser una mueca de dolor producida por los primeros coleos de esa viborita llamada celos, que hurgando hurgando en el corazón femenino, llega á convertirse en horrible culebrón.

—¿Soñando quizá? ¿eh?—repuso el soriano.

—Sí, soñando.

—¿Y no me acordé de vos? ¡Qué injusticia! Es-

tá loco, ché, Purita, el Dios que inspira las ideas de los sonámbulos...

—También de mí te acordaste; pero...

—A ver, vamos á ver...—dijo don Teodoro alegremente, poniendo los codos en la mesa, la cara entre las manos y mirando á la dama con expresión idolátrica.

—Pero á las mujeres—manifestó Purita,—no nos gusta poseer en sociedad el corazón de los hombres. Queremos ser propietarias exclusivas.

—¿Y vos *querés* ser dueña exclusiva del mio?

—¡Cómo no! Pues ¡ya lo creo!

—Con franqueza, Purita: ¿me quieres como hombre, ó como arrimo? Más claro: ¿represento en tu corazón al amante verdadero, ó ves en mí solamente un apoyo en las luchas de la vida?... En resumen: ¿me amas?

—Abrí la boca, ché, Teodorito, que te voy á tirar esta avellanita.

—*Dejáte* de bromas, Purita, y *contestáme* á la pregunta.

—Abríla, hombre, abríla, que después te contestaré

Don Teodoro abrió la boca; dió Purita un beso á la avellana; apuntó bien con ella entre sus deditos, y tirósela. Con la menuda fruta entre los labios, dijo el pinariego:

—¿Qué me respondes?

—Que en esa avellana y en ese beso va mi alma. Tuya es por toda la vida.

—¡Ah, *charrúa* incomparable! ¡mujer bendita!—

exclamó don Teodoro levantándose para abrazarla.

—Quieto, Teodoro,—dijo la dama encogiéndose y ocultando la cara entre el seno. Pero ¡hijito! cuánto más viejo más loco.

—*Decíme*, Purita—preguntó don Teodoro, poniendo una mano en el respaldo de la silla y otra en la mesa, de modo que la dama quedaba bajo su pecho.—*Decíme*: ¿te casarías conmigo?

—Nunca—respondió la uruguaya con seguro tono.

Don Teodoro quedóse perplejo por unos instantes. Al fin, dijo:

—Entónces... no me quieres?

—Sí te quiero... ¡con todas las fuerzas de mi vida!

—¿Y por qué no aceptas ser mi esposa?

—Porque no soy honrada—dijo Purita, roja de vergüenza y á punto de romper á llorar.

—Para mí lo eres, tanto como la santa más grande del calendario.

—Para vos lo seré; pero no lo soy para el mundo—repuso ella tristemente.

—Tu mundo debo ser yo, exclusivamente yo—dijo él un poquito exaltado.

—Pero el tuyo, no soy yo, exclusivamente yo. La sociedad tiene gran influencia en tu ánimo, y jamás consentiré que te sonrojes al llevarme colgada de tu brazo. Yo también tengo mi honradez, Teodorito, aunque no sea la honradez de la carne maldita... En fin, ché, viejo, dejémos las cosas tal como están. Me creo indigna de tu nombre, y estoy dispuesta á vivir toda mi vida como hasta aquí.

—Yo necesito una prueba de tu cariño—manifestó don Teodoro bastante conmovido.

—Pedímela.

—¿Estás dispuesta á seguirme, aunque sea al fin del mundo?

La dama vaciló algunos instantes. Un *herrerito*, envuelto en una auréola de fuego, con su mandil de cuero agujereado por chispazos de escoria encendida, plagado de callos y de quemaduras, sudoroso, jadeante y agobiado por el peso de un martillo, cruzó por el cerebro de Purita, despertando en ella las fuertes vibraciones del sentimiento materno. Pero esta pasión fué ahogada en seguida por otra más intensa, indesarraigable, que la indujo á responder con firmeza:

—Estoy dispuesta á seguirte hasta el fin del mundo.

—Pues, mañana mismo, al amanecer, nos embarcamos,—dijo don Teodoro.

—¿En dónde?

—En la rada exterior, á bordo del vapor *Equateur*, que tiene anunciada su salida muy temprano.

—¿Y vamos...?

—Por de pronto, á Burdeos, y de allí á París. Después iremos á Soria, á ver á mis padres, á los cuales te presentaré como esposa mía, y les diré que se me han muerto los hijos.

—¡Teodoro!

—Nada. Que se han muerto de repente, atacados del cólera, de la fiebre amarilla, partidos por un rayo bienhechor, ó que han estallado por una

indigestión de vanidad... Cualquier cosa.. es lo mismo.

—¿Y la vieja, ché? ¿qué hacemos con ella?

—Cállala, que ahí viene.

Doña Paquita, afilada, huesosa, con su enlutado vestido que parecía la mortaja de una momia, muy contrita, el viejo rosario enroscado en la rugosa muñeca, metidos en las cuencas sus tristes y ratoniles ojos y apretados los labios, como si temiera la deserción de sus dos únicos y flojos dientes, penetró en el comedor con la fúnebre solemnidad de un espectro. En cuanto la vió llegar al umbral, dijo don Teodoro:

—Pero, ¿cuándo diablo se va usted á morir, doña Paquita?

La vieja tembló de piés á cabeza, porque creía que todavía seguía loco, apesar de haber ido ella á la Iglesia á pedir á San Antonio bendito que le devolviera la razón, siquiera hasta que testara. Con la benevolencia que siempre se usa para tratar á los dementes, dijo la pobre señora:

—¡Teodorito! ¡Mijo! ¿qué mal te hice yo para que tan mal me querás?

—No haga usted caso doña Paquita; es una broma mia. Deseo que viva usted más años que un cuervo, que suele llegar á trescientos, más ó menos... Lo que no tiene nada de broma, querida vieja, es que mañana nos embarcamos, Purita y yo, con rumbo á Europa.

Todo lo que puede palpar en el interior de una vieja, se le quedó paralítico á doña Francisca Ca-

lamar al escuchar semejante noticia. Asustada, y al mismo tiempo llena de asombro, quedóse inmóvil, absorta, é insensiblemente abrió la boca, mostrando los dos pinchos que daban á sus encias, pálidas y sin sangre, el aspecto de un garfio diabólico. Al contemplar su actitud, dijola don Teodoro:

“No tema usted, doña Paca, porque antes de irnos, yo dejaré arregladas las cosas para que usted viva honesta y desahogadamente... ¿Le basta con doscientos pesos al mes, además de la casa?”

Doña Paca, por toda contestación, avanzó hasta donde Purita estaba, abrazóla, y rompió en ahogados sollozos.

“¡Pobre doña Paca! Ya lo ves—dijo Purita, dirigiéndose á don Teodoro;—no quiere separarse de nosotros.”

—Mejor que mejor—repuso el soriano.—Dígame, doña Paca: ¿quiere usted acompañarnos? A nosotros no nos estorba. Al contrario, yo sentiría mucho que se quedara aquí, porque nadie mejor que usted puede servir de compañera á Purita.

—¡Ay, Teodorito! ¡cuánto te lo agradezco! Yo no puedo ya vivir sin vosotros. *Me se figura*—agregó lloriquiando,—que había de morirme si me dejaran aquí sóla, encerrada en estas cuatro paredes llenas de tristura.

—Pues no hay más que hablar—dijo don Teodoro; y añadió en tono de broma:—Usted será una segunda Genoveva deteniendo el furor de Atila en las puertas de París; y si se muere usted allí, la

hemos de enterrar en el mismo sepulcro de Juana de Arco, porque tan meritorias son las batallas que usted ha ganado á la vida, como los triunfos obtenidos por la famosa zagala, libertadora del Loira.

Doña Paquita, que no sabía quien era Juana de Arco, nada contestó á tales bromas: Purita, por su parte, puso algunos obstáculos para preparar el viaje tan repentinamente.

“No se preocupen ustedes de la casa, ni de los muebles—dijo don Teodoro á las dos mujeres,— porque todo lo arreglará Vicharo, después que nosotros nos vayamos. Ustedes no tienen que hacer otra cosa sino embaular sus vestidos y cuanto crean imprescindible para el viaje. Cuando lleguemos á París todo se arreglará debidamente y nos instalaremos como Dios manda. Con que... ya pueden empezar la tarea. Mientras tanto, yo me voy á ocupar de arreglar mis asuntos, sacar los pasajes y otras cosillas que tengo que hacer. En cuanto terminen ustedes, que será allá, á la madrugada, toman un coche y se vienen á mi casa, para que así me ayuden en el arreglo de mis ropas.,”

—Sí... pero...

—No tengas miedo, Purita, porque estaré yo solo. Mis idolatrados hijos se habrán ido con Josefina á la quinta del señor Dorronsoro, y á la sirvienta y al mucamo los voy á despedir en cuanto llegue á casa.

—¿Estará abierta la puerta?

—Sí; voy á dejarla nada más que entornada; la

empujan y suben; yo estaré en mi escritorio, porque tengo que escribir un sin número de cartas.

—

Poco después salía don Teodoro con dirección al centro de la ciudad. Purita y doña Paca se pusieron en seguida á ordenar sus equipajes. Mientras doblaba los encajes de una prenda de las de adentro, enagua ó cosa tal, dijo la primera.

—¿Sabe, doña Paquita..?

—¿Qué cosa, hijita?—la interrumpió la señora Calamar.,

—Que Teodoro quiere casarse conmigo.

—¿Y cómo lo sabés?

—Porque me lo ha propuesto.

—¿Sí? ¿No digás? Y vos, ¿qué le habés contestado?

—Que no quiero.

—¡Purita! ¡Mija! ¿Es posible? ¡Bendito San Antonio! ¡Ánimas benditas del Purgatorio! Pero, ¿vos estás loca?

—No señora, estoy muy sana.

—¡Loca, hijita, completamente loca! No me lo negués. Entodavía... sí, como si lo viera... entodavía voy á tener yo que tomar cartas en el asunto. Esperáte no más que lleguemos á París de Francia y pueda encontrar por allí algún Padre que hable la castilla: ya verás, *mijita*, qué prontito lo arreglo yo todo lo más bien y los caso, como manda nuestra Santa Madre Iglesia.

—¡Ay, doña Paquita! ¿Crée usted que vamos á ir á París?

—Y entónces, *mija*, ¿para qué demonches nos hace andar á vueltas en estos preparativos? ¡Hijita! yo creo que entre vos y él me van á golver loca. Me parece que á los tres juntos nos van á tener que llevar al manicomio. Pero, decíme, muchacha: ¿por qué no hemos de ir á París?

—Yo no sé por qué; pero se me ha metido en la cabeza que no iremos. Ya lo verá usted. ¿Se ha fijado que Teodoro parecía estar hoy tan sosegadito? Pues no lo 'crea; la procesión le andaba por dentro; estaba más desesperado que nunca, sino que lo quería disimular; le conozco yo muy bien. Le tengo más estudiado que usted al libro de misa. ¡Ay, Virgen santa! estoy temblando de miedo por lo que le sucederá en estas horas que va á estar fuera de mi lado. Me dan ganas de meterme en su escritorio al anochecer y no salir de allí hasta que vayamos á embarcarnos.

—No tengás cuidado. Si está lo más tranquilo. Ya no le importa nada de sus hijos, y hace bien, porque, hijita, si son como él dice, es muy natural que los abandone. Lo mejor será que nos apuremos en el arreglo de los equipajes, para ver si estamos en su casa á eso de las dos de la mañana, y así tendremos tiempo de arreglarle sus cosas, que las tendrá de una facha...! revueltas y sabe Dios cómo... porque, hijita, no he visto un hombre más abandonado para la ropa.

Después de este diálogo, ambas mujeres redo-

blaron su actividad, doblando prendas y embau-lándolas, logrando terminar su tarea á hora muy avanzada de la noche. Un carruaje, avisado de antemano, las aguardaba en la puerta, y previas las órdenes convenientes para que la sirvienta entregara por la mañana los baúles á los empleados de una acreditada agencia de trasportes, doña Francisca Calamar y Purita Garachán salieron de su casa, y metiéndose en el coche, enderezó éste á escape con dirección á la casa de don Teodoro Foronda.

Al cabo de un rato de silencio, preguntó doña Paca á su compañera:

—Decíme, ché, Purita: ¿quién fué esa Juana con la que me quiere enterrar Foronda sí me llegara yo á morir en París?

—Juana de Arco.

—Sí... pero, ¿qué era? vamos: ¿qué hizo? ¿Sería alguna Santa?

—Creo que sí... pero yo no lo sé bien.

—¿Rezaria mucho?

—Muchísimo—dijo Purita, aumentando la cantidad con gestos muy expresivos.

—¿Y para qué rezaria, ché, Purita?

—Para que la ayudase Dios á matar soldados.

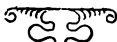
—¿Y prestará Dios ayuda para matar á la gente?

—¡Ay, doña Paquita! déjeme usted en paz, porque yo no sé nada de esas cosas.

—Oíme, ché, Purita: vamos á rezar un rosario, para *pedile* á Dios y á la Virgen que no le suceda nada malo á Foronda.

Y se pusieron á rezar mientras el carruaje rodaba en dirección á la calle Rivadavia. La vieja, con la uña metida en las cuentas del rosario, dirigía el recitado, y Purita remedaba la zumbante monserga del coro.

Dios, la invisible y suprema expresión de la fuerza, el refugio ideal de las conciencias, la locomotora de la inmensidad, el manubrio de los mundos, el autor máximo, como le llamara Platón... ¿qué serías si la muerte no fuese un misterio, y la humanidad no tuviera aspiraciones en la vida terrestre? ¿Crearían las criaturas en tu excelsa grandeza, si no sintieran la necesidad de invocarte para el logro de sus fines? Comodín ¡oh, gran Dios! de todos los anhelos, el sér humano recurre á tu auxilio para que colabores, lo mismo en sus abnegaciones, que en sus miserias. De la debilidad y del miedo nacen todas sus imploraciones...





XXXVIII

NUEVAS FORMAS DE CONTRABANDEO

CON una actividad verdaderamente calenturienta, don Teodoro Foronda ocupóse todo aquel día en diversos asuntos relacionados todos con su próxima partida. Estuvo con una porción de gerentes de bancos, á fin de dar á su fortuna, convertida casi toda á oro, una conveniente colocación en aquellas instituciones, obteniendo el mayor interés posible. Después fué á la Bolsa y compró algunos títulos de segura renta, la mayoría acciones de ferrocarriles, pues el avisado pinariego nunca picó en las cédulas provinciales, que han venido á ser una forma de estafa por parte de nuestros gobiernos esencialmente comunistas. Según la prolija revisión que el relatante ha hecho en la montonera de papelostres existente en los oscuros archivos del Banco Hipotecario, tampoco por aquel fárrago de ignomia comercial aparece como víctima expiatoria la firma forondina; y en

cuanto á la famosa empresa de los catalinescos muelles, y á la no menos tristemente recordada *Canalizadora del Riachuelo*, nunca fué don Teodoro gaviota de tan cenagosas aguas. Todo lo cual, añadido á que ni el Banco Nacional, ni el de la Provincia, ni ninguno de los desocupados, ó atorrantes, para mayor claridad, fundadores de todo lo fundible en provecho propio, le soplaron un solo peso, dá una prueba fehaciente é incontrovertible (frase *sonajera*), de la extraordinaria viveza y buen olfato mercantil y hasta político de nuestro héroe. Y decimos olfato político, porque sábase hasta la saciedad que los avechuchos del poder, llamados por ironía gobernantes, han sido los gatazos parados que mayores tajadas sustrajeron de aquellas memorables sartenadas bancarias.

Por la tarde tuvo don Teodoro una larga y sustanciosa conferencia con Vicharo, el cual extrañóse mucho de la repentina decisión de su amigo.

“Ya que tan resuelto estás á establecerte en Europa—dijo el criollo,—no te olvidés de dar por allá, á nuestros comisionistas, algunas leccioncitas ¿sabés?, respecto á la forma de mandar los artículos para el registro, de modo que en la Aduana de acá podamos seguir *matufiando* todo lo posible. Por más que ya conocés vos diversos procedimientos, te voy á enterar de los últimos que he discutido. En primer lugar... atendéme, ché, hermano...”

—Sí, hombre, ya te atiendo.

—Le encargás á *Mr. Paul Perlambú*, (el jefe de

la casa *Perlambú Frères y Ca.*), que por el mismo vapor, ¿sabés?... ¡Atendéme, pues! ¡Qué moler!...

—Te atiendo, hombre, te atiendo,—dijo don Teodoro completamente distraído.

—Que por el mismo vapor—prosiguió Vicharo, —nos envíen cajones de pantallas y cajones de seda, todos de un mismo volúmen ¿sabés?, y con igual marca y numeración... Fijáte, ché, hermano, en la bolada... De esta manera ¿sabés?, yo despacho aquí las pantallas, y luégo le *unto* al guarda de almacén ¿me comprendés?, para que me entregue los de seda.

—¿Y no se conocerá por los documentos?

—¡Ni fósforos, ché, hermano...! porque luégo hago otro despacho y saco las verdaderas pantallas.

—Eres tremendo, Carlitos. Algún dia te van á llevar á la Penitenciaria, atado codo con codo.

—¿Á mí? ¡La pindonga me van á llevar!... Perdé cuidado, porque tengo bien guardadas las espaldas. Somos como chanchos con el doctor Pisapatrias, y con una tarjetita suya... ¡boca abajo todo el mundo!... se tienen que callar la boca el Administrador, el Alcaide, los vistas y todo cristo, y si no ¡júm!, galleta segura... ¿A mí? con la piolita...! ¡No hay que hacerle, amigo!... El otro dia, no más, me dijo el doctor en las carreras: “Ya sabés, Vicharito, en cuanto te pase algo en la Aduana, te venís no más al estudio, y verás qué prontito se arregla todo.”—Vos comprendés, ché, Teodoro, que con esta cuña ¡qué miércoles! uno puede hacer todo lo que se le salga de... la cabeza.

—Está bueno.

—¡Macanudo, ché, hermano! La cosa cuesta algunos pesos, ¿sabés?; pero, ¡qué diablo! siempre salimos gananciosos. El otro día... ¡la gran flauta que lo silbó!... me dice el doctor Pisapatrias: "Ché, Carlitos: metéle boletos á *Pitágoras*, su caballo ¿sabés?; y ¡qué flauta! ni cola, amigo, ni co'a llegó. ¡Qué cosa bárbara! Allá, á la media hora de la largada, pasó el mancarrón frente á las tribunas, con la lengua afuera, como un perro perdiguero... Otra cosa, ché, Teodoro: tengo un proyecto morrudo, ¡así! (*con el puño cerrado*). Si llega á salirme bien... ¡me caigo en la gran flauta! nos alzamos con una punta de pesos. ¡Qué miércoles! nos hacemos ricos en cuatro dias. No se lo quiero decir al *Gobernador de Soria*, porque, como es tan gayina para estos enjuagues de la Adnana, á la tija que se vá á oponer. En mi plan están confabulados varios directores de empresas ferrocarrileras y algunos miembros de la diplomacia extranjera.

—Los ingleses...? porque, ¿serán ingleses los del ferrocarril?

—Sí.

—¿Se prestan á esas cosas?

—¡La gran flauta! Son como garrapatas cuando pueden hincarse en el Fisco.

—Y la diplomacia, los representantes de los países extranjeros, ¿es posible que...?

—¡Uf!... Con la disculpa de que no pagan derechos los artículos recibidos para su uso particular... para el uso particular de ellos... ¡qué

miércoles! meten sapos y culebras... y artículos para el uso particular de todo el mundo... En fin, ya te escribiré minuciosamente y te pondré al cabo de mis gestiones aduaneras.

Luégo hablaron de los asuntos particulares del expedicionario, el cual dió un poder á Vicharo para que le cobrara los intereses y le hiciera los giros correspondientes. Además le encargó que pasara mensualmente á sus hijos una suma regular, para que viviesen en el mismo rango que hasta entónces habían ocupado. "Aunque bien merecido tendrían que les dejara en la calle—manifestó don Teodoro,—no quiero que me tachen de egoísta y mal padre, y si no toda, la mayor parte de mi fortuna quedará para ellos el día que me muera.,,

Como siempre que tocaba este punto, don Teodoro se conmovió hondamente.

—Se han de enmendar—dijo el empedernido hipomaniaco.—La prueba á que les sometés, y que yo te aplaudo, ha de hacerles pensar un poquito.

—No lo creas. Estoy por asegurarte que se alegran de mi desaparición.

—Exagerás, hombre, exagerás. En el fondo, los muchachos te quieren, y esa indiferencia aparente que tanto te mortifica, es debido á que son un poco vanidosos ¿sabés?, y no piensan más que en darse mucho corte.

—Que hagan lo que quieran—repuso don Teodoro, esforzándose en aparentar indiferencia.—Todo me tiene ya sin cuidado, y te juro, como me

llamo Foronda, que en la perra vida me vuelven á ver el pelo.

—No lo creo. Antes de seis meses estás de vuelta... eso, suponiendo que te embarqués, porque todavía no te he visto abordo.

—Ten por seguro que mañana al amanecer estoy embarcado.

—Ché, hermano: ¿y Purita?

—Me la llevo.

—¿Y la vieja?

—También me la llevo.

—¡Á la gran flauta! ¿No digás? Naufragio seguro, ché, Teodoro. Los tiburones que la muerdan, á la fija que se mueren envenenados. Quisiera verla mareada... ¡gran flauta! ¡los pecados que arrojará...! Os vá á infestar el buque.

—He obtenido para ella un camarote en la misma popa, que es donde menos movimiento tiene el vapor.

—Atendéme una cosa, ché, Teodoro: ¿quierés llevarte también á Casilda? ¡Amigo! me está comiendo un riñón. ¡Qué lujo bárbaro! Dice el *Gobernador de Soria* que algún día se vá á echar encima todo el registro. Yo, por no *enchancharme* con ella ¿sabés?, no la he dejado ya. Llevátela, ché, hermano; me hacés un gran favor.

—No, ché. Bastante clavo me encajaste con la vieja—dijo don Teodoro esforzándose por reír, pero sin conseguirlo realmente.

Después de hablar otro rato sobre asuntos graves, Vicharo manifestó á su camarada el deseo de

acompañarle hasta la rada, y al mismo tiempo le preguntó la causa para embarcarse tan temprano, cuando la hora señalada por la Agencia era las once de la mañana.

—Me embarco al amanecer, en un vaporcito que he contratado para que nos lleve hasta el traslántico, porque no quiero que me vea nadie salir de Buenos Aires.

—Tenés razón. Aunque pronto se ha de saber todo, porque en el *Equateur* van algunos comerciantes que te conocen, por de pronto evitás todas las sonseras que se dirían al verte embarcar.

Al poco rato, y con la promesa de que Vicharo estaría al amanecer en casa de su ex-consocio para acompañarle hasta el buque, salió don Teodoro del registro, y dirigióse á varios sitios con el propósito de hacer algunas compras, maletas, carteras, un poncho de vicuña, un catalejo para curiosear por el mar, amén de otros bártulos y enseres, útiles y supérfluos, propios de un viajero previsor y de reconocido buén gusto.





XXXIX

EL FISCAL DE PLOMO

SERÍAN próximamente las ocho y media de la noche cuando don Teodoro Foronda penetró en su casa. No estaban en ella más que los dos sirvientes, á los cuales despidió en seguida sin ningún género de explicaciones y malísimamente humorado, aunque dándoles una buena gratificación para que viviesen en un hotel mientras buscaban otro acomodo. “Pueden volver dentro de unos días —les dijo,—porque es muy posible que Josefina les tome de nuevo; pero es necesario que ahora mismo salgan ustedes de mi casa.”

Y al momento dirigióse á su despacho. Atravesó el pasillo, y en lugar de seguir rectamente, un misterioso impulso le indujo á cruzar por el dormitorio de Teresita. Del colgador en que la jóven colocara sus vestidos de todos los días, habíase caído un corsé, cuyos cordones describían en el suelo larga y enmarañada rúbrica. Tan pronto vió

don Teodoro la prenda armadora del seno femenino, no pudo contener su ira y dióla un violentísimo puntapié. El corsé voló á lo alto, hasta casi tocar el techo; pero al descender le cazó en el aire, estampó un tierno beso en sus ballenas y le colocó en el colgador. Siguió caminando con duro y trágico paso hácia la habitación del legista. En el centro de ésta había una mesa, y encima de ella enorme pila de libros cuya cúspide era formada por los dos tomos de *El hombre criminal* de Lombroso; y sobre la roja pasta de éstos, un paquetito de tarjetas de bristol con el canto dorado y esta inscripción en caracteres litográficos y sumamente elegantes, con muchos y airosos rasgos y ringorranos:

Doctor Simón F. Bolívar

(ABOGADO)

Cogió don Teodoro el paquetito, y abriendo la ventana, lo arrojó con rabia, exclamando al mismo tiempo: "¡Miserable, mal hijo!", Rompióse la endeble faja que sujetaba las tarjetas, y éstas volaron, como mariposas blancas, yendo á parar la mayor parte á la azotea de la casa de enfrente, mientras otras se posaban en las cornisas, y algunas, apoderándose de ellas el vientecillo que por la calle corría, descendían paulatinamente hasta caer sobre el techo de los tranvías ó entre las patas de los caballos que los arrastraban.

Por fin entró don Teodoro en su despacho y,

más que sentarse, dejóse caer en el sillón de vaqueta que arrimado estaba á la mesa-escritorio. Un hondo suspiro salió de su pecho, y una total negligencia se apoderó de su ánimo de viajero. Quiso comenzar el arreglo de su equipaje; pero una fuerza invisible y poderosa le sujetaba á la silla, sintiendo que en su cabeza, como el rebullir de un hormiguero, se iniciaban legiones de pensamientos, que en desaforada lucha, disputábanse el total predominio sobre la voluntad. Multitud de ideas, agujoneadas por agudas sensaciones que de súbito surgieron en su espíritu, chocaban entre sí, cruzaban á paso de relámpago, se oprimían en la material y estrecha concavidad del cráneo, estrujándose sin cesar, porque incesante era también el nacimiento de las nuevas que reclamaban su puesto en aquella inaudita batalla de los ejércitos intelectivos. La vacilante hipótesis; la duda, con sus poderosos cimientos en los desengaños; el recuerdo halagador, derivado de una breve rememoración de felices tiempos para siempre idos; la esperanza asida á la débil raíz de un optimismo moribundo; el ideal de la familia, fracaso terrible y estrepitoso desplome de las ilusiones de su vida; memorias, intentos, personas; la coquetuela figura de su hija; la dulce y sublime de María Bolívar, rosa natural y bella, refractaria á los postizos encantos de la jardinería mundial; el insigne doctorzuelo, cifra y resúmen de la hojarasca humana, del orgullo pedantesco y de la más innoble ingratitud; los pobres viejos sorianos; la abnegada Purita y hasta doña

Francisca Calamar... todo, en fin, de cuanto se relacionaba con su vida actual y con su vida pasada, con sus anhelos, con las más dolorosas operaciones del espíritu y de la sensibilidad; todo lo cogitable y susceptible de caer en las inmensas redes de la mente, sugeríale miles y miles de ideas, la mayoría martirizantes, engarzadas á ratos, desprendidas y sueltas casi siempre, como si fuera su cerebro un alfolí lleno de agujeros, por los cuales se escurriese el grano á medida que se almacenaba. Y entre aquella evasión, y aquellos anudamientos, y aquel crecer desbordante de ideas, una, la negra, la pavorosa, vestida con los atavíos de la tragedia, impávida, antinatural, anticristiana y solemne en su fúnebre intrepidez, comenzaba á destacar sus perfiles siniestros, y eficazmente apoyada por la desesperación, pretendía ser la enamorada del ánimo de don Teodoro Foronda. ¡Horror! Las impresiones del reo en su celda de la última noche agobiaron su corazón, previo el aniquilamiento de las energías morales. Tan pronto sintió germinar aquella idea entre el confuso y destemplante tropel de las otras, parecióle que el aire se enrarecía en su despacho, invadiendo todos sus huecos y rincones una oscuridad densa, maciza, que en nada se parecía á las tinieblas de la noche; era como una oscuridad producida por una masa de pez. Dióle miedo de si mismo al sentir caer sobre su alma aquella lluvia de asfixia; y á fin de renovar con las sensaciones recibidas del exterior las amargas que le oprinían el pecho, se

levantó aceleradamente de la silla, púsose de codos en la ventana, y como quien busca en lo infinito el enigma de las desgracias humanas, tendió su mirada por la inmensidad del espacio.

Tachonado de estrellas y luceros, el pavimento de la estupenda casa de los ángeles tenía su habitual color cerulescente, interrumpido á trechos por cenicientas nubes, que impelidas por el suave empuje del céfiro y sin visible punto de apoyo, navegaban por entre los astros, semejando á las hinchidas velas de bergantines piratas, cuando burlan los escollos de la costa donde se halla la anhelada presa. Don Teodoro quedóse largo rato contemplando alelado el impasible mundo sidéreo, al cual no llega ninguna conmoción de los dolores humanos. Nada le decían aquellos luceros de brillantes chispas; nada tampoco las altísimas y diminutas estrellas de opacas y oscilantes luces; ni la luna en la infinita insipidez de su blancura lograba interesarle con sus fátuas llamaradas, ni la maravillosa agrupación de planetas y constelaciones, ni las nubes que corrian por el cielo, ni el cielo mismo en su inmensidad sin fin ni principio, como Dios y la eternidad.

Bajó los ojos, miró al mundo real, y no pudo descubrir en él un solo encanto. Consideróse como un miembro segregado de la vida universal, irrestituible á la armonía del mundo, aunque á ello propendiera la habilidad del más consumado alquibista. Peregrina de las tinieblas, sin ilusiones que la ataran al erial de la vida, sumiáse su alma,

desdeñada de los afectos filiales, en un inmenso desconsuelo, en una pena infinita, en una tortura cuyos estremecimientos dolorosos anulábanle la razón. Una angustiosa congoja se adueñó de su espíritu, hasta que imposible de ser contenida en los diques de su pecho, resolvióse en una explosión de sollozos. El infeliz pinariego dió con su cabeza sobre la piedra granítica de la ventana, y envueltos en un fatigoso gemido, salieron de sus labios estos apóstrofes: "¡Miserables! ¡Ingratos!,"

Más de un cuarto de hora permaneció don Teodoro en aquella desesperada actitud, rodeados los brazos á la cabeza y pegada la frente á la piedra, hasta entibiarse con la fiebre de su cerebro el rocío que sobre la ventana cayera. Su agobio solo puede compararse al que experimenta el corazón humano ante el total desplome de todas sus esperanzas. Era en tales instantes la figura emblemática del mártir por amor á la familia, religión que en Buenos Aires se halla hoy amenazada de caducidad.

Al fin levantóse de la ventana, y entrando en el despacho, se arrojó nuevamente en la silla. A su mente acudió el torbellino de ideas que asaltan al hombre en las situaciones extremas de la vida; y las vibraciones de sus propios pensamientos, produciánle agudo dolor en todos los huesos del cráneo, como si agujas de hierro candente le traspasaran las sienes y le achicharrasen la masa encefálica.

Recurrió á las energías todas de su voluntad poderosa para poner orden en su desquiciada mente,

procurando aplacar aquella desazón formidable que le trastornaba el juicio, y serenado por un momento, pretendió apreciar con claridad su verdadera situación y el alcance de su desdicha.

Inmensa, insobrellevable se le representó en el primer amago de análisis. El desamor filial era un escollo invencible en su porvenir. No le era posible apetecer la vida, ni siquiera conformarse con ella en medio de la indiferencia de sus hijos. A su juicio no merecía la pena de ser vivida; se lo decía el corazón, se lo bramaba la sangre y la naturaleza toda en el mudo, pero expresivo lenguaje, de las sensaciones más hondas. Aquello era como una perpétua trituración del sentimiento, como una existencia sin objeto, como la muerte misma bajo la apariencia viviente de una movilidad puramente automática. Su fortuna, conseguida á costa de inmensos y cruentos sacrificios; su posición social, sus relaciones, ¿qué valía todo ello si le faltaba lo esencial de la vida, los afectos filiales y el calor del hogar? Nada, todo ello no valía absolutamente nada, porque igual dá arrecirse sobre un miserable pavimento de adobes, que en un entarimado construido con barras de oro. Pretendió el desdichado sustituir estas naturales exigencias del espíritu amando á Purita, más que por verdadera inclinación de su alma, impelido por la necesidad de dar expansión á ese sentimiento íntimo que reside en el fondo del sér humano; sentimiento que necesita una corriente de comunicación para que no nos ahogue; pero, ¿era posible que estos

amores supliesen al amor filial? ¿Podía llenar Purita con su grande alma aquel vacío? Don Teodoro dióse á sí mismo la respuesta en la más rotunda negativa. La querida, ni tampoco la esposa, suponiendo que llegara á serlo, no llenaría aquel hueco, ni había de lograr, por intensa que fuera su pasión, cicatrizar con el anestésico del olvido la profunda herida abierta en el corazón paterno por el injustificable desdén de los hijos.

El infeliz pinariego se revolvía en el sillón, cual condenado en el potro del martirio, ora echándose de bruces sobre la mesa, ya irguiéndose al impulso de la soberbia que suele hacer breves apariciones en aquellos momentos que llega el ánimo á lo más culminante del abatimiento. La soberbia suele ser casi siempre una irritación derivada de la impotencia.

Tuvo don Teodoro, en medio de sus horribles cavilaciones, uno de esos arranques del orgullo, y dijo, hablando sólo, como el loco en el fondo tenebroso de su celda: "Los desprecio, los aborrezco y hasta creo que no son hijos míos.,,

¡Desgraciado! ¿De qué te sirven esas comedias de la imaginación, cuando el sentimiento y hasta la última arteria de tu naturaleza te tienen sometido á la ley de un amor ineludible? En los problemas que interviene el sufrimiento moral, no valen las ficciones de la mente; con los disfraces de la inteligencia se puede engañar á los demás; pero es imposible engañarse á sí mismo cuando el tormento asume la forma del desengaño. La ur-

dimbre de estas tramas no tiene fuerza de convencimiento. Fácil es forjarse ilusiones; mas nadie puede llegar á creer que no le duele lo que le duele. El dolor es la más positiva de las verdades; es como un sistema de razón insusceptible de controversia.

Al marcar las agujas del reló las once de la noche, don Teodoro se acordó de que Purita y doña Paca llegarían dentro de breves horas á su casa; pretendió levantarse para dar comienzo al arreglo de su equipaje, y apenas se puso de pié, por tercera vez dejóse caer en la silla, sintiendo en todo su sér la invasión de un abatimiento semejante al que se adueña del espíritu en la escena capital de la agonía. Entónces comprendió que era una puerilidad suponer que huyendo de Buenos Aires se libraría del aniquilador tormento que dentro de sí llevaba, y no pudo menos de ver, en todos sus actos de aquel día, un juego inocente del entendimiento, una especie de prestidigitación mental que en nada alteraba el fundamento esencial de su desgracia, ni podía ser lenitivo para aplacar las torturas morales engendradas en su corazón por la conducta infame y aviesos sentimientos de los hijos ingratos.

El desgraciado padre se sintió vencido por el terrible mónstruo que se halla aposentado en la mayor parte de los hogares bonaerenses. Es un mónstruo altamente repulsivo, creado entre la soberbia, el orgullo y la despreocupación, extendiéndose su influencia maldita á todos los órdenes de

la vida, y produciendo toda clase de anarquias, la doméstica, la política, la social, la populachera, la religiosa, la ideológica, una espantosa desvinculación de la sangre, una absoluta disensión en las vibraciones nerviosas, un desconcierto general y estrepitoso. muy semejante, aunque broma parezca, á una charanga de instrumentos de cobre, materia cencerril, soplados por músicos dementes á consecuencia de las insolaciones de nuestro cielo, que es para los cerebros y para los corazones una especie de insuperable calcinatorio.

Ante la contemplación de su escarchado hogar, sintió don Teodoro una angustia indecible, y un tumulto de pensamientos aguijados ¡asaltó de nuevo su entenebrecida mente. Si á las ideas pudiera dárseles una representación material, diríase que las bullentes en aquel cerebro oscurecido por el dolor, eran como musgaños que se revuelven y luchan en estrecha cueva desprovista de luz y de aire, ó como pájaros ciegos, que en el vértigo de su vuelo, se rompen las alas al chocar en el espacio.

Y otra vez acudió la negra, sin que ahora le causara á don Teodoro tanto espanto. ¿De dónde llegó? De los zarzales de la amargura. ¿Qué pretendía? Asesinar al dolor por medio del asesinato de todo lo humanamente sensible. Proclamaba la paz; la paz blanda y serena que no existe en la tierra ni en la querellante condición de la pobre humanidad. Pretendía la liberación del alma; el divorcio entre lo transitorio y lo eterno, entre lo finito y lo inmortal... ¿Era pecaminosa la negra

idea?... Filósofos, ilustres filósofos, maestros de la duda, catedráticos de la incertidumbre: ¿qué habéis resuelto? ¿Ha surgido alguna claridad de vuestras eternas pendencias intelectivas?... Si solamente Dios dispone de todo lo creado, ninguna de las formas en que lo haga puede considerarse ilícita. Si solamente á su voluntad omnínoda obedecen los turnos de la muerte, no puede haber anticipaciones ni desórden en los plazos, ni rebelión en ninguna de las maneras de morir. El octogenario que se le huela la sangre entre las sábanas, y la robusta naturaleza del jóven que fenece en la tragedia de sus propias pasiones, son víctimas igualmente señaladas por la invisible mano de la Justicia divina... Pero no, ¡Dios mio! ésto no es una afirmación; es un ejercicio hipotético de la mente; es una sublevación contra la duda, que es el limbo del entendimiento, la tela de araña intraspasable para las débiles alas de la humana razón; es la protesta que el fatigado espíritu lanza desde sus horribles tinieblas, entre las cuales vive clamando por la luz; por la luz que no llega, por la luz que no llegará jamás...

La negra idea quedóse, al fin, sola en el cerebro de don Teodoro Foronda, después de espantar á todas las demás, que huyeron azoradas, cual insectos alados en presencia del tábano. Agazapada al principio, sigilosa en su acecho como el asesino, fué surgiendo poco á poco, hasta expandirse en la mente con entera franqueza y este lema halagador: "Soy el último escalón del sufrimiento."

“Así es,—repuso otra idea que nació de improviso, y en la cual se reasume toda la filosofía de la vida. Y enseguida huyó á los espacios ignotos, y...;cosa extraña!.. Don Teodoro se sintió tranquilo, completamente tranquilo en presencia de la negra idea, de la cual se enamoró por completo. Cesó la lucha, se acallaron las pasiones, y en su espíritu penetró esa calma, ó más bien atrofiamiento que sigue á los grandes dolores. Entre los tupidos celajes de su alma, sintió que se introducía un débil rayo de luz. Era la opaca luz del misticismo, que es el lastimero tenebrario que le queda al espíritu en las postrimerías del sentir; una luz cuya mustia llama ni quema ni alumbra, y todo lo vuelve pálido entre sus movedizos reflejos, simuladores del triste faro hacia el cual navega la muerte por entre las procelosas ondas de la amargura en que se ahogan los desesperados.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, don Teodoro sacó su cartera, y entre los papeles que en ella guardaba, lo primero que vió fueron los pasajes; cogiólos entre sus dedos, y con una indiferencia inexplicable, sin enojo visible y con mucha pausa, los hizo mil añicos y los arrojó en medio de la habitación. Luégo tomó la pluma, y extendiendo sobre la carpeta la media hoja en blanco de una carta, escribió en la cabecera con el pulso bastante seguro: “Testamento,, Y debajo esta sólo la cláusula: “Todo cuanto la ley me permita disponer de mi fortuna, después de hechas las adjudicaciones respectivas entre mis padres y mis hi-

jos, quiero que con la mitad se mejore la participación de mi madre, y que la otra mitad le sea entregada á doña Pura Garachán. Para el cumplimiento de esta mi última voluntad, que deseo se respete sin objeción alguna, nombro á mis queridos amigos don Ruperto Sobremonte y don Carlos Vicharo.”

En seguida escribió la siguiente carta á Ruperto Sobremonte:

“Amigo querido: Me quito la vida porque no puedo soportarla sin el cariño hondo y sincero de mis hijos. No culpo á ellos solamente de éste mi triste fin... Quizá soy el más responsable de mi propia desgracia... Creo en la misteriosa ley que lo nivela todo en el mundo... Yo me avergoncé de la madre de mis hijos; y éstos, inconscientemente, vengan su memoria avergonzándose de mí... El castigo proviene de Dios, y yo lo acato... Creo en Dios y en su misericordia infinita... Él me perdonará... Te ruego escribas á mis padres y les engañes diciéndoles que he fallecido de muerte natural... Son buenos cristianos, y si supieran la verdad, sufrirían horriblemente pensando que mi alma se haya ido al infierno... Cuando veas á mis hijos, díles que les perdono todo cuanto me han hecho sufrir... Pero no; no les digas nada, para que no les atormente el remordimiento... Quiero que sean felices... Oponte como puedas, en unión de Vicharo, á que Teresita se case con el doctor *Sonajas*, porque es un hombre de malas entrañas... Espero que entre Carlitos y tú den cumplimiento á

cuanto dejo dispuesto en el conciso testamento que se hallará sobre mi mesa... Todos mis asuntos están perfectamente arreglados. Vicharo los conoce bien, y él te pondrá al corriente en cuanto llegues. No digas á nadie en Añahualpa la causa de mi desesperada resolución... Te ruego protejas á mis hijos si algún día te necesitan... Perdóname el mal rato que te voy á dar... Ruega por mí, y acuérdate siempre de tu amigo del alma...

“Teodoro Foronda,,

En idéntico sentido, aunque mucho más breve, escribió á Vicharo. Cuando terminó, un agitado desasosiego se apoderó de su ánimo; pero, á los pocos instantes quedó serenado. Se levantó del sillón, fué hasta colocarse en mitad del escritorio, y metiendo mano al bolsillo, sacó el rewólver.

Momento solemne .. Un hombre, en la plenitud de la vida, va á entrar en el seno de la eternidad. ¿Encontrará en el sepulcro la anhelada paz? ¿Lo resuelve todo la muerte?... La tumba es muda á los análisis del entendimiento. Nadie puede penetrar su misterio... Don Teodoro, con el rewólver fuertemente empuñado, sintió llegar á su espíritu los resplandores de una fé inmensa que le mostraba con plena claridad los problemas insolubles. Los suicidas son séres iluminados; tienen la evidencia de lo impenetrable, y mueren locos de fanatismo. Nadie cree en Dios con tanta firmeza co-

mo ellos en el momento que se desprenden de la vida... Instante terrible aquél en que el desgraciado pinariego alzó el brazo y embocó el arma á la sién. El gatillo comenzaba á levantarse, oprimido por el resuelto dedo, cuando la puerta se abrió con estrépito, y una exhalación en forma de mujer se arrojó sobre él, exclamando desesperadamente:

“¡Teodoro! ¡Teodoro!! ¿Qué vas á hacer?,”

Y detrás de esta exhalación, entró un cometa negro, dando maullidos de gata agonizante:

“¡Ay, Virgen Santa del Rosario! ¡San Antonio bendito! ¡Teodorito! ¡Mijo!!

—¡Suelta!—rugió don Teodoro, dirigiéndose á Purita, que con sus dos manos agarró fuertemente el revólver.—Déjame tranquilo. Vete de aquí. Te mando que te vayas de aquí...!

—No te dejaré... ¡Nó!... no te dejaré aunque me hagás pedazos!—dijo Purita, forcejeando y bañada en lágrimas—Te he visto desde la puerta cuando has sacado esa arma horrible, y casi me muero de miedo; pero Dios ha querido darme fuerzas para salvarte, y te he de salvar. ¡Sí! te he de salvar ¡Teodoro de mi vida!

—A mí no me salva nadie.

—Sí. Yo te he de salvar...!

—No. Deseo la muerte. Este revólver es el fiscal de mi vida, y ha de llenar su misión. ¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Fuera!!

Don Teodoro hizo un violento esfuerzo, y Purita cayó al suelo, pero siempre agarrada fuertemente

al arma. "Corra usted, doña Paca,—dijo á la vieja que también hacía algo, aunque muy poco, para sujetarle.—Corra usted y llame auxilio."

En cuanto salió doña Paca, logró el pinariego, por medio de otro enérgico tirón, quedarse con el arma.

—¡Teodoro! ¡Teodoro!—exclamó la dama con desgarrador acento y arrastrándose hasta abrazarse á los piés de su amante.—No hagás esa locura. ¡Socorro! ¡Teodoro! ¡¡miráme siquiera!!... ¡Virgen!... ¡¡Virgen del Amparo!! ¡¡Dios misericordioso!!

Don Teodoro, sin hacer caso, levantó el rewólver á la altura de la cabeza.

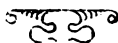
—¡Teodoro! ¡Teodoro!—gimió Purita, loca de dolor y de espanto.—Un momento... ¡¡Dios bendito!!... escucháme un momento! ¡Por mí y por nuestro futuro hijo...!!

—¿Cómo?

—Sí. Estoy en cinta. Voy á ser madre... ¡¡madre de un hijo tuyo...!!

—¿Eh?

Y se quedó atónito, con el rewólver apuntando á la sién...





XXXX

CONCIERTO DE PITOS

Con el mismo estrépito que bajó Luzbel á la tierra cuando le arrojaron del Cielo, así descendió las escaleras doña Francisca Calamar en demanda de auxilio. Al llegar á la puerta y dar un salto de pollo desde el marco á la acera, tropezó con otro diablejo, simbolizado en la persona del doctor Langredito, que muy peripuesto, de frac, blanca corbata y charoladísimos zapatines, salía de un baile habido en el Club del Progreso.

—¡Cabayero...! ¡Señor!.,—dijo agitadaísima doña Paca.

—¿Qué hay? ¿Bolada, ché, vieja?—preguntó Langredo al ver á doña Paquita vestida con los atavíos que usan los duendes reclutadores de vacilantes virtudes femeniles.

—¡Ay, Dios mío! ¡Bendito San Antonio! ¡Santa Rosa de Lima!

—Pero, ¿qué sucede?

—Que se quiere matar un hombre... ahí, en esa casa... ¡Ay, Virgen del Socorro!

—¿En dónde? ¿en qué casa?

—En esa—dijo doña Paca señalando con la mano el domicilio de don Teodoro.

—¿En casa de don Teodoro Foronda?

—Sí. El mismo don Teodoro es el que se quiere matar. Suba usted, cabayero, suba usted corriendo. ¡Por Dios! no se detenga.

—Vigilante... vigilante—gritó Langredo. Y en seguida echó á correr escaleras arriba, seguido de doña Paca, cuyas secas zancas se movían como las de San Lorenzo cuando le estaban asando.

El vigilante de la esquina inmediata (Rivadavia y Tacuarí) llegó corriendo á la puerta, dió tres prolongados pitidos y subió también precipitadamente. Á éste contestó el de la esquina inmediata: "Fi... fi... fi...", El aviso alarmante fué trasmitiéndose de puesto en puesto, y en toda la inmensa extensión de la calle Rivadavia hasta la plaza de Flores, no se oía más que fi... fi... fi... Al momento comenzaron los de la calle de la derecha, y hasta los pájaros que dormían en las selvas de Palermo, se asustaron con el estridente fi... fi... fi... Y, simultáneamente, por las calles de la izquierda, reprodujose el toque de alarma en el trayecto de todos los barrios del Sur, penetrando en las pocilgas y cotarros de Barracas y la Boca, y también en las ratoneras de la gruta de la Plaza Constitución. Por último, todo Buenos Aires,

como si estuviera poblado de Mefistóteles que se hunden, prorrumpió en un *fi.. fi.. fi.. Fí.. fi.. fi.. Fí.. fi.. fi..*

Así deben terminar las malas novelas, como ésta, con una silba general y estrepitosa.

Y no olviden mis muchos colegas en malas mañanías, que con estos silbatos nos llamará Dios el día del Juicio... porque, para nosotros... ¡qué esperanza!... no habrá trompetitas.

FIN DE LA NOVELA

Buenos Aires, Diciembre de 1896.

ÍNDICE

TERCERA PARTE

XXV—Foronda, Vicharo y Ca.....	5
XXVI—El que nace barrigón.....	25
XXVII—Desvinculación doméstica.....	51
XXVIII—Los hijos de Foronda	I Simón.. 75
	II Teresita 86
XXIX—Los garbanzos de doña Paca....	107
XXX—Poesía—Prosa—Positivismo.....	121

CUARTA PARTE

XXXI—La irrupción... de los doctores.	141
II—Doctor Simón Foronda y Bolívar	151
III—Doctor Eugenio Puk de Antequera	155
IV—El doctor Sonajas.....	159
V—Doctor Sebastián Langredo.....	165
VI—Champagne y peroratas.....	174
XXXII—El concilio forondino.....	185
XXXIII—Un jabali en sociedad.....	205
XXXIV—¿Habrá suicidio?.....	229
XXXV—Las chapas doctorales.....	241
XXXVI—La borrasca.....	259
XXXVII—Reacción—Proyecto emigratorio..	273
XXXVIII—Nuevas formas de contrabando.	289
XXXIX—El fiscal de plomo.....	297
XXXX—El concierto de pitos.....	313

